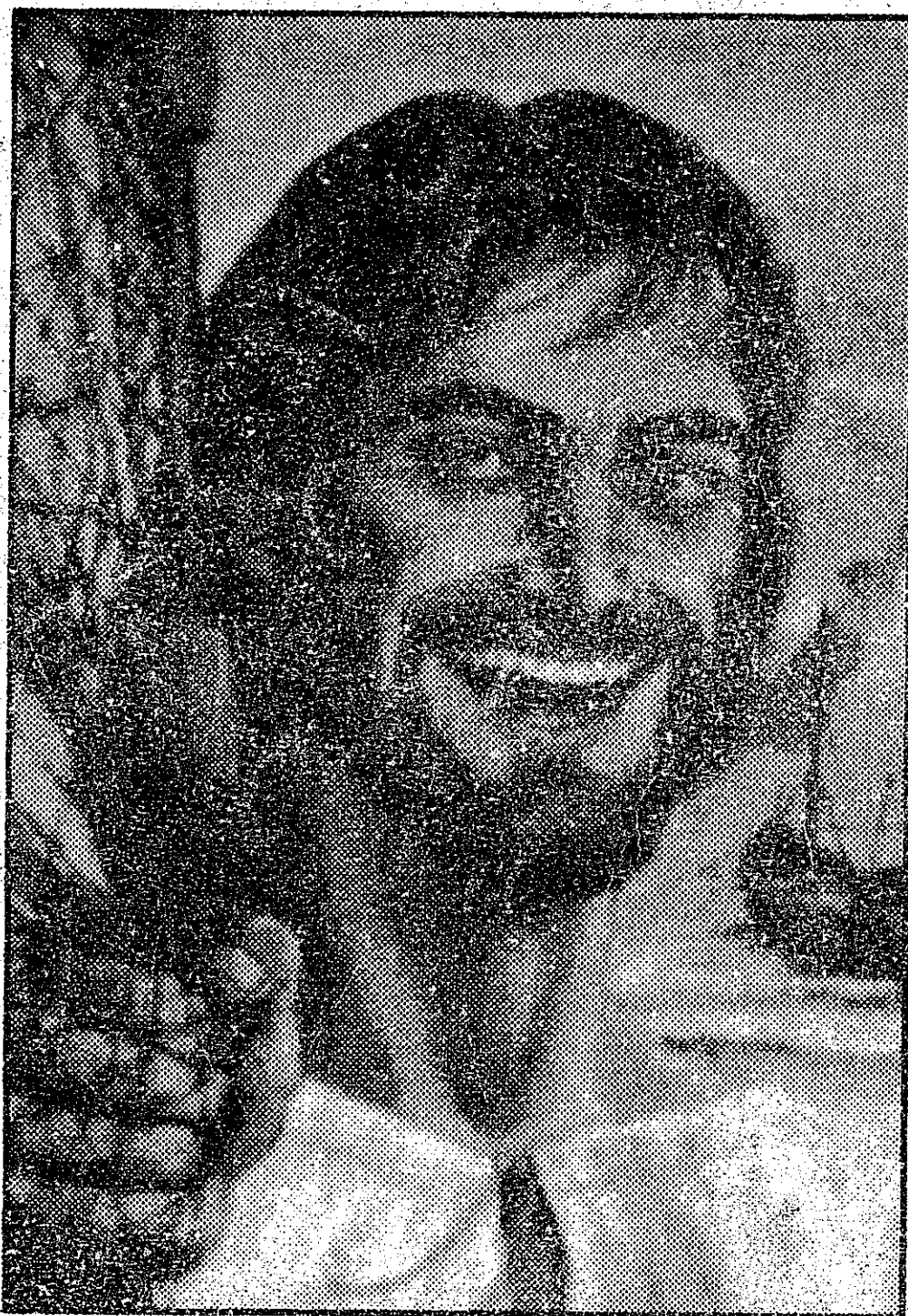


Reflexiones sobre el Evangelio

Carlos María Aguirre



JESÚS
entre ricos y pobres.

1991 - 1992
Ciclo "C"

I N D I C E

II

EL MANDAMIENTO NUEVO	
- Quinto Domingo de Pascua: Jn. 13, 31-33 ^a .34-35	95
EL ESPIRITU SANTO RECUERDA... ¿REPETIR O CREAR?	
- Sexto Domingo de Pascua: Jn. 14, 23-29	99
SEGUIR MIRANDO AL CIELO O SER TESTIGOS	
- Ascensión del Señor: He. 1, 1-11; Lc. 24, 46-53	102
EL ESPIRITU DE LA NUEVA ALIANZA: LIBERTAD FRATERNAL	
- Domingo de Pentecostés: He. 2, 1-11	105
SOLO EL QUE AMA CONOCE A DIOS	
- Fiesta de la Santísima Trinidad	108
CRISTO PRESENTE EN LA IGLESIA ENVIADA AL MUNDO	
- Festividad de Corpus Christi: Lc. 9, 11b-17	111
JESUS: YO QUIERO SER CRISTIANO PERO...	
- Domingo décimotercero durante el año: Lc. 9, 51-62	114
COMO ANUNCIAR EL REINO DE DIOS HOY	
- Domingo décimocuarto durante el año: Lc. 10, 1-12	118
DEL VER AL HACER	
- Domingo décimoquinto durante el año: Lc. 10, 25-37	121
CREAR UN ESPACIO LIBRE Y ACOGEDOR	
- Domingo décimosexto durante el año; Lc. 10, 38-42	124
SEÑOR, ENSEÑANOS A ORAR	
- Domingo décimoséptimo durante el año: Lc. 11, 1-3	127
DOS MODOS DE SER RICO	
- Domingo décimoctavo durante el año: Lc. 12, 13-21	130
ESTEN PREPARADOS ESPERANDO AL SEÑOR	
- Domingo décimonoveno durante el año; Lc. 12, 32-48	133
¿DE QUE LADO ESTAMOS?	
- Domingo vigésimo durante el año: Lc. 12, 49-53	136
ENTREN POR LA PUERTA ANGOSTA	
- Domingo vigésimo primero durante el año: Lc. 13, 22-30	140
PARA LLEGAR PRIMERO... ALINEARSE CON LOS ULTIMOS	
- Domingo vigésimo segundo durante el año: Lc. 14, 1.7-14	144
SI QUIERE SEGUIR A JESUS TIENE QUE CONTAR CON LA CRUZ	
- Domingo vigésimo tercero durante el año: Lc. 14, 25-33	147
"Y COMENZO LA FIESTA"	
- Domingo vigésimo cuarto durante el año: Lc. 15, 1-2.11-32	152
¿UN ADMINISTRADOR DESHONESTO ALABADO POR JESUS?	
- Domingo vigésimo quinto durante el año: Lc. 16, 1-13	155
¿RICO YO? ¿VAMOS...!	
- Domingo vigésimo sexto durante el año: Lc. 16, 19-31	158
Y USTED, ¿TIENE FE?	
- Domingo vigésimo séptimo durante el año: Lc. 17, 5-10	161
DOS ANIVERSARIOS: LA PRIMERA EVANGELIZACION Y LA NUEVA EVANGELIZACION	
- Domingo vigésimo octavo durante el año	164
"HAY QUE ORAR SIEMPRE SIN DESANIMARSE"	
- Domingo vigésimo noveno durante el año: Lc. 18, 1-8	167
UN "WESTERN" AL REVES	
- Domingo trigésimo durante el año: Lc. 18, 9-14	170
EL CIELO: ¿UN TEMA PASADO DE MODA?	
- Fiesta de Todos los Santos	174
LA RESURRECCION: REGALO DEL DIOS DE LOS VIVIENTES	
- Domingo trigésimo segundo durante el año: Lc. 20, 27-38	178
EL ULTIMO DIA DEL MUNDO	
- Domingo trigésimo tercero durante el año: Lc. 21, 5-19	181
UNA FIESTA POLEMICA	
- Cristo Rey: Lc. 23, 35-43	185

I N D I C E

I

ESPERANZA CONTRA TODA ESPERANZA	
- Primer Domingo de Adviento: Lc. 21, 25-28.34-36	1
EL CULTO A MARIA ANTE EL ECUMENISMO Y LA EMANCIPACION DE LA MUJER	
LA VIRGEN DE GUADALUPE	
- Fiesta de la Inmaculada Concepción	5
¿QUE TENEMOS QUE HACER?	
- Domingo tercero de Adviento: Lc. 3, 10-18	9
CRISTO VIENE A VISITARNOS	
- Domingo cuarto de Adviento: Lc. 1, 39-47	12
NACIMIENTO DE JESUS DE NAZARET, EL HIJO DE DIOS	
- Navidad	15
FAMILIA CRISTIANA: ¿UN MODELO DEL PASADO O UN PROYECTO DEL FUTURO?	
- Fiesta de la Sagrada Familia: Lc. 2, 41-52	19
AÑO NUEVO: ENTRE EL PERDON DE DIOS Y LA ESPERANZA	
- Año Nuevo 1992	22
EPIFANIA: DEL PARTICULARISMO EXCLUYENTE A LA FRATERNIDAD UNIVERSAL	
- Fiesta de Epifanía: Mt. 2, 1-12	26
BAUTISMO DE JESUS, PRIMOGENITO DE MUCHOS HERMANOS	
- Bautismo de Jesús: Lc. 3, 15-16.21-22	30
AMOR Y ALEGRÍA DESBORDANTE	
- Domingo segundo durante el año: Jn. 2, 1-12	33
LOS SIGNOS DEL "HOY" DEL REINO DE DIOS	
- Domingo tercero durante el año: Lc. 1, 1-4; 4, 14-21	37
LA ANCIANIDAD: ¿CASTIGO O BENDICION?	
- Presentación del Señor: Lc. 2, 22-40	41
EXPERIENCIA DE DIOS... PERO, ¿COMO?	
- Domingo quinto durante el año: Lc. 5, 1-11	46
¡DICHOSOS USTEDES LOS POBRES...! ¡AY DE USTEDES LOS RICOS...!	
- Domingo sexto durante el año: Lc. 6, 17.20-26	49
"AMEN A SUS ENEMIGOS..." ¿Y SI NOSOTROS FUERAMOS LOS ENEMIGOS?	
- Domingo séptimo durante el año: Lc. 6, 27-38	52
ADVERTENCIAS DE JESUS SOBRE LOS GUIAS CIEGOS Y LA AUTOCRITICA	
- Domingo octavo durante el año: Lc. 6, 39-45	56
LAS TENTACIONES DE JESUS	
- Primer Domingo de Cuaresma: Lc. 4, 1-13	60
ESCUCHAR A JESUS... PERO, ¿CUANDO?	
- Segundo Domingo de Cuaresma: Lc. 9, 28-36	64
EL MISTERIO DE LA PACIENCIA DE DIOS	
- Tercer Domingo de Cuaresma: Lc. 13, 1-9	68
RECONOCER AL HERMANO PARA CONOCER AL PADRE	
- Cuarto Domingo de Cuaresma: Lc. 15, 1-3.11-32	71
¿RIGORISMO MORAL O RADICALIDAD EVANGELICA?	
- Quinto Domingo de Cuaresma: Jn. 8, 1-11	74
DOMINGO DE RAMOS	
- Domingo de Ramos 1992	77
LA EUCARISTIA, MEMORIAL DE LOS TIEMPOS NUEVOS	
- Jueves Santo 1992: Jn. 13, 1-15; 1 Cor. 11, 20-29	79
¿DONDE ESTÁ DIOS? ¿DONDE ESTAMOS NOSOTROS?	
- Viernes Santo 1992	81
JESUS RESUCITADO, FUNDAMENTO DE NUESTRA ESPERANZA	
- Pascua 1992	83
LA FE VENCE EL MIEDO	
- Segundo Domingo de Pascua: Jn. 20, 19-31	86
GUADALUPE, PARADIGMA DE LA NUEVA EVANGELIZACION	
- Tercer Domingo de Pascua	89
CONFIANZA A PESAR DE TODO	
- Cuarto Domingo de Pascua: Jn. 10, 27-30	92

"ESPERANZA CONTRA TODA ESPERANZA"

Comenzamos el tiempo litúrgico llamado "Adviento" que abarca cuatro semanas antes de Navidad.

Entre nosotros no tiene la resonancia popular que tiene en otros países; pasa desapercibido para la mayoría de los católicos.

Los que participan habitualmente de la misa dominical pueden aprovechar los aportes de la Liturgia de este tiempo para revitalizar su vida cristiana.

En el último "Ordenamiento del Año Litúrgico" (MOTU PROPRIO - PASCHALIS MYSTERII) se dice: "El tiempo de Adviento tiene dos características: es a la vez tiempo de preparación para la fiesta de Navidad en que se conmemora la primera venida del Hijo de Dios entre los hombres y, por otra parte, un tiempo en el cual la fe se dirige a esperar la segunda venida de Cristo al fin de los tiempos. Por estos dos motivos el Adviento se presenta como un tiempo de piadosa y alegre esperanza".

El Adviento es un tiempo de alegre esperanza.

Durante el tiempo de Adviento la Liturgia nos invita a actualizar esta actitud fundamental del cristiano: la esperanza.

San Pablo caracteriza a los no cristianos como hombres sin esperanza (1 Tes. 4, 13; Ef. 2, 12).

En el pasaje que leemos hoy Jesús nos exhorta: "¡Tengan ánimo y levanten la cabeza esperando la liberación... Estén alertas... Estén despiertos!" Preguntémosles: ¿Tenemos esperanza? ¿Qué esperamos? ¿O no esperamos nada? ¿Tienen algo que ver las esperanzas humanas con la esperanza cristiana? Pero ¿qué significa la esperanza cristiana?

Dado el breve tiempo del que disponemos, es imposible dar respuesta a las muchas preguntas que surgen al plantearnos el tema de la esperanza.

Antes que nada, es conveniente recordar los cuestionamientos que se han hecho a la esperanza cristiana. Tenemos que aprender de críticos inteligentes: señalan deformaciones del evangelio de las que no somos conscientes. Sabemos que Marx ha calificado al cristianismo de "opio del pueblo": la esperanza sería como una droga a la que acude la gente explotada para poder soportar su situación miserable: los explotan aquí, sufren allá, pero serán recompensados en la otra vida. La esperanza del cielo ayuda al que sufre en la tierra. Y Freud considera la esperanza cristiana como una ilusión substitutiva. Es una engañosa huida de un presente insatisfactorio hacia un imaginario futuro consolador.

En ambos casos, desde distintos puntos de vista, el cristianismo y la esperanza que predica aparecen como un grave obstáculo a la realización humana, un impedimento que hay que remover si se quiere ser hombre, si se quiere madurar, si se quiere crecer.

¿Es pertinente la crítica de estos dos "maestros de la sospecha"? ¿La esperanza cristiana es como ellos la describen? Es indiscutible que desenmascaramos actitudes existenciales y exposiciones doctrinales lamentablemente muy difundidas.

Hay caricaturas de la esperanza cristiana que la presentan "asépticamente" purificada de toda relación con la vida concreta, como si no tuviera nada que ver con lo que sucede en este mundo y en esta historia.

En ese caso, se reduce la esperanza cristiana a la "esperanza en la otra vida", a la esperanza en la "salvación del alma". Quienes tienen esa actitud se imaginan que a medida que la gente va muriendo, va "saliendo" de este mundo y va "entrando" en el otro. Este mundo, mientras tanto, sigue siendo escenario de esa tragicomedia que es la historia humana hasta que se acabe la representación y se desarme el tinglado.

No hay duda de que esta imagen de "El gran teatro del mundo", (tal es el título de un famoso autosacramental de Calderón de la Barca), sigue influyendo en la mayoría de los cristianos. Como si la realidad estuviera dividida en dos compartimientos estancos: este mundo, el otro mundo; esta vida, la otra vida; el más acá y el más allá. Esta es la actitud que proponen las se-

"ESPERANZA CONTRA TODA ESPERANZA"

tas y la actitud que fomentan no es la esperanza cristiana. En realidad, es/ un modo de camuflar la desesperación, es una mixtificación de la esperanza./ Propagandizan una felicidad ultraterrena mientras este mundo sigue "en poder del maligno". Es una reducción espiritualista e individualista de la esperanza cristiana.

Esa esperanza minimiza las injusticias que claman al cielo o, mejor dicho, las injusticias que hacen pregustar el infierno.

Pero -se podría preguntar-, ¿acaso la esperanza cristiana no tiene como objeto el futuro y, precisamente, un futuro más allá de la historia? ¿No es/ cierto lo que leemos en la segunda carta de Pedro: "Nosotros, de acuerdo con la promesa del Señor, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, donde habitará la justicia"? (2 Pe. 3, 13).

¿No se diferencia acaso el cristianismo de esas ideologías, como la marxista, cuya perspectiva es puramente terrena? Con respecto a esto, la caída/ del muro de Berlín aparece como un símbolo de su fracaso estrepitoso.

Aunque la esperanza cristiana no pueda ser reducida a la salvación del/ alma, sin embargo, su objetivo es una realidad trascendente: la venida de // Cristo al fin del mundo. El mismo Jesús nos enseñó a pedir en el Padrenuestro: "Venga a nosotros tu Reino".

¿Qué podemos decir? ¿No es verdad todo esto?

¿No es correcto lo que afirma esa antigua oración: "Dios te salve, Reina y Madre de misericordia", que el mundo es "un valle de lágrimas" y que so mos peregrinos en este mundo, camino hacia la patria celestial? ¿No es acaso la esperanza la actitud propia de quien sólo está de paso y que debe resistir las tentaciones que pretenden distraerlo con las cosas de este mundo?

Este modo de hablar -sin entrar a corregir detalles que se prestan a interpretaciones erróneas- pone el acento en un aspecto importante de la esperanza cristiana. Pero es indispensable completarlo, porque si se lo afirma / como si fuera el todo, es falso.

A nosotros, los de cultura occidental, nos resultan muy difíciles las / actitudes dialécticas. Este término, "dialéctica", no tiene sinónimos. Para/ entenderlo se puede decir que consiste en la afirmación contemporánea de dos cosas contrarias: esto y lo otro; nosotros tenemos tendencia a elegir uno de los dos polos: esto o lo otro. Esta visión dialéctica es absolutamente necesaria para comprender la Biblia. A primera vista, por ejemplo, nos resulta / difícil combinar la autonomía del hombre con su dependencia frente a Dios; / nos resulta difícil comprender cómo Dios, a pesar de no ser un elemento del/ mundo, siendo absolutamente gratuito, es, sin embargo, el salvador: "Dios es gratuito, pero no superfluo" (GONZALEZ RUIZ).

Algo parecido nos pasa con la esperanza cristiana: tenemos dificultad / en comprender que, aunque se refiere al futuro, se "conjuga" en presente. Esta dificultad con respecto a la esperanza es consecuencia de que nos cuesta/ entender el núcleo del mensaje de Jesús. Es cierto que Jesús nos enseñó a orar: "Venga a nosotros tu Reino", pero su palabra y su acción proclamaban // que el Reino ya había comenzado en este mundo y en esta historia (Mc. 1, 15; Lc. 17, 21).

Nos cuesta visualizar la tensión dialéctica entre los dos estadios del/ Reino:

- * el ya del Reino en su etapa germinal
- * y el todavía no de su etapa definitiva.

Es cierto que esperamos una realidad futura, ese "cielo nuevo y esa tierra nueva donde habita la justicia". Todavía no ha tenido lugar: abunda la / injusticia y la mentira.

Pero, sin embargo, ya en este tiempo ha despuntado la aurora del Reino, aunque no hayan sido totalmente vencidas las tinieblas del pecado. La presencia del Reino es discreta, germinal, pequeña como una semilla de mostaza.

No podemos anular ninguno de los dos polos de tensión en que se realiza el Reino de Dios.

ESPERANZA CONTRA TODA ESPERANZA

Si no se tiene presente que el Reino ya ha comenzado, la esperanza constituye una evasión a la ilusión o es causa de alienación.

El olvido del ya del Reino es propio de una iglesia aparentemente muy / espiritual pero, de hecho, sólidamente amarrada a los poderosos que se benefician con el "statu quo"; de una iglesia que habla del cielo pero que permanece muda ante las injusticias; de una iglesia que renuncia a su misión profética de anuncio y de denuncia.

El olvidar el todavía no del Reino alimenta la arrogancia de la iglesia que se identifica con el Reino de Dios, cayendo en la tentación del absolutismo de la verdad inmutable y en el rigorismo totalitario.

Esperar la venida del Reino de Dios es operar por la venida del Reino / de Dios. No hay una "historia separada del Reino de Dios" (BLOCH) cuyo cumplimiento el cristiano espere aparte de esta historia concreta de la humanidad. "El Reino de Dios no se realiza en un lugar distinto sino en medio de / este mundo, de esta historia" (PIEPER).

Ciertamente, no sabemos cómo será la etapa definitiva. Como lo confiesa el Concilio Vaticano II: "Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación / de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos cómo se transformará el universo" (G. S. #39).

No nos podemos hacer una idea de lo que signifiquen, en concreto, las imágenes "resurrección", "tierra nueva". Pero ciertamente quieren decir que / no emigraremos a otro mundo sino que nosotros, este mundo y esta historia, / serán transfigurados. El Reino de Dios será un don pero ya es hoy una tarea. Y trabajan por el mundo nuevo, por el Reino, creyentes y no creyentes. Todos los que, de distintas maneras, obreros, madres y padres, economistas, maestros, etc., etc., trabajan para que "se pase de condiciones de vida menos humanas a condiciones de vida más humanas" (Pop. Progr. 20-21); cualquiera sea el nombre que se le de a esa tarea, participan quizás anónimamente del impulso de la esperanza cristiana.

Por otra parte, la esperanza cristiana no nos ofrece un reportaje anticipado del último día de la historia; no es un "seguro" frente a la imprevisibilidad y ambigüedad de la historia. La esperanza cristiana no garantiza / un "happy end" intrahistórico. Nos promete un sentido, pero oculto en el misterio. El hombre tiene siempre la tentación de descubrir las leyes de la historia e intenta superar el miedo ante la historia tratando de encerrarla en / un sistema. Hay que elegir: sistema o misterio.

Los cristianos no tenemos un proyecto propio para una nueva sociedad. / El Reino de Dios es un horizonte que está siempre más allá de las realizaciones de la justicia y del amor de que el hombre es capaz. El Reino es un plus que viene de Dios como un don; como el hijo es un plus del amor de los esposos: fruto y don inseparablemente.

Por eso la esperanza cristiana no se presenta como alternativa de las / esperanzas humanas. Toma cuerpo en ellas aunque no se agote en ellas, y alerta contra la tendencia a la absolutización.

Esa absolutización, por ejemplo, del modelo tecnocrático vigente actúa / como una vacuna contra la esperanza.

Es que en este modelo no hay lugar para el futuro. "El futuro es deducible del presente". Lo que se llama "futuro" es, en realidad, la consolidación de un presente sólo cuantitativamente mutado.

Y esta concepción, aparentemente tan moderna, nos retrotrae a etapas // pre-técnicas de la civilización. También en éstas el futuro se pensaba "domesticable", la adivinación "pre-veía" el porvenir, la magia "pro-vocaba". / Hoy ha cambiado el instrumental: los augures contemporáneos prefieren la informática a las entrañas de las aves, los complicados cálculos matemáticos a los estados místicos de trance. Pero la convicción de base es idéntica: el / mañana puede ser preanunciado porque está contenido en el hoy.

Y otro elemento característico de este modelo es que, "sacralizando el / slogan "crecimiento por el crecimiento", se transforman los medios -incremento de la producción y del consumo- en fines. Con lo cual se llega a que ya / no hay fines; el proceso no tiende a una meta genuina, y todo amenaza con su mergirse en el sinsentido del proceso por el proceso mismo" (RUIZ DE LA PEÑA).

ESPERANZA CONTRA TODA ESPERANZA

La esperanza cristiana enraizada en el Reino de Dios representa una protesta contra esta "colonización del futuro por el presente" (GARAUDY).

La esperanza cristiana es una porfiada afirmación de que hay esperanza / para aquellos a los que se pretende despojar de la esperanza. La esperanza / cristiana es "una esperanza contra toda esperanza" (Rom. 4, 18).

++++++

FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCION

CICLO C

EL CULTO A MARIA ANTE EL ECUMENISMO Y LA EMANCIPACION DE LA MUJER.LA VIRGEN DE GUADALUPE

El Segundo Domingo de Adviento -hoy- cede ante la fiesta de la Inmaculada Concepción. Por eso no se hacen las lecturas de Adviento sino de pasajes bíblicos referidos a María.

Es esta una fiesta que tiene su origen en el medioevo, pero que ha adquirido universalidad a partir del siglo pasado cuando el 8 de Diciembre de 1854 el Papa Pío IX declaró como dogma de fe la Inmaculada Concepción de María.

El dogma afirma que la gracia que recibimos en el bautismo, María la recibió milagrosamente en el mismo momento de su concepción. Dicho de otra manera, María fue preservada del pecado original desde su concepción en razón de que iba a ser la madre de Jesús.

La fiesta es una ocasión para hablar de María en nuestra vida y en la vida de la Iglesia. Aprovechamos este momento para reflexionar sobre ciertos problemas que suscita hoy el culto a María, problemas en los que no pensaban nuestros mayores pero que nosotros no podemos eludir. Nacen de una doble vertiente: por una parte, del modo como comprendemos la fidelidad al evangelio y, por la otra, de ciertas características de nuestro tiempo que no podemos desconocer.

Dado lo limitado del tiempo que disponemos, aludiremos sólo a tres: la relación del culto a María con la Biblia, su relación con el ecumenismo y // con la emancipación de la mujer.

1.-

Para hablar de María no podemos utilizar hoy el criterio que propugnaba un teólogo del medioevo: "De María nunquam satis", es decir, "Acerca de María nunca hablaremos demasiado". Tal modo de pensar ha dado y sigue dando pie a exageraciones que, sin duda, hemos oído en predicaciones, oraciones y cantos. Esa multiplicación de imágenes grandiosas y de calificativos en superlativo que hacían de María casi una "semidiosa".

Tales expresiones son incompatibles con los datos realmente exigüos que tenemos en el Nuevo Testamento sobre la madre de Jesús. Para nosotros, cristianos, el Nuevo Testamento y la Biblia toda es la norma de nuestra fe.

Pablo VI publicó un valioso documento sobre el culto a María, "Marialis cultus" (1974). Con respecto a este punto, decía: "El culto a la Santísima Virgen... debe inspirarse en ella (la Biblia) para lograr un nuevo vigor y a yuda segura. Se requiere que las fórmulas de oración y las composiciones destinadas al canto tomen de la Biblia sus términos y su inspiración. Sobre todo, es necesario que el culto a la Virgen esté impregnado de los grandes temas del mensaje cristiano" (#30).

2.-

Ciertamente, esta mayor fidelidad a la Biblia en el culto mariano será de gran ayuda para la tarea ecuménica. Comenzada con el Documento sobre Ecumenismo en el Concilio Vaticano II (1962-65) cristalizó en el Secretariado para la Unión de los Cristianos y en la formación de varias comisiones mixtas con representantes de las iglesias ortodoxas y protestantes.

El tema mariano no sólo no es un obstáculo en nuestra relación con los ortodoxos sino un punto de convergencia. Estas iglesias orientales (de la Unión Soviética, de Grecia, de Bulgaria, etc.), separadas de Roma en el 1054, tienen una muy rica tradición de devoción a María.

Pero no sucede así con las iglesias nacidas de la Reforma del siglo XVI (luteranos, calvinistas, etc.). Muy apegados a la Sagrada Escritura, son particularmente sensibles a las manifestaciones barrocas del culto a la Virgen María: denuncian ciertas tendencias a la "mariolatría".

Cuando hablamos de los protestantes debemos hacer una aclaración: está muy difundida una interpretación errónea de la palabra "protestante". Muchos

EL CULTO A MARIA ANTE EL ECUMENISMO Y LA EMANCIPACION DE LA MUJER.LA VIRGEN DE GUADALUPE

piensan, al escuchar la palabra "protestante", en las sectas: los Testigos / de Jehová, los Mormones, los Pentecostales e, incluso, en esos grupos como / los del Pastor Jiménez, del Reverendo Cabrera, etc.

No hay que confundir las iglesias protestantes (luteranos, anglicanos, / etc.) que son iglesias hermanas con las que la Iglesia Católica está dialo- / gando en orden a una reunificación, con las sectas. Las sectas suelen fomen- / tar una actitud anticatólica y, sobre todo, distorsionan el evangelio a pe- / sar de que citen un reducido ramillete de textos bíblicos. En estos días he / leído que se prepara una "campana católica" contra las sectas. No sé cómo se / hará, pero temo que se manipule a la Virgen María para ir contra las sectas.

La preocupación de muchos católicos ante el avance de las sectas es que / corremos el riesgo de dejar de ser mayoría en el país: "Nos están sacando la / gente", constatan con angustia. Enfocan el problema con mentalidad mercantil / como si se tratara de un conflicto entre "mercados religiosos". Las sectas / aparecen como un mercado más agresivo que capta más adeptos. Por eso progra- / man campañas empleando los medios de difusión para retener a los que podrían / irse.

No podemos responder al desafío de las sectas organizando campañas o // / cruzadas en su contra.

El fenómeno de las sectas exige una profunda revisión de nuestras comu- / nidades: parroquias y movimientos, y de la ubicación de la jerarquía de la I / glesia en la sociedad. El estilo de vida de la Iglesia, de los dirigentes y / de las comunidades tiene que ser más evangélico, tenemos que vivir la frater / nidad que predicamos.

3.-

Otro problema del cual hoy somos conscientes es la influencia negativa / que ha tenido el culto a María con respecto a la emancipación de la mujer en / la sociedad moderna. Los movimientos que luchaban por la igualdad de dere- // chos entre la mujer y el hombre han sido descalificados por la jerarquía ape / lando frecuentemente a la imagen de María.

Se exaltaba a María, idealizándola como "Virgen" y "madre", pero al mis / mo tiempo se postergaba a las mujeres concretas relegándolas al silencio en / una Iglesia dirigida por hombres.

Es muy difícil liberarse del peso de una tradición de siglos de litera- / tura piadosa sobre la Virgen María que, sacralizando la pasividad y el ocul- / tamiento, justificó el negar a las mujeres su participación y responsabili- / dad en la organización y la marcha de la Iglesia.

El modo corriente de presentar a María, la "virgen y madre humilde", re / forzó la imagen de la mujer como un ser delicado, miembro del "sexo débil", / tanto más mujer cuanto más capaz de abnegación como "esposa y madre" depen- / diente y al servicio del varón.

Gracias a Dios también en nuestra patria están surgiendo movimientos de / emancipación y liberación de la mujer, aunque mucho más tímidamente que en o / tros países de América Latina, de Europa y de Estados Unidos.

Ya Juan XXIII, hace casi treinta años en la Encíclica "Pacem in Terris" / de 1963, ponía como uno de los signos de los tiempos "el ingreso de la mujer / en la vida pública". Decía: "En la mujer se hace cada vez más clara y operan / te la conciencia de la propia dignidad. Ella sabe que no puede consentir en / ser considerada y tratada como un instrumento; exige ser considerada como // persona, en paridad de derechos y obligaciones con el hombre" (#39).

En la Iglesia Católica estamos todavía en deuda con la revolución que i / nició Jesús en lo que se refiere al lugar de la mujer en la comunidad de los / creyentes.

En la medida en que las mujeres hayan conquistado el lugar a que tienen / derecho en la Iglesia, ello podrá también incidir en una nueva forma de devo / ción a María. La María de la devoción tradicional fue influenciada por la si / tuación de la mujer en los siglos en que fue creada y floreció. Coincidió en / lo que afirmaba un buen teólogo católico de Estados Unidos: "Si hay que cons /

EL CULTO A MARIA ANTE EL ECUMENISMO Y LA EMANCIPACION DE LA MUJER.LA VIRGEN DE GUADALUPE

truir una nueva mariología, la tienen que construir las mujeres" (J. MC KENZIE).

El habla así porque en Estados Unidos, como en Europa y también en Brasil, hay un buen número de teólogas, mujeres que han estudiado y enseñan y escriben teología. En nuestro país son muy pocas las teólogas y no tienen aún una presencia en la iglesia argentina. Como aclara Mc Kenzie, no es correcto afirmar que Jesús, por razón de su sexo, puede ser comprendido mejor por los varones y María, por la misma razón, comprendida más adecuadamente por las mujeres. Pero teniendo en cuenta la historia y la situación actual, conviene que "durante un tiempo dejemos a María en manos de sus hermanas".

Ciertamente sería muy saludable que también en nuestro país hubiera mujeres que se animaran a estudiar teología para hacer sus aportes no sólo en lo que toca al tema de María, sino también a los demás aspectos de la teología, el tema de Dios, de la creación, de la liturgia, de la Biblia, de la moral.

Les recuerdo que dentro de unos días, el 12 de Diciembre, se celebra la fiesta de la Virgen de Guadalupe que es patrona de nuestra parroquia y de nuestra diócesis, pero, además, de toda América Latina. Entre nosotros pasa casi desapercibida porque Monseñor Boneo, el primer obispo de Santa Fe, por razones pastorales puso su fiesta quince días después de Pascua. En 1899, cuando fue declarada Patrona de la diócesis, Santa Fe era una diócesis totalmente rural y Diciembre es una época de cosechas y de fuerte actividad en el campo. Además, el tiempo de Pascua posibilitaba el cumplimiento del precepto de la comunión pascual.

Pero celebramos también la fiesta del 12 de Diciembre, día que recuerda el milagro de las rosas de aquel día de 1531.

Aunque la importancia del hecho de Guadalupe merezca que le dediquemos más tiempo, me parece conveniente aprovechar esta ocasión para aludir a él al menos brevemente.

Para comprender el profundo significado de Guadalupe es necesario tener en cuenta la situación histórica en que se realizó la aparición.

En México, como en las otras partes de América, tuvo lugar lo que afirma el documento sobre el racismo de la Comisión Pontificia "Iustitia et Pax": "La primera gran corriente de colonización europea es acompañada de hecho por la destrucción masiva de las civilizaciones precolombinas y por la sujeción brutal de sus habitantes" (#3).

El vía crucis del pueblo mejicano comenzó con el desembarco de Hernán Cortés el Viernes Santo, 22 de Abril de 1519, y tuvo su punto culminante con la batalla final del 13 de Agosto de 1521, la caída de Tlatelolco, la capitulación. Fue no sólo un derrumbamiento militar sino humano: su capital conquistada, sus mujeres violadas, sus templos destruidos, sus dioses derrotados.

Las atrocidades de la conquista hacen resaltar más los esfuerzos de los misioneros. Intentaban identificarse con el pueblo, pero no se comprendían; los misioneros juzgaban al mundo mejicano con su mentalidad española.

Diez años después de la conquista, en 1531, tuvo lugar la aparición.

La historia es conocida. Juan Diego, un indio cristiano, iba a la barrida de Tepeyac y oyó una música. Al acercarse al lugar de donde provenía, se le apareció una señora que, hablándole no en español sino en su lengua indígena, nahuatl, le pidió que fuera al Arzobispo y le dijera que la Virgen María, "la madre del verdadero Dios por quien se vive", quería que se le edificara un templo en aquel lugar para que en él "pueda mostrar todo mi amor, compasión, ayuda y defensa a todos los habitantes de esta tierra... escuchar sus quejas y socorrer sus miserias, penas y sufrimientos".

El Arzobispo no creyó al indio y le dijo que pidiera a la señora una señal. La señora envió a Juan Diego a recoger rosas en un lugar donde sólo crecían cactus; además, era en vísperas del frío invierno. Ella misma dispuso las rosas en la "tilma", el poncho de Juan Diego. Y cuando éste abrió el poncho en presencia del Arzobispo las rosas cayeron al suelo y apareció en el poncho la imagen que conocemos y que se venera en México hasta hoy.

EL CULTO A MARIA ANTE EL ECUMENISMO Y LA EMANCIPACION DE LA MUJER.LA VIRGEN DE GUADALUPE

Las circunstancias de la aparición, la música y las flores y los detalles de la imagen tenían un sentido profundo para los indios. En otra ocasión los explicitaremos. Pero el mensaje de Guadalupe tiene validez para nosotros en vísperas del quinto centenario de la llegada de Colón y del cristianismo a América.

Guadalupe tiene, como pedía Paulo VI en el texto que citábamos, una profunda relación con el mensaje cristiano. Es un mensaje de liberación no con palabras sino en una imagen. La imagen de Guadalupe tiene los rasgos de una mujer mestiza: es la reivindicación divina de la mujer oprimida.

La conversión de México comienza con Guadalupe. La evangelización, a pesar de la buena voluntad de los misioneros, no avanzaba. Después de Guadalupe se produce el gran vuelco.

¿Qué había sucedido? La intervención del pobre, encargado de la misión de evangelizar al obispo. El pobre no es un sujeto pasivo, es el heraldo de una nueva humanidad.

La Virgen de Guadalupe es un símbolo del nuevo cristianismo: no es una prolongación de las religiones precolombinas, pero tampoco un trasplante de la cristiandad hispánica. La Virgen tiene el rostro de una mestiza, es una expresión original del cristianismo: para ser cristianos no tenemos que hacernos españoles, no tenemos que hacernos europeos. Guadalupe es la aurora de un cristianismo nuevo, el cristianismo americano que aún tenemos que plasmar.

La Virgen de Guadalupe ha sido y sigue siendo el estímulo para las luchas de liberación del pueblo mejicano. Miguel Hidalgo, el padre de la independencia mejicana, luchó bajo el estandarte de la Virgen de Guadalupe. Era sacerdote y predicaba a sus fieles: "¿Quién les ha enseñado que es necesario ser español para ser católico? ¿No ven que la monarquía española está utilizando la religión en defensa de su corona y de sus colonias?".

En Guadalupe la Virgen Madre expresa la reivindicación de las mujeres violadas. Su diálogo en nahuatl, en la lengua propia de Juan Diego, manifiesta que Dios devuelve su dignidad a los pobres reducidos al silencio.

Guadalupe muestra el camino que tenemos que transitar para crear un culto a María, verdaderamente liberador.

++++++

¿QUE TENEMOS QUE HACER?

En el tercer domingo de Adviento aparece la figura de Juan Bautista. Su función en el evangelio y en la tradición cristiana es preparar a la gente / para el encuentro con Jesús.

El acento no está puesto en la persona de Juan sino en su misión. Su misión profética eclipsa a su persona. Y ello condiciona su actualidad. Como decía Orígenes: "A mi parecer, el sacramento de Juan sigue siendo actual todavía hoy en el mundo. A todo aquel que va a creer en Cristo Jesús, le sale / antes al encuentro el espíritu y el poder de Juan preparando al pueblo para / el Señor, allanando los caminos en las asperezas del corazón y enderezando / los senderos para preparar al Señor un pueblo perfecto. No solamente en aquel tiempo había que preparar los caminos y enderezar las sendas: también / hoy el espíritu y la fuerza de Juan preceden la venida del Señor Salvador" / (Homilía sobre Lucas IV, Migue p. 937 Coll. 1811).

El mensaje de Juan es un llamado a la conversión, un llamado urgente a / cambiar de vida ante la inminencia de la venida de ese que Juan caracteriza / como "más poderoso que yo, a quien yo no soy digno de desatar la correa de / sus sandalias, el que bautizará con Espíritu y fuego" (vs. 16). Juan está en la línea de los profetas del Antiguo Testamento: Sólo el que se abre al o- / tro, sólo el que comparte con el otro, está preparado para recibir al Señor / (Is. 1, 10-20 y, sobre todo, Is. 58, 1-2, especialmente 6-9).

¿Qué tenemos que hacer?

Tres veces se repite en el evangelio de hoy esta pregunta. Y no entendemos el evangelio si lo consideráramos como una simple información de lo / que pasó hace dos mil años a la orilla del Jordán.

¿Qué tenemos que hacer? es una pregunta que tenemos que hacerla nues- / tra. Se nos lee hoy este pasaje del evangelio en vísperas de la Navidad para que brote en nosotros, de lo profundo de nuestro corazón, esa pregunta: ¿Qué tenemos que hacer?

Pero ¿cómo entender esta pregunta? ¿Acaso no sabemos lo que tenemos que hacer? Preguntar qué tenemos que hacer parece una pregunta superflua o sin / sentido. Tenemos tantas cosas que hacer que no nos alcanza el tiempo...

¿Qué tenemos que hacer? Vivir, trabajar para vivir, preocuparnos de nosotros y de los hijos y, en muchos casos, también de nuestros padres ancianos o enfermos... ¿Eso tenemos que hacer o hay que hacer algo más? Bueno, // quizás habría que agregar el componente religioso. También vamos a misa, rezamos... ¡Ah! Se podría agregar que también ayudamos a los pobres, a los que pasan pidiendo por casa, y quizás también a alguna institución como caritas, por ejemplo... ¿Qué más tenemos que hacer? ¿Hay que hacer algo más?

Muchos cristianos responderían más o menos así a la pregunta "qué tenemos que hacer". ¿Es correcta la respuesta? Quizás sería correcta la respuesta si nosotros y nuestra familia fuéramos los únicos hombres del mundo, si / el horizonte que abarcara la pregunta estuviera circunscripto a las cuatro / paredes de nuestra casa. Ciertamente, no se puede negar que mucha gente vive así. Vive como si el ámbito de sus responsabilidades no excediera el estrecho círculo familiar. Si hacen algo que va más allá, lo consideran como algo extra. Están absorbidos por el acelerado ritmo de la vida y no tienen tiempo para preguntarse si lo que están haciendo es lo que tienen que hacer. Hacen / y siguen haciendo. Cuando llega la noche y vuelven a casa, sin ganas de nada, encienden el televisor, ese símbolo de nuestro mundo, con su parloteo incesante, su sobreabundancia de informaciones inútiles y de propagandas mentirosas, con esa visión fragmentada de la realidad que le arrebató a la gente / la última porción de tiempo que le queda para entrar en sí misma.

¿Qué tenemos que hacer? Sí, hay algo que hacer: ¡Hay que despertar! Como escribía Pablo a los cristianos de Roma: "Ha llegado la hora de despertar... la noche ya está avanzada y se acerca el día" (Rom. 13, 11-12).

Vivimos como aturcidos, tironeados por las ocupaciones y preocupaciones. Tenemos la sensación de que vivimos porque hacemos cosas, porque nos movemos, "caminamos", pero... ¿cuál es la meta?

La situación en que nos encontramos la expresa muy bien Buñuel en esa / película "El discreto encanto de la burguesía". El leit-motiv que encadena /

¿QUE TENEMOS QUE HACER?

las distintas partes de la película muestra a los protagonistas caminando // por una carretera que atraviesa un campo. No hay ningún punto de referencia/ ni en la carretera ni en el horizonte. La gente camina, uno al lado del o-// tro, sin hablarse. No se ve ni de dónde vienen ni adónde van. Sólo se mue-// ven, no se entiende ni por qué ni para qué.

¿Qué tenemos que hacer?

Es necesario hacer un alto, hay que prestar atención y caer en la cuenta de quiénes somos y qué estamos haciendo o dejando de hacer.

Hace un tiempo leía una entrevista a ese gran director de cine, Federico Fellini. Decía: (Es doloroso) "el encontrarse de improviso metido en la / vejez, sintiendo que gran parte de la vida ya se ha ido, y con la zozobra de no haber estado lo suficientemente atento, y darse cuenta de que ahora ya no hay tiempo, que las cosas de alrededor han cambiado; esa sensación de que ahora nadie te necesita o, por lo menos, de que no necesitan nada de lo que / sabes hacer".

El lamento por no haber estado lo suficientemente atento...

Esta actitud, el estar despiertos, el estar atentos, es la actitud propia del Adviento, es la recomendación constante de Jesús y el tema de no pocas parábolas: las de las chicas previsoras y distraídas (las vírgenes prudentes y necias) (Mt. 25, 1-13), la de los invitados descorteses (Lc. 14, // 15-24), la del administrador infiel (Lc. 16, 1-8), la del buen samaritano // (Lc. 10, 29-37). El estar atentos nos permitirá escuchar la voz de Dios.

A veces se piensa que creyente es quien pregunta a Dios o quien acepta/ las respuestas de Dios. Es cierto que la fe a veces se expresa en una pregunta: ¿por qué?, ¿por qué tengo que sufrir?, ¿por qué esta injusticia? Dios mí o, ¿por qué me has abandonado?

Pero en realidad es Dios quien pregunta. Y creyente es quien se deja // preguntar por Dios, quien es "responsable" ante Dios, quien responde a Dios. Y la pregunta de Dios al hombre es desde el comienzo: "¿Dónde está tu hermano?" Seguramente recordamos la respuesta del fratricida Caín: "No sé dónde es tá. ¿Acaso tengo obligación de ocuparme de él?" (Gén. 4, 9).

El estar atentos nos hace caer en la cuenta de que falta el hermano y / de que siguen muriendo hermanos. Y que esas muertes no son fatales sino que/ podían ser evitadas. ¿No tenemos nada que ver en eso? ¿Hacemos nuestra la // respuesta de Caín: ¿Acaso tengo obligación de ocuparme de ellos?

Nuestra fe nos dice que el ser hombres es una aventura solidaria. Pero, además, la conciencia de nuestros contemporáneos comparte esa visión. Hace / 43 años las Naciones Unidas promulgaban la Declaración de los Derechos del / Hombre.

Allí se afirma que todos los hombres tienen derecho a una vida digna. / Todos los hombres, sin distinción de raza, de lengua, de sexo y de religión, tienen derecho a que se respete su libertad y su manera de pensar; tienen de recho al trabajo, a una vivienda digna y a la educación.

¿Qué lejos estamos, no ya del evangelio, sino de la Declaración de los/ Derechos del Hombre!

¿Se trata de una ilusoria expresión de deseos?

Lamentablemente, así parece. Pero es algo más grave, porque el que se / reduzca a una vacía e ineficaz proclama tiene responsables con nombre y apellido. Es que por primera vez en la historia tenemos los medios para dar de/ comer a toda la humanidad. Y sin embargo siguen muriendo de hambre millones/ de hombres por año. ¿Por qué? Los excedentes de manteca y muchos otros pro-/ ductos van para alimento de animales en el Mercado Común. Y también en el / tercer mundo se ponen en práctica políticas análogas, por exigencias del mer- cado.

La respuesta de Juan Bautista adquiere hoy una dimensión planetaria: // "El que tenga dos capas dé una al que no tiene y el que tenga qué comer que/ haga lo mismo". El vestido y la comida simbolizan todo lo necesario para una vida digna.

Estar despiertos, estar atentos, significa caer en la cuenta de que hay

¿QUE TENEMOS QUE HACER?

que cambiar. No se puede seguir de largo como el sacerdote y el levita de la parábola mientras siguen muriendo los hermanos marginados, los que están al/margen del camino. Mucho menos se puede seguir banquetearlo opíparamente como el rico epulón mientras el pobre Lázaro sigue muriendo de hambre fuera de la puerta (Lc. 16, 19-22); y hoy Lázaro son millones.

Como decía ya Juan Pablo II en su primera Encíclica Redemptor Hominis, / esta parábola no se reduce sólo a la relación individual entre un rico y un / pobre sino que "pone en tela de juicio las estructuras y los mecanismos fi- / nancieros, monetarios, productivos y comerciales que, apoyados en presiones / políticas, rigen la economía mundial" (nº 16).

¿Qué tenemos que hacer?

En una sociedad que quiere vivir en democracia, participar en la vida / política no sólo mediante los partidos políticos sino también creando nuevos medios de participación.

Y para los dirigentes hay que actualizar las amonestaciones de Juan Bau- / tista a los recaudadores de impuestos y a los soldados. Hay que traducir sus palabras para los gobernantes (aquí acaban de hacerse cargo las nuevas auto- / ridades provinciales y municipales), los legisladores, los jueces, los empre- / sarios y ejecutivos...

No les es lícito utilizar el poder en provecho propio, utilizar sus car- / gos para enriquecerse o hacer negociados. Que la ley sea pareja para todos, / que se encarcele a los ladrones de guantes blancos y a los funcionarios que / han dilapidado los bienes de todos.

Que no se pretenda justificar las injusticias apelando a las exigencias de un plan económico o del mercado, ese nuevo Moloc al que se siguen sacrifi- / cando vidas humanas. Si son necesarios los ajustes, que sean equitativos; no como hasta ahora que los sufren los que menos tienen.

Los dirigentes tienen la obligación de gestar con creatividad las refor- / mas audaces que abran un camino de esperanza para millones de hermanos que / viven en condiciones infrahumanas. Si es grave dejar morir de hambre a un // hermano, tanto más grave es frustrar la esperanza de un pueblo que tiene de- / recho a vivir en libertad y dignidad.

###

CRISTO VIENE A VISITARNOS

El pasaje del evangelio nos relata la "visita de María a su parienta Isabel". Está en continuidad con el anuncio del ángel a María. Allí el ángel, ante la pregunta de María que no entiende cómo ella siendo virgen puede llegar a ser madre, le comunica el embarazo de su parienta Isabel que era estéril. Y el ángel expresa la razón de la esperanza: "No hay nada imposible para Dios"

El hijo de Isabel será Juan el Bautista quien bautizará al Mesías Jesús y lo presentará a Israel.

El relato de Lucas está lleno de reminiscencias del Antiguo Testamento.

María, en cuyo seno se está formando Jesús, se asemeja al Arca de la Alianza. En las letanías se saluda a María con ese título, extraño para nuestra mentalidad: María, Arca de la Alianza.

El Arca de la Alianza era un cofre construido con maderas y metales preciosos, donde se guardaban las dos tablas de la Alianza, del pacto que Dios había hecho con los israelitas en el monte Sinaí.

La nueva Arca es María porque en su seno se encuentra ya Jesús que es / la Nueva Alianza de Dios con los hombres.

El relato de Lucas trae a la memoria un texto del Antiguo Testamento en el que se narra el traslado del Arca de la Alianza hecho por el rey David (2 Sam. 6, 1-15)

- * María, como antes el Arca, se dirige a la región montañosa de Judea;
- * hay cantos de alegría en uno y otro texto;
- * así como David danzaba alegremente ante el Arca, Juan Bautista da saltos de alegría en el seno de su madre.
- * También son semejantes las palabras de admiración de David y de Isabel: "¿Cómo es que el Arca del Señor va a entrar en mi casa?" (2 Sam. 6, 9) / y "¿Cómo es que la madre de mi Señor viene a mi casa?" (Lc. 1, 43).

* Tanto María como el Arca permanecen en el mismo lugar tres meses.

Además, en el relato hay otra alusión muy iluminadora.

El evangelista, pasando por alto otros detalles de la visita de María a Isabel, pone el acento en el saludo de María y en los efectos que produce. / Tres veces menciona el saludo. Dice: "María entró en la casa de Zacarías y / saludó a Isabel... en cuanto Isabel oyó el saludo de María, el niño dió saltos de alegría en su seno e Isabel quedó llena del Espíritu Santo y exclamó: ¡Bendita tú...! ...apenas tu saludo llegó a mis oídos, el niño saltó de alegría en mi seno. ¡Dichosa tú...!"

¿Cuál era este saludo de María que produce estos efectos? El saludo de María es el clásico saludo judío: ¡Paz para ustedes! "Shalom!"

Entre nosotros, la palabra "paz" significa "ausencia de guerras". Pero / en hebreo, "shalom" significa mucho más. No es sólo la ausencia del mal de / la guerra, sino la presencia y la abundancia de todos los bienes: la vida, / la felicidad, la plena realización humana. Por eso en los profetas "shalom", la paz, expresa la llegada del tiempo mesiánico, la llegada de la salvación, de todos los bienes prometidos a los hombres.

A María subiendo los montes de Judea se pueden aplicar las palabras del profeta Isaías: "¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero / que anuncia la paz, que trae 'la buena noticia' (el evangelio) que pregona / la victoria, que dice a Sión: Tu Dios es rey!" (Is. 52, 7).

María es portadora de Jesús, la Buena Noticia de Dios a los hombres y / lo comunica en su saludo: Shalom, paz; y entonces se produce una efusión del Espíritu Santo, el profeta Juan Bautista comienza a dar saltos de alegría e / Isabel prorrumpe en bendiciones y bienaventuranzas.

María es el modelo del evangelizador; en vísperas de la Navidad nos a- / nuncia la cercanía de Jesús, el príncipe de la paz. El relato de hoy es ilus- / trativo del modo como llega Jesús, del modo como llega el evangelio.

CRISTO VIENE A VISITARNOS

Jesús llega de una manera discreta, de una manera respetuosa. No entra/ forzando las puertas de las conciencias de las familias o de la sociedad. // Por eso se lo puede dejar fuera.

María va a prestar un servicio humilde a su parienta en necesidad. //// Quien lleva el evangelio no puede ser como un rico que va a dar de su riqueza; tiene que ser como el pobre que va a prestar un servicio humilde. Cuántas veces se ha pretendido transmitir el evangelio del amor con prepotencia/ y apoyado en la fuerza de las armas o de la propaganda.

Anunciar el evangelio, la Buena Noticia de la presencia salvadora de // Dios en el mundo, implica la sensibilidad para descubrir su discreta presencia en los destinatarios del evangelio. María no va a un lugar vacío de //// Dios. En Isabel se está gestando la vida donde no había sino esterilidad y / muerte. La presencia de la vida es un signo de que Dios está presente y operante, es una señal del Dios de la vida.

El Reino de Dios comporta sí un comienzo que viene de Dios, pero no como un agregado artificial desde afuera sino como un desarrollo de virtualidades ocultas en el hombre. Cada uno de nosotros tiene en sí, como dormidas, 7 las potencialidades del hombre nuevo, de la vida nueva según Dios.

El anuncio del evangelio, que para cada uno puede asumir distintas formas: un hecho que nos interpela, una frase del evangelio, una persona, despierta en quien lo recibe esa posibilidad latente que corre el riesgo de /// frustrarse si cerramos nuestro corazón y nos "distraemos".

"¡No tengan miedo; abran las puertas a Cristo!", decía el primer día de su servicio papal Juan Pablo II (22-10-78). Es el miedo el que nos sugiere / hacernos los desentendidos ante las discretas llamadas de Cristo.

Cristo viene, Cristo quiere entrar, Cristo quiere encontrarse con nosotros. Pero la historia se repite: sólo los pobres le abren la puerta. En aquel tiempo y ahora.

Es lo que canta tan maravillosamente el "Magnificat", ese himno que los que confeccionaron el Leccionario incomprensiblemente ha reducido a su primera estrofa. Quizás para que no fuera tan larga la lectura. Pero vale la pena escucharlo:

"Mi alma canta la grandeza del Señor
y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador;
porque ha mirado con bondad la pequeñez de su servidora.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí;
su nombre es Santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
El hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide con las manos vacías.
Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre" (Lc. 1, 46-55).

María mira con alegría lo que Dios ha hecho en ella, una jovencita virgen y pobre, mira la pequeñez de su vida integrada en la historia de las intervenciones liberadoras de Dios. Preludia con su canto el discurso inaugural de Jesús que se presenta como el Mesías libertador de los pobres (Lc. 4, 16-18) y las bienaventuranzas y maldiciones del "Sermón de la llanura": "Felices ustedes los pobres... Ay de ustedes los ricos..." (Lc. 6, 20-26).

Para María los signos de la misericordia del Señor son la dispersión de los soberbios y el derribar de sus puestos a los poderosos, dar de comer a / los hambrientos y despedir a los ricos con las manos vacías. Los soberbios, / los poderosos y los ricos se oponen al amor de Dios que quiere la vida de // los pobres y los hambrientos.

El "Shalom" que anuncia María es acompañado por ruidos de guerra, la //

CRISTO VIENE A VISITARNOS

paz del Reino comporta la lucha con quienes defienden la "tranquilidad del / orden" (así define la paz San Agustín) basado en la injusticia.

Ya lo anunciaba el profeta Isaías: "Será rota la vara del opresor... se rán quemadas las botas que hacían resonar los soldados y las ropas manchadas de sangre. Porque nos ha nacido un niño... su nombre es "Príncipe de la Paz" (Is. 9, 3-5).

Nuestra vida, como la de María, está inserta en una historia de salva- ción. Ansiamos la paz. Quizás queremos encontrarnos con Cristo. Pero no nos/ engañemos. Tratemos de ver dónde estamos, de parte de quiénes estamos. No // con nuestros deseos, sino en la realidad.

Nos engañamos fácilmente creyendo que vivimos lo que pensamos y que ha- cemos lo que nos gustaría hacer. Quizás no nos sentimos ni soberbios de cora- zón, ni poderosos ni ricos, pero estamos de hecho alineados con ellos, vemos la realidad con sus ojos y la juzgamos de acuerdo a sus criterios; los me-// dios de comunicación están en sus manos y ellos modelan la "opinión públi-// ca". Quizás se despierta en nosotros un sentimiento de compasión ante la si- tuación de tantos que sufren, los que quedan sin trabajo, los jubilados y // pensionados que pierden el sueño porque saben que no les alcanzará para co-/ mer y comprar los remedios...

Pero, ¿no actuamos a veces como el sacerdote y el levita de la parábo-/ la, después de mirarlos, seguimos de largo? (Lc. 10, 29-32).

Aunque escrito en un contexto cultural muy distinto al nuestro, no ha / perdido actualidad ese hermoso soneto de Lope de Vega:

"¿Qué tengo yo que mi amistad procuras,
qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mis puertas, cubiertas de rocío,
pasas las noches del invierno obscuras?

¡Oh! Cuántas fueron mis entrañas duras
pues no te abrí; ¡Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud, el hielo frío
pasmó las llagas de tus plantas puras!

Cuántas veces el ángel me decía:
"Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía".

Y cuántas, Hermosura Soberana,
"Mañana le abriremos", respondía,
para lo mismo responder mañana."

###

NACIMIENTO DE JESUS DE NAZARETH, EL HIJO DE DIOS

Navidad, hoy es la fiesta de Navidad.

¿Qué evoca en nosotros la Navidad? ¿Qué sentimientos despierta? ¿Es sólo la ocasión para el reencuentro familiar en torno a una mesa en que aparecen el pan dulce, los turrones y la sidra?

¿Es la Navidad una fiesta de los niños en que se les regalan juguetes?

¿Es sólo una fiesta para intercambiar tarjetas de augurios y saludos: / "Feliz Navidad"? A veces se la engloba con el fin de año y el año nuevo y se dice genéricamente: "Felices Fiestas" de fin de año.

Es claro que la Navidad en nuestro país, como en otros países de tradición cristiana, ha llegado a ser una fiesta más, donde ya se ha desdibujado/ lo que dio origen a la fiesta.

Aunque no ha desaparecido del todo la imagen del pesebre: el niño Jesús entre María y José; aparece cada vez más el anciano barbudo "Santa Claus" // que invita a comprar regalos. Esta imagen tiene un origen cristiano; se trata del obispo San Nicolás del siglo IV. Sus ropas rojas adornadas de armiño/ recuerdan su carácter episcopal. Su relación con los regalos tiene una raíz/ legendaria. Cuenta la tradición que tres chicas de una familia pobre no se / podían casar porque su padre no podía darles la dote. Enterado el obispo Nicolás, hizo llegar secretamente tres bolsitas con dinero para la dote de las tres chicas.

En los países del norte de Europa se conserva la tradición de los regalos traídos por "Sankt Nikolaus" o apocopado "Sankt Klaus". Seguramente la/ mala pronunciación de "Sankt" ha dado origen a ese curioso femenino: Santa / Claus.

Pero la Navidad se asocia cada vez más con un arbolito adornado con colgajes de colores y luces, en que se ponen los regalos: el arbolito de Navidad. El arbolito, también noreuropeo, tiene origen pagano y fue cristianizado en la edad moderna. Hoy, ese barniz cristiano ha desaparecido y el arbolito es un símbolo festivo completamente neutro.

Asistimos a una revancha de la historia. Al comienzo del cristianismo / no se celebraba el nacimiento de Jesús. El culto de la comunidad cristiana, / además del ritmo semanal, se centraba en la celebración anual de la Pascua: / la muerte y resurrección de Jesús.

En el siglo IV comenzaron las comunidades cristianas de occidente a celebrar el nacimiento de Jesús. No se había conservado el recuerdo de la fecha exacta del nacimiento de Jesús; por eso los cristianos eligieron una fecha simbólica, el 25 de diciembre, en que se celebraba la fiesta pagana del/ "sol invicto".

En el hemisferio norte comienza el invierno y gradualmente van alargándose los días y acortándose las noches. El dios sol, que parecía haber sido/ vencido por las tinieblas, se demostraba invicto, vencedor de las obscuridades de la noche. Se hacían grandes fogatas y se festejaba con bailes y diversiones la fiesta del dios sol invicto. Los cristianos que habían tenido que/ practicar su culto en la clandestinidad, salieron en el siglo IV a la luz // del día y el cristianismo llegó a ser la religión oficial del Imperio.

Entonces cristianizaron la fiesta del "sol invicto". Cristo era el auténtico sol que comunica su vida a todos los hombres. Ese sol de justicia nace el 25 de diciembre. Y así quedó fijado en ese día el nacimiento de Jesús/ en Belén.

Pareciera que hoy, después de veinte siglos, la historia se ha tomado / la revancha: la Navidad ha perdido su referencia original a Jesucristo, se / ha convertido en una fiesta más, una fiesta entre otras tantas fiestas.

Nosotros hemos venido a misa; nuestra presencia en la misa de hoy, ¿qué sentido tiene?

Muchos católicos se acercan hoy a misa impulsados por un vago sentimiento religioso, resabio de tradiciones familiares: "En Navidad hay que ir a mi sa".

NACIMIENTO DE JESUS DE NAZARETH, EL HIJO DE DIOS

¿Algo así nos ha traído hoy a la iglesia? ¿Es sólo porque somos católicos y entonces parece lógico ir a misa en un día de "fiesta religiosa" importante.

Para nosotros, los cristianos, Navidad es otra cosa.

Es el recuerdo de un hecho único que cambió la historia, dividió la historia en dos: contamos nuestros años a partir de ese hecho sucedido hace mil novecientos noventa y un años (es sabido que hay un pequeño error de cálculo de unos seis o siete años). En tiempos del reinado del Emperador Romano Augusto, cuando gobernaba la Palestina un vasallo de los romanos, el sanguinario rey Herodes el Grande, en Belén, un pequeño pueblito a 8 kms. al sur de Jerusalén, nació Jesús de Nazareth.

Jesús de Nazareth no es una "idea", no es un mito, sino un hombre concreto, que vivió en un lugar y tiempo determinados, que murió crucificado en Jerusalén en el año 30 de la era cristiana.

Pero, ¿qué sentido tiene hoy, día de Navidad en que recordamos el nacimiento de Jesús, ese nacimiento en que se conjugan los cantos de los ángeles con los homenajes de los pastores, en un día en que todo habla de alegría y de paz, por qué recordar las obscuridades y tristezas del viernes santo?

La razón es que existe el gran riesgo de no interpretar correctamente el relato de Lucas. Es muy fuerte el peso de la mentalidad del católico medio que ha hecho de Jesús la imagen mítica, fantástica, de un dios en apariencia humana, ha transformado a Jesús en el propagandista de un humanismo abstracto.

Recordamos hoy el nacimiento de Jesús, pero ¿quién fue Jesús de Nazareth?

La imagen corriente es la de una persona buena que hablaba del amor. Jesús habría predicado que todos los hombres somos hermanos y que tenemos que amarnos unos a otros.

Pero si Jesús sólo hubiera dicho eso, si Jesús se hubiera circunscripto a insistir que todos los hombres tenemos que amarnos, jamás lo habrían matado. A quien dice que tenemos que querernos entre todos, no lo matan. Puede ser que lo consideren un "lírico", alguien que vive en las nubes, que no es consciente de lo que pasa en el mundo, de los conflictos de intereses y de la profundidad de los enfrentamientos entre los hombres. Pero una persona así no molesta a nadie, no tiene enemigos.

Pero Jesús tuvo enemigos; y enemigos poderosos.

¿Por qué tuvo enemigos? ¿Porque Jesús era bueno y la gente, los judíos, eran malos?

Esta simplificación pueril de la historia ha tenido trágicas consecuencias; el antisemitismo ha pretendido no pocas veces apoyarse en el evangelio. Hay cristianos que imaginan la historia de Jesús como si fuera una película de cowboy, de esas "de antes", donde "el muchacho" era el bueno y toda la gente era malísima.

No; la Palestina del siglo I era muy parecida a la Argentina de 1991. Es cierto que no había televisión, ni satélites, ni computadoras; pero la gente y su manera de comportarse no era muy distinta de nosotros.

Por eso se dice, y con razón, que si Jesús viniera de nuevo lo mataríamos de nuevo. Es conocida esa novela de Niko Kazantzakis que ha sido llevada también al cine: "Cristo de nuevo crucificado".

Jesús de Nazareth tuvo enemigos porque viviendo en una sociedad conflictiva, en una sociedad donde había explotados y quienes lucraban con esa situación, en una sociedad que se presentaba como religiosa pero que consideraba normal la marginación de personas y grupos, Jesús no fue neutral. Anunció que el plazo había expirado y que el Reino de Dios, que el reinado de Dios, había comenzado (Mc. 1, 14-15).

Pero esa Buena Noticia tenía como destinatarios primeros a los pobres, a los marginados: enfermos, endemoniados, prostitutas, pecadores.

Jesús vino "a anunciar la Buena Noticia del Reino a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar libertad a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del Señor" (Lc. 4, 18-19), como

NACIMIENTO DE JESUS DE NAZARETH, EL HIJO DE DIOS

lo había anunciado el profeta Isaías (61, 1-2).

Pero el anuncio comportaba la denuncia de un sistema religioso que había hecho de la Alianza de libertad una religión opresiva. El Dios libertador del Exodo se había convertido por la manipulación de los escribas en el garante de una sociedad injusta.

Jesús advertía al pueblo: "¡Cuidense de los escribas" que se aprovechan de la religiosidad de la gente para apropiarse de sus bienes! (Mc. 12, 38-// 40). Jesús justificaba su actitud con una afirmación que sonaba como un ataque a la religión: "No está hecho el hombre para el sábado, sino el sábado / para el hombre" (Mc. 2, 27), es decir: no está hecho el hombre para la religión sino la religión para el hombre.

Jesús para los escribas, los dirigentes religiosos de su tiempo, era un peligroso crítico de la religión, incluso "un blasfemo" (Mc. 2, 7). Más aún, un instrumento del demonio, "un endemoniado" (Mc. 3, 22.30). La gente, en // cambio, "lo oía con gusto" (Mc. 12, 37), lo consideraba un profeta, un enviado de Dios (Mc. 8, 27-29). Sus enemigos intentaban desprestigiarlo ante la / gente calificándolo de "glotón y borrachín" (Mt. 11, 19) porque "recibía a / los pecadores y comía con ellos" (Lc. 15, 2).

Jesús desenmascaraba la hipocresía de un culto que servía para tranquilizar las conciencias de los delincuentes. Ese es el sentido de su gesto profético de echar a los vendedores del templo: Ustedes, les dice, han convertido la casa de oración en una cueva de ladrones (Mc. 11, 15-17). En aquel // tiempo los ladrones se escondían en las cuevas para librarse de la policía y seguir delinquiendo. Hoy diríamos: "Han hecho de la Iglesia un 'aguantadero' de maleantes".

Llegó a hacerse insoportable a los "sumos sacerdotes y los escribas que buscaban la forma de matarlo" (Mc. 11, 18). Y finalmente lo hicieron. Fue // condenado a muerte como blasfemo por el tribunal religioso (Mc. 14, 63-64) y condenado como revolucionario político por el representante del Emperador Romano, Poncio Pilato (Lc. 23, 1-2).

Cuando lo tomaron preso, durante la noche sus discípulos "todos lo abandonaron y huyeron" (Mc. 14, 50). Murió diciendo una oración que parecía la / expresión del fracaso total: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt. 27, 46). Muchos hombres que lucharon por un mundo mejor antes y // después de El han muerto injustamente. La esperanza que había despertado su palabra y su acción parecía haberse frustrado para siempre.

Pero un tiempo después, sus discípulos tuvieron una experiencia que les cambió la vida. Vino a su encuentro Jesús resucitado: ¡el que estaba muerto, vive! Impulsados por la fuerza del Espíritu de Jesús, comenzaron a dar testimonio de esta Buena Noticia, de este Evangelio de Jesús.

Las palabras del centurión romano ante la muerte de Jesús: "Verdaderamente este hombre es el Hijo de Dios", expresa la fe de los primeros cristianos. Y hoy nosotros recordamos el nacimiento de Jesús que vive, el nacimiento de este hombre que es el Hijo de Dios.

Pero a esta expresión tan central de nuestra fe, la entendemos a veces / como si fuese una afirmación circumscripita al individuo Jesús de Nazareth. Y no es así. El contexto en que aparece en el Nuevo Testamento expresa la concepción de la Iglesia primitiva retomada por el Concilio Vaticano II: "Por / la encarnación, Dios se unió de alguna manera con todos los hombres".

Jesús de Nazareth, el Hijo de Dios, es el "sí" dado por Dios al proyecto humano.

Como lo han dicho muchos pensadores, entre ellos Marx: la verdad del // hombre no coincide con su realidad. La realidad del hombre es la que experimentamos todos los días en nosotros y en los demás: egoísmos, injusticias, / pequeñez... Pero nuestra verdad está más allá de nosotros, tendemos a ella / cuando buscamos el amor absoluto, la convivencia justa y fraterna...

"Jesús ilumina el dinamismo humano al decirnos que es un dinamismo hacia la filiación de Dios" (González Faus).

Por eso, sólo cuando vivimos aceptando al otro como hijo de Dios, cuando no acepto que se lo margine de la mesa de la vida, cuando lucho por su // dignidad que exige pan, trabajo, casa, salud, educación, libertad, sólo cuando

NACIMIENTO DE JESUS DE NAZARETH, EL HIJO DE DIOS

do me sitúo así ante los hombres, sólo entonces puedo entender lo que expresa la fe cristiana cuando confiesa que Jesús de Nazareth es el Hijo de Dios.

Y sólo entonces el recuerdo de su nacimiento, la confesión de su resurrección, es "una alegría para todo el pueblo" (Lc. 2, 10).

###

FAMILIA CRISTIANA: ¿UN MODELO DEL PASADO O UN PROYECTO DEL FUTURO?

Es una fiesta reciente; fue instituida en 1921 y responde a la conciencia de que la familia moderna requiere una preocupación especial por parte / de la Iglesia.

El texto del evangelio de hoy es el episodio final del "evangelio de la infancia" de Lucas. Constituye uno de los "misterios" del Rosario: "El niño / perdido y hallado en el templo".

El punto culminante del relato son las palabras de Jesús en el vs. 49: / "¿No sabían que yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre?". En el evangelio de Lucas, éstas, que son las primeras palabras de Jesús, y las últimas, las / que dice al morir: "Padre: en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc. 23, 46) aluden al Padre. Jesús de Nazareth es el Hijo de Dios.

En el pasaje de hoy es clara la contraposición entre las palabras de María: "Tu padre y yo te buscábamos..." y las de Jesús: "¿No sabían que yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre?". Jesús pone distancias entre su familia y su misión. Su misión no puede quedar encerrada en los límites de su familia porque nace de su relación peculiar con Dios a quien él llama "mi padre". Se trata del misterio de la persona de Jesús, por eso acota el evangelista: "Ellos no comprendieron lo que les decía" (vs. 50).

Jesús, el Hijo de Dios, es un hombre verdadero. El pasaje de hoy afirma que Jesús "regresó" con sus padres a Nazareth y les estaba sujeto. Jesús se / desarrollaba y su sabiduría se acrecentaba, gozando de la complacencia de // Dios y de los hombres" (vs. 52).

El evangelista Lucas nos presenta en estos versículos una escena familiar, pero su objetivo no es informarnos acerca de la vida de familia de Jesús, María y José, sino presentarnos el misterio de la persona y la misión / de Jesús. La vida de la familia de Jesús nos es tan desconocida como la misma vida de Jesús, de quien los evangelios nos hablan a partir del bautismo / de Juan, cuando "Jesús tenía unos treinta años" (Lc. 3, 23).

Conocemos el fuerte sentido familiar de los judíos, robustecido por los estratos más antiguos del ritual. La familia no es sólo una unidad natural, / sino también cultural-sacral; las familias son las células originarias de la / "Berit": la "Alianza" se concluyó con Abraham, con el linaje, la familia de / Abraham. Teniendo presente la enorme importancia de la familia en la Palestina del siglo I, llama poderosamente la atención la actitud de Jesús con "su / madre y sus hermanos": "¿Quién es mi madre? ¿Y quiénes son mis hermanos?". / Dirigiendo su mirada sobre los que estaban sentados alrededor de él, dijo: / "Estos son mi madre y mis hermanos. Porque el que hace la voluntad de Dios, / ese es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mc. 3, 31-35).

Jesús rechaza la tentativa de su familia de reintegrarlo al seno familiar. La familia veía con preocupación, "no comprendía", el sentido de la actuación de Jesús, lo veían como "un exaltado" y querían volverlo a la "sensatez" de la vida familiar (Mc. 3, 21). Jesús no permite que ninguna intimidad familiar interfiera en su tarea de mensajero del Reino de Dios.

Juan Pablo II, en su Encíclica sobre la familia, "Familiaris Consortio", dice que Jesús vivió largos años en su familia, y esta "familia única... transcurrió una existencia anónima y silenciosa en un pequeño pueblo / de Palestina". No obstante ello, puede ayudar "a las familias cristianas, // más aún, a todas las familias del mundo" para afrontar los desafíos del presente y del futuro.

No es fácil en breve tiempo hacer una reflexión sobre la familia.

La familia es la caja de resonancia de la situación de crisis en todos / los órdenes que vivimos en América Latina y en nuestro país.

Si millones de latinoamericanos, desde un campesino a una maestra, desde un indio mapuche a un muchacho que necesita trabajo, pareciera que no tienen derecho a una vida digna, a una vida que les asegure el respeto de su / persona y la satisfacción de las necesidades mínimas, es evidente que no están en condiciones de elegir libremente el modelo familiar más conveniente / para ellos.

Como leía hace un tiempo: "La familia, en Latinoamérica, es, mayoritariamente, apenas lo que puede..."

FAMILIA CRISTIANA: ¿UN MODELO DEL PASADO O UN PROYECTO DEL FUTURO?

¿El plan económico vigente tiene presente las necesidades de las familias? Creo que la respuesta es clara.

¿Cuál es el tipo de familia en los barrios marginados?: falta de trabajo, deficiente alimentación y salud, carencia de todo estímulo de superación, falta de ambiente propicio para la educación... Hambre de todo tipo: / hambre de pan, de dignidad, de Dios.

Es que la familia es el lugar donde se experimenta la unidad del hombre en contraposición con esa teórica separación entre lo material y lo espiritual. En la familia se experimenta que el amor no es sólo un hecho espiritual sino que está condicionado por realidades muy materiales. La casa, la comida, el vestido, no son sólo asuntos materiales. En la familia se manifiesta que no se puede viviseccionar el hombre lo espiritual de lo material. En la familia aparece que es un error fatal el de aquellos que piensan "Yo a mi familia no le hago faltar nada..." refiriéndose al dinero que aportan. ¿Y el amor? ¿Y el tiempo para estar con la esposa y con los hijos? ¿Y el clima para que se de el diálogo? ¿O no hay diálogo, ni entre los esposos / ni entre padres e hijos?

Los vínculos conyugales y familiares se han aflojado y muchas veces son casi inexistentes. La familia tiene muchas veces una vida breve: dura los días de la infancia de los hijos. Cuando llegan a la adolescencia, los hijos hacen su vida fuera de casa.

Durante la semana, cada miembro de la familia queda prácticamente limitado a su individualidad. Se convive poco. Se entra y se sale de casa a todas horas. Las diferencias de los horarios hacen casi imposible entablar relaciones profundas... A ello se agrega la televisión, a veces los dos o más aparatos de televisión.

Si la semana dispersa, ¿acaso sirve el fin de semana para reunir a la familia? ¿Cómo son los fines de semana en nuestras familias?

La familia es el lugar del crecimiento de las personas. No sólo los hijos, sino contemporáneamente los padres van haciéndose personas en la familia. Pero ello implica que la casa no sea una especie de hotel al que se viene a comer y a dormir.

La familia es el lugar donde se aprende a ser varón y mujer, donde se comienza a plasmar la personalidad en sus múltiples dimensiones, también la dimensión sexual. Mamá y papá son los primeros modelos de mujer y varón y de la relación entre ambos. "¿Querés que sea como vos, una dominada?", le espetó una adolescente a su madre. Los jóvenes sufren la ausencia de modelos.

En lo referente a las relaciones entre chicas y muchachos han caído muchos tabúes sociales y religiosos. Hay una gran desorientación. "Mi hijo se va quince días de vacaciones solo con su novia. ¿Qué tengo que hacer? No se lo puedo prohibir. Eso va totalmente en contra de lo que a mí me enseñaron; pero todos hacen lo mismo..."

Pareciera que en este punto, como en otros, los padres no saben qué hacer. Se encuentran desconcertados ante dos posiciones extremas. El rigorismo en que fueron educados, que no los convence porque no parece viable ni sano; y el permisivismo ambiente, que intuyen que es pernicioso para sus hijos.

A veces se plantean el problema cuando es demasiado tarde. Y entonces hacen lo que hace la mayoría, es decir, ser pasivos espectadores de lo que pasa.

El problema de la relación entre los sexos no puede afrontarse sino en el contexto más global de la formación de las personas: del respeto de la vida y sus ritmos, de la búsqueda y el aprecio por la verdad, del progresivo aprendizaje de la responsabilidad, de la valoración y la práctica de la solidaridad como referencia insoslayable del ejercicio de la libertad personal.

La diversidad de edades, sexos y temperamentos, enriquecen la consideración de los problemas con distintos puntos de vista. En la familia es donde se puede aprender a respetar y confrontar positivamente opiniones y pareceres diversos. Pueden encontrarse los modos para hacer converger en una síntesis creativa la experiencia de quienes no sólo tienen más años, sino que han aprendido de lo vivido y la mirada nueva y el sentido crítico de los más jóvenes.

FAMILIA CRISTIANA: ¿UN MODELO DEL PASADO O UN PROYECTO DEL FUTURO?

En la familia se comenta lo que pasa en la ciudad y en el mundo. Se hacen juicios sobre las medidas económicas, sobre las actuaciones de los políticos y de los dirigentes sindicales y religiosos, sobre las noticias policiales... y de ese modo se va conformando la sensibilidad o la insensibilidad social, se va creciendo en una actitud de responsabilidad y solidaridad o se va gestando y fortaleciendo el individualismo egoísta.

En la familia van creciendo los promotores de una convivencia democrática y participativa o, por el contrario, se preparan los miembros de una sociedad autoritaria, una sociedad de dominadores y dominados, donde sólo algunos hablan y deciden y todos los demás sólo tienen el derecho de escuchar y la obligación de obedecer.

La familia es el lugar donde con más inmediatez se percibe la coherencia o la incoherencia entre fe y vida. Las opciones concretas del estilo de vida, la jerarquía de valores de acuerdo a los cuales se vive, manifiesta, sin posibilidad de error, qué sentido tiene el ser cristiano para los miembros de una familia. En la familia se hace evidente que no se puede servir a dos señores: a Dios y al dinero, a Jesucristo y al ideal consumista.

En esta situación de crisis de la familia, algunas voces invitan a restaurar los "valores tradicionales" de la familia cristiana. Hablar de tradición o de valores tradicionales es ambiguo: ¿cuáles son, en concreto, esos pretendidos valores tradicionales?

Si somos sinceros, tenemos que reconocer que en lo que toca a la familia no todo tiempo pasado fue mejor. El modelo considerado como tradicional es el de la familia autoritaria, la de la época de "vicios privados y virtudes públicas".

La familia cristiana, más que un modelo del pasado, es un proyecto del futuro. Hay que inventarla a partir de confrontar el mensaje del Reino de Dios con la compleja realidad actual. Pueden servirnos de inspiración las pequeñas comunidades cristianas que surgieron en el Imperio Romano, al comienzo del cristianismo.

Hoy se nos presenta de un modo nuevo el desafío de ser cristianos. No podemos aislarnos y pretender construir un mundo y una historia paralela. Pero, por otra parte, no podemos acríticamente mimetizarnos con los criterios y valores prevalentes. En esta sociedad competitiva tenemos que conjugar de un modo nuevo la realización personal y la solidaridad social.

En un contexto de desorientación en el dominio de la sexualidad en que se conjugan paradójicamente la exaltación y la banalización del sexo, tenemos que propiciar una nueva forma de asumir la dimensión sexual y de vivir la relación entre los sexos.

La Iglesia Católica, a pesar de sus declaraciones, está en deuda en lo que toca a la familia. Para que su palabra sea creíble, es necesario que las autoridades de la Iglesia desautoricen a quienes, presentándose como defensores de la concepción católica de la familia, proponen el modelo de la familia autoritaria y represiva, seguro baluarte del "statu quo".

La Iglesia tiene que reconocer que no tiene una receta para la familia de hoy. El aporte propio de la Iglesia es presentar con su frescura originaria la persona de Jesús, anunciar con su incisividad revolucionaria su evangelio, y aprender de sus experiencias positivas y negativas vividas en los veinte siglos de su historia.

La Iglesia puede ser una ayuda para superar la crisis de la familia si se convierte en un ámbito de libertad, un ámbito acogedor, donde sea posible confrontar ideas y experiencias de familias abiertas al futuro. Su actitud tendría que estar de acuerdo con aquella copla de Antonio Machado:

"¿Tu verdad?
No; la verdad;
y ven conmigo a buscarla."

AÑO NUEVO: ENTRE EL PERDON DE DIOS Y LA ESPERANZA

La Liturgia celebra hoy la solemnidad de Santa María, Madre de Dios. Una fiesta muy antigua que el Papa Pío XI restauró en 1931 para celebrar el XV Centenario del Concilio de Efeso. Era la fiesta de la Maternidad de María que se celebraba el 11 de octubre. En el calendario litúrgico reformado por el Concilio Vaticano II se retornó a la antigua tradición que ubicaba esta fiesta en las cercanías de Navidad.

Hemos tenido ocasión, en el mes de diciembre, de reflexionar varias veces sobre María. Por eso creo más conveniente reflexionar, como cristianos, en esta fiesta común a creyentes y no creyentes: sobre el sentido del Año Nuevo.

No es una fiesta moderna sino que es una celebración que hunde sus raíces en los albores de la humanidad y, aunque varíen los modos de celebrarla/ según las distintas costumbres de los pueblos, su significación es común por que responde a tendencias muy profundas del hombre, de todos los hombres.

Los antropólogos y los historiadores de las religiones nos dicen que // con el año nuevo se establece como un corte en el tiempo y asistimos como a la abolición del año pasado y del tiempo transcurrido, a la anulación de los pecados y de las faltas del individuo y de la comunidad.

Los ritos que marcan el comienzo del año son una tentativa de restauración, aunque sea momentánea, del tiempo mítico, del tiempo primordial, del tiempo "puro"; una tentativa de comenzar de nuevo.

Aunque la Biblia tiene una concepción lineal del tiempo, para la Biblia la historia es el lugar del encuentro del hombre con Dios; por eso el creyente judío y el cristiano no quieren abolir sino recordar el pasado: seguimos emocionándonos con los ritos del año nuevo.

Aunque sepamos que la historia continúa y que no la podemos parar, aunque sepamos que el 1º de enero es un día más, la hora 24 del 31 de diciembre o la hora cero del 1º de enero tiene una magia especial.

Los familiares y amigos interrumpen la comida, se abrazan y se besan, brindan con sidra o champagne augurándose: "¡Feliz Año Nuevo!"

Es como si de golpe se interrumpiera el tiempo, como si se detuvieran / las agujas del reloj, como si se inaugurara un tiempo distinto, más aún, una vida distinta: "Año nuevo, vida nueva". Y sin embargo algo nos dice que la vida de ayer continúa. Sabemos que el dos de enero volveremos a ir al mismo trabajo y seguiremos viviendo en familia con los mismos problemas. Aunque tiremos a la basura los almanaques de 1991 no podemos desprendernos del tiempo vivido.

Los almanaques son iguales en todas partes del mundo (aunque haya ciertos puntos de referencia distintos: los judíos cuentan los años a partir de la creación del mundo y los musulmanes los cuentan a partir de la peregrinación de Mahoma a la Meca).

Los almanaques parecen decir que el tiempo es igual para todos y que cada día tiene la misma duración: las veinticuatro horas que tarda la tierra en dar la vuelta sobre sí misma. Pero eso es sólo un aspecto de la verdad y, quizás, no el más importante.

Hay días demasiado breves, hay días interminables y hay días que quisiéramos alargar: esos días de intensa felicidad, esos días de unidad gozosa; y hay días, sobre todo noches, que no pasan nunca, esos días de angustia y de fría soledad. Esos días alegres y tristes nos han modelado: la vida deja rastros...

Hoy somos así porque vivimos esos días, esos días "llenos" y "vacíos", esos días de solidaridad y de egoísmo, esos días de fidelidad y de traición.

La vida marca. Como a una planta a la que la helada agostó, como a un niño que creció en medio del amor de su familia o, por el contrario, teniendo como único hogar la calle. La vida deja rastros...

En las fiestas de fin de año, en esta sociedad dominada por el mercantilismo, se suele hablar de "balance", se habla del "activo" y del "pasivo": se hace una valoración de lo vivido. Y así como escuchamos a algunos funcio-

AÑO NUEVO: ENTRE EL PERDON DE DIOS Y LA ESPERANZA

narios o personajes que, despreciando la condena que merecieron sus actos // censurables, afirman con arrogancia que volverían a hacer lo que hicieron, o tras personas experimentan el peso de lo malo que hicieron o de lo bueno que dejaron de hacer.

En este tiempo aflora a la conciencia la cuestión oculta por la rutina/ de los días "iguales" la pregunta por el sentido de la vida: "¿Para qué vi- / vo? ¿Vale la pena vivir así?". Se asoma a la conciencia, particularmente de / las mujeres y hombres que transitan por la madurez o han llegado a la terce- / ra edad, se asoma el fantasma del sinsentido de la vida. En las fiestas de / fin de año suelen aumentar los suicidios o, en casos menos trágicos, el la- / mento ineficaz: "¡Qué macana! ¡Mirá si yo hubiera (o no hubiera) hecho e-/// so...!"

El año nuevo hace presente el pasado, revela el peso del pasado. Ese pa- / sado que hemos vivido, ese año, esos años que han dejado su huella en noso- / tros, esos días y esos años que están ahí pero que ya no podemos cambiar.

Hoy ya no es posible decir aquella palabra que callamos; hoy ya no es / posible dar aquel pan que nos guardamos; hoy ya no es posible realizar aquel / gesto solidario que hubiera hecho vivir, ser feliz, esperar a tantas perso- / nas...

Pero una mirada realista no sólo descubre sombras en el propio pasado. / Ha habido también mucho de positivo: aquella vez que en contra de mi interés / me jugué por la justicia, esa opción de la familia por un estilo de vida an- / ticonsumista, esa búsqueda de medios para influir en el cambio de estructu- / ras injustas...

¿Qué hacer ante las deficiencias que ya no puedo cambiar?

Soy consciente de que esta preocupación no nace de un enfermizo senti- / miento de culpa sino de una saludable responsabilidad ante mi vida, ante /// Dios y mis semejantes.

Ante el peso del pasado hay distintas actitudes. Muchos pretenden iluso- / riamente negarlo; otros, engañosamente, diluyen su responsabilidad.

La fe en Jesucristo abre para los cristianos un camino insospechado. // Frente al peso del pasado Jesús nos transmite en el evangelio un mensaje li- / berador. No podemos cambiar el pasado pero podemos asumirlo transfigurado // por la misericordia del Padre; y entonces el peso se transforma en un estímulo, la pérdida en ganancia.

Pedro, que había reconocido a Jesús: "Tú eres el Mesías", lo negó cuan- / do lo tomaron preso: "No conozco a ese hombre; no tengo nada que ver con /// él". Su traición, pasando por sus lágrimas, hizo posible un reconocimiento / más profundo de Cristo: "Pedro, ¿me amas más que éstos? ¿Me amas...? ¿Me a- / mas...?". Pedro se entristeció que por tercera vez le preguntase... "Señor, / tú lo sabes todo: tú sabes que te amo" (Jn. 21, 15-17).

En la parábola del hijo pródigo el hijo menor se alejó de la casa y re- / corrió torcidos caminos. Pero en el fondo de su desvarío descubrió el cora- / zón del Padre y, volviendo, fue recibido por el abrazo del Padre feliz "y co- / menzó la fiesta". El hijo mayor, el que nunca había abandonado la casa, no / conocía el corazón del Padre porque no reconocía al hermano (Lc. 15, 11-32).

El pasado que parecía petrificado e irreformable no es aniquilado sino / que es recogido y transformado por la fuerza creadora del perdón. Es posible / rescatar el tiempo perdido.

El año nuevo nos recuerda el pasado pero apunta sobre todo al futuro, a / los días que vendrán. Aún no han amanecido, no están definidos cómo serán; / son como una flor, que puede expresar la alegría por un recién nacido o la / tristeza por la muerte de un amigo.

¿Cómo será 1992 para los argentinos?

En estos días las declaraciones de los funcionarios del gobierno y los / medios de difusión que apoyan su política económica hablan con entusiasmo // del futuro. Un diario titulaba: "Ya no hay que 'sobrevivir'. ¿Cómo vivir en / Argentina?". Y afirmaba que estamos en una situación de crecer, de disfru- / tar, de ser felices. "Quienes pronostican desempleo a lo grande, pueden equi- / vocarse... hay que tener optimismo. Hay que pensar un futuro diferente, fe- /

AÑO NUEVO: ENTRE EL PERDON DE DIOS Y LA ESPERANZA

liz... Ahora depende de usted mucho más que antes".

En otro diario el tono era completamente distinto. De un modo muy gráfico se hablaba de "El reparto de la torta". Se daban cifras de organismos oficiales y privados en que aparecía que la distribución del ingreso es cada vez más regresiva. Siguiendo con la imagen de la "torta": "Desde 1976 hasta mayo de 1991, el 10 % más rico de la población aumentó su participación en el pastel del 28 al 34,6 %, mientras el 30 % más pobre vio cómo su porción se redujo del 12,1 % al 9,5 %". En las conclusiones de un economista (Luis Beccaría) se cuestiona la correlación entre crecimiento y mayor bienestar "para todos" (o, al menos, "para la mayoría"). Frente a los que proponen postergar la equidad para favorecer el crecimiento afirma que "el problema debería encararse ahora a la luz de la muy deteriorada situación distributiva que parece constituir quizás la característica más dramática de la realidad argentina".

El problema económico no es el único, pero, según la forma como se lo afronte, incide positiva o negativamente en el derecho de los ciudadanos a una vida digna, a la educación, a la salud, a la seguridad.

¿Será feliz el año nuevo para las miles de familias que se han quedado sin empleo?

¿Para los jubilados y pensionados que fueron privados de su pobre aguinaldo para que "cerraran" los números?

La fiebre de privatización y de eso que llaman "desregulación" se presenta como la varita mágica que nos transformará de un decadente país del tercer mundo en uno de los diez primeros países del primer mundo.

La estabilidad es un bienpreciado para todos porque elimina la angustia. Pero no tiene el mismo sentido para unos que para otros. A algunos les asegura mayor enriquecimiento mientras que a muchos apenas si les alcanza para subsistir.

En el contexto de la crítica a la ineficiencia de lo público y lo estatal, se exalta la ideología del individualismo. La tendencia dominante está en las antípodas de una cultura de la solidaridad.

Se afirma que la Argentina debe alinearse en el nuevo orden internacional. ¿Pero es tan nuevo ese orden? Y, sobre todo, ¿se trata de un orden justo o injusto?

Cuando se proclama la muerte de las ideologías y de las utopías, ¿se incluye el Reino de Dios, la causa por la que vivió y murió Jesús de Nazareth?

El feliz año nuevo de un cristiano no es producto simplemente del impulso vital sino expresión de la esperanza. Y, aunque sean parecidas, la esperanza se diferencia profundamente de la ilusión.

La ilusión se desentiende de los condicionamientos de la realidad. Esa característica la hace tan atractiva; es como un cielo sin nubes, una rosa sin espinas.

La esperanza, en cambio, tiene una sensibilidad despierta y los ojos bien abiertos. Es consciente de la resistencia que opone la realidad al deseo. Por eso la esperanza se encarna en el aguante, en la resistencia.

Para el que espera (y así define Pablo al cristiano), los días que vendrán no son una consecuencia fatal de los días que pasaron. Hoy puede comenzar un nuevo porvenir. Pero no va a caer como un regalo del cielo. O, más bien, será inseparablemente un regalo del cielo y un fruto de la tierra. Un fruto consecuencia de un paciente y muchas veces doloroso proceso. Un proceso no sólo individual sino en solidaridad con "los otros", los que no cuentan para que los números "cierren".

Hoy se nos regala un año más. Aún no es demasiado tarde. Pero hay que aprovechar el tiempo para dar fruto. Como nos exhorta Jesús en una consoladora parábola de Lucas que pareciera dicha para el año nuevo.

Jesús nos dice esta parábola: "Un hombre tenía una higuera plantada en su viña. Fue a buscar frutos y no los encontró. Dijo entonces al viñador: Hace tres años que vengo a buscar frutos y no los encuentro. Córtala. ¿Para qué malgastar la tierra?. Pero el viñador le respondió: Señor: Déjala todavía

AÑO NUEVO: ENTRE EL PERDON DE DIOS Y LA ESPERANZA

a este año; yo removeré la tierra alrededor de ella y la abonaré. Puede ser/
que así dé frutos en adelante. Si no, la cortarás." (Lc. 13, 6-9).

###

EPIFANIA: DEL PARTICULARISMO EXCLUYENTE A LA FRATERNIDAD UNIVERSAL

Aunque la fiesta del 6 de enero se denomina popularmente "de los reyes/magos", su nombre litúrgico es el de "Epifanía".

"Epifanía" es un término griego que significa "manifestación". Se usaba para hablar de la "aparición" de algún dios a los hombres o para referirse a la visita de un rey a una ciudad. Los Padres griegos utilizaron el término / de epifanía en el contexto de la enseñanza sobre la encarnación del Hijo de Dios.

La fiesta de Epifanía tiene un origen parecido al de la fiesta de Navidad. Los egipcios celebraban el 6 de enero una antiquísima fiesta en honor / del dios Sol, una fiesta del solsticio de invierno. Los cristianos de oriente dieron un sentido cristiano a esta fiesta que, de un modo análogo a la // fiesta romana del "sol invicto", celebraba la reaparición del sol como vencedor de las tinieblas.

Según la interpretación cristiana, Cristo es el verdadero sol que "aparece" en el mundo, que "se manifiesta" a la humanidad.

La fiesta de Epifanía, de origen oriental, entró en occidente ya en el siglo IV. Por otra parte, los orientales adoptaron la fiesta de Navidad, de origen occidental. Al celebrarse las dos fiestas que tenían en su origen un mismo significado, hubo que diferenciarlas para evitar una repetición litúrgica. Entonces los orientales hicieron de la Epifanía una fiesta del bautismo de Jesús y los occidentales prefirieron destacar el episodio de la vocación de los magos, donde "se manifiesta" que Jesús es el salvador universal.

Epifanía es la manifestación de la salvación para todos los hombres del mundo, es la fiesta de la universalidad de la salvación.

Este es uno de los temas preferidos del evangelio de Mateo (Mt. 8, 10; 12, 17-21; 24, 14) que culmina con el mandato a los Apóstoles: "Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos" (Mt. 28, 19)

Mateo presenta en su evangelio a Jesús como el nuevo Moisés; y los episodios narrados en este capítulo 2º del evangelio tienen relación con los relatos del Exodo 2, 1-14 referidos al nacimiento de Moisés.

Herodes representa al Faraón. Este, por miedo frente al aumento del pueblo de Israel, mandó matar a los niños israelitas; Herodes manda matar a los niños de Belén (Mt. 2, 16). Pero la intervención de Dios salva de la muerte tanto a Moisés como a Jesús.

El pasaje de hoy nos habla de "magos". La palabra "mago", de origen persa, designa posiblemente a sabios astrólogos. En una época en que la gente daba mucha importancia a la influencia de los astros y a los astrólogos (y / desde entonces no hemos cambiado mucho), el evangelista subraya la primacía / de Jesús sobre los elementos del mundo.

El evangelista no nos informa cuántos eran, ni cómo se llamaban, ni de dónde venían. La tradición posterior fue llenando esos huecos. Y así, a partir de que los regalos eran tres: oro, incienso y mirra, prevaleció el número de tres. Además, hacia el siglo VI, hay acuerdo en los nombres que hoy conocemos: Melchor, Gaspar y Baltasar. Mateo, refiriéndose a su origen, da un dato muy genérico: dice que venían "de oriente"; y "oriente" para un judío / es todo lo que está más allá del Jordán.

El incienso hizo pensar a los cristianos en Arabia, país del incienso; y ciertos pasajes bíblicos (el salmo 72, 10-11; Isaías 60, 3.6) influyeron / para que se pensase que eran reyes. Sólo muy tardíamente (Siglo XV), los artistas representaron a uno de los tres como de raza negra. Y así tenemos a / los tres reyes magos: Melchor, Gaspar y Baltasar.

En el episodio de los magos juega un papel muy importante la estrella. / Se han hecho serios estudios astronómicos desde los tiempos de Kepler (1571-1630) para tratar de dar una base histórica a la estrella de Mateo. Pero el texto del evangelio no parece referirse a un hecho astronómico sino a una manifestación extraordinaria. No piensa Mateo en un fenómeno de tipo natural / sino en una estrella que aparece y desaparece, que camina delante de los magos y se detiene en el lugar en que estaba el niño (Mt. 2, 9). No hay que olvidar que en la antigüedad se consideraba a las estrellas como seres anima-

EPIFANIA: DEL PARTICULARISMO EXCLUYENTE A LA FRATERNIDAD UNIVERSAL

dos: dioses para los paganos, ángeles para los judeo-cristianos.

La estrella que guía a los magos en el evangelio de Mateo cumple la misma función que los ángeles que conducen a los pastores al pesebre. En ambos casos la providencia de Dios guía a los hombres a Jesús, el rey Mesías, el Salvador.

En el relato de los magos aparece ya la oposición, que subrayará Mateo, entre Israel -representado aquí por Herodes- y Jesús. Esta oposición entre Herodes y Jesús es la base de este relato bastante bien unificado. Herodes, los sumos sacerdotes y los escribas tienen la Biblia que indica dónde buscar a Jesús, pero ellos no lo encuentran. Los magos en cambio, los paganos, se dejan guiar por Dios y encuentran a Jesús el Salvador.

El episodio de los magos, que se refiere al hecho histórico de que los judíos, agraciados con la Palabra de Dios, no reconocieron a Jesús, representa una seria advertencia para los cristianos. Nosotros, hoy, tenemos la Biblia y sabemos dónde buscar a Jesús, pero podemos "quedarnos en Jerusalem", sin preocuparnos por buscar a nuestro salvador. Podemos, incluso, como Herodes, tratar de suprimirlo; mientras que otros, "los otros", "los de afuera", lo buscan y lo encuentran.

El llamado de los magos al reconocimiento de Jesús manifiesta la universalidad de la salvación. Jesús no es el monopolio de un pueblo, y la Iglesia, la comunidad de los creyentes, está abierta a todos.

Esta destinación universal, este llamado dirigido a todos -que tan hermosamente describe el capítulo 60 de Isaías- responde a un profundo deseo del hombre a unirse fraternalmente en paz y alegría con todos los hombres. Bulle en el fondo de nuestro corazón el anhelo de un reencuentro con todos los hermanos, hijos de un mismo Padre. Y la Iglesia, nos dice el Concilio Vaticano II, es el sacramento, es decir, es esa señal dada por Dios para indicar que nuestra vocación es "la unión de todos los hombres entre sí y con Dios" (L. G. #1).

Pero también de nuestro corazón nace ese impulso disolvente que nos lleva a aislarnos, a considerar a nuestro grupo como el elegido y a considerar como extraños, incluso como enemigos, a los demás. Es un fenómeno que aparece claramente en lo que llamamos racismo: la comunidad de Jesús que nace derribando los muros del particularismo judío se siente tentada a replegarse, a volver a la sinagoga, al ghetto.

La apertura de la Iglesia a todos se ha expresado de distintas maneras a través de los siglos; pero se expresó frecuentemente con el aserto: "fuera de la Iglesia no hay salvación". Un axioma que pretendía ser expresión del evangelio pero que inspiraría un particularismo excluyente.

Hoy, quizás, no se suele repetir esa frase, pero sigue presente en la mentalidad de muchos y se la puede descubrir subyacente en ciertas iniciativas eclesísticas.

Es más fácil visualizar los propios defectos cuando los vemos en otros: la proliferación de sectas que se presentan como cristianas proclaman sin tapujos la idea que tienen de sí mismas y del mundo circundante. Esa interpretación de la realidad provoca nuestro rechazo. Nos molesta y nos parece imposible que tenga algo que ver con la enseñanza de Jesucristo la convicción de que ellos, los miembros de las sectas, son los únicos que se salvan y que todos los que no pertenecen a su grupo se condenan.

Pero... ¿no ha sido esa la mentalidad muchas veces prevalente en la Iglesia Católica hasta el Concilio Vaticano II?

No podemos recorrer en tan breve tiempo los veinte siglos de la Iglesia para apreciar las consecuencias de tal mentalidad. Pero esa convicción ha inspirado la heroica entrega y actividad de miles de misioneros lanzados a salvar almas para el cielo. Hay que confesar que esa preocupación por la salvación justificó, a lo largo de la historia, métodos de imperialismo espiritual y flagrantes violaciones a los más elementales derechos humanos: la pérdida de la libertad, la tortura, la muerte. El caso de las "conversiones forzadas" se ha dado con lamentable frecuencia en la historia de las misiones cristianas. Y el argumento justificador era siempre el mismo: "no hay ningún bien terrenal, ni la propia vida, que se pueda comparar con la salvación eterna": "¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su al-///

EPIFANIA: DEL PARTICULARISMO EXCLUYENTE A LA FRATERNIDAD UNIVERSAL

ma?". Pero ¿es correcta esta interpretación de la universalidad de la salvación?

Este año se recuerda el quinto centenario de la llegada del cristianismo a América en el contexto de la conquista de estas tierras por los reinos/europeos. Ciertos aportes referidos a ese acontecimiento manifiestan la mentalidad de la que hablábamos. Se alude delicadamente a las "sombras" inevitables en tan grandiosa empresa pero se aclara que no tienen comparación con "la luz de la fe" que dio origen al "substrato católico" de nuestra cultura. Los crímenes cometidos se califican de "errores comprensibles dada la mentalidad de aquel tiempo".

No podemos explayarnos en un tema tan complejo. Baste sólo notar que la primera evangelización se realizó de acuerdo no a un único proyecto. Hubo de hecho dos proyectos contrapuestos: uno, el de los así llamados "doce apóstoles", que eran franciscanos, el de los dominicos como Montesinos y de las Casas, que, reconociendo la obra de Dios en las culturas indígenas, enfocaban la evangelización como un diálogo; y el otro proyecto, el proyecto de la corona que fue el que finalmente prevaleció y que consistió en la implantación de la cristiandad europea apoyada por el poder.

Refiriéndose a esto, un organismo pontificio, la Comisión Justicia y Paz, dice en su documento contra el racismo (1988): "La primera gran corriente de colonización europea es acompañada de hecho por la destrucción masiva de las civilizaciones pre-colombinas y por la sujeción brutal de sus habitantes" (Nº 3).

Desde hace algunos años se insiste en la necesidad de una "nueva evangelización". Está ampliamente documentado en la historia que el olvidar los errores del pasado condena a volver a cometerlos en el presente. ¿Se propuso o se impuso la fe?

Hoy tiende a acentuarse en la Iglesia una actitud contraria a la inaugurada en el Concilio Vaticano II, esa actitud de apertura y de diálogo que aparece en Gaudium et Spes, en el documento sobre el Ecumenismo, sobre la libertad religiosa, sobre las religiones no cristianas.

Se va imponiendo una actitud de restauración. Se refuerza la insistencia en lo católico: educación católica, cultura católica; hay una gran preocupación por la identidad católica. Se lee la realidad en clave institucional y se reafirma la autoridad sobre todo del Papa. Se silencia a quienes "piensan distinto" y se nombran obispos, en todo el mundo, a personas de probada fidelidad a las concepciones imperantes en la cúpula vaticana. Se impide la discusión de problemas reales como la inculturación del cristianismo / en Africa y Asia, la posibilidad de la ordenación de hombres casados, el celibato y la formación sacerdotal, los ministerios femeninos, la situación de los separados vueltos a casar, etc. En las declaraciones se habla en favor / de los pobres pero se desautoriza y se los hace sospechosos de heterodoxia a los teólogos de la teología de la liberación; se vuelve a las formulaciones uniformes de la fe y la moral; este año se publicará un catecismo único para toda la Iglesia...

Al movimiento de apertura y diálogo, de confrontación crítica con los / problemas a una actitud de autocrítica de la Iglesia a la luz del evangelio, ha sucedido un repliegue que va dando a la Iglesia ciertas características / de secta. Se acentúa el desapego eclesial de los sectores más vivos.

En épocas de crisis y de confusión se busca la seguridad; muchos buscan dirigentes claros. Y consiguen seguidores y fervorosos admiradores los que / delimitan exactamente lo blanco de lo negro, los que no dejan espacio ni a / la ambigüedad ni al pluralismo.

Pero la vida real se encarga una y otra vez de desmentir esas interpretaciones claras y de mostrar el fracaso de esas consignas seguras. "La universalidad cristiana se queda en un puro deseo cuando no se traduce en una / confrontación real con los problemas, inquietudes e intentos de respuesta de los hombres del propio tiempo. Crece la distancia lingüística y, al final, / tenemos una subcultura religiosa al margen de lo social. Estamos en el ghetto." (J. M. Mardones).

Pareciera que la situación actual de la Iglesia configurará una etapa / larga de prueba para quienes quieren una Iglesia más abierta, menos sectaria

EPIFANIA: DEL PARTICULARISMO EXCLUYENTE A LA FRATERNIDAD UNIVERSAL

y más "católica", una Iglesia que no le tenga miedo al pensamiento, una Iglesia menos clerical, una Iglesia que no sólo en los documentos sino en la realidad promueva la corresponsabilidad de laicos adultos, una Iglesia no neutral sino que desde los pobres esté abierta a todos, una Iglesia, como decía Mons. Angelelli, "con un oído en el evangelio y otro en el pueblo".

Esta Epifanía es un llamado a superar la miopía de la autosuficiencia, a superar ese binomio paralizante de la arrogancia y del miedo.

En esta especie de "invierno eclesial" (Rahner) en que hemos entrado, / hay que resistir a la tentación de volver atrás porque no brilla la estrella. Este tiempo constituye un desafío a la esperanza. Es un tiempo para redescubrir la persona de Jesús y devolver a su evangelio la incisividad originaria. Jesús y su evangelio son la propuesta de Dios para quienes hoy buscan la luz y el camino.

Muchos quizás prefieran como Herodes, los sumos sacerdotes y los escribas quedarse en Jerusalem leyendo y releendo a los profetas. Hay que tener la audacia de llevar a la práctica la orientación del profeta, tener la audacia de reemprender el camino, confiados en que reaparecerá la estrella para seguir resistiendo en la esperanza.

###

BAUTISMO DE JESUS, PRIMOGÉNITO DE MUCHOS HERMANOS

Los evangelios nos presentan el bautismo de Jesús como su primera manifestación pública.

La lectura evangélica de hoy, tomada del evangelio según San Lucas que leeremos los domingos de este año, trae unas palabras de la predicación de Juan el Bautista y, en su segunda parte, el bautismo de Jesús y la manifestación celestial.

Juan, apodado el Bautista porque unía a su predicación un rito de purificación en las aguas del Jordán, era un profeta que tuvo muchos seguidores. Incluso después de su muerte violenta, continuó por bastante tiempo el movimiento de sus discípulos. Los evangelistas subrayan que Jesús es más importante que Juan: "Yo ni siquiera soy digno de desatar la correa de sus sandalias", que era la tarea del esclavo. "Yo bautizo con agua, él los bautizará con el Espíritu Santo y con el fuego", imágenes del tiempo final, del tiempo mesiánico.

Lucas no da relevancia al hecho del bautismo de Jesús; lo menciona en una frase subordinada. Subraya, en cambio, la manifestación celestial, notando que tiene lugar mientras Jesús oraba: "Se abrieron los cielos", literalmente: "Se desgarraron los cielos".

Para los judíos, los cielos constituían una barrera infranqueable que separaba a Dios de los hombres; así parece, por ejemplo, el sentido de que Jesús subió al cielo. En el profeta Isaías encontramos expresado ese anhelo del hombre: "Oh, si desgarraras los cielos y bajaras..." (63, 19).

La apertura de los cielos y el descenso del Espíritu Santo manifiestan que ha comenzado una época nueva, el "año de gracia del Señor" (Lc. 4, 19), el tiempo de la salvación. Lucas presenta a Jesús lleno del Espíritu Santo (4, 1; 4, 14; 4, 18).

La voz del cielo, ciertamente la voz del Padre, une dos pasajes del Antiguo Testamento interpretados como mesiánicos: "Tú eres mi hijo", del salmo 2, 7 que se refiere a la coronación de un rey descendiente de David. Y "En tí tengo mi complacencia", frase del canto del Servidor de Yahvé del Libro de Isaías (42, 1).

Según ese pasaje, que escuchábamos en la primera lectura (42, 1-4.6-7), el elegido de Dios realizará su misión sin vacilar ni desfallecer y no cesará hasta implantar la justicia en la tierra. Su acción, sin embargo, será // sin estridencias, no se apoyará en la fuerza de las armas y tratará con delicada atención a los más débiles (vs. 2). Será luz de todos los pueblos, dará vista a los ciegos y libertad a los oprimidos.

Jesús realizará su misión de Hijo de Dios, de servidor de Yahvé, solidariizándose con el pueblo (Isaías 53), "soportando nuestros sufrimientos y cargando sobre sí nuestras enfermedades" (Mt. 8, 17; Is. 53, 4).

Al someterse al rito del bautismo de Juan, mezclado con los pecadores, manifiesta el tipo del mesianismo de Jesús. Su acción se presenta como liberadora por la nueva solidaridad que inaugura con los marginados de la sociedad sacral en que vive. Eran tenidos por malditos (Jn. 7, 49), fuera de la salvación: los recaudadores de impuestos, los pecadores públicos, los endemoniados, los niños y las mujeres, los enfermos...

Jesús toma abiertamente partido por ellos, aunque lo llamen endemoniado (Mc. 3, 22), amigo de los colaboradores de los romanos (Mc. 2, 14-17), glotón y borrachín (Mt. 11, 19).

Jesús aparece como un hombre libre y su palabra y actitudes generan un clima de libertad. No respeta las divisiones de clases: recibe a una prostituta (Lc. 7, 36-50); llama a formar parte del grupo de los 12 a un colaboracionista con los romanos, Mateo (Mc. 2, 14-17), y a un guerrillero zelote, Simón, el zelote (Lc. 6, 15); desenmascara el legalismo que anula el núcleo de la Alianza, el amor (Mc. 2, 27; 7, 9-13).

A quienes lo critican por su modo de actuar, "recibe a los pecadores y come con ellos", les responde con el lenguaje de las parábolas de la oveja perdida, de la moneda perdida y del hijo perdido (Lc. 15): "Yo actúo así porque mi Padre actúa así".

BAUTISMO DE JESUS, PRIMOGÉNITO DE MUCHOS HERMANOS

Esa profunda unidad de acción entre el Padre y Jesús se expresa en el evangelio de Juan: "Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo" (5, 17).

La conducta liberadora de Jesús nace de su realidad más íntima, de su filiación divina. Jesús es hijo de Dios. Esa dinámica fraternal y solidaria que caracteriza el Reino de Dios inaugurado por Jesús constituye la huella del Hijo de Dios.

Confesar: Jesús es Hijo de Dios, no se reduce a hacer una afirmación acerca del misterioso ser de Jesús aislado del resto de la realidad. Este título, Hijo de Dios, dice no sólo relación al Padre sino a los hermanos.

Esto aparece claramente en Pablo. Dice, por ejemplo, en la Carta a los Romanos: "A los que Dios conoció de antemano, los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos" (8, 29). En la Carta a los Gálatas aparece que para entender lo que significa hijo de Dios hay que partir de los hijos: hijos que se convierten de esclavos y prisioneros en libres y herederos. Este cambio de situación es consecuencia de la aparición del hijo: "Cuando llegó la fecha señalada, envió Dios a su hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que liberara a los que estaban bajo la ley y así pudiéramos recibir la adopción filial" (Gál. 4, 4-5).

Y así como en el bautismo de Jesús el Padre le dice: "Tú eres mi hijo / muy querido", nosotros en nuestro bautismo hemos sido hechos hijos en el Hijo "Porque todos ustedes", dice Pablo, "son hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, ya que todos ustedes que fueron bautizados en Cristo, han sido revestidos de Cristo" (Gál. 3, 26-27).

Nosotros hemos sido bautizados en días distintos. Pero hoy, fiesta del bautismo de Jesús, es el aniversario ideal de nuestro bautismo.

Ser cristiano no es algo que se le adhiere a uno desde fuera, sino una realidad que brota desde dentro, de nuestro corazón. Escribe Pablo: "La prueba de que ustedes son hijos es que Dios infundió en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama 'Abba', 'Padre'. Así que ya no eres esclavo sino hijo; y si eres hijo, lógicamente, también heredero por gracia de Dios" (Gálatas, 4, 6-7).

El día de nuestro bautismo comenzamos a ser hijos de Dios. Pero la filiación divina no es una realidad estática. No es simplemente un título sino una vida, una realidad en devenir.

Fuimos bautizados por decisión de nuestros padres; actuaron por nosotros como hacen los padres en todos los órdenes de la vida cuando somos niños. Pero al llegar a poder decidir por nosotros mismos, hemos hecho nuestra aquella opción. Hay muchos que han sido bautizados cuando niños y no creen / en Jesucristo, es decir, no han tomado partido por Jesucristo y su evangelio. Entre nosotros son un altísimo porcentaje los que se siguen considerando católicos o cristianos.

Muchos de estos que han sido bautizados cuando chicos, si alguien les pregunta: "¿Qué significa para usted ser católico?", aclaran: "Yo no voy a la iglesia pero creo mucho en Dios". Y ese término, Dios, evoca algo más que alguien, un sentimiento oceánico que poco o nada tiene que ver con la vida y opciones concretas de la persona.

Para esta "mayoría católica" Jesucristo, la persona viva de Jesucristo, no juega ningún papel. Tienen su propia idea de Dios sin preocuparse por lo que nos dice Jesús acerca de su Padre. No tienen en cuenta la advertencia del evangelio de Juan: "Nadie ha visto nunca a Dios, su Hijo único nos lo ha revelado" (1, 18).

La celebración del bautismo de Jesús es una ocasión para preguntarnos: ¿Queremos ser cristianos?, ¿Queremos ser hijos de Dios? Dice Pablo: "Los que se dejan conducir por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios" (Rom. 8, 14).

Ser hijo de Dios es una realidad que aparece en nuestro estilo de vida. Somos hijos de Dios si nos dejamos guiar por el Espíritu de Jesús. Pero, ¿cómo sabemos si lo que nos mueve es el Espíritu de Dios u otro espíritu? ¿No nos engañamos fácilmente dejándonos guiar por lo que nos agrada, por nuestro propio interés?

El criterio primero son los hermanos. Somos hijos en el Hijo. Jesucristo es el primogénito de muchos hermanos (Rom. 8, 29).

BAUTISMO DE JESUS, PRIMOGÉNITO DE MUCHOS HERMANOS

El test infalible para saber si estamos animados por el Espíritu de Jesús es confrontar nuestra vida concreta, no sólo nuestras ideas, con la revolucionaria afirmación de Pablo: para los que creen en Cristo "ya no hay judío ni pagano, ya no hay esclavo ni libre, ya no hay varón ni mujer porque todos son uno en Cristo Jesús" (Gál. 3, 28).

Sólo en la medida en que tratemos como hermanos a los demás, reconocemos realmente a Dios como Padre; sólo en esa medida somos guiados por el Espíritu de Jesús. Si no tratamos a los otros como hermanos, Dios no es Padre para nosotros. Es lo que le sucede al hijo mayor de la parábola del hijo pródigo. Al no reconocer al menor como hermano, manifiesta que no se considera hijo. Al dirigirse al padre no lo llama 'padre', y en lugar de decir "mi hermano", dice: "ese hijo tuyo". A pesar de haber vivido físicamente junto al padre, no es hijo sino un extraño.

El otro criterio para discernir si estamos animados por el Espíritu de Jesús, el Espíritu de hijos, es el evangelio leído en la Iglesia. No el libro solo, en su materialidad.

El evangelio no ha caído del cielo a nuestras manos. Lo hemos recibido de la Iglesia gracias a la fe viviente de la Iglesia. No es un libro antiguo sino la Palabra viva de Dios.

Cuando decimos 'el evangelio leído en la Iglesia' no quiere decir lo // que piensa el párroco o lo que piensa el obispo; ni siquiera lo que opina el Papa. La Iglesia es más amplia: abarca toda la comunidad de los creyentes. / No se reduce sólo a la jerarquía; por otra parte, no todos los obispos del / país y del mundo piensan lo mismo acerca de Jesús y del sentido de su evangelio hoy.

La Iglesia es más amplia y abarca a los cristianos de todos los tiempos. Entre la Iglesia y el evangelio hay una relación dialéctica: el sujeto de la fe no es un "yo" sino un "nosotros". Jesucristo es el primogénito de muchos hermanos. No hemos llegado solos a creer en Jesucristo. El bautismo / expresa que hemos recibido la fe y el evangelio de manos de la Iglesia.

Pero a la vez el evangelio no es una propiedad de la Iglesia. El evangelio critica y juzga a la Iglesia que lo anuncia.

Aunque haya muchos pecados en la Iglesia de hoy -entre los cuales los / nuestros-, la impermeabilidad de sectores de la Iglesia frente a los desafíos de "la justicia largamente esperada" (Juan Pablo II), el silencio y el rechazo que se oponen a exigencias de reformas urgentes que proponen sus miembros más evangélicos, etc., etc., "es necesaria la existencia de una comunidad confesante para vivir integralmente la constante lucha entre fe y religión" (P. Ricoeur).

Es esencial la tensión entre fe personal y expresión comunitaria vivida en la institución que es a la vez vehículo y obstáculo del evangelio.

Leer el evangelio en la Iglesia es leerlo con Francisco de Asís, con // Teilhard de Chardin, con Juan XXIII, con Monseñor Angelelli, con Luther King y también con Helder Cámara y la Madre Teresa, con Juan Pablo II y con el // Concilio Vaticano II.

Es leerlo en una Iglesia que sólo puede ser Madre y Maestra si es dócil hija y discípula.

De esa Iglesia hemos entrado a formar parte por nuestro bautismo; y de esa Iglesia no somos miembros pasivos, sino solidariamente responsables para que anuncie hoy de manera creíble el evangelio de Jesucristo.

++++*++++

AMOR Y ALEGRÍA DESBORDANTE

El relato de las Bodas de Caná, más que un relato de milagro, es una // profecía en acción.

El evangelista lo presenta como un milagro; mas como "el primero de los signos" según apunta en la conclusión. Pero las circunstancias y los detalles del relato subrayan su valor simbólico.

Los profetas anunciaban la palabra de Dios no sólo con palabras: a veces expresaban su mensaje por medio de gestos, de acciones simbólicas. Así / por ejemplo Jeremías anuncia el castigo de Yahvé haciendo trizas un cántaro / a la vista de la gente (Jer. 19).

En otra ocasión pone alrededor de su cuello un yugo y correas para indicar que había que someterse al rey de Babilonia (Jer. 27).

Aquí nos encontramos en una fiesta de casamiento. Para la cultura israelita, la fiesta de casamiento, el banquete de bodas, era la fiesta por excelencia. Se interrumpe el rutinario tiempo del trabajo y se entra en el presente permanente del gozo. Es la celebración de la vida; la variedad y abundancia de ricos manjares, las generosas libaciones de buen vino, acompañan / las conversaciones amistosas; y las músicas alegres invitan al canto y a la danza.

No es casual que la Biblia toda y Jesús mismo comparen el tiempo mesiánico, la irrupción del Reino de Dios, a una fiesta de bodas. La alianza de / Yahvé con su pueblo se compara a una boda (Mt. 22, 1-14).

El episodio de Caná es la culminación de la primera semana de manifestación de Jesús, es un episodio de epifanía. El dato cronológico con que comienza el relato: "Al tercer día" no responde sólo al interés de relacionarlo con los hechos que anteceden. Apunta a aquel "tercer día" de la resurrección donde se manifestará plenamente la "gloria" de Jesús.

"Estaba allí la madre de Jesús". Se la menciona sin nombre propio en el relato, sólo por su relación con Jesús. Pertenece a la boda, a la antigua alianza representada también por las tinajas para la purificación, que se nota que son "de piedra". Llama la atención el paralelismo de las expresiones: "Estaba allí la madre de Jesús" (2, 1); "Estaban allí seis tinajas de piedra" (2, 6).

Jesús entra en la antigua boda, en el pueblo que pertenece a la antigua alianza, pero como invitado. La presencia de Jesús va a poner la escena en movimiento.

"Faltó el vino". La situación es dramática. Se ha agotado el vino. Es / un elemento indispensable en la boda como señal de alegría, pero también es símbolo del amor entre el esposo y la esposa (Cantar de los Cantares, 1, 2; 7, 10; 8, 2). En esta boda, que representa la antigua alianza, ya no existe / la relación de amor y alegría entre Dios y el pueblo. Queda sólo en duros recipientes de piedra el agua de la ley que recuerda la impureza y el pecado.

La madre de Jesús representa al Israel que experimenta la carencia pero que ha conservado la fidelidad a Dios y la esperanza en sus promesas. Su contraparte, el maestresala, representa a los dirigentes judíos que mantienen oficialmente la alianza pero vacía de contenido. No esperan y se extrañan de que algo pueda cambiar; consideran definitivo el régimen que ellos dominan.

Las palabras misteriosas de Jesús a su madre: "¿Qué nos importa a mí y a tí, mujer? Todavía no ha llegado mi hora", ponen en relación la situación presente con la alianza nueva por la pascua, que Juan designa como "la hora" de Jesús.

El anuncio de "la hora" hace ver a María que la salvación no está lejana. Aparecen los sirvientes y María les dice que hay que aceptar a Jesús sin condiciones, hay que estar preparados para seguir cualquier indicación suya: "Hagan lo que él les diga" (2, 5).

"Había seis tinajas... cabían unos cien litros en cada una" (2, 6). Jesús viene a substituir la antigua por la nueva alianza. Viene a dar el vino / de la alegría en cantidad sobreabundante; amor y alegría son las características de la nueva relación entre Dios y los hombres. Amor y alegría sin medida como lo simboliza la cantidad enorme del vino nuevo.

AMOR Y ALEGRÍA DESBORDANTE

La madre y el maestro sala "describen el ambiente en el que va a moverse Jesús: por un lado, los israelitas que esperan; por el otro, los aferrados a su sistema que dominan al pueblo. Los primeros reconocerán al Mesías, los segundos serán sus enemigos... los vivientes designan a todos aquellos que se prestan a colaborar en la obra del Mesías" (J. Mateos - J. Barreto).

El milagro de Caná es como una obertura que anticipa el desarrollo de la misión de Jesús, es un signo programático: Jesús viene a inaugurar ya ahora el Reino de Dios que comporta amor y alegría para todos, comenzando por los excluidos, los marginados, los pobres y los enfermos.

¿Qué hemos hecho del evangelio, palabra que significa "mensaje de felicidad"? (La traducción "buena noticia" no deja percibir la riqueza del término evangelio: "euangelión").

La primera palabra del ángel (es decir, el "mensajero") a María es una invitación a la alegría: "Jáire", "Alégrate, María". El corazón del evangelio son las Bienaventuranzas, un mensaje de alegría para los pobres, los que tienen hambre, los que lloran: felices, felices, felices... alégrese, repite Jesús en Mateo (5, 3-12) y en Lucas (6, 20-23).

Las parábolas del tesoro y de la perla (Mt. 13, 44-46) manifiestan que el encuentro del Reino de Dios produce una alegría tal ("lleno de alegría") que todo lo que se posee pierde su importancia.

Jesús aparece en el evangelio como alguien enamorado de la vida: "Miren las flores del campo... Miren los pájaros del cielo..." (Mt. 6, 26-29).

Ese amor a la vida aparece en su actitud ante los que sufren. No toma en cuenta la Ley del reposo sabático ante alguien que sufre, y justifica su obrar con el revolucionario axioma: "No está hecho el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre", que significa: no está hecho el hombre para la religión sino la religión para el hombre. Y no pierde ocasión de desenmascarar la hipocresía de los dirigentes religiosos que lo acusaban de ser un pecador porque no respetaba el sábado: "¿Quién de ustedes, si tiene una sola oveja y cae en un pozo el sábado, no la va a sacar? ¡Cuánto más vale un hombre que una oveja!" (Mt. 12, 11-12).

Ante el dolor de la viuda que lleva a enterrar a su hijo, Jesús detiene el cortejo y dice a la madre: "No llores". Y le devuelve vivo al hijo.

Es sensible al hambre de la gente: "Me da pena esta gente... hace tres días que están conmigo y no tienen qué comer. No quiero despedirlos con hambre...", y multiplica los panes (Mt. 15, 32).

Si recorremos el evangelio despojándonos de las anteojeras de aplicaciones pretendidamente "piadosas", podremos percibir ese clima de alegría vital que general la presencia y la acción de Jesús. ¿Qué justas son las palabras del evangelio de San Juan: "He venido para que vivan y vivan plenamente"! (10, 10).

Pero... ¿y él? ¿Cómo vivía? ¿Cuál era el estilo de vida de Jesús? ¿Cómo se lo imagina usted? ¿Sería un hombre muy mortificado, que "no se daba ningún gusto"?

Los evangelios no son biografías de Jesús y muchas de nuestras preguntas quedan sin respuestas. ¿Se reiría Jesús? ¿Le gustaban los chistes, tenía sentido del humor?

Algo nos transmiten los evangelios como de paso, como en sordina. Es un agudo observador no sólo de la naturaleza sino también del modo de ser de la gente y, en ocasiones, manifiesta una fina ironía.

El estilo de vida de Jesús era un estilo pobre. Aparece, por ejemplo, en las recomendaciones que da a los que anuncian el evangelio (Mc. 6, 7-13). Es un predicador itinerante, sin casa propia: "El Hijo del hombre no tiene un lugar donde reclinar su cabeza" (Lc. 9, 58).

Pero participa de banquetes y comidas festivas.

Su estilo de vida era totalmente distinto del que tenía Juan Bautista. Este sí era un hombre muy austero; algunos dirían "muy mortificado". Jesús no era así; tenía un estilo de vida diríamos más corriente, más como todo el mundo, sabiendo gozar de la comida y de la bebida. Para desprestigiarlo, sus

AMOR Y ALEGRÍA DESBORDANTE

adversarios lo calificaban de glotón y borracho. Jesús lo dice en el evangelio: "Vino Juan el Bautista que no comía ni bebía y ustedes dijeron: Está medio loco. Vino el Hijo del hombre que come y bebe y ustedes dijeron: ¡Es un glotón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores!" (Lc. 7, 33-34).

¿Qué hemos hecho del alegre mensaje de Jesús? Sería muy útil recorrer / la historia del cristianismo para comprender por qué pudo aparecer el cristianismo como enemigo de la vida y como la antítesis de la alegría.

Ese agudo crítico del cristianismo que fue Nietzsche, escribía: "Las caras de ustedes han hecho más daño a su fe que nuestros argumentos. Si el gozoso mensaje de vuestra Biblia estuviese escrito en vuestros rostros no tendrían necesidad de exigir con tanta insistencia la creencia en la autoridad de ese libro; vuestras palabras y vuestros actos debieran hacer superflua la Biblia. ¡Una nueva Biblia debiera nacer en la vida de ustedes!" (Humano, demasiado humano, II, 98).

La alegría, una de las experiencias humanas fundamentales, es la que // más ha sufrido por la concepción dicotómica del hombre. Al dividir al hombre en alma y cuerpo se lo ha transformado en el campo de batalla entre las fuerzas del mal y el bien. Se ha visto el alma, el espíritu, como buena, y el // cuerpo, la materia, como malo.

En nuestros días, alguien ha podido escribir esta herejía: "Si sabes / que tu cuerpo es tu enemigo y enemigo de la gloria de Dios al serlo de tu // santificación, ¿por qué le tratas con tanta blandura?" (Escrivá de Balaguer, "Camino", nº 227).

¿Quién tiene razón? ¿Este que habla así o el autor del Génesis que afirma que Dios, contemplando su obra maestra, la primera pareja, se sintió complacido porque todo era muy bueno?

Se acepta la alegría espiritual pero el placer es sospechoso, está en / las vecindades del pecado o es ya pecaminoso. Parece que, según una opinión bastante difundida, el placer no puede ser legítimo sino cuando sirve a otra cosa y cuando no es tomado por sí mismo. Este modo de pensar se descubre fácilmente en los placeres más inmediatos: los del alimento y los de la sexualidad. El beber un buen vino, un buen champagne, no tiene mucho que ver con las necesidades orgánicas, y si puede ser más agradable beberlo con amigos, / el gusto que proporciona una buena bebida, tampoco tiene que ver con la amistad. Algo análogo pasa con el placer sexual que sólo sería legítimo si acompaña un acto tendiente a la procreación.

No pretendemos abordar el complejo tema de la sexualidad. Baste notar / que si muchos cuestionamientos de nuestros contemporáneos en este punto señalan certeramente fallas en la práctica y teoría de muchos católicos, no tienen validez para los aportes de la Biblia en este campo. No hay duda que una pretendida liberación sexual no es menos perniciosa que la represión que se busca superar. El uso del sexo no puede confiarse a una pseudorregulación espontánea; para ser humanizante requiere una atenta consideración.

Aquí sólo aludíamos a un aspecto. La sospecha moral contra el placer se funda en el riesgo de absolutización que comporta el placer. Pero ese riesgo no justifica la negación del placer que es un valor, un perfeccionamiento / de la condición humana.

El milagro de Caná nos ha llevado a hablar de la alegría, del placer... pero, ¿y la cruz? ¿No hemos olvidado las claras palabras de Jesús: "El que / quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga"? (Mt. 16, 24).

No las hemos olvidado y lo que decíamos es perfectamente compatible con el evangelio de la cruz. Claro que no con cualquier discurso sobre la cruz / sino con el de la cruz de Jesús que es la única que salva.

Pero no podemos, en poco tiempo, decir todo. Tendremos ocasión este año en reflexionar sobre este aspecto en la Cuaresma que se avecina y también en algún domingo durante el año.

Por hoy sólo les dejo estas palabras de Evelyn: "No busquen sufrir más / sino amar mejor. ¿Quieren unirse a los sufrimientos de Cristo? Unanse a su amor. No busquen la consecuencia (el sufrimiento) sino la causa (el amor) que tiende al bien de los otros y no al mal de ustedes".

AMOR Y ALEGRÍA DESBORDANTE

Sólo quien ama la vida y la alegría como Jesús es sensible y activo /// frente a los sufrimientos y las injusticias que angustian y oprimen a los // marginados, a los pobres.

Sólo quien cree en un Dios Padre es capaz de desenmascarar la hipocresía de los que pretenden dar gloria a Dios considerando como poco importante / el hambre de pan, la falta de trabajo, la indefensión de los ancianos, los / chicos de la calle...

Acabo con una oración atribuida a ese modelo de laico cristiano que fue Tomás Moro (1478-1535):

"Concédeme, Señor, una buena digestión y también algo que digerir. Dame la salud del cuerpo, y el sentido para cuidarla del mejor modo posible.

Concédeme, Señor, un alma santa que sepa ver lo bueno y lo puro y que / la vista de lo malo que hay en el mundo no la atemorice, sino que encuentre / la manera de poner las cosas en orden.

Dame un alma que no sepa de aburrimientos, ni de lamentaciones o suspiros. No permitas que me preocupe demasiado de esa pequeña cosa que se llama / "yo".

Concédeme, Señor, el sentido del humor para que sepa gozar de un poco / de felicidad en esta vida y sepa comunicarla a los otros".

++++++

LOS SIGNOS DEL "HOY" DEL REINO DE DIOS

El evangelio de hoy está compuesto de dos partes. La primera parte es / el prólogo a todo el tercer evangelio y la segunda parte es la presentación / de Jesús y de su misión en la sinagoga de Nazareth.

El evangelio de Lucas es el único de los cuatro evangelios que tiene un prólogo en el que expone brevemente las características de su trabajo.

Nos dice en el prólogo que va a hablar de "los acontecimientos que han / tenido lugar entre nosotros". Los acontecimientos a que alude, según aparece en su obra, son la vida y, en particular, la enseñanza y actividad de Jesús / y el comienzo de la Iglesia.

Afirma que no es el primero que se ha ocupado de esto: existen otros // que lo han hecho antes que él; podemos pensar que alude al evangelio de Marcos. Pero Lucas se apoya sobre todo en la "tradición" de "los que desde el / principio fueron testigos oculares y que se han convertido en servidores de / la "Palabra", es decir, los predicadores del evangelio y particularmente los Apóstoles.

A continuación describe su método: se ha informado "con todo cuidado" y ha escrito "con orden". La lectura de su evangelio nos hará comprender que / el criterio de ordenamiento no es cronológico sino didáctico.

Siguiendo la costumbre de los escritos helenísticos, dedica su libro a / un tal Teófilo, a quien dedicará también su segunda obra: Los Hechos de los / Apóstoles (He. 1, 2). Ciertamente, su obra no va dirigida sólo a Teófilo, si no a una comunidad más amplia.

El prólogo es uno de los signos del carácter helenístico de la obra de / Lucas. Se presenta como un historiador de su época, haciendo referencia a // sus fuentes, buscando informaciones y organizándolas. Su obra es personal // con un estilo y arte particulares, pero pretende presentar la predicación, / el evangelio de los Apóstoles.

La segunda parte del pasaje que leemos hoy nos presenta la predicación / inaugural de Jesús.

Tanto Marcos (6, 1-6) como Mateo (13, 54-58) nos transmiten también la / manifestación de Jesús en la sinagoga de Nazareth, el pueblo donde vivió Jesús. Pero Lucas le da un relieve particular. Presenta el episodio como una o / bertura que preanuncia la misión de Jesús y la diversa actitud de la gente / ante El: algunos lo aceptarán, otros intentarán acabar con El, pero El final / mente se librará por la resurrección.

Lamentablemente, quienes confeccionaron el Leccionario han dividido la / composición de Lucas en dos domingos. En este tercer domingo durante el año / leemos la presentación de Jesús. La reacción de la gente y el destino de Jesús han quedado como lectura del domingo siguiente. Este año nosotros no lo / leeremos porque el próximo domingo, 2 de febrero, prevalece la fiesta de la / presentación de Jesús en el Templo, y leeremos el relato correspondiente.

Hoy sabemos cómo se desarrollaba el culto en las sinagogas en tiempos / de Jesús: por la mañana del sábado.

Se comenzaba con unas oraciones de introducción, como el decálogo (nosotros hablamos generalmente de los diez mandamientos; la palabra 'decálogo' / significa: 'las diez palabras') y especialmente la amada oración "Shemá-Israel": "Escucha Israel: el Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama al Señor / tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas" (Deuteronomio 6, 4-5).

Después venían las lecturas. El encargado tomaba uno de los cinco rollos de la Ley e invitaba a un hombre a leer un pasaje. Inmediatamente después se traducía versículo por versículo del hebreo al arameo porque la gente ya no entendía el hebreo. Después se solía leer unos versículos de algún / profeta seleccionados en relación al pasaje leído de la Torah y a continuación venía la homilía. El culto sinagoga era realizado por los laicos.

Lucas nos presenta a Jesús invitado a leer y a predicar durante el oficio sinagoga. No hace mención del texto de la Ley en orden al cual se hacía la lectura del profeta. Es porque ahora el centro no es la Ley sino la perso

LOS SIGNOS DEL "HOY" DEL REINO DE DIOS

na de Jesús: en el "hoy" de Jesús se realiza el anuncio profético.

Lucas presenta el comienzo del Capítulo 61 del profeta Isaías como el / discurso programático de Jesús. Algo parecido al discurso que lea el Presi- / dente ante el Parlamento al inicio del período de sesiones (salvando las dis- / tancias).

El texto habla en primera persona del elegido por Dios, lleno de su Es- / píritu, de su fuerza, y enviado a anunciar a los pobres, a los oprimidos, el / alegre mensaje de la liberación e inaugurar así el año de gracia del Señor.

El texto profético es cortado abruptamente sin mencionar el final de la / frase, que anuncia, junto a la liberación, el castigo: "El día de la vengan- / za de nuestro Dios" (Is. 61, 26).

Acabada la lectura, la afirmación: "Hoy mismo se ha cumplido esta Escri- / tura que acaban de oír" (Lc. 4, 21).

El anuncio profético resonó por primera vez poco después del exilio de / Babilonia, en medio de la pobreza y el desánimo de los repatriados. A estos / hombres en una situación miserable el profeta les anuncia el año de gracia / del Señor, el "año santo" de que habla el Levítico, Cap. 25, el año en que / se pone fin a las injusticias y a la explotación, en que se pone fin a la o- / presión de unos sobre los más.

En el texto de Isaías 61, Lucas intercala una frase del capítulo 58, // precisamente la que promete "dar libertad a los oprimidos" (vs. 6). El capí- / tulo 58 es una crítica a un culto "espiritualista", es el desenmascaramiento / de la religiosidad que se acompaña de una práctica injusta que pretende dar / gloria a Dios mientras se sigue explotando a los pobres.

Este procedimiento de Lucas es un llamado de atención contra la tenta- / ción en que se ha incurrido muchas veces, de "espiritualizar" el evangelio / como si la salvación de Jesús tuviera que ver sólo con las miserias del alma / o únicamente con la opresión del pecado.

Así, cuando leen "dar la vista a los ciegos", piensan en los ciegos es- / pirituales; "liberar a los cautivos, a los oprimidos", lo entienden de los / cautivos y oprimidos por los pecados...

Esta versión reduccionista circunscribe el mensaje y acción de Jesús a / la "salvación del alma". Quedan todavía en muchos templos cruces que recuer- / dan la "santa misión" con el lema "salva tu alma". Esa interpretación espi- / ritualista constituye un vaciamiento del evangelio. Jesús se manifiesta en el / evangelio como el Mesías de los pobres. Lucas lo subraya de tal manera que / el tercer evangelio podría llevar como título: "Jesús entre ricos y pobres", / porque presenta el alegre mensaje del Reino poniendo especial énfasis en el / contexto de conflictividad social y económica.

El Jesús del evangelio de Lucas presenta los rasgos inconfundibles del / Dios libertador del Exodo, porque toma decididamente partido por los pobres, / los oprimidos, los marginados. La universalidad de la salvación, otro aspek- / to subrayado por Lucas, no se opone sino que se integra dialécticamente con / esta clara opción por los pobres.

Esta opción por los pobres está en la base del enfrentamiento de Jesús / con los dirigentes religiosos de su tiempo.

Y la razón es que en tiempos de Jesús la organización concreta del pue- / blo, sus cargas, su opresión y su situación social dependía mucho menos del / Imperio Romano que del grupo dominante de los sumos sacerdotes, de los escri- / bas y fariseos. Por eso la enseñanza y la actividad de Jesús tenían una fuer- / te carga política: chocaba contra los intereses del "establishment" religio- / so que había llegado a un comprometido "modus vivendi" con las fuerzas de o- / cupación, con el Imperio Romano.

La diferencia entre la teología de Jesús y la de los escribas y farise- / os no se ubicaba en el plano de la teoría o de las formulaciones doctrinales / sino en el lugar en que reconocen la presencia de Dios en la historia.

Los escribas y fariseos habían montado un sistema religioso dentro de / cuyo complicado engranaje se ilusionaban de haber atrapado al Dios del Exo- / do. Ellos administraban el templo, tenían la llave de la Biblia; con sus tra- / diciones y ritos pretendían poder disponer de Dios.

LOS SIGNOS DEL "HOY" DEL REINO DE DIOS

Jesús descubre la presencia de Dios en la trama de la historia. Dios no ha quedado encerrado ni en el templo ni en el sistema religioso. Jesús descubre la llegada del Reino de Dios en el cambio de las personas no sólo individualmente sino en sus relaciones sociales.

Las autoridades religiosas le exigen a Jesús, este molesto profeta del Reino de Dios, una prueba irrefutable de la legitimidad de su misión: le exigen un "signo del cielo".

Jesús, en cambio, opone al signo del cielo que le piden, los que él llama "signos de los tiempos". Se trata de la liberación de situaciones que coartan o impiden una vida plenamente humana. Esos signos son los anunciados / en su discurso programático y a ellos apela cuando los discípulos de Juan le hacen la pregunta teológica: ¿Eres tú el Mesías o debemos esperar a otro? // Con palabras tomadas del profeta Isaías Jesús apela a esos signos (Mt. 11, / 2-6) y en las recomendaciones que da a sus seguidores les encarga que los // realicen en el futuro (Lc. 9, 1-6).

La libertad de Jesús frente al sistema religioso da pie a los dirigentes religiosos para acusarlo como pecador (Jn. 9, 24) y frente a los signos / que realiza acuden a la táctica de "demonizar" al profeta: acusan a Jesús de actuar en connivencia con el demonio y utilizando su poder (Mc. 3, 22).

En ese contexto Jesús habla del pecado que no se puede perdonar. "Lo im- / perdonable es no reconocer como liberación lo que es una liberación. Lo im- / perdonable es usar la teología para descalificar la liberación de un hombre. El pecado contra el Espíritu es no reconocer con alegría "teológica" una li- / beración concreta que ocurre ante los ojos" (J. L. Segundo).

Los signos que Jesús realiza no representan un cambio absoluto y defini- / tivo de la situación. Se trata de signos históricos, y, por eso, ambiguos y / relativos. Se curan algunos enfermos, pero nada garantiza que no puedan con- / traer otras enfermedades. Los hambrientos una vez comieron pan, pero ¿no vol- / verán acaso a tener hambre? Jesús ha resucitado muertos, pero ¿valdrá la pe- / na si después volverán a morir? Jesús interpreta estas liberaciones concre- / tas que realiza como la "llegada del Reino de Dios". Ante la decisión de cam- / bio del estafador Zaqueo, Jesús afirma: "Hoy ha llegado a esta casa la salva- / ción". Y en más de una ocasión a los que fueron curados les dice: "Tu fe te / ha salvado".

No son "signos del cielo" ni de carácter religioso; son realidades que / aparecen como profanas y sin embargo Jesús las califica como signos de salva- / ción. El Reino, que proclama presente Jesús, se manifiesta en estas libera- / ciones concretas, históricas y, por eso, relativas y amenazadas por las cir- / cunstancias cambiantes. Son signos precursores del Reino definitivo; por eso / el mismo Jesús que anunció que el Reino había llegado nos enseñó a pedir: // "venga a nosotros tu Reino".

El Reino de Dios se hace presente allí donde los hombres viven en situa- / ciones infrahumanas. La liberación del hombre tiene múltiples dimensiones: e- / conómica, social, y llega hasta el núcleo de su personalidad: su apertura a / los otros y a Dios. Para ser integral tiene que llegar hasta la raíz de su / libertad.

En cada lugar concreto y en cada situación histórica tiene distintas // exigencias. En la actual situación de nuestra patria ciertamente implica la / liberación del pecado individual pero en este tiempo reviste una particular / urgencia la lucha contra el pecado social, la necesidad de cambiar las es- // tructuras pecaminosas, las estructuras injustas que impiden a millones el / acceso a una vida digna del hombre o, aún más, que condenan a la muerte a // tantos hermanos nuestros.

Jesús no divide, como solemos hacer nosotros, liberación espiritual de / liberación material, no vivisecciona al hombre entre cuerpo y alma. Su preo- / cupación es el hombre como totalidad: todo el hombre y todos los hombres.

Pero podría alguien preguntar: Jesús, ¿no tenía una jerarquía de valo- / res?

Sí; ciertamente que la tenía, pero no tenía nada que ver con lo que se / presenta muchas veces como "jerarquía de valores cristiana".

Tenía una escala de valores: primero, el hombre; después, la Ley y la /

LOS SIGNOS DEL "HOY" DEL REINO DE DIOS

religión; primero, los pobres; después, los ricos; primero, los renegados // (prostitutas, enfermos, endemoniados...); después, los dirigentes.

Cristianos son los que viven de acuerdo a la jerarquía de valores de Jesús que amonestó: Busquen primero la justicia del Reino de Dios, y después / viene todo lo demás.

Tener fe en Jesucristo es tener su sensibilidad histórica para percibir en "el paso de situaciones de vida menos humanas a situaciones de vida más / humanas" (Populorum Progressio nº 20-21) no simplemente un crecimiento en humanidad, sino la presencia del Reino, la presencia de la salvación.

Frente al "slogan" de la muerte de las ideologías y a la afirmación dogmática de que no hay alternativa viable a este sistema que margina y condena a millones de hombres y mujeres, los cristianos tenemos que proclamar con hechos que hay esperanza para quienes han sido despojados hasta de la esperanza.

LA ANCIANIDAD: ¿CASTIGO O BENDICION?

La fiesta de la presentación del Señor es muy antigua. Se celebraba en Jerusalén en el siglo V y en Roma desde mediados del siglo VII.

La Ley de Moisés prescribía 40 días de purificación para la madre de un varón (Lev. 12, 1-7) y el ofrecimiento de un animal para el sacrificio a // fin de "rescatar" al primogénito, recordando que Yahvé había librado de la / muerte a los primogénitos israelitas en Egipto (Ex. 13, 11-15; 12, 29)

Lucas recuerda que María cumplió esta disposición de la Ley, pero agrega que junto con José llevaron al niño Jesús al templo.

Adecuándose a la óptica del evangelio, la Liturgia celebra, más que la purificación de María, la entrada de Jesús al templo. La primera lectura está tomada del profeta Malaquías (3, 1-4) que anuncia: "El Señor a quien ustedes buscan, va a entrar en su templo".

Y esta presencia de Jesús en el templo es testificada por dos profetas, más precisamente, por un profeta y una profetisa.

Simeón celebra a Jesús como luz salvadora de todos los pueblos y anuncia a María el conflictivo futuro de su hijo. La profetisa Ana "hablaba acerca del niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén".

Se trata de dos ancianos. Ciertamente su mención tiene un valor simbólico: representan al pueblo de la Antigua Alianza que da testimonio en favor / de Jesús, el salvador de Israel y de todas las naciones.

Pero es una ocasión para reflexionar sobre esa etapa de la vida que es la ancianidad. Cuando la mujer y el hombre son ancianos, generalmente se debilita su capacidad visiva, ya no se ve bien, hay que acudir a los anteojos.

Pero ésa no es toda la verdad porque no sólo se ve con los ojos. Más aún, como advierte el zorro de "El Principito" de Saint-Exupéry: "Lo esencial es invisible a los ojos; sólo con el corazón se ve bien". Esos ancianos descubrieron en el templo de Jerusalén aquel día en ese niño parecido a todos / los niños al salvador del mundo.

Los invito a que reflexionemos juntos sobre la ancianidad, sobre la vejez (los términos vejez o viejo no tienen sentido peyorativo).

Un sabio anciano alemán, muerto hace un tiempo, escribió una obrita deliciosa titulada: "Las edades de la vida", fruto de su estudio (fue profesor de ética y teología) y de su experiencia vital. Se llamaba Romano Guardini. / Les transmitiré algo de sus reflexiones, incluso con sus mismas palabras.

Ciertamente "los años de la edad avanzada van teniendo una importancia / creciente. Las estadísticas demográficas y la experiencia médica indican que el nivel medio de vida, la "expectativa de vida", va creciendo". Hombres y / mujeres van alcanzando una edad más avanzada que antes. Ciertamente, también en este punto se da una brecha notable entre países ricos y pobres: en los / países ricos la expectativa de vida es superior a la de los países pobres; y esto, claro, no es casual. Pero "las causas de muerte se combaten con mayor / eficacia. Está avanzando la gerontología y la gerontoterapia". "Geronte" es / una palabra de origen griego que significa "hombre viejo, anciano".

Este hecho, la mayor cantidad de hombres y mujeres ancianos, comporta // problemas de política demográfica, problemas económicos (todo el tema de las Cajas de Jubilados y Pensionados), toda la temática de la salud (las obras / sociales -el PAMI-, los medicamentos, etc.), el problema de la peculiar inserción de los ancianos en la vida social.

¿De qué manera se abordan entre nosotros estos problemas? ¿Qué actitud / tiene la sociedad en que vivimos frente a las "personas de edad"? ¿Qué lugar ocupan en los planes de gobierno: en el plan económico, en la política de sa lud? ¿Se tiene en cuenta a los ancianos sin recursos económicos o se los con sidera simplemente como "quantité négligeable"?

La actitud con respecto a los ancianos ha sido diversa en las distintas culturas. Aunque en ciertas culturas primitivas se los marginaba para que es peraran la muerte en los montes o en los bosques, "en pueblos de alta cultu- ra... la ancianidad tiene un carácter de dignidad que procede de fuentes re-

LA ANCIANIDAD: ¿CASTIGO O BENDICION?

ligiosas. El cuarto mandamiento de la Ley de Dios ha inspirado una ética del respeto que ha tenido vigencia durante mucho tiempo... Pero en el siglo XX / el sentimiento dominante identifica la vida de pleno valor con la vida jo-// ven".

Aquí está la raíz de la desvalorización, incluso del desprecio, no siem- pre confesado, de las personas ancianas.

Vida se llama sólo a la forma vital del joven. "En la imagen que nos ha- cemos de la vida faltan los valores de la vejez, de la ancianidad". El enve- jecimiento se considera sólo como un progresivo debilitamiento, como un au- mento de las limitaciones: se es menos capaz de hacer cosas, se es menos e- lástico, disminuyen no sólo las fuerzas físicas sino la memoria, la agilidad mental... "En el fondo, según eso, el anciano es un joven disminuido". Este/ modo de ver la vida se manifiesta "en la confianza en la habilidad de los mé- dicos para prolongarla, en la acogida de terapias de rejuvenecimiento con e- fectos casi mágicos sin olvidar la mentira de la moda juvenil (la gente ma- yor se viste como si fueran jóvenes) y la ridícula tentativa de mantenerse / jóvenes acudiendo a la cirugía estética, cosa que hacen no sólo algunos miem- bros de la farándula sino también importantes políticos y empresarios.

En nuestra sociedad en que no tienen vigencia los valores de la anciani- dad, está muy difundido el temor a envejecer, en muchos hombres y mujeres // hay un verdadero terror a llegar a ser viejos. Claro que no pueden suprimir/ el paso de los años, no pueden borrar el hecho de que hoy tienen setenta a- ños y no cuarenta o treinta. Tienen esos años pero intentan disimularlos. // Basta observarlos en el ómnibus o en una reunión: hacen todo lo posible por/ ocultar que envejecen y buscan aparentar una juventud que ya no tienen, "en- gaño que ni siquiera exteriormente tiene éxito porque una mirada atenta des- cubre la comedia; a la mentira se añade el ridículo". "Esta gente no acepta/ envejecer, sólo lo sufre". Es un envejecimiento inauténtico y, por eso, esté- ril. "Sólo envejece como es debido quien acepta interiormente el envejeci-// miento".

"Aceptar la vejez. Cuanto más honradamente se la acepte, cuanto más hon- da sea la comprensión de su sentido... tanto más auténtica y valiosa se hace esa fase de la vida.

Porque la vejez, la ancianidad, también es vida. No significa la extin- ción de una fuente que no mana más... es una fase de la vida con sus caracte- rísticas y valor propios. Es verdad que anuncia la cercanía de la muerte; pe- ro también la muerte es vida. No es sólo algo negativo, una aniquilación, si- no que tiene un sentido en sí misma. Representa el valor terminal de la vi- da, la culminación de la vida, algo que nuestra época ha olvidado".

Hay un desconocimiento social de la muerte. Se la ha expulsado del cam- po de la conciencia. No se tiene conciencia de la relación entre la muerte y la vida positiva precedente.

Cuando se piensa alguna vez en la muerte, prevalece la experiencia sen- sorial según la cual la muerte viene "desde afuera" por una enfermedad que / lo "ataca" a uno, o por un accidente que "acontece". "Y los síntomas con que se anuncia en la fase de la extrema ancianidad no se ven en continuidad con/ el conjunto de la vida, sino que solamente se aguantan".

"Los antiguos, en cambio, hablaban del "ars moriendi", del arte de mo- rir, queriendo decir que hay un modo auténtico y un modo inauténtico de mo- rir: la muerte puede ser la mera extinción o hundimiento, o bien el cumpli- miento, la plenificación, la realización última de la vida. Y si eso es cier- to de la muerte, más lo es de la vejez, de la ancianidad".

La primera condición para que la ancianidad pueda enriquecer con sus va- lores la vida es que sea aceptada y no resignadamente soportada. La anciani- dad no viene de golpe, se va insinuando a medida que va creciendo la sensa- ción de los límites de la propia energía. Se experimenta un exceso en el tra- bajo, en la lucha, en la responsabilidad. Se acumula la carga del trabajo. Las exigencias se hacen cada vez mayores; detrás de cada una asoman otras // nuevas, ya no se les ve el fin...

Antes se tenía una viva sensación de reservas, de fuerzas, de iniciati- vas, de ocurrencias... Ahora aparece el límite. Interviene la sensación de /

LA ANCIANIDAD: ¿CASTIGO O BENDICION?

fatiga, la sensación de que se hace demasiado y, a veces, de que las dificultades parecen insuperables...

Todo va perdiendo frescura y novedad, va perdiendo su carácter interesante y estimulante... Pasan las ilusiones y se sabe cómo se comporta la gente... Se pierde la excitación del encuentro reciente y de la tarea emprendida... La existencia adquiere el carácter de lo conocido; el hombre sabe a qué atenerse y tiene la sensación de que las cosas se repiten.

Esto, naturalmente, no es cierto. Nada se repite. Pero en el modo de sentir entra la uniformidad, todo parece ya conocido: no hay sorpresas. O más bien sí: se desvela la mezquindad de la vida: se sufren desengaños con personas en quienes se había confiado. La gente revela una indiferencia o una estupidez e, incluso, maldad que antes no se veía.

Aparece el hastío, eso que llamaron los antiguos "taedium vitae", esa profunda desilusión que no proviene de un motivo aislado, sino de la entera amplitud de la vida. Desaparece el sentido estimulante de la vida. Cada vez se hace más claro que las promesas no se cumplen; que lo concedido tiene menor peso que lo que se ha puesto en juego. De ahí surge, poco a poco, ese desencanto que tiene lugar en toda vida. Y no sólo en aquellas vidas a las que se niega mucho sino también en aquellas a las que se concede mucho, las que se consideran en su ambiente que están favorecidas por la suerte y que han logrado algo importante. Porque lo que constituye el sentido de la vida no está en lo cuantitativo sino en lo intensivo, en la fuerza de la experiencia perceptiva.

Se prepara una crisis. Y la alternativa está en que predomine ese desencanto y desilusión, ese reconocimiento de la miseria de la vida y el hombre se vuelva escéptico y despectivo, y siga haciendo lo necesario, quizás obstinado a la fuerza en un optimismo que no siente en lo más hondo, amontonando trabajo sobre trabajo, con las manos siempre ocupadas... O abandonándose al juego, emprendiendo arriesgadas iniciativas para salir de la monotonía.

O se puede comenzar a tener la actitud del hombre serenado que se caracteriza por ver y aceptar lo que son las fronteras, las limitaciones, las insuficiencias y miserias de la vida.

Esto no significa que llame bueno a lo injusto, que pase por alto el sufrimiento o que llame auténtico a lo aparente. Todo eso se ve pero "se acepta". Y se continúa trabajando con fidelidad. Y se vuelve a comenzar una y otra vez a pesar de los fracasos.

Esta actitud tiene mucho de disciplina y de renuncia. Implica una gran valentía que no tiene tanto el carácter de osadía cuanto el de la decisión.

La vida de un hombre tal logra realizaciones que perduran porque actúa sin la ilusión del éxito momentáneo sino con mayor conciencia de las posibilidades y resistencias de la realidad. El mismo trasciende, como persona, más allá de los condicionamientos por fidelidad a sus convicciones y por su cercanía a la realidad.

De este tipo deberían ser los estadistas, los educadores, los médicos, los sacerdotes...

La vida no es una yuxtaposición de partes sino un todo que -expresado algo paradójicamente- está presente en cada punto del transcurso. Como en una melodía: el comienzo sigue configurando todo su desarrollo; igualmente su fin preforma el transcurso entero.

En un momento de la vida el hecho del final adquiere una vigencia particular. Se hace perceptible la transitoriedad. Desaparece el elemento que confiere a la vida la sensación de inacabable, mejor dicho, de algo que siempre continúa; desaparece la expectación.

En la medida en que el hombre envejece, cada vez espera menos; en la misma proporción se intensifica la sensación de transitoriedad. La expectación estira el tiempo; el saber a qué atenerse lo contrae. La conciencia de que lo que haces ahora lo hiciste también ayer; lo que hoy experimentas, estaba allí hace ocho días, esto hace que se encoja el tiempo que transcurre en el medio; la vida resbala cada vez más de prisa.

Se da un cambio no sólo en la percepción del tiempo, sino también en el

LA ANCIANIDAD: ¿CASTIGO O BENDICION?

modo de percibir los acontecimientos: se hacen más delgados, más finos. No / quiere decir que ocurran menos cosas, pero cada vez llenan menos la experien-
cia. El que las experimenta queda cada vez menos impresionado, ya no las to-
ma tan en serio. Por eso el hombre que envejece olvida cada vez más fácilmen-
te lo que le ha ocurrido en cada momento mientras que lo que ha vivido antes
gana en importancia.

El modo de superar positivamente las crisis consiste en la aceptación /
del envejecimiento, en la aceptación del fin sin sucumbir a él ni desvalori-
zarlo con indiferencia o cinismo.

Es el tiempo de consolidar valores muy importantes para el conjunto de/
la vida: comprensión, valentía, confianza, respeto a sí mismo, lealtad a la/
vida ya vivida...

Y especialmente importante es: la superación de la envidia contra los /
jóvenes... del resentimiento contra lo nuevo... de la alegría ante el mal //
por los defectos y fracasos de lo actual...

Hay que notar que la sensación de transitoriedad posibilita también to-
mar conciencia de algo positivo, la conciencia cada vez más clara de algo //
que no pasa, de lo que podríamos designar, a falta de una palabra mejor, co-
mo la conciencia de lo eterno. Esto tendrá un carácter diverso en cada indi-
viduo según la interpretación que haga de su vida. Para el creyente apunta a
Dios y a su relación con El. Lo finito se vuelve transparente para lo absolu-
to.

¿Quién no ha quedado impactado por ciertos ancianos, quizás muy senci-/
llos, que trasuntan como una serena luz?

Tienen una calma que viene de su interior. Tienen una dignidad que no /
procede de sus realizaciones sino de su ser. En esa impresión se manifiesta/
el sentido de esta fase de la vida que consideramos. Ese modo de vivir el fi-
nal de la vida no consiste en la culminación de un gran hecho sino en llevar
a cabo la tarea que plantea al hombre la vida como tal, prescindiendo de sus
logros concretos. Este fin no destruye la vida sino que penetra en ella ha-
ciéndose él mismo "vida".

Para acabar habría que decir una palabra sobre lo que Guardini denomina
"el hombre senil".

Cuando se llega a una edad muy avanzada, el hombre senil se debilita y/
se siente amenazado. Su defensa es acentuar lo que es y lo que tiene: sus //
bienes, sus costumbres, sus opiniones. Surge la terquedad senil: una tenaci-
dad de afirmación y resistencia que puede llegar a lo más pequeño y necio. /
Es difícil enfrentarse con él porque su inteligencia y su sentimiento han //
perdido agilidad como para entender las razones de quienes piensan distinto.

La debilidad de la vejez se manifiesta en suspicacia, en desconfianza, /
en reticencia y ocultamiento. En su conciencia, adquieren importancia hechos
muy lejanos en el tiempo contados una y otra vez con monotonía irritante e /
interpretados como motivo de crítica frente a lo que acontece en el día de /
hoy. Una de las dificultades que presenta el hombre senil para quienes están
a su alrededor es el hecho de que muy frecuentemente no le importa cómo lo /
ven los demás; descuida su higiene, su vestido, sus costumbres.

No es fácil convivir con el hombre senil. Se requiere amor, energía y /
una gran paciencia siempre renovada, tanto más cuanto falta la promesa del /
porvenir. Surge el peligro de que poco a poco se fatigue la capacidad cor-//
dial de los que le están más cerca y, en algunos casos, se llegue a desear /
su muerte. Nadie puede asegurar que tal actitud no podrá un día ser la suya.
Y el modo como se echa a algunos ancianos al asilo, cuando habría la posibi-
lidad de conservarlos en casa, en el fondo es una actitud muy cercana a la /
"eugenesia" de los años del nazismo.

Quienes brindan una atención amorosa al anciano pueden a su vez benefi-
ciarse: alcanzar una mejor comprensión de la vulnerabilidad de la vida en ge-
neral y de los profundos valores que fácilmente permanecen ocultos tras el /
empuje del vigor de la vida.

Pero el anciano ha de saber que no sólo tiene que esperar o exigir de /
los demás, tiene que actuar él mismo: él sigue siendo responsable de su vi-/
da.

LA ANCIANIDAD: ¿CASTIGO O BENDICION?

Hay algunos que están en una actitud de constante oposición a su situación; que sólo se esfuerzan por obtener, con fuerza o con astucia, cuantas / pequeñas satisfacciones puedan encontrar, y así se convierten en una plaga / para ellos mismos y más aún para los demás, haciéndose así insoportables y o diosos.

Hay otros, en cambio, que es una bendición conocerlos. Han trabajado durante una larga vida, han amado, han sufrido; pero su rica vida sigue ahí, / en su rostro y sus manos, y sigue hablando en su voz anciana.

Convertir la debilidad de la fase senil en algo con pleno sentido es una cosa que sólo conseguirán quienes hayan aceptado la muerte en la época de la primera vejez fecunda. Deben vivir hacia ella y comprender como regalo todo lo que en cada ocasión se les conceda de tiempo, fuerza y alegría. Sólo / entonces, gracias a esta disposición por decirlo así "ahorrada", podrán hacer que la última fase de la vida no los sumerja en la amargura del hundimiento.

La vida de cada persona es la respuesta a un llamado, a una vocación de Dios. La cercanía del fin invita a mirar hacia atrás y entonces se ven y comprenden las relaciones suponiendo, claro está, que se tenga el valor para / querer ver lo que hay y la honradez para aceptar su verdad.

Es un renovado llamado a confiar en el amor misericordioso del Padre // que abre sus brazos para el abrazo del perdón. Pablo exhortaba: "El Señor // los ha perdonado; hagan ustedes lo mismo" (Col. 3, 13).

Perdonar a los otros y perdonarse a sí mismo. No caer en la trampa del remordimiento por el mal que se ha hecho o el bien que se ha dejado de hacer. Sólo cree en el perdón de Dios quien lo vive, perdonándose a sí mismo.

Aceptando la ancianidad de este modo se va adquiriendo sabiduría. Y en ese caso, aún teniendo en cuenta que la vida de cada uno es única e irrepetible, los ancianos pueden aportar algún consejo útil para la vida de los demás. Aunque lo más auténtico nunca se consigue expresar sólo con palabras.

++++++

DOMINGO 5to. DURANTE EL AÑO: Lc. 5, 1-11

CICLO C

EXPERIENCIA DE DIOS, PERO ¿COMO?

El evangelio de hoy nos presenta el relato del llamado de los Apóstoles a compartir la misión de Jesús y la respuesta a esa invitación: "Ellos, abandonándolo todo, lo siguieron".

También en la primera lectura se nos relata la vocación de Isaías (6, 1-8). En ambos textos el llamado se apoya en una experiencia religiosa. Isaías tiene esa experiencia en el templo, en el contexto del culto. Los Apóstoles, en cambio, en su lugar de trabajo, en medio de su vida de todos los días: eran pescadores.

Estos amigos de Jesús descubren con "asombro" que ese hombre que ellos conocían y que compartía su vida con ellos, encarna la cercanía de Dios.

En ambos relatos la experiencia de Dios hace aflorar a la conciencia la profundidad de la propia vida. Es que llegamos a tomar conciencia de quienes somos, más que por una prolongada introspección, por el encuentro con Dios, por el encuentro con Jesús.

El relato de la pesca milagrosa tiene ciertamente un profundo sentido / simbólico. Representa la actividad de la Iglesia: Jesús está presente en la "barca de Pedro" y en ella están también sus compañeros.

Mirando la situación desde afuera, parece que Jesús ha dado una orden equivocada: no hay "pique", no hay posibilidad de pesca. Y, sin embargo, la palabra de Jesús es más confiable que lo que aparece como una evidencia. La palabra de Jesús es verdadera y apunta a una realidad que no percibían esos experimentados pescadores. Viene a la mente el salmo 18: "Tu palabra, Señor, es la verdad y la luz de mis ojos"; la palabra de Dios descubre una realidad oculta. El poner en práctica la palabra de Jesús, a pesar de que vaya en contra de lo que piensa todo el mundo y nosotros también, hace surgir el mundo nuevo, hace aflorar potencialidades ocultas en la realidad.

Y a la vez un hecho tantas veces repetido, una pesca, provoca en aquellos hombres un nuevo modo de ver a Jesús y a ellos mismos, provoca una experiencia religiosa.

El evangelio de hoy es una invitación para reflexionar sobre la experiencia religiosa en nuestra vida. Diremos unas palabras sobre dos tipos de experiencia religiosa que se ofrecen entre nosotros. Quizás pensamos: yo no soy Isaías ni Pedro. No tuve una visión ni fui testigo de una pesca milagrosa. Hay gente que no se siente llamada y que sinceramente piensa que no ha tenido nunca una experiencia de Dios en su vida. ¿Es posible que uno nunca haya tenido una experiencia de la cercanía de Dios, de Jesús?

capas de reproducción

Somos hijos de una época crítica y tenemos una gran desconfianza frente a ese proliferar de ofrecimientos de experiencias religiosas que hacen las sectas o ciertos movimientos incluso dentro de la Iglesia Católica. Nos parece que se trata de fenómenos producidos por técnicas de sugestión colectiva. Esas técnicas tienen efecto en personas con poco o ningún sentido crítico y que se someten a un clima de excitación colectiva, hecho de cantos, gestos, palabras sugestivas del pastor.

Es gente que se predispone a sentir la fuerza salvadora de Jesús y de su Espíritu. Muchos de ellos abandonan la Iglesia Católica porque afirman que han encontrado a Dios en "el culto". Estos ofrecimientos de experiencias religiosas se concretizan a veces con medios muy sencillos; otras veces, se realizan con un montaje muy sofisticado y caro (por ejemplo, el "Club 700"), grandes salas lujosamente adornadas, con profusión de flores y luces, con orquestas y coros, todo estudiadamente ensamblado y dosificado de acuerdo a los estudios de la psicología más avanzada.

Estos vendedores de ilusiones tienen muchos clientes y es doloroso sobre todo ver acudir a esos templos que ofrecen "buenas ondas de amor y paz" o "celebraciones de milagros" a tanta gente pobre angustiada por sus enfermedades o por problemas psicológicos y económicos.

Además de los grupos pentecostales, hay también otros movimientos que prometen una experiencia religiosa. En este final del siglo XX, siglo de los viajes interplanetarios, de los asombrosos avances científicos y técnicos pero también de las guerras mundiales y de la bomba atómica, de Chernobyl y //

EXPERIENCIA DE DIOS, PERO ¿COMO?

del SIDA (claro que entre nosotros también del cólera que nos grita que no / estamos aún en el primer mundo), en este tiempo de los enormes triunfos de / la inteligencia y de las no menos asombrosas aberraciones del poder del hombre: las guerras, el holocausto nazi, los miles de torturados y desaparecidos, aparecen con nuevos ropajes movimientos de mística cósmica y astrológica, movimientos que prometen una experiencia plenificante que tiene las características de la experiencia religiosa.

Se presentan, lógicamente, con pretendida base científica porque hoy lo que no es científico "no corre". Pero se integran los aportes científicos // con agregados de religiones orientales y elementos de astrología. Una "mélange" de elementos de lo más heterogéneos pero que dan la impresión de hallarnos en una "nueva era". En los años '80 se ha difundido en Europa y en Estados Unidos y ahora también entre nosotros; hay centros, grupos, publicaciones y hasta música de esta "nueva era". Tal es el nombre que se da a este movimiento.

Leía hace unos días un artículo de esta corriente en uno de los suplementos dominicales de un diario. El artículo se llamaba "Los senderos del alma". Decía entre otras cosas: "La física avanzada ha aceptado algo que otra se tomaba como tabú: el Universo es una especie de organismo en desarrollo. Y en la conciencia humana se encuentra el pasaje hacia esa dimensión de fecundidad infinita... Nuevas energías psíquicas se han desatado súbitamente... La interacción psíquica que durante cinco siglos estuvo andando de modo asimétrico, destructivo e inconsciente ha ingresado a una nueva fase con el ascenso de los movimientos ecológicos, femeninos, de las razas negras e indígenas... haciendo posible la reconstrucción más profunda de la sociedad humana..."

(Se da) una interacción profunda de los hombres entre sí y con el mundo... es el alma en expansión como una galaxia que se recrea a sí misma... // (es esa) epopeya que los libros sagrados de todas las religiones lograron en focar enigmáticamente... Lo que canta en nuestras fibras es el mismísimo origen del Universo. No lo está organizando alguien: sucede espontáneamente... y cada uno de nosotros se integra al todo como una parte de esa luz que algunos llaman Dios."

Aunque podamos encontrar en este movimiento "nueva era" no pocas analogías con movimientos muy antiguos incluso con algunos con que se encontró el cristianismo naciente, la presencia de ciertos elementos contemporáneos le / dan un "toque" de última moda, aunque, a decir verdad, se trata más bien de redescubrimientos de cosas muy antiguas. Así, por ejemplo, la comida macrobiótica y la medicina alternativa; las técnicas de relajación y control mental. Quienes participan de esta nueva sensibilidad se sienten atraídos por / las religiones y sabidurías orientales, así como por cierta literatura esotérica y ocultista.

Están convencidos de que estamos atravesados por ondas cósmicas y que / tenemos que integrarnos cada vez más armónicamente al Universo (con mayúscula), esa totalidad de la que formamos parte, para realizarnos plenamente.

Ciertamente: en el movimiento "Nueva Era" y similares hay elementos positivos pero mezclados e integrados en una mística monista que fusiona y diluye a Dios y a las personas en el Universo, esa realidad única y global. / Para nosotros, los cristianos, Dios es realmente distinto del mundo, es su / creador, es el 'totalmente otro'. Y cada uno de los hombres es un ser único / e irrepetible, responsable ante Dios, no simplemente una partícula del "todo". "Nueva Era" tiene mucho éxito en Europa y Estados Unidos porque responde a la búsqueda de interioridad en un mundo supertecnificado y a la necesidad de amparo de individuos asediados por la soledad. Pero también van aumentando sus cultores entre nosotros.

Es una manifestación muy ilustrativa del redescubrimiento de dimensiones humanas puestas entre paréntesis o negadas por la ilustración y la modernidad que puso el acento unilateralmente en la razón y la libertad individual y en el dogma del progreso indefinido por el avance de la ciencia y la técnica.

Estos movimientos, el de las sectas pentecostales o el de "Nueva Era" y similares, constituyen un llamado de atención para las iglesias cristianas /

EXPERIENCIA DE DIOS, PERO ¿COMO?

tradicionales, sobre todo de Occidente, ya que los cristianos orientales tienen una tradición distinta. La Iglesia Católica, particularmente, ha dado en estos últimos siglos poca importancia a las experiencia religiosa poniendo / más bien el acento en la enseñanza doctrinal y en la moral.

Y, sin embargo, lo que está en el origen de la fe es una experiencia: / la experiencia de Cristo resucitado.

Pero esto no es algo que ocurrió sólo una vez hace dos mil años. Ser // cristiano ayer y hoy no es aceptar simplemente un cuerpo de doctrina y de // preceptos morales, sino haber tenido la inefable experiencia de un encuentro con Jesús y con el Padre.

Hay como si dijéramos tres ámbitos en que se puede dar la experiencia / religiosa, que son los tres ámbitos de la experiencia humana: el camino cosmológico, el camino de la interioridad y el camino de la historia. Y, de acuerdo a esos tres ámbitos que no se excluyen sino que integran la rica experiencia humana, se pueden reconocer tres tipos de religiones: las religiones cósmicas, las de la interioridad y las religiones históricas. Las religiones judía, cristiana y musulmana son religiones históricas. Nosotros, los cristianos, como Pedro y los Apóstoles, nos encontramos con Dios Salvador en la historia y de un modo único y definitivo en Jesús de Nazareth. Es cierto que Dios nos sale al encuentro en nuestro interior porque, como dice San Agustín: "Es más íntimo que nuestra misma interioridad".

También podemos experimentar su cercanía amorosa en el universo, en la naturaleza, porque, como dice el salmo 18: "El cielo proclama la gloria de / Dios".

Pero es sobre todo en el compromiso por el Reino, en el compromiso por la liberación, como experimentamos la presencia del Dios libertador. Como decían los obispos latinoamericanos en Medellín: "No podemos dejar de sentir / su paso que salva cuando se da el verdadero desarrollo que es el paso para / cada uno y para todos de condiciones de vida menos humanas a condiciones de vida más humanas" (Introd. nº 6).

Pero esa presencia de Dios en la historia se ilumina con el encuentro / personal con Jesús: en su evangelio y en esos dos sacramentos de Cristo: la eucaristía y el hermano.

++++++

¡DICHOSOS USTEDES LOS POBRES...! ¡AY DE USTEDES LOS RICOS...!

¡Pongamos atención, afinemos el oído para escuchar estas palabras de Jesús! ¡Este es el corazón del evangelio!

Este es el mensaje de felicidad que proclama Jesús: ¡DICHOSOS USTEDES / LOS POBRES PORQUE EL REINO DE DIOS LES PERTENECE!

Este pasaje se denomina "las Bienaventuranzas" porque las Biblias castellanas antiguas traducían la palabra griega "makáριοι" por el término "bienaventurados" que ha caído en desuso. Hoy usamos más bien los términos "felicidades" o "dichosos".

Los evangelios nos han conservado dos versiones de las Bienaventuranzas proclamadas por Jesús: la del evangelio de Lucas que leemos este domingo, y la del evangelio de Mateo, que leeremos el año que viene, cuando leamos durante el año el primer evangelio. Como ustedes saben, cada año se leen pasajes tomados de un evangelio distinto. Este año corresponde el Ciclo "C", y se toman las lecturas del evangelio de Lucas; en el Ciclo "A", las lecturas se toman del evangelio de Mateo; y en el Ciclo "B", del evangelio de Marcos. En los tres ciclos se integran pasajes del evangelio de Juan.

Las dos versiones de las Bienaventuranzas tienen entre sí coincidencias y diferencias. La coincidencia fundamental se debe a que ambas presentan las Bienaventuranzas que proclamó Jesús. Las diferencias se explican porque ambos evangelistas reelaboran el mensaje de Jesús teniendo en cuenta la situación concreta de las comunidades a las que destina cada uno su evangelio. // Hoy podemos comprender mucho mejor esta página central del evangelio gracias a la obra monumental del P. Jacques Dupont: "LAS BIENAVENTURANZAS".

La versión de Lucas, que la Liturgia nos propone hoy, es más cercana a la forma en que Jesús habría proclamado las Bienaventuranzas. Los intérpretes del evangelio coinciden en que los oyentes de Jesús las habrían escuchado más o menos así:

- " - Dichosos los pobres, porque tienen a Dios por rey (ése es el sentido de "porque les pertenece el Reino de Dios").
- Dichosos los que sufren, porque serán consolados.
- Dichosos los que tienen hambre y sed, porque serán saciados".

Los que sufren y los que tienen hambre y sed son dos formas de explicitar la situación de los pobres: la primera bienaventuranza engloba a las demás.

Por una difundida deformación muchos, al escuchar estas palabras de Jesús: "Dichosos los pobres porque el Reino de Dios les pertenece", interpretan la palabra "pobre" vaciándola de su contenido concreto, la "espiritualizan". Se tranquilizan diciéndose a sí mismos: "Pobres somos todos, también / los ricos son pobres; todos necesitamos de Dios".

¿Qué podemos decir? ¿Es correcta esta interpretación de las palabras de Jesús?

Ciertamente, no. Con respecto a esto, no hay ninguna duda. El término / "pobre" aparece 25 veces en los evangelios y el contexto muestra claramente / que el término "pobre" significa "el que carece de lo necesario para vivir, / el que carece de lo que inadecuadamente se derivan 'bienes materiales': / comida, casa, trabajo". Una situación de carencia agravada las más de las veces por la explotación y las enfermedades.

Una sola vez en el evangelio el término "pobre" tiene un sentido más amplio, pero porque tiene un agregado, no está sola la palabra "pobre" sino // con un calificativo. Ese es el caso de la primera bienaventuranza en la versión de Mateo: "Dichosos los pobres de espíritu" (Mt. 5, 9). En esa expresión el término "pobre" tiene un sentido algo diverso. No podemos ahora entrar en el análisis de la versión de las Bienaventuranzas que trae Mateo; la comentaremos el próximo año.

Aunque no hay ninguna duda acerca de que el término "pobre" en los evangelios significa "gente carenciada, marginada", en otros pasajes de la Biblia, por ejemplo en algunos profetas y salmos, aparece el término "pobre" / como equivalente a "hombre piadoso, religioso"; son los llamados "pobres de Yahvé".

¡DICHOSOS USTEDES LOS POBRES...! ¡AY DE USTEDES LOS RICOS...!

Pero llama la atención que Jesús llame "dichosos" a los pobres, porque en toda la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento, a la pobreza se la considera un mal, un hecho escandaloso que se estigmatiza sin atenuantes. El ideal del Deuteronomio es: "Que no haya pobres entre ustedes" (15, 4).

Son sobre todo los profetas los que "luchan contra la institucionalización de la pobreza en Israel. Ellos no se contentaron con alusiones genéricas y abstractas, sino que señalaron con el dedo todas las causas que producían la condición social de la pobreza: el comercio fraudulento (Oseas 12, / 8; Amós 8, 5), el acaparamiento de las tierras (Miqueas 2, 1-3; Ezequiel 22, 29), la justicia venal (Amós 5, 7), las violencias de las clases ricas y de los funcionarios implacables en connivencia con reyes inicuos (Jeremías 22, / 13-17)." (González Ruiz).

Pero entonces Jesús, declarando dichosos a los pobres, ¿habría "canonizado" la pobreza que los profetas combatían? Si esto fuera así, no se entendería lo que aparece muchas veces en el evangelio, que la gente reconocía en Jesús a un auténtico profeta (Mc. 8, 28).

¿Qué quiso decir entonces Jesús al proclamar "dichosos ustedes los pobres porque el Reino de Dios les pertenece"?

"Por un trágico contrasentido, estas palabras de Jesús han servido muchas veces en el curso de la historia para mantener y amparar un orden social injusto, como si Jesús declarase: "¡Qué suerte tienen ustedes de ser pobres! Sigán siendo pobres toda la vida... Ya van a ver más tarde, en el cielo, cómo los recompensa Dios." (E. Charpentier).

Se podrían citar muchos textos de predicadores, de obispos y papas, incluso de políticos y economistas que dan esta interpretación cínica del cristianismo. Baste esta cita de Napoleón: "La sociedad no puede existir sin la desigualdad de fortunas y la desigualdad de fortunas no puede subsistir sin la religión. Cuando un hombre muere de hambre junto a otro que nada en la abundancia, le es imposible aceptar esa diferencia si no hay allí una autoridad que le diga: "Dios lo quiere así; es preciso que haya pobres y ricos en el mundo; pero después, en la eternidad, el reparto se hará de otra manera."

Según esta interpretación el cristianismo, lejos de ser un mensaje de liberación, vendría a sacralizar y reforzar un ordenamiento injusto, sería un auténtico "opio del pueblo". Pero ¿ésta es la religión de Jesús?

Todo lo contrario. Jesús es el Hijo de Dios, pero no de cualquier dios, no de un dios complaciente, sino de un Dios que desde el Exodo toma partido por los pobres y oprimidos, por los desclasados y marginados. Y este modo de ser de Dios aparece en toda la Biblia.

Jesús anunció la llegada del Reino de Dios y ése es un mensaje de liberación. Jesús proclama que Dios viene a establecer su Reino. De acuerdo a la concepción que se tiene en su época de lo que tiene que hacer un buen rey, / Jesús anuncia que Dios viene a hacer justicia, a ponerse de parte de los pobres para sacarlos de la pobreza. Ese es el sentido de las palabras de Jesús: "Dichosos ustedes los pobres porque Dios ha decidido poner fin a su situación: ¡se acabó! ¡Ya no serán más pobres!"

Pero cierta gente "piadosa" se rebela ante este privilegio concedido // por Jesús a los pobres. Preguntan indignados: "¿Acaso Jesús habría privilegiado a un grupo social, a una 'clase económica'? ¿No se desfigura así el evangelio haciendo de Jesús un revolucionario social?"

Recuerdo aquel chiste que corría en tiempos del Concilio. Se veía a dos señoras muy bien vestidas que salían de una Iglesia y una le decía a la otra: "Sí, María; están cambiando muchas cosas. ¡Pero al cielo, lo que se dice al cielo, seguimos yendo las de siempre!"

Ciertos comentadores que no aceptan el sentido obvio de las palabras de Jesús en este pasaje -que está, por otra parte, confirmado por el contexto / de los evangelios y de toda la Biblia- tratan de encontrar en los pobres /// ciertas cualidades espirituales que justifiquen este trato privilegiado de / parte de Dios. Explican que los pobres suelen ser más piadosos, más abiertos a Dios que los otros... Pero, primero, eso no se puede decir de todos los pobres y, segundo, de esa manera se falsea el sentido de las Bienaventuranzas. Los pobres son simplemente pobres. Pero la razón de su privilegio no está en ellos o en alguna especial disposición espiritual.

¡DICHOSOS USTEDES LOS POBRES...! ¡AY DE USTEDES LOS RICOS...!

El fundamento de la situación privilegiada de los pobres está en Dios y en la manera en que Dios ha decidido utilizar su poder real en beneficio de los débiles y oprimidos.

Las Bienaventuranzas no aluden a las disposiciones morales de los pobres sino que manifiestan la justicia y el amor gratuito de Dios. Jesús afirma con sus palabras y con su práctica que los pobres son los destinatarios privilegiados del Reino de Dios, no porque sean más buenos que los otros sino porque son los que están peor y Dios ha dicho 'basta', quiere acabar con su situación miserable. Queriendo instaurar un modo de vida más humano comienza por quienes son menos que hombres.

Esto no significa reducir el Reino de Dios a los niveles primarios de la vida humana, pero las Bienaventuranzas ponen de relieve que el evangelio de Jesús, cuando habla de vida plena, integra este nivel primario en la salvación traída por Cristo, en el Reino de Dios.

Dichosos los pobres... ¿cinismo o utopía? ¿Qué sentimiento despiertan en nosotros al oírlas hoy en el evangelio? ¿No sería conveniente olvidarlas ya que parecen evocar una utopía, un sueño frustrado? ¿No sería mejor presentar el cristianismo como una religión más razonable, más realista? Si los que escucharon por primera vez las Bienaventuranzas de boca de Jesús de Nazareth pudieron pensar en la aurora de un nuevo día, hoy, a dos mil años de distancia, parecen más bien el crepúsculo de una noche interminable...

¿No es cierto que también nosotros, los que nos consideramos cristianos, compartimos con nuestros contemporáneos la convicción de que "dichosos" no son los pobres sino más bien los "ricos y famosos"? ¿No aceptamos acaso resignadamente que los pobres sigan siendo la "variable de ajuste" y que pensar de otra manera sería una falta de realismo imperdonable?

Hace casi dos mil años que Jesús proclamó "Dichosos los pobres", hace dos mil años que vino a inaugurar el Reino de Dios y encargó a sus seguidores continuar su obra. ¿Qué hemos hecho? ¿Qué hacemos? ¿Cuál es la situación de los pobres en naciones mayoritariamente cristianas? Tenemos que decir como San Bernardo: "O Jesús se equivocó o yo me equivoco".

Pero Jesús dijo también: "¡Ay de ustedes los ricos! Esa palabra "ay" expresa amenaza y cólera.

Tenemos que confesar que estas "Malaventuranzas": "Ay de ustedes los ricos; ay de ustedes los satisfechos, ay de ustedes los que rien..." nos desconcertan tanto o más que las Bienaventuranzas...

¿Por qué esta maldición de Jesús? ¿Qué tiene de malo el ser rico? Porque Jesús no dice: "Ay de ustedes los ricos malos", sino simplemente: "¡Ay de ustedes los ricos!". ¿Es Jesús un resentido social que envidia a la gente que vive bien?

Jesús, sin embargo, aparece en el evangelio como un enamorado de la vida, que goza de la naturaleza y de la alegría de la amistad y de los placeres de la mesa. Cura enfermos, libera endemoniados, da de comer a los hambrientos.

Pero, precisamente, la existencia de los pobres echa sobre los ricos una sombra de duda; la riqueza está gravada con una "hipoteca de sospecha". Los pobres no aparecen por generación espontánea y, mucho menos, Dios quiere que haya pobres.

Se dice que todo hombre es inocente a menos que se pruebe lo contrario; según el evangelio de Jesús, todo rico es culpable a menos que se pruebe lo contrario. Esto puede sonar muy duro, pero tendremos ocasión de explicitarlo ya que el evangelio de Lucas nos transmite con amplitud la enseñanza de Jesús sobre los ricos y la riqueza (c. 12; 16; 18 y 19). Nos puede dar una pista de la razón por la cual la Biblia y Jesús piensan tan mal de los ricos la afirmación de ese personaje de Quino, Manolito: "Nadie puede amasar una fortuna sin hacer harina a los demás".

++++*++++

"AMEN A SUS ENEMIGOS..." ¿Y SI NOSOTROS FUERAMOS LOS ENEMIGOS?

Una vez le dijeron a Jesús: "¡Tu enseñanza es insoportable!" ¡No la podemos aceptar! Y lo abandonaron, dejaron de seguirlo (Jn. 6, 60-66).

¿No produce en nosotros una reacción semejante el escuchar esta página/provocativa del evangelio: 'amen a sus enemigos, hagan bien a los que les hacen mal'?

Hace un tiempo me preguntaba una madre: "¿Tengo que amar al que violó a mi hija?" ¿Tengo que amar a quienes torturaron y mataron a mi hijo, aunque / los hayan indultado para la "reconciliación nacional"?

Y uno se puede preguntar: ¿Tengo que soportar que me roben, claro que / "legalmente", en el supermercado, en la carnicería, en la farmacia, los médicos...? Pareciera que Jesús dice eso: "Al que te robe el manto no le niegues la túnica; al que te quite lo tuyo no se lo reclames".

¿Tengo que aceptar sin protestar que me abofeteen: "Al que te pegue en / una mejilla ofrécele también la otra"? ¿Esto significa que Jesús les pide a / sus seguidores que se dejen atropellar, que no reaccionen ante quienes los / privan de sus derechos humanos? ¿Desautoriza Jesús la lucha por los derechos humanos, la lucha por una vida digna del hombre y propone, en cambio, la aceptación resignada de la opresión, de la violencia legalizada de los poderosos? ¿Propone Jesús, como decía Nietzsche, una "moral de esclavos", una moral para "no-hombres", porque los esclavos no eran considerados hombres? /// ¿Propone Jesús una moral inhumana?

Muchas veces en el curso de la historia se ha interpretado ciertamente / así la enseñanza de Jesús. Y la han presentado de esa manera no sólo ciertos críticos del cristianismo como Nietzsche sino también muchos que pretendían / ser cristianos.

Amen a sus enemigos...

¿Quiénes son mis enemigos?

Hay gente que dice: "Yo no tengo enemigos". En algunos casos de homicidio se dice: "Es inexplicable: era un hombre que no tenía enemigos". El primer asesinato que menciona la Biblia, la muerte de Abel, parece inexplicable; no se entiende por qué lo mató su hermano Caín.

Hablar sobre el evangelio de hoy es muy difícil porque la psicología humana es sumamente compleja y aquí se trata de dos realidades muy ricas y profundas: el amor y la agresión humanos.

El hombre anhela vivir en paz; todos deseamos vivir sin enemigos pero, / sin embargo, no podemos vivir sin conflictos.

Las ciencias humanas: la psicología, el psicoanálisis, la sociología, / los estudios sobre el comportamiento humano, coinciden en afirmar que, si // bien hay conflictos que se pueden evitar, no hay vida humana sin conflicto.

Es claro, por otra parte, que no siempre el conflicto es negativo; hay / conflictos necesarios para vivir y crecer. Conflictos intrasubjetivos y conflictos interpersonales.

Los conflictos en la pareja... ¿Cuántas veces el esposo o la esposa /// "sienten" al otro cónyuge como enemigo!

¿Cuántas veces los hijos ven a sus padres como enemigos! Y a veces lamentablemente lo son porque con su autoritarismo, prohibiendo todo, o con su permisionismo, permitiendo todo, impiden crecer a los hijos. Pero lo más doloroso es que piensan que actúan así porque quieren a los hijos... ¿Cuánta / verdad encierra ese refrán: "Hay amores que matan", porque ahogan, porque impiden vivir y crecer.

Hay conflictos más amplios y complejos. La guerra, ese "absurdo y siempre injusto fenómeno de la guerra" (Juan Pablo II). En las últimas décadas / se han multiplicado los estudios sobre el comportamiento humano para mejor / comprender las motivaciones de las actitudes del hombre con sus semejantes. / La etología busca analogías en el mundo animal para establecer los fundamentos biológicos del obrar humano. Estos estudios son útiles, por ejemplo, el / de Konrad Lorenz: Das sogenannte Böse (El así llamado mal) sobre la historia natural de la agresión, pero también son claros sus límites. En definitiva, /

"AMEN A SUS ENEMIGOS..." ¿Y SI NOSOTROS FUERAMOS LOS ENEMIGOS?

el hombre es hombre en toda situación, y es poco lo que podemos aprender en/ lo que refiere a su naturaleza, de las analogías con otros animales.

En varios países de Europa existen institutos de investigación interdisciplinaria sobre la paz y los conflictos. ¿Qué útil sería que en nuestro país existiera algún centro similar para el estudio de los conflictos sociales que se dan entre nosotros! Así sería posible visualizar mejor sus causas y / no reducirnos siempre a tratar de paliar sus consecuencias.

¿Habrá alguien que ignore que existen graves conflictos sociales en el/ país? Se disputan, con los hechos de corrupción, las primeras páginas de los diarios y de los informativos. Cierres de empresas que dejan en la calle, in/ defensos, a miles de obreros. La proximidad del comienzo del año escolar tra/ e el anuncio de huelgas generalizadas de docentes. La situación de millones/ de jubilados reclama "una justicia demasiado largamente esperada" (Juan Pa-/ blo II).

Mientras tanto, para justificar la forma concreta en que hace más de // quince años (el recientemente publicado libro de Martínez de Hoz se titula / precisamente "Quince años después") se aplica un plan económico que sigue ha/ ciendo que los ricos sean cada vez más ricos y que los pobres aumenten en nú/ mero y en marginación, se trae a colación el fenómeno de la hiperinflación y los asaltos a los supermercados en Buenos Aires y Rosario.

Esas reacciones de la gente ¿fueron producto de hábiles agitadores como se pretendió explicar entonces o manifestaciones de graves conflictos socia- les? Hoy, tres años después, los conflictos no sólo no se han solucionado si/ no que se han agravado.

¿Y el cólera? Finalmente ha concretado su anunciada llegada a nuestra / patria y ha comenzado su obra de muerte por los más pobres de los pobres, // los aborígenes.

Nos hemos enterado que en este país que creíamos que nos pertenecía a / los descendientes de europeos hay indios, todavía hay indios. Los seguimos / designando con cierto matiz de desprecio con ese nombre que equivocadamente/ le dieron aquellos europeos que llegaron a estas tierras hace quinientos a-/ ños. Son los maticos y también los mocovíes, los mapuches, los tobas... que/ han sobrevivido a las campañas de exterminio que tuvieron lugar también des- pués de nuestra independencia de España.

Llegó el cólera pero ¿a quién hay que hechar la culpa del cólera? Por-/ que siempre los culpables son "los otros", no nosotros... En otros tiempos / habría sido interpretado como un castigo de Dios por los pecados cometidos / por los pobres. O quizás como el castigo del Dios cristiano a los que adora- ban otros dioses.

Si no pensamos así, ¿quiénes son los culpables, quiénes son los enemi-/ gos? ¿Tenemos que mirar como enemigos a los bolivianos, a algunos de los cua/ les se los hechó violentamente hace unos días? ¿Quizás tendríamos que ver // también como enemigos a los peruanos?

Tengamos la valentía de preguntarnos: ¿Quiénes son los enemigos de los/ millones de argentinos que se están hundiendo cada vez más en la miseria?

¿Quiénes son los enemigos de las actuales y de las próximas víctimas // del cólera? ¿Nadie? ¿La fatalidad? ¿El Fondo Monetario Internacional? ¿Las / exigencias de un sistema económico que catapultó a la Argentina al primer // mundo? ¿Habrá que glosar las conocidas palabras de la obra de Lope de Vega:/ "-¿Quién mató al Comendador? -Fuenteovejuna, señor: todos a una"? Me viene / también a la memoria una vieja película de Cayatte contra la pena de muerte/ cuyo título es "Todos somos asesinos".

¿Cómo nos miran los millones que están por debajo de la "línea de pobre/ za" y los que tienen sus "necesidades básicas insatisfechas"? ¿Cómo nos mi-/ ran los que según cifras oficiales integran ese "27,7 % con riesgo de contra/ er el cólera por no estar correctamente alimentados y carecer de agua pota-/ ble y de un sistema sanitario eficiente"?

¿Cómo nos miran a nosotros que no necesitamos asaltar los supermercados para comer y que podemos librarnos del cólera? ¿No nos ven acaso como enemi-/ gos? Y a toda esa gente tenemos que decirles que nos tienen que querer y que tienen que aceptar resignadamente su situación porque tendrán una recompensa

"AMEN A SUS ENEMIGOS..." ¿Y SI NOSOTROS FUERAMOS LOS ENEMIGOS?

grande en el cielo. ¿No es cierto que nos parece injusto que "esa gente" nos mire como enemigos a nosotros que no hacemos nada malo y que, incluso, cuando vienen a pedir, les damos algo de "lo nuestro" para que puedan comer algo?

Amen a sus enemigos...

Enemigos son los otros: Sartre llegó a decir: "El infierno son los otros". Pero ¿quiénes son los otros? Para los romanos, los otros, los enemigos, eran los bárbaros. Para los nazis y los alemanes, los otros, los enemigos, eran los judíos.

Los europeos, la Europa rica que se preparaba para inaugurar la casa común europea, descubre que la casa está llena de "otros" y renace el odio violento al extranjero. Ha caído no sólo el muro de Berlín, sino también otros muros en Europa oriental y millones de "otros" amenazan entrar en la casa común porque quieren participar del banquete del primer mundo. Conflictos sangrientos en la ex Yugoslavia y la ex Unión Soviética...

¿Y entre nosotros, entre porteños y provincianos? ¿Y quién no ha oído o ha dicho: "¡Qué quiere con estos 'negros'!"?

Amen a sus enemigos...

Para nosotros los cristianos la norma de nuestra vida no son principios abstractos: amar al prójimo como a sí mismo; amar a los enemigos. Para nosotros, el criterio de nuestra vida es una persona concreta: Jesús de Nazareth.

¿Qué actitud tuvo él con sus enemigos? Porque Jesús tuvo enemigos. El tiene derecho a pedir a sus seguidores "Amen a sus enemigos" porque él vivió una situación conflictiva, su manera de hablar y de vivir le valió el odio, la persecución y la muerte.

Jesús no fue neutral ni tuvo una personalidad débil y resignada. Amaba a todos, pero no a todos de la misma manera. Su amor no se expresó de la misma manera con Pedro y con Herodes, con los enfermos y los pecadores "descalsados" en esa sociedad sacral y con los escribas y fariseos. El amor que tenía a los escribas y fariseos, principales responsables de la opresión y de la explotación de su pueblo, lo llevó a enfrentarlos y desenmascararlos.

"¡Escribas y fariseos hipócritas, sepulcros blanqueados, raza de vivos/ras! ¡Ustedes ni entran ni dejan entrar al Reino de Dios!".

Y a la gente les decía: Defiéndanse de los escribas que se aprovechan / de la religiosidad de los pobres para enriquecerse.

A latigazos expulsó a los vendedores del templo. Y, explicando su cólera, decía: Ustedes han hecho de la iglesia un "aguantadero" de criminales // (se suele traducir literalmente: han convertido el templo en una cueva de ladrones) (Mc. 11, 15-17).

Durante el proceso que acabó con su condena a muerte, un obsecuente de / que gustan rodearse los poderosos, le dió una bofetada a Jesús. Este no le / ofreció la otra mejilla sino que le dijo: "Si he hablado mal, muestra en qué está lo malo; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?" (Jn. 18, 22-23).

Es muy difícil amar a los enemigos como los amó Jesús. Difícil y peligroso, como aparece en el caso de Jesús. Pero no hay que olvidar que la vida de Jesús culminó en la resurrección.

Amar a los explotadores y opresores no significa dejar que sigan opri- / miendo a la gente sino enfrentarlos con la verdad de su injusticia, para que dejen de oprimir. Es por amor a ellos, es para "ganarlos" para la vida y no / por odio que es necesario impedirles que sigan ensangrentándose las manos // con la sangre de los inocentes.

La vida y la enseñanza de Jesús no desautoriza la lucha por la liberación, la lucha por una vida digna del hombre. Desautoriza el odio como motivación, desautoriza la dinámica de una lucha que tienda a la aniquilación // del enemigo. El amor gratuito, el verdadero amor debe ser el motivo; y la vida auténticamente humana no sólo para los oprimidos sino también para los opresores debe ser el objetivo de la lucha por la liberación.

El hombre está hecho para amar, pero es un ser esencialmente necesitado

"AMEN A SUS ENEMIGOS..." ¿Y SI NOSOTROS FUERAMOS LOS ENEMIGOS?

de ser amado. El hombre tiende a amar a los que lo aman. El hombre es un ser profundamente necesitado de afecto. Pero Jesús nos manifiesta el llamado a / un amor gratuito, pero un ser de necesidades no puede ser el ser de la gra-/ tuidad.

"A pesar de la exhortación de Jesús: Amen a sus enemigos", nosotros no/ podemos amar así. Sólo podremos amar así si somos "agraciados" con ese amor" que es el amor propio de Dios. Para vivir una vida plenamente humana el hombre está remitido a aquello sobre lo que no tiene ningún derecho. Ante este/ llamado de Jesús "el hombre se descubre remitido a Dios, pero no a cualquier Dios sino a Dios que es amor" (1 Jn. 4, 8).

Sólo así puede ser liberado del engranaje del odio que, llevándolo a la destrucción del enemigo, acaba destruyéndolo a él también.

Sólo así puede ser como Dios, "bueno con los desagradecidos y los ma-// los" (Lc. 6, 35).

++++++

ADVERTENCIAS DE JESUS SOBRE LOS GUIAS CIEGOS Y LA AUTOCRITICA

El pasaje del evangelio de hoy está compuesto por varios dichos y comparaciones de Jesús que evocan distintos contextos: no se trata de un pasaje unitario.

El dicho acerca del guía ciego que Lucas pone en forma de pregunta retórica se refiere, según Mateo (15, 14), a los fariseos, los dirigentes religiosos contemporáneos de Jesús.

1.- Aunque la advertencia de Jesús se hace a propósito de los dirigentes religiosos, el tener guías "ciegos", es decir, incompetentes / para la función de dirigir, no es un fenómeno privativo de los grupos religiosos. Se oye con frecuencia ese dicho: "El que sabe, sabe; y el que no sabe es jefe".

Es una verdad de Perogrullo que quien pretende guiar tiene que ver, tiene que tener una amplia visión de la realidad y un juicio acertado acerca de la meta y del camino por donde avanzar. Y también es claro que puede ser suicida dejarse conducir por un ciego: fatalmente, el resultado será un desastre: "Caerán ambos en un pozo".

Los regímenes dictatoriales no permiten que ni se insinúe siquiera una duda acerca de la clarividencia del dirigente: "Il Duce ha sempre ragione" / se repetía en la Italia de Mussolini. El pueblo no tiene que pensar ni discutir; debe sólo obedecer ciegamente al iluminado conductor. Al pueblo sólo le compete "credere, obbedire e combattere": creer, obedecer y combatir.

Son muchos los que dentro y fuera de la Iglesia piensan que la concepción católica de la autoridad religiosa es semejante a esta concepción irracional de la autoridad.

En la Iglesia católica no existiría la posibilidad de que los guías fueran "ciegos". La doctrina católica enseñaría que la jerarquía, el Papa y los obispos, sería una especie de institución absoluta situada entre Dios y los hombres, con una misteriosa conexión directa con Dios.

Según esta concepción mitológica, la jerarquía tendría asegurada una // cuasi infalibilidad en sus decisiones, lo cual desautoriza todo cuestionamiento que pudieran hacer los simples cristianos.

Los católicos no tendrían que preocuparse en averiguar si lo que enseña la jerarquía está de acuerdo o no con el evangelio de Jesús. Pueden despreocuparse de lo que Dios manifiesta en la Biblia y en la historia de hoy, ya / que el magisterio de la Iglesia vendría a enseñarles, de una manera segura, / lo que Dios quiere de ellos. Los cristianos tienen sólo que escuchar y obedecer.

Hay miembros de la jerarquía, no sólo obispos sino también sacerdotes, / que están convencidos de que por el sólo hecho de haber sido colocados en ese lugar, están ya capacitados para enseñar, para dirigir y para dictaminar / qué es lo que Dios quiere de todos los hombres en las más diversas situaciones. Creen tener el monopolio del Espíritu Santo.

Entre nosotros hay un dicho corriente que afirma: "De poeta, músico y / loco, todos tenemos un poco". Los alemanes tienen un dicho análogo: "Jeder / Mann hat einen Vogel": "Todo hombre tiene un pájaro". Entre los católicos alemanes se dice jocosamente: "Todo hombre tiene un pájaro; sólo los obispos / piensan que es el Espíritu Santo".

La convicción de que su ubicación en la Iglesia los transforma en guías iluminados los lleva a pensar que pueden ahorrarse el esfuerzo de conocer la compleja situación de las personas, los avances de los estudios bíblicos y / teológicos; creen poder prescindir de los aportes de las ciencias humanas // que estudian la realidad que ellos debieran interpretar a la luz del evangelio leído desde la perspectiva de los pobres.

Se imaginan estar por encima de partidos e ideologías y depender sólo / de Dios. Pero la realidad es otra. No son conscientes de que identifican sus concepciones y su ansia de poder e influencia con la voluntad de Dios. Llegan a convencerse de que lo que ellos quieren es lo que Dios quiere.

Cuando se habla de la autoridad en la Iglesia se apela a la clásica dis

ADVERTENCIAS DE JESUS SOBRE LOS GUIAS CIEGOS Y LA AUTOCRITICA

tinción entre la función o el cargo y la persona. Se dice que no importa cómo sea la persona, buena o mala, de visión amplia o estrecha. Por el hecho / de ocupar ese cargo tiene que ser obedecida.

Esta distinción entre la vida privada y la vida pública se hace también en otros ámbitos, se aplica a los dirigentes de distintas instituciones.

Cuando se hacen comentarios acerca de aspectos negativos de la vida privada de ciertos funcionarios, se suele decir: "No me importa su vida privada. Por mí, que viva como quiera, con tal que gobierne bien".

Pero la necesaria distinción entre vida privada y vida pública no significa separación: hay que tener presente que se trata de la misma persona. // Ciertamente, una persona injusta y deshonesta en sus negocios privados, no / podrá ser justa y honesta en la función pública. Lamentablemente los ejem-// plos abundan.

Y en el ámbito de la Iglesia son muy distintas las consecuencias si /// quien ejerce la autoridad es sensible a la compleja problemática de las personas y de las realidades sociales o está sólo interesado en acrecentar su / poder y los privilegios de la institución. No es indiferente si el dirigente eclesiástico es un hombre que trata de vivir el evangelio de Jesús o concibe la religión como un sistema legalista y formalista.

En el pasaje del evangelio de Mateo, paralelo a este pasaje de hoy, dice Jesús: "Déjenlos: son ciegos que guían a otros ciegos" (Mt. 15, 14). Para poder dirigir hay que ver, y para poder dirigir en la Iglesia hay que ver a / la luz del evangelio.

Hay distintos modos de ver. Ya lo advertía Pascal en el siglo XVII: "El corazón tiene razones que la razón no conoce". Y Saint-Exupéry, en "el Principito", pone en boca del zorro: "Sólo con el corazón se ve bien, porque lo / esencial es invisible a los ojos".

Gracias a Dios, en la Iglesia hemos tenido y tenemos dirigentes que /// "ven bien" porque ven con el corazón. Hace casi treinta años moría un viejo / dirigente de la Iglesia que había sido elegido Papa cinco años antes, cuando tenía 77 años, como un Papa de transición después de los casi veinte años // del papado de Pío XII. Y Juan XXIII, que sabía que había sido elegido como / si dijéramos "para hacer tiempo" como él mismo lo comentó públicamente, puso en transición a toda la Iglesia y asombró al mundo con su "sapientia cor-/// dis", con su "sabiduría cordial". La noche del 11 de Octubre de 1962, día en que había inaugurado el Concilio Vaticano II, se llenó la plaza de San Pedro con manifestantes que celebraban el acontecimiento y Juan XXIII, asomándose / a la ventana, improvisó unas memorables palabras. En un momento dijo: "Mi // persona no tiene ninguna importancia ("La mia persona conta niente"). Es un / hermano quien les habla. Un hermano hecho padre por voluntad del Señor. Pero todo, fraternidad y paternidad, es don de Dios: ¡todo, todo!".

2.- "Ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio". Es muy difícil que se meta una paja en el ojo; el sentido es "ver una pelusa, una basurita en el ojo ajeno y no ver el tronco en el propio".

Este dicho de Jesús parece también dirigido contra los escribas y fariseos a quienes en otra ocasión acusó porque: "Cuelan el mosquito y se tragan el camello". Hay que aclarar que para los contemporáneos de Jesús el camello era el animal más grande que conocían. Hoy diríamos: Cuelan un mosquito y se tragan un elefante.

Estos dichos de Jesús muestran la incoherencia de los escribas y fariseos que condenaban por fallas insignificantes a los demás, mientras ellos violaban lo fundamental de la alianza: el amor efectivo al prójimo, especialmente al necesitado.

Jesús censura aquí esa tendencia moralizante de los dirigentes religiosos que critican a los otros y no se critican a sí mismos: condena Jesús la / ausencia de autocrítica. Pero tenemos que reconocer que este defecto no es / privativo de los dirigentes religiosos. Acerca de ellos advirtió Jesús: "Hagan lo que les dicen, pero no actúen como ellos porque no hacen lo que dicen" (Mt. 23, 3). ¿Cuántos dirigentes religiosos practican la "autocrítica"?

¿Cuántos se preocupan, como Jesús, en saber lo que la gente piensa de ellos? Jesús preguntó a sus seguidores: "¿Qué piensa la gente de mí, de lo /

ADVERTENCIAS DE JESUS SOBRE LOS GULAS CIEGOS Y LA AUTOCRITICA

que estoy haciendo?" (Mc. 8, 27).

Tomar en cuenta lo que piensa la gente, no para acomodarse al gusto de la gente o por vanidad, sino para conocerse mejor y poder corregir, sobre todo, aquellas deficiencias que más obstaculizan la misión confiada.

¿Cuántos dirigentes alejan a los aduladores y obsecuentes que aplauden/ todo lo que hacen y se rodean en cambio de personas competentes y sinceras / para escuchar sus cuestionamientos en orden a rectificar rumbos y percibir e interpretar los signos de los tiempos?

Esta invitación de Jesús a la autocrítica no se reduce a los dirigen-// tes: nos toca también a nosotros. Pero es un arte muy difícil: no nos gusta/ vernos como somos en realidad. Preferimos seguir creyendo que somos lo que / nos gustaría ser.

Nos hemos hecho, con el paso de los años, una idea de nosotros mismos y reaccionamos incluso violentamente cuando alguien la pone en crisis, cuando/ alguien nos hace notar que no somos lo que creíamos ser. Es corriente en Amé- rica Latina el dicho: "Es un gran negocio comprar un argentino por lo que va le y venderlo por lo que él cree que vale".

En la adolescencia y la juventud aflora por primera vez la crisis de i- dentidad. Nos preguntábamos: "¿Quiénes somos?"; nos sentíamos desconcertados por nuestras reacciones. "¡No sé lo que me pasa! ¡No sé por qué reacciono a- sí! Yo no era así... ¡Yo no quiero ser así!". Y fue pasando el tiempo...

La confrontación con los otros y el choque con la realidad nos fue exi- giendo asumir opciones y definiciones. Así, paulatinamente, se fue formando/ nuestra personalidad. Hay quienes, en un determinado momento, dicen: "Yo soy así" y "Yo a las cosas las veo así y no voy a cambiar".

Hay distintos modos de vivir, hay muy distintas maneras de llevar a ca- bo la irrenunciable tarea de ir haciéndonos hombres y mujeres.

Hay quienes viven dominados por una ansiedad enfermiza. Experimentan su vida como si estuvieran solos en medio de una selva, rodeados de enemigos fe- roces que amenazan despojarlos de todo lo que tienen y lo que son. Viven a / la defensiva. Atacan también para defenderse. Esta imagen de la vida humana/ en que el hombre es un lobo para el hombre es la imagen subliminal, aunque / también muchas veces explícita, que proyecta esta sociedad en que lo económi- co es el valor fundamental y el darwinismo histórico, la supervivencia de // los más fuertes, su ley.

El miedo lleva a absolutizar ciertos valores y convertirlos en dogma: / la propiedad privada, la economía de mercado, el sistema religioso. Se de-// bienden con uñas y dientes esos dogmas que se conciben como los que aseguran la vida. Adquieren tal dimensión que, como la viga y el tronco, impiden ver/ la realidad, desfiguran la realidad como esas lentes o espejos que deforman. Claro que estas actitudes existenciales son calificadas como exigencias de / realismo, de fidelidad a los principios, de fidelidad a Cristo y a su Igle-// sia...

Pero hay quienes viven su vida de un modo distinto.

- Son aquellos que se consideran siempre en camino; aquellos que, cual- quiera sea su edad, conservan la capacidad de poner en crisis su vi- da confrontándola con la vida y la enseñanza de Jesús. Dicho de otra manera, son aquellos que están dispuestos a cambiar en serio, eso que en lenguaje // cristiano se llama conversión.

- Son aquellos que están convencidos que los hombres no se dividen en- tre los que tienen prejuicios y los que no los tienen, sino que los/ hombres se dividen entre aquellos que son conscientes de sus prejuicios y // quienes no lo son. Por eso tratan de tomar conciencia de sus prejuicios y de confrontarlos con la realidad.

- Son aquellos que son capaces de tomar cierta distancia con respecto/ a sí mismos y de mirarse a sí mismos con humor, es decir, sin tomar- se demasiado en serio. El sentido del humor, esa cualidad tan poco frecuen-// te, particularmente entre los dirigentes religiosos, no consiste sólo en go- zar de los chistes o saber contarlos, sino especialmente en percibir sin dis- gusto, con agrado, la relatividad de lo que somos. Se atribuye a Tomás Moro,

ADVERTENCIA DE JESUS SOBRE LOS GUIAS CIEGOS Y LA AUTOCRITICA

ese santo con gran sentido del humor, esta afirmación: "Dichosos los que saben reírse de sí mismos, porque no terminarán nunca de divertirse".

- Son aquellos que más que amenazar con el infierno en la otra vida, /
tratan de seguir a Jesús que nos encargó ayudar a liberarse a los //
hermanos que están condenados al infierno en esta vida.

++++*++

LAS TENTACIONES DE JESUS

Aunque precedido por el antiguo rito de la imposición de la ceniza, el tiempo de cuaresma se inaugura tradicionalmente este primer domingo con el impresionante relato de las tentaciones de Jesús en el desierto.

El tiempo litúrgico de cuaresma fue tomando forma a lo largo de varios siglos, como un tiempo dedicado a la preparación para la Pascua. Se da el nombre de "cuaresma" a los cuarenta días que preceden a la celebración de la Pascua.

El número 40 es un número simbólico en la Biblia que evoca, por una parte, un tiempo largo y penoso, pero también un tiempo concedido para cambiar de vida, un tiempo de preparación para encontrarse con Dios.

El pueblo de Israel caminó durante 40 años por el desierto, desde la liberación de Egipto hasta la entrada en la tierra prometida; y Dios "los cuidó durante su marcha" (Deut. 2, 7).

Moisés estuvo 40 días con Yahvé en el Sinaí para recibir las tablas de la Ley (Ex. 34, 28). El profeta Elías anduvo 40 días y 40 noches por el desierto para encontrarse con Dios (1 Re. 19, 8-13).

Los habitantes de Nínive aprovecharon el plazo de 40 días anunciado por Jonás para convertirse (Jon. 3, 4-10).

Pero la cuaresma cristiana tiene presente no sólo las cuarentenas del Antiguo Testamento sino los cuarenta días de ayuno de Jesús en el desierto.

El tiempo que hoy comienza y que se extiende hasta el Jueves Santo es una especie de retiro colectivo, una especie de "reciclaje" de la vida cristiana, un tiempo de conversión, de renovación de nuestra vida a la luz del evangelio, un tiempo para escuchar la Palabra de Dios en la Biblia y para adecuar nuestros criterios y opciones a los criterios y opciones de Jesús que nos transmiten los evangelios.

El evangelio de Lucas, al igual que el de Mateo y el de Marcos, pone una relación estrecha entre las tentaciones de Jesús y el episodio del bautismo al comienzo de la vida pública.

El punto culminante del relato del bautismo es la afirmación del Padre: "Tu eres mi hijo", y en las tentaciones el diablo se apoya en ese dato: "Si eres el hijo de Dios...".

Tenemos que reconocer que el relato de las tentaciones suscita en nosotros muchas preguntas que, ciertamente, no se hacían nuestros abuelos. Ellos estaban acostumbrados a que en las predicaciones, en el catecismo y en las clases de religión se hablaba del diablo y del infierno casi con igual o, incluso, con mayor frecuencia que de Dios o de Jesucristo. Se pintaba la vida del hombre como un campo de batalla en que se enfrentaban Dios y el diablo. Se explicaba nuestra tendencia a obrar en contra de la voluntad de Dios como consecuencia de las sugerencias o tentaciones del demonio.

Al relato de las tentaciones de Jesús se le daba un enfoque moralizante, se lo interpretaba en "clave pedagógica". Se explicaba que Jesús, como era Dios, no podía ser realmente tentado como si fuera un simple hombre, pero quiso enseñarnos cómo hemos de vencer nosotros las tentaciones.

"Pero", -se pregunta Evelyn-, "¿no resulta un poco antipático suponer que Jesús simuló la tentación para darnos 'buen ejemplo'? Pensándolo bien, ¿qué clase de ejemplo es éste? Si la tentación es aparente, el esfuerzo para resistirla no es real. ¿De qué nos serviría eso si nosotros somos realmente tentados y tenemos que resistir realmente?"

Los que presentan las cosas así, "se imaginan a Cristo corriendo en una moto pero aparentando andar en una simple bicicleta para dar ánimo a los ciclistas. Finge que le da duro a los pedales, resollando de vez en cuando para parecer cansado y secándose la frente como si sudase igual que los demás. ¡Pero va en moto!"

Si leemos los evangelios sin las lentes deformantes de ciertas interpretaciones teológicas, veremos que Jesús fue tentado, realmente tentado, esto es, quedó "impresionado, quebrantado, desgarrado".

LAS TENTACIONES DE JESUS

El relato de las tentaciones de Jesús nos pone frente al misterio de la encarnación: el Hijo de Dios es un hombre real, no un superhombre. Y como todo hombre no vino al mundo ya "programado" y conociendo de antemano un libreto que simplemente tenía que representar. Como dice la Carta a los Hebreos: "siendo Hijo de Dios tuvo que aprender por sus sufrimientos, la obediencia" (Heb. 5, 8).

Jesús es consciente de su relación filial con el Padre y de su misión / de inaugurar el Reino de Dios. Pero cómo sería recibido ese mensaje, de qué manera reaccionarían los dirigentes religiosos y el pueblo, lo fue percibiendo día tras día. Jesús no jugaba con ventaja, conociendo las "cartas" // del Padre. En una ocasión, con respecto al fin del mundo en que le tocará un papel central (Mt. 25, 31-46), declaró: "En cuanto a ese día y a la hora nadie los conoce, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre" (Mc. 13, 32).

La gente esperaba un Mesías que fuera un libertador nacional, que expulsara a los romanos y restaurara el Reino de Israel.

El significado de esta escena inaugural de la misión de Jesús es claro: "Se trataría de una 'haggadá' o reflexión narrativa sobre la tentación de Israel en el desierto hecha a la luz del hecho innegable de la tentación en la vida de Jesús. En algunos momentos de su vida, Jesús parece haberse visto enfrentado a la posibilidad de utilizar su particular relación con Dios como 'Abba' en provecho propio:

- "Los que pasaban, lo insultaban y moviendo la cabeza decían: "Tú que destruyes el templo y en tres días lo vuelves a edificar, ¡sálvate a tí mismo si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz!": Mt. 27, 39-40.

- ¿Piensas que no puedo recurrir a mi Padre? El pondría inmediatamente / a mi disposición más de doce legiones de ángeles. Mt. 26, 53.

En otros momentos pudo verse inclinado a apelar a su filiación divina / para asegurar el éxito de su misión:

- "¡Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo! Es rey de Israel: que baje ahora de la cruz y creéremos en él". Mt. 27, 42.

- "Sus hermanos le dijeron: No te quedes aquí, ve a Judea para que los seguidores que tienes allá también vean lo que haces. Cuando uno quiere ser conocido no hace las cosas en secreto. Ya que haces cosas como estas, hazlas delante de todo el mundo". Jn. 7, 3-4.

- "Los fariseos... le pidieron que hiciera alguna señal milagrosa que / probara que El venía de parte de Dios". Mc. 8, 11. (También: Lc. 11, 16; Mt. 12, 38).

En otras ocasiones, parece que el tema del poder terreno se hizo presente a su conciencia como medio para llevar adelante su misión, especialmente / ante el endurecimiento de la oposición a El, que venía precisamente del poder, y ante las ideas ambientales que vinculaban mesianismo y poder terreno:

- Mc. 8, 33: "Jesús, dándose vuelta y mirando a sus discípulos, lo reprendió diciendo: Apártate de mí, Satanás", (donde se reproduce textualmente la frase de Mt. 4, 10).

- "Jesús se dió cuenta que querían llevárselo para hacerlo rey; entonces se retiró otra vez solo al cerro": Jn. 6, 15.

No nos atrevemos a precisar más sobre estos momentos, pero es innegable que su paralelismo con la triple tentación resulta sorprendente" (González / Faus).

En el relato de las tentaciones aparece el diablo, Satanás (en hebreo, / la palabra "satán" significa "adversario").

A veces se pregunta: ¿Tenemos que creer en el diablo? ¿Cómo interpretar los pasajes evangélicos en que se habla del diablo, de Belcebú? ¿Cómo entender los milagros en que Jesús expulsa demonios? ¿Se dan hoy posesiones diabólicas? El mal que hay en el mundo, ¿hay que atribuirlo en última instancia a la influencia del demonio? Es claro que no se puede abordar esta compleja // problemática en los pocos minutos de una homilía; se requiere el ámbito de / un curso de teología.

LAS TENTACIONES DE JESUS

Así como hay períodos en la historia en que la insistencia en lo malo / del mundo y del hombre hace que la figura del diablo adquiera relevancia, // hoy pareciera brillar por su ausencia. Sin embargo, hay un renacer del interés por lo oculto, lo sobrenatural, por manifestaciones que se atribuyen al demonio. Por otra parte, el papel asignado al demonio en una concepción religiosa, se atribuye en ciertas concepciones aparentemente profanas y seculares a otras realidades: el comunismo para algunos y el capitalismo para otros, la subversión, la droga, la hiperinflación...

No es siempre fácil distinguir en la Biblia lo que pertenece al contexto cultural propio de los autores humanos y lo que constituye el mensaje revelado por Dios; el caso de Galileo es la mejor ilustración. Y en lo que se refiere al diablo o satanás hay particularmente dos obstáculos contrarios // muy difíciles de superar: por una parte, el excesivo "literalismo" y "fundamentalismo" y, por la otra, la mentalidad científico-técnica que se considera como criterio absoluto de verdad y que niega realidad a todo lo que está fuera de su campo de observación.

Felizmente hace ya un tiempo que se ha puesto en crisis este absolutismo de la Ciencia (¡con mayúscula!). "La inteligencia seriamente empírica es un arma religiosamente disponible. Según una expresión de Kierkegaard, el empirismo es un espía al servicio del Altísimo. Es el espía que nos revela la inmensidad del océano porque ha determinado los límites de la isla" (Antiseri).

La figura del demonio está en relación con el misterio del mal; porque el mal no se reduce a problemas que pueda el hombre solucionar. Si ello fuese así, la supresión del mal sería sólo cuestión de tiempo y de progreso /// científico.

Entendámonos: no podemos echarle la culpa al diablo de las injusticias, del hambre en el mundo, del holocausto nazi o de las brujas que se quemaron en los siglos XV y XVI o que se "cazan" en los regímenes modernos. No se puede apelar a la figura del diablo como una coartada para eludir la responsabilidad humana. Jesús no lo hizo así. El, "que sabía lo que hay en el hombre" (Jn. 2, 25), afirmó con toda claridad: "Es del interior del hombre, es del corazón del hombre de donde provienen las malas intenciones, las fornicaciones, los robos, los asesinatos, los adulterios, la avaricia, la maldad; los engaños, las deshonestidades, la envidia, la difamación, el orgullo, la falta de juicio. Todas estas cosas malas salen de adentro del hombre" (Mc. 7, / 21-23).

El evangelio no tiene como objeto hablarnos del diablo sino presentar a Jesús como el salvador que libera al hombre del mal que, naciendo de su corazón, cristaliza en estructuras y ordenamientos inhumanos, del mal que aparta al hombre de sus hermanos y de Dios.

Lo que dicen los evangelios del diablo es siempre en función del hombre y del Reino de Dios. Por eso puede afirmarse que cuando la admisión del diablo anula o aminora la responsabilidad del hombre por el mal, se ha entrado en un camino contrario al mensaje del Reino de Dios, al mensaje de salvación.

Las tres tentaciones que venció Jesús son tentaciones mesiánicas, es decir, tentaciones referentes a su misión. Por eso son más bien tentaciones análogas a las que sufre la Iglesia, a quien se le ha encomendado continuar la misión de Jesús. El diablo no le sugiere abandonar su misión sino realizarla de una manera más "eficaz".

La primera tentación, la del pan, es la tentación religiosa, es decir, instrumentar la religión en provecho propio, pretender utilizar a Dios en beneficio de la institución. Es una blasfemia cuando cristianos bien alimentados califican de poco importante la lucha por una vida humana digna apoyándose en las palabras de Jesús: "No sólo de pan vive el hombre". Cuando Jesús se encontró con gente que tenía hambre, les dijo a sus seguidores: "Dénles / ustedes de comer" (Mt. 14, 16), y multiplicó los panes.

La segunda tentación (en Mateo es la tercera) es la del poder. El poder es la característica que los hombres atribuyen a la divinidad. Por eso "el complejo de Dios" que nos acecha a todos ataca particularmente a quienes tienen poder que se creen por encima del bien y del mal. La Iglesia de Jesús ha

LAS TENTACIONES DE JESUS

sucumbido muchas veces en su historia a la tentación del poder; el evangelio se desnaturaliza, pierde su fuerza, cuando se lo apoya en el poder económico, político, militar. El poder del Dios viviente sólo se hace presente como en Jesús de Nazareth: en la impotencia y vulnerabilidad del amor.

La tercera tentación es quizás la más sutil porque parece la más desinteresada, se la acepta por la gente, para que la gente acepte más fácilmente el evangelio: "Es el rey de Israel, que baje de la cruz y creeremos en él" / (Mt. 27, 42).

¿Por qué no bajó? ¿Por qué no aceptó nunca hacer un milagro evidente, / que nadie pudiera poner en duda o malinterpretar? En un pasaje muy famoso de la obra de Dostoievski, "Los hermanos Karamazov", el monólogo del Gran Inquisidor centrado sobre el relato de las tentaciones, el anciano inquisidor reprocha a Jesús:

"No bajaste de la cruz... Deseabas una fe libre no forzada por lo maravilloso... Querías un amor libre y no la sumisión servil de un esclavo/ aterrorizado..."

Al estimar tanto al hombre le exigiste demasiado. De haberlo estimado / en menos, le habrías exigido menos, y eso habría estado más cerca del amor".

++++*++++

ESCUCHAR A JESUS... PERO ¿CUANDO?

El relato de la transfiguración de Jesús está en íntima relación con su pasión y muerte anunciadas a los discípulos poco antes (vs. 22). Este es el tema de conversación de Jesús con Moisés y Elías: la partida, el "éxodo" de Jesús, que tendría lugar en Jerusalén.

La transfiguración constituye la clave de interpretación del hecho del calvario. Ese hombre que muere excomulgado por la dirigencia religiosa y abandonado de todos y aparentemente hasta de Dios, "Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado", es el Hijo de Dios. "Este es mi hijo, el elegido, escúchenlo".

El misterio personal de Jesús a quien los discípulos seguían como profeta y Mesías, expresado claramente por la voz del Padre, se manifiesta también por otros signos. El cambio de aspecto del rostro de Jesús y el resplandor de sus vestiduras junto a la aparición de la nube, son signos de la presencia de Dios. Además el monte evoca el Sinaí, lugar de la manifestación de Dios al pueblo, y la presencia de Moisés, el legislador, y de Elías, el profeta, indican que Jesús es la plenitud de la revelación de Dios preparada por la Ley y los profetas.

Esta manifestación está dirigida a los apóstoles. Ellos tendrán que reconocer al salvador a través de su imagen humilde. En ese hombre inerme y a merced de sus enemigos poderosos, ellos deben reconocer al Hijo de Dios y escucharlo.

En el mismo relato se apunta que los apóstoles no acaban de comprender el fenómeno; eso preanuncia la actitud que tendrán durante la pasión cuando abandonaron a Jesús y huyeron. Esto es explicable, si se tiene en cuenta que "la experiencia de Dios, precisamente porque no posee ningún criterio de verificación propio de esta dimensión, distinto de Dios, es en esta vida necesariamente ambigua. Cuando acontece se impone por sí misma, pero no elimina la posibilidad de la duda ulterior, en el momento en que el hombre está fuera de dicha experiencia." (González Faus).

"Jesús subió al monte para orar."

Los evangelios mencionan con frecuencia que Jesús oraba, sitúan su oración y, aunque con gran discreción, nos hablan a veces de su contenido.

"Después de despedir a la gente, subió al monte para orar a solas" (Mt. 14, 23).

"Por la mañana, antes del amanecer, Jesús se levantó y se fue a un lugar desierto donde estuvo orando" (Mc. 1, 35).

"Jesús solía retirarse a un lugar despoblado para orar" (Lc. 5, 16).

Los evangelios no sólo nos presentan a Jesús participando del culto sinagoga de los sábados y de las peregrinaciones a Jerusalén para las grandes fiestas, sino orando en lugares despoblados, en el desierto, en soledad. Esta costumbre suya concuerda con la recomendación hecha a sus seguidores en el sermón de la montaña: "Cuando quieras rezar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre que está allí a solas contigo" (Mt. 6, 6).

El desierto, la soledad, es un lugar ambivalente y "Jesús ha pasado por una doble experiencia: una intimidad tan grande con Dios que le lleva a usar el lenguaje cotidiano del cariño filial (Abbá: papá) y una lejanía tan dolorosa del mismo Dios que le impulsa a hablar de abandono (Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?)" (C. Duquoc).

Pero aunque el texto del evangelio nos habla de la oración de Jesús, no hay duda que el acento está puesto en las palabras del Padre: "Este es mi hijo, el elegido, escúchenlo".

Escuchar a Jesús, pero ¿cómo?

Escuchar a Jesús, pero ¿dónde?

Escuchar a Jesús, pero ¿cuándo?

Aunque ha habido otros períodos en la historia, incluso no hace tanto tiempo, hace sólo 40 o 50 años, en que había una cierta connaturalidad con la oración, la situación se ha tornado más problemática.

ESCUCHAR A JESUS... PERO ¿CUANDO?

Y sin embargo, a pesar de la complejidad y dificultad de la tarea, éste es un tema no sólo importante sino que toca lo que es más propio de un cristiano: su relación personal con Jesucristo. Esta expresión "escúchenlo" habla de una relación personal. Nuestra relación con Jesucristo resucitado no es idéntica pero sí análoga a la que un hombre tiene con otro.

Podemos compartir con nuestros amigos no creyentes una común opción política, un compromiso efectivo con la liberación de los marginados y podemos nosotros como cristianos realizar esa tarea como colaboración para la realización del Reino de Dios. La totalidad de la vida humana posee una dimensión religiosa y en esta colaboración con Dios y Jesucristo resucitado podemos experimentar un encuentro genuino con el Padre y con Jesús. Hay quienes piensan que no es necesario otro tipo de relación. Incluso sospechan que la oración es un modo de evadir nuestra responsabilidad. Pero dirigir nuestra atención a Jesucristo como al que está siempre presente, como a un "tú" distinto del resto de la realidad no necesariamente tiene que degenerar en una huida de la vida, en un refugio en la ilusión o en un juego psicológico proyectivo.

Es cierto que Dios "busca adoradores en espíritu y en verdad" (Jn. 4, / 23-24) y que, como dice San Pablo, ese "culto espiritual" que tenemos que dar es nuestra propia vida de acuerdo al evangelio (Rom. 12, 17).

Jesús, por otra parte, hace suya la crítica de los profetas a una religiosidad hipócrita que pretende honrar a Dios mientras colabora con la injusticia: "Este pueblo me honra con sus labios pero su corazón está lejos de mí" (Mc. 7, 6).

Si es verdad que, en cierto sentido, se ora con la vida, que "toda la vida es oración", ¿podemos afirmar sinceramente que nuestra vida es cristiana? ¿Podemos afirmar que vivimos por el Reino de Dios?

Estamos demasiado acostumbrados a pensar que somos cristianos y que todo lo que hacemos, a excepción de pequeñas faltas de caridad, alguna que otra incoherencia poco importante, todo lo que hacemos es cristiano.

Kierkegaard, en cambio, decía: "No somos cristianos: nos vamos haciendo cristianos". Y podríamos agregar: 'o nos vamos haciendo menos cristianos...'

Nuestros criterios, la escala de valores no la que pensamos sino aquella de acuerdo a la cual vivimos, las opciones que hacemos en nuestra vida individual, familiar, de trabajo, ¿están inspiradas por el evangelio, por las enseñanzas de Jesús o por el medio ambiente en que nos movemos? Y si es así, ¿qué es para nosotros ser cristianos?

"Este es mi hijo, escúchenlo".

¿Qué les parece? ¿Piensan que estas palabras están dirigidas a nosotros, están dichas para nosotros hoy? ¿No es cierto que estamos convencidos que Jesucristo no nos puede decir ya nada nuevo, al menos nada importante que ya no sepamos? ¿No es cierto que el evangelio no nos interesa, que nos resulta aburrido porque desde chicos nos han contado la trama y el leerlo nos resulta tan poco estimulante como leer de nuevo una novela policial cuando sabemos que el asesino es el tío de la protagonista?

"Sucede siempre que lo que mejor creemos conocer no acabamos de conocerlo del todo... Si algunos hijos se imaginan que conocen a sus padres es porque los tratan como muebles viejos que se utilizan sin fijarse en ellos, hasta que viene un extraño y comienza a admirarlos" (L. Evely).

Algo análogo se puede decir de la actitud de los padres para con los hijos y de los esposos entre sí.

La persona de Jesús y su evangelio interesa a los no cristianos, no a los cristianos. A nosotros nos pasa con Jesús algo parecido a lo que les pasaba a los apóstoles. "Estaban acostumbrados a Jesús, lo veían todos los días, comían y bebían con El, sabían todo lo que hacía... cuanto más lo escuchaban, menos atención le prestaban, menos impresión les producía" (Evely).

Entonces Jesús los llevó aparte, lejos del bullicio, lejos del lugar donde estaban muy ocupados. "Y allí se sosegaron, hicieron silencio, se desnudaron de sus preocupaciones y ambiciones. Estaban solos con El, empezaron a fijarse en El, a verlo" (Evely), a descubrir en El lo que la rutina del contacto diario ocultaba. ¿No necesitamos nosotros una experiencia semejan-

ESCUCHAR A JESUS... PERO ¿CUANDO?

te?

Aunque nuestra situación es muy distinta a la de los apóstoles que convivían con Jesús, sin embargo también nosotros tenemos necesidad de dedicar un tiempo en soledad, haciendo callar nuestras ocupaciones y preocupaciones para escuchar a Jesús.

"Este es mi Hijo, escúchenlo".

Estas palabras ¿son dichas para todos o sólo para algunos cristianos // "especiales", los curas y las monjas que se dedican a la religión? Esa gente puede tener tiempo, pero nosotros, la gente "común", estamos muy ocupados, / no tenemos tiempo. Estamos llenos de cosas que hacer. La mayoría de la gente vive angustiada por la falta de tiempo. Me decía una amiga, ama de casa y // profesional: "Para mí el día tendría que tener 48 horas; nunca acabo de hacer todo lo que tengo que hacer..."

Vivimos siempre en retraso con respecto a lo previsto. Aunque estemos / muy ocupados, tenemos una sensación persistente de no haber cumplido con todas nuestras obligaciones. Eso crea un sentimiento de angustia y frustración más o menos consciente.

Cuando se encuentran dos amigos por la calle, es frecuente el comentario "Pero, che: tenemos que encontrarnos para charlar un poco con tranquilidad, es tremendo el ritmo de locos que hay que llevar para poder sobrevivir... En todo caso nos hablamos por teléfono y nos ponemos de acuerdo..." Y ambos es tan convencidos de que se quieren encontrar, pero lo que les falta, piensan, es el tiempo. No tenemos tiempo porque estamos muy ocupados; esto es un dato, una evidencia que no se discute...

Además, en nuestra sociedad, el estar ocupado es un signo de "status": la gente muy ocupada es gente muy importante. Se dice como un cumplido: "Me imagino que estarás tan ocupado como siempre". A uno le gusta que le digan a sí porque eso significa que nos consideran personas importantes, que tienen mucho que hacer... Muchas llamadas telefónicas comienzan así: "Sé que estás muy ocupado pero ¿te puedo robar un minuto?" Un minuto de una persona cuya agenda está repleta vale más que una hora de alguien que tiene poco que hacer...

En esta sociedad centrada en lo económico uno vale por lo que produce, / el valor de alguien se mide por los elementos desglosables de su persona. No se pregunta "¿Quién es?" sino "¿Qué es, qué hace?": uno es "alguien" de acuerdo a lo que hace. Pero cuando el hombre busca su identidad en lo que produce, el hombre no se "encuentra" sino que se pierde, se aliena en su trabajo. Además somos sustituibles como "productores": otros pueden hacer lo mismo que nosotros e, incluso, hacerlo mejor. Quien no tiene empleo no sólo carece de lo necesario para vivir sino que pierde su autoestima: es un "don nadie"; pensemos en la poca importancia que se da a los que no producen: jubilados, pensionados, ancianos...

"Pero no sólo estamos ocupados: estamos también llenos de 'preocupaciones'. 'Pre-ocupado' significa literalmente 'estar ocupado previamente'. //// "¿Qué sucederá si pierdo el trabajo?"; "¿Y si me enfermo? ¿Qué pasará con mis hijos?"; "¿Y si no logro el ascenso?"; "¿Qué sucederá si... si... si...". A las ocupaciones que se empujan unas a otras para llenar nuestro tiempo se agregan las muchas preocupaciones, que nos surgen también gracias a los medios de comunicación, con noticias trágicas de aquí y del extranjero, insistiendo machaconamente que perderemos algo importante si no vemos tal programa, o compramos tal producto... Estamos atrapados en una telaraña de expectativas falsas y de necesidades artificiales. Estamos llenos hasta el borde, / no tenemos tiempo...

Pero en nuestras vidas preocupadas hay algo más: estamos llenos, pero / incompletos. Mientras nuestras mentes y corazones están llenos de muchas cosas y podemos cumplir con las expectativas que tenemos y que los demás nos imponen, paradójicamente experimentamos un fuerte sentimiento de estar incompletos. Mientras estamos ocupados y preocupados por muchas cosas casi nunca nos sentimos verdaderamente contentos y en paz. En nuestras vidas llenas perdura el sentimiento de que estamos incompletos... Mientras nos agobiamos intentando cumplir nuestras muchas tareas y obligaciones... mientras la gente sigue empujándonos en todas direcciones, nos surge la duda de si a alguien /

ESCUCHAR A JESUS... PERO ¿CUANDO?

realmente le interesamos como seres humanos... nos sentimos aislados aunque/ estemos rodeados de mucha gente. Estamos solos en medio de una multitud... / Nos domina muchas veces el resentimiento. Mientras estamos ocupados pensando/ si nuestro trabajo significa algo para alguien, nos sentimos usados, manipu- lados y explotados, empujados a hacer una serie de cosas por parte de gente/ que sentimos que no nos consideran como personas. Entonces comienza a desa- rrollarse una cólera interior que se instala en nuestros corazones. Esta có- lera, fruto del resentimiento, tiene un efecto muy negativo en nuestra convi- vencia social" (H. Nouwen).

Esta manera de vivir la vida: llenos e incompletos, ocupados y preocupa- dos, sin poder descansar bien (ya hay entre nosotros manifestaciones de esa/ enfermedad propia del primer mundo: el cansancio crónico) tiene como conse- cuencia un stress agudo, un pre-infarto... y por prescripción médica habrá / que hacer reposo absoluto...

¿Es fatal que haya que vivir así? ¿Es tan cierto que "no hay otra", co- mo se dice?

Ciertamente, no. Hace ya bastante tiempo que desde la psicología y el / psicoanálisis, como desde la "ergoterapia", la medicina especializada en pa- tologías conexas con el trabajo, no sólo se alerta acerca de las consecuen- cias graves de este modo de vivir, sino que se desenmáscaran los verdaderos/ motivos de esta "huída a la acción". El hombre, impulsado por esta sociedad/ cuyo valor fundamental es el económico, "simboliza" (el hombre es un simboli- zador, decía Nietzsche) su identidad en el tener. Y como decía alguien: "Lo/ mucho parece poco cuando se quiere algo más". Aunque el que vive así está en terado del alto índice de suicidios que tiene el Japón, se tranquiliza pen- sando que a la Argentina le falta mucho para alcanzar al Japón...

Tiene miedo de hacer un alto, tiene miedo de frenar su impulso a las mu- chas ocupaciones y preocupaciones y estar solo consigo mismo. Quizás está do- minado por lo que los antiguos llamaban "horror vacui", "terror al vacío". / Esta hipótesis de por qué tenemos miedo de volvernos hacia nosotros mismos, / está tematizada poéticamente por Ibsen en Peer Gynt. Este trata de descubrir su propio yo y se encuentra que es como una cebolla: se pueden quitar una // tras otra las capas de cebolla y no se encontrará el corazón: ¡en el fondo / no había nada!

Estamos muy lejos de la sensibilidad romántica que hacía exclamar a /// Schiller: "Ante las angustias de la vida debes huir al recinto silencioso // del corazón". Como si el corazón fuera un castillo inexpugnable y acogedor / donde uno podría encontrar y gozar de paz... En estos tiempos hay movimien- tos influenciados por corrientes orientalistas que insisten en la necesidad/ del "viaje al interior" de uno mismo.

Aunque sea difícil nadar contra la corriente, es necesario reconocer a/ tiempo lo engañoso y perjudicial de este aspecto de nuestra cultura, tener / la valentía de "hacernos un tiempo" para estar en soledad y encontrarnos con nosotros mismos y con Dios. "Una vida sin un centro calmo, fácilmente se /// vuelve destructiva" (H. Nouwen).

"Este es mi Hijo, escúchenlo".

Nuestro ser cristiano depende de si escuchamos, es decir, si nos encon- tramos o no con Jesús. Tenemos que hacernos un tiempo para "centrar" nuestra vida en Jesús.

"En la soledad podemos desenmascarar la ilusión de nuestra posesividad/ y descubrir que el centro de nuestro ser no es lo que podemos conquistar si- no lo que nos ha sido dado.

En la soledad podemos escuchar la voz de Jesús

- que nos habló antes de que pudiéramos articular palabra alguna,
- que nos liberó antes de que pudiésemos liberar a otros,
- que nos amó mucho antes de que pudiéramos amar a nadie" (H. Nouwen).

++++++

TERCER DOMINGO DE CUARESMA: Lc. 13, 1-9

CICLO C

EL MISTERIO DE LA PACIENCIA DE DIOS

En el pasaje evangélico de hoy se alude a dos hechos que podríamos llamar de "crónica policial" del tiempo de Jesús. Esos dos hechos bastante importantes en ese tiempo, no han sido conservados por otras fuentes distintas del evangelio.

La gente le comenta a Jesús la matanza hecha por orden de Pilato de algunos galileos durante una fiesta religiosa en Jerusalén. Las fiestas del templo de Jerusalén congregaban a gran cantidad de gente y eran una ocasión propicia para que los zelotes, esos guerrilleros partidarios de la lucha armada para la liberación de Israel, intentaran ganar adeptos.

Pilato había reprimido el tumulto con dureza y crueldad. Sus soldados asesinaron a los revoltosos durante la ceremonia religiosa del sacrificio de los animales en honor de Yahvé. Por eso dice la gente que Pilato mezcló la sangre de los galileos con la sangre de las víctimas de sus sacrificios.

Se trataba de un hecho político. Es claro que a los ojos de Pilato, a los ojos de Roma, los muertos por la represión eran culpables por haber pretendido aprovechar una ocasión propicia para ir en contra del orden impuesto por el Imperio.

Jesús no los condena y, además, desautoriza la interpretación de un cierto providencialismo vulgar que pretende ver en las desgracias un castigo de Dios.

El mismo Jesús trae a colación otra desgracia sucedida también en ese tiempo. Se había derrumbado una torre de la muralla de Jerusalén y habían muerto dieciocho personas.

En los dos casos Jesús pregunta a la gente: "¿Creen ustedes que los que murieron a causa de la represión de Pilato o por el derrumbe de la torre eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén?" Y contesta: "Les a seguro que no".

Esa concepción de que las desgracias que suceden son un castigo de Dios por pecados o faltas cometidas está presente en muchas y diversas culturas y también en algunos lugares de la Biblia (por ejemplo, Salmo 38, 1-8; Ezequiel 18, 20). El libro de Job, cuyo protagonista inocente sufre un cúmulo de desgracias, desautoriza la interpretación generalizada. Y definitivamente se demuestra falsa por el caso de Jesús, quien fue torturado y condenado a muerte siendo inocente.

Jesús toma ocasión de dos hechos que habían impresionado vivamente a sus paisanos para rectificar sus concepciones erróneas y, a la vez, exhortar los a la conversión.

No los amenaza con un castigo futuro pero les abre los ojos ante la real posibilidad de un fracaso existencial definitivo. Todos estamos ante el riesgo real de perdernos: es lo que se llama 'condenación'. Cuando se habla de condenación, no hay que caer en la trampa de confundir la imaginación barroca de ciertas predicaciones sobre el infierno con un aspecto del mensaje de Jesús sobre el destino del hombre. El evangelio de Jesús es en este punto particularmente discreto; no tenemos derecho a responder a la curiosidad infantil de cierta gente haciendo "teología-ficción" sobre el infierno y los condenados. Algunos predicadores describen el infierno con tal lujo de detalles que uno llega a pensar que lo han visitado con un guía experto.

Jesús enseña que el último sentido de la vida humana no es idéntico para todos. La muerte, que parece igualarnos a todos, al rico con el pobre, a la víctima con el verdugo, al que vivió sólo preocupado de sí mismo con el que se solidarizó con los que sufren, etc., etc., la muerte, repito, es un signo ambiguo. La muerte no tiene el mismo sentido para todos. Para algunos es la confirmación de una vida abierta a Dios y a los hermanos; para otros es el signo de la frustración existencial y del fracaso definitivo.

Si ustedes no se convierten, dice Jesús, van a morir definitivamente. Jesús exhorta a la conversión.

Entenderíamos mal el llamado a la conversión si la redujéramos simplemente a realizar determinadas prácticas religiosas: rezar, ir a misa, dar alguna limosna, no comer carne los viernes o hacer ayuno...

EL MISTERIO DE LA PACIENCIA DE DIOS

Conversión significa un cambio de mentalidad, una apertura a esa novedad del Reino de Dios que Jesús anunció con su vida, con sus gestos y sus palabras.

Cambiar de mentalidad no es fácil. Y, para cambiar, antes que nada hay que tomar conciencia de la mentalidad que tenemos. A veces se dice: "¿Qué mentalidad tiene este tipo?" Y a esa frase la aplicamos a situaciones muy diversas... "¿Este tipo ve todo con el signo 'Pesos!'". "¿Este tipo no tiene ninguna sensibilidad social, sólo se interesa por él y por su familia!". //

"¿Qué mentalidad tiene este tipo?"

Y usted, ¿qué mentalidad tiene?

Y yo, ¿qué mentalidad tengo?

Cuando hablamos así no nos referimos tanto a lo que piensa una persona, sino a como actúa esa persona. No nos referimos al ideario que afirma sustentar sino a la jerarquía de valores de acuerdo a los cuales vive.

Por eso cambiar de mentalidad significa cambiar de manera de vivir. Puede significar dejar de hacer lo que uno está haciendo y hacer lo contrario: el que roba debe dejar de robar, el que explota a la gente tiene que dejar de explotar, el que tiene una doble vida debe abandonarla... Pero otras veces no habrá que cambiar las cosas que estamos haciendo, no se tratará de abandonar nuestro trabajo, nuestro compromiso social o político, nuestra vida de familia, sino que la conversión consistirá, en medio de nuestras preocupaciones y ocupaciones, tener un centro unificador que cambie el sentido de la vida. Como decíamos el domingo pasado: "Una vida sin un centro calmo fácilmente se vuelve destructiva" (H. Nouwen). Convertirse es "centrar" nuestra vida en Jesús y en el Reino de Dios.

La conversión puede realizarse en un repentino cambio interior, pero que generalmente implica un largo y tranquilo proceso de transformación. Además, no es sólo el producto de un acto de voluntad: implica una experiencia de encuentro con Jesús.

La invitación que hoy nos hace Jesús para convertirnos se completa con una de las más consoladoras parábolas del evangelio: la parábola de la higuera infructuosa que ilumina el misterio de la paciencia misericordiosa de Dios: "Hace tres años que vengo a buscar frutos en esta higuera y no los encuentro. Córtala. ¿Para qué malgastar la tierra?"

Quizás hace más de tres años que nos negamos a dar fruto; quizás hace más de tres años que hacemos oídos sordos a la invitación a cambiar de mentalidad... Y sin embargo "todavía vivimos, todavía esperamos..." y todavía Dios nos espera... ¿por qué?

"Señor: déjala todavía este año...". Pero no esperará de brazos cruzados: "Yo removeré la tierra alrededor de ella, la abonaré. Puede ser que así dé frutos en adelante". El compromiso del cuidador de la viña es realmente insólito: a nadie en Palestina se le ocurriría tener tales cuidados con una higuera. Es un modo de expresar un interés excepcional por la vida de la higuera.

Dios aguarda nuestra reacción a su palabra rodeándonos de tierno afecto. Nos espera, no se nos impone.

La paciencia de Dios... ¿qué gran misterio! Nos cuesta creer en la paciencia de Dios. Sí; nos cuesta creer en un Dios paciente. Porque apenas pensamos un poco nos encontramos con un tremendo problema. Caemos en la cuenta que Dios no sólo nos espera a nosotros, lo cual no nos parece mal, sino también los espera a los otros!

No interviene para detener la mano del verdugo que tortura a sus víctimas, no impide que pongan un auto-bomba que mate y destruya a inocentes, no interviene en favor de los millones de hombres a los que se condena irrevocablemente a la muerte blanca del hambre, de la enfermedad, del desamparo.

¿Es ciego y sordo? ¿O es impotente? ¿O es un espectador neutral en la conflictiva historia humana? En su presentación a Moisés le asegura: "He visto cómo sufre mi pueblo que está en Egipto. Los he oído quejarse por culpa de sus capataces y sé muy bien lo que sufren. Por eso he bajado para salvar-

EL MISTERIO DE LA PACIENCIA DE DIOS

los del poder de los egipcios; voy a sacarlos de ese país y a llevarlos a una tierra espaciosa y fértil donde mana leche y miel" (Ex. 3, 7-8).

Dios no es neutral ni su silencio es signo de que se desentiende de lo que pasa en el mundo. Hay un gran riesgo de confundir su paciencia con inactividad o, peor aún, con su inexistencia.

Dios sólo interviene con su llamada y su amor; Dios interviene haciendo que los hombres hagamos. Por eso dice a Moisés: "Ponte en camino, te envío / ante el Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo". Y ante la duda de Moisés: "¿Y quién soy yo para presentarme ante el faraón y sacar de Egipto a / los israelitas?", Dios le contesta: "Yo estaré contigo" (Ex. 3, 10-12).

El hombre, especialmente a partir de la edad moderna, va tomando progresivamente conciencia de que la historia está en sus manos. Y, paradójicamente sin embargo, en ella no está solamente en juego el mundo y la historia: / La autonomía del mundo y de la historia no excluye la posibilidad de que el creyente descubra al Dios viviente en ella. Existe el peligro de encontrar / un "dios tapahuecos" (Bonhoeffer) que se introduce subrepticamente aprovechándose de lo que el hombre aún ignora o no domina: ese dios es una creación del hombre, un ídolo que va batiéndose en retirada a medida que el hombre progresa. La autonomía del hombre en la historia no se ve disminuida sino confirmada por el "Dios compañero": "Yo estaré contigo". Ese Dios no es / un émulo del hombre en la construcción de la historia, no es un rival del hombre que se hubiera reservado zonas sagradas con "entrada prohibida" que / el hombre, como un nuevo Prometeo, debiera violar para crecer. Por el contrario, el Dios viviente, el Dios compañero, "Yo estaré contigo", capacita al creyente para asumir el peso de su libertad en la historia y agudiza su sensibilidad para desenmascarar la tentación recurrente de crearse nuevos ídolos que lo engañan prometiéndole la felicidad de la realización si se entrega a ellos.

El modo de presencia de Dios en la historia es tan discreto que se puede pensar que está ausente. Dios aparece en la historia a merced del hombre. Pero eso es consecuencia del modo en que Dios ha querido entablar relaciones con el hombre: no a través de la fuerza y el poder o, mejor, a través de la sola fuerza del amor. "El silencio de Dios no es entonces lejanía o desentendimiento sino que es la discreción y la paciencia de Dios.

La diferencia entre Dios y los hombres no radica en que Dios es la fuerza y los hombres, la impotencia, sino más bien en que Dios es aquél que puede renunciar a la fuerza y el hombre no puede" (González Faus).

La vida de Jesús realizó plenamente el proyecto de Dios sobre el hombre y la resurrección de Jesucristo es la manifestación definitiva e irreversible del amor de Dios por el hombre.

"Dios no deja de amar al hombre, Dios no deja de creer y de esperar en el hombre. Esa es la razón que tenemos para amar y creer y esperar en nosotros mismos y en los demás hombres, porque, como decía Camus, en los hombres hay, a pesar de todo, más cosas dignas de admiración que de desprecio. Y nadie está definitivamente excluido de que eso pueda ser válido también para él" (González Faus).

"Señor: déjala todavía este año... puede ser que así dé frutos..."

El misterio de la paciencia de Dios, la presencia discreta y silenciosa de Dios en la historia se revela en el grito de Jesús en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt. 27, 46).

Jesús muriendo en la cruz manifiesta que no es Dios quien tiene que liberar del sufrimiento al hombre sino que es el hombre quien tiene que liberar del sufrimiento a Dios en la historia: "Lo que hiciste a estos hermanos / míos más pequeños, me lo hiciste a mí" (Mt. 25, 40).

RECONOCER AL HERMANO PARA CONOCER AL PADRE

En el evangelio de hoy escuchamos la conocida parábola del hijo pródigo. Pero la introducción que la precede, el comienzo del capítulo 15 de Lucas, al mencionar el contexto en que Jesús la contó, nos ilustra acerca del sentido de la parábola. Es una respuesta de Jesús a los escribas y fariseos, los líderes religiosos de su tiempo, que lo criticaban por su actitud con respecto a los pecadores. En la sociedad sacral en que vivía Jesús, ciertas categorías de personas (las prostitutas, los recaudadores de impuestos, los pastores, etc.) eran marginados por su género de vida contrario a la ley de Dios: a éstos se los llamaba pecadores. Una persona religiosa tenía que evitar su trato.

Lo que desconcertaba e irritaba a los escribas y fariseos era que Jesús no sólo no los evitaba sino que tenía un trato cordial con ellos y participaba en comidas festivas con ellos. (Mc. 2, 14-16; Mt. 11, 19).

Los escribas y fariseos "murmuraban": "Este se junta con los pecadores". Y en aquel tiempo también se pensaba: "Dime con quien andas y te diré quiéres": "¿Quién puede creer que éste es el enviado de Dios si se junta con los que viven al margen de la ley de Dios?".

A gente que hace este cuestionamiento dirige Jesús esta parábola del hijo pródigo. El calificativo "pródigo" es un término muy castizo pero que nosotros no usamos. Cuando he preguntado qué quería decir la palabra "pródigo" me han respondido con el silencio. Pródigo, según el Diccionario de la Real Academia, significa "disipador, gastador, manirroto, que desperdicia y consume su hacienda en gastos inútiles y vanos, sin medida, orden ni razón". Pródigo entonces diríamos a uno que despilfarra, un tipo "calavera", según el lenguaje corriente.

Esta parábola se llama generalmente "del hijo pródigo". Pero si la leyera sin título, considerando el relato tal cual está en el evangelio donde no tiene título, ¿qué título le pondrían?: ¿'El hijo calavera o playboy'? ¿'El padre y los dos hijos'? ¿'El hijo descarriado y el hijo bueno'? Algunos intérpretes de la Biblia han sugerido como título: la "Parábola del padre misericordioso". Y en realidad, aunque se hable de los dos hijos, la figura central es la del padre. Doce veces en el relato aparece la palabra "padre".

La parábola tiene dos partes: es una parábola con dos finales. La primera parte concluye con la vuelta del hijo menor, más bien, con la fiesta que hace el padre para celebrar su vuelta: "Y comenzó la fiesta". Sin embargo, la segunda parte es esencial y está anunciada al comienzo del relato: "Un padre tenía dos hijos. El menor...". Concluida felizmente la odisea del menor surge la pregunta: ¿Y el mayor? A pesar de la importancia de la primera parte que ha dado el título a la parábola, el acento está puesto en la segunda parte.

Esta parábola, como en general en todas las parábolas, Jesús se preocupa más bien de la praxis que de la teoría; apunta, más que a las ideas, a las actitudes de las personas. A veces no intervienen sólo personas: la del sembrador, el tesoro y la perla... Por eso, para reconocer las parábolas, tenemos que reconocer en ellas nuestra propia experiencia vivida, aunque nuestra situación sea bajo muchos aspectos distinta de la de los interlocutores de Jesús. Somos hombres y tenemos reacciones semejantes frente a la lentitud o el fracaso del evangelio ante ciertos tipos de personas, etc.

Esta parábola está dirigida a los escribas y fariseos, y el hijo mayor revela su modo de pensar y sus actitudes. Ellos, que critican a Jesús por su actitud con los pecadores, tienen que pensar que el padre es injusto en su modo de tratar a los hijos. No tiene ninguna consideración con el que lo ha servido siempre y hace una fiesta para el irresponsable que despilfarró su herencia.

¿No pensamos también nosotros así? ¿No nos parece que el padre es un débil que no se opone al pedido de su hijo que se larga a una aventura cuyo final era previsible? Y sobre todo: ¿había que premiar con una fiesta a éste que vuelve a cobijarse en la casa paterna a la que ha perdido todo derecho?

¿Por qué esa preferencia por el menor? ¿La justicia no pide tratar de distinta manera al que obra bien y al que ha obrado mal? Pero la parábola in

RECONOCER AL HERMANO PARA CONOCER AL PADRE

vierte el orden: el padre trata mejor al que ha obrado mal.

Es claro que el padre de la parábola es una imagen de Dios, pero del // Dios de Jesús. Jesús, con su actuación concreta, provoca una revolución en / la concepción de Dios. No lo hace en el plano de la teoría, promulgando nuevas formulaciones dogmáticas, sino en el plano de la práctica, en la manera / de implicar a Dios, a quien llama Padre, en la conflictiva realidad humana.

Los dirigentes religiosos lo critican porque Jesús muestra su predilección por la gente que ellos desprecian, considerándola abandonada de Dios.

La parábola de hoy es la respuesta de Jesús a sus críticos. En forma de relato, les dice Jesús: "Yo actúo así porque Dios actúa así, porque Dios es / así".

El menor se había alejado del Padre: allí estuvo el pecado, no tanto en la vida "licenciosa" que llevó. "Licenciosa", otra palabra poco usada: significa "vida desordenada", "deshonesta": "...malgastó tus bienes con mujeres", dice el hijo mayor. Pecado es hacer la vida "alejada" del Padre. El hijo menor personifica a los pecadores con los que Jesús tenía un trato cordial. // Cuando nosotros escuchamos que Jesús se juntaba con los pecadores, hay que / hacer una aclaración, porque después de veinte siglos la palabra "pecado" y / "pecador" va cambiando de sentido.

Cuando nosotros pensamos en el pecado, pensamos en una realidad interior, el pecado no se ve. Pero cuando el evangelio se refiere a las críticas de los dirigentes religiosos porque Jesús "recibe a los pecadores y come con ellos", está hablando de ciertos tipos de personas que eran marginadas en la sociedad del tiempo de Jesús. Pecadores no son gente que ha tenido malos pensamientos o que se dejaron llevar por un ataque de rabia... Pecadores son esos grupos de gente que, aunque tuviera plata como los publicanos o recaudadores de impuesto, eran marginados por razones religiosas en una sociedad // centrada en ese valor.

La situación miserable en que se encuentra lo lleva al hijo menor a reflexionar: "Recapacité, volvió en sí", tomó conciencia de que le faltaba algo. Más bien, que le faltaba alguien. Aquí está la dificultad para la conversión de los ricos: no les falta nada.

"Volveré a casa de mi padre... aunque ya no soy digno de que me reciba / como hijo".

No basta que alguien tenga conciencia de haber obrado mal para cambiar / de vida; lo fundamental es que haya experimentado el amor del Padre. El volver a pensar en el padre que lo ama, en cuyo amor puede confiar, desencadena el movimiento de retorno. Confía en que será perdonado. Se pone en camino de cedido a pedir perdón pero dispuesto a aceptar no ser ya tratado como hijo, / sino como un asalariado: "Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame / como a uno de tus empleados".

Pero el padre no espera que su hijo vuelva para perdonarlo, no espera / que cambie de vida para volver a considerarlo como hijo. Está ansiando su // vuelta para poder abrazarlo. Dice Jesús: "Lo vió de lejos, se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó". Antes de que pudiera hablar, ya el padre sin palabras le había dicho todo. Pero el muchacho comenzó a hacer su confesión: "Padre: he pecado contra el cielo y contra tí; / ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo..." El padre no lo dejó acabar y dijo a sus servidores: "Traigan enseguida la mejor ropa, vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero engordado y mátenlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la / vida, estaba perdido y fue encontrado. Y comenzó la fiesta" (vs. 20-24).

Esta es la Buena Noticia que trae Jesús: ¡Dios los ama! ¡Ya están perdonados! Antes de que usted vuelva, antes de que usted cambie; ya hoy, ya ahora... Dios está ansioso de que usted se acerque, no para que haya más gente / en la Iglesia, para que seamos mayoría los católicos, no porque El gane algo sino pura y simplemente porque lo quiere. ¡Acérquese, vuelva; no importa lo / que pasó; nadie le va a pedir cuenta...!

Hay una condición, la única, sin la cual el perdón no es posible, y es que usted quiera volver. Dios respeta nuestra libertad. El Padre anhela la / vuelta del hijo pero no lo va a buscar. A veces quisiéramos que Dios fuera /

¿RIGORISMO MORAL O RADICALIDAD EVANGELICA?

Una situación parecida al contexto de la parábola del hijo pródigo: la diversa actitud de Jesús y de los escribas y fariseos frente a los pecadores, a los marginados de la sociedad sacral que era la Palestina del siglo I.

Los diez mandamientos, el Decálogo, condenan el adulterio junto con el homicidio y el robo como actos que perjudican o destruyen al prójimo.

Se castiga severamente el adulterio de un hombre con una mujer casada: los dos cómplices son condenados a muerte: Deut. 22, 22-24; Lev. 20, 10. Aunque al marido se aconseja la fidelidad conyugal (Prov. 5, 15-19), sin embargo, su infidelidad no es castigada sino en el caso de que tenga por cómplice a una mujer casada. Como la mujer casada se considera una posesión de su marido, el adulterio viola el derecho de éste. En contraste con esa indulgencia de que goza el marido, la inmoralidad de la mujer casada era sujeta a duros castigos en Ugarit, en Egipto y en Israel.

Se trata de sociedades patriarcales en que a la mujer no se le reconoce idéntica dignidad y derechos que al varón.

Los escribas y fariseos estaban molestos por la libertad con que actuaba este hombre Jesús. Los evangelios coinciden en que la libertad era el rasgo más destacado de la personalidad de Jesús: entusiasmaba a la gente e irritaba a los dirigentes. Jesús relativizaba la importancia del reposo sabático: le preocupaba más la necesidad de la gente que el cumplimiento de los preceptos religiosos.

Los evangelios nos conservan el recuerdo de muchos enfrentamientos de Jesús con los dirigentes religiosos. Estos tratan muchas veces de ponerlo a Jesús en un brete para poder desprestigiarlo ante la gente acusándolo de estar en contra de la religión, en contra de Dios, y de esa manera demostrar la falsedad de su pretensión de ser enviado de Dios.

El caso de la adúltera parecía muy adecuado para dejar mal parado a Jesús. ¿Se pronunciaría a favor del castigo que manda la ley? En ese caso su fama de hombre compasivo y misericordioso se vería comprometida. Esta posición, además, le podía traer una complicación política: los romanos habían privado a los judíos del derecho de aplicar la pena de muerte; ese derecho competía sólo a la autoridad del Imperio. ¿O se pronunciaría Jesús en contra de la Ley? En caso de que actuara así, ¿con qué derecho podía hablar en nombre de Dios oponiéndose a su voluntad expresada en la Ley?

Jesús no respondió al problema planteado por los escribas y fariseos. "Inclinándose comenzó a escribir en el suelo con el dedo": es todo lo que dice el evangelio. Ríos de tinta se han utilizado haciendo hipótesis acerca de qué habría escrito Jesús... mejor no hagamos "teología-ficción".

Jesús parece no querer intervenir. Pero "como insistían, se enderezó y les dijo: El que no tenga pecado que tire la primera piedra. E inclinándose nuevamente siguió escribiendo en el suelo".

Jesús contraataca. Mira la situación desde otro punto de vista, mira hacia los acusadores y les exige que antes de condenar se miren a sí mismos. ¿Quién puede pretender estar libre de todo pecado?

"Al oír estas palabras todos se retiraron comenzando por los más viejos... Jesús preguntó a la mujer: ¿Alguien te ha condenado? Ella respondió: Nadie, Señor. Jesús le dijo: Yo tampoco te condeno. Vete en paz y no peques más".

Yo no te condeno. Vete en paz.

Estas palabras han causado muchas preocupaciones a los moralistas. No porque hubieran pensado que Jesús hubiera tenido que aprobar que apedrearan a la adúltera, como proponían los escribas y fariseos. Pero si eso era un extremo de rigor, la actitud de Jesús puede dar pie a una mala interpretación. ¿Estaba arrepentida la adúltera? No hay ningún indicio que lo haga pensar...

No solamente en este pasaje sino en otros también Jesús demuestra preocuparse poco de lo moral. ¿No es casi escandaloso lo que les dice a los fariseos "les aseguro que los recaudadores de impuesto y las prostitutas entran/

¿RIGORISMO MORAL O RADICALIDAD EVANGÉLICA?

antes que ustedes al Reino de Dios"? (Mt. 21, 31).

Lo que le preocupa a Jesús es mostrar el rostro del Padre cuya manifestación y acogida no está determinada por las exclusiones y marginaciones que hacen los dirigentes religiosos.

No es que para Jesús sea indiferente el robo, el adulterio, la prostitución... Se expresó muchas veces acerca de estos temas con una severidad mayor a la de los escribas y fariseos.

"Lo que desconcierta en Jesús es su libertad. No siempre al tocar la Ley lo hace de la misma manera:

- Si se hubiera limitado a corregirla en un sentido amplio, habría podido pasar por un laxista o un inmoral;
- Si la hubiera corregido siempre en un sentido más severo, habría sido considerado un fanático.
- + A veces radicaliza la Ley:
 - * No matarás... No hay que enojarse con el hermano (Mt. 5, 21-24).
 - * No cometerás adulterio... El que mira a una mujer con deseo ya adulteró en su corazón (Mt. 5, 27-28).
- + Otras veces, abroga la Torá:
 - * con respecto al divorcio (Mt. 5, 31-32);
 - * con respecto al juramento (Mt. 5, 33-37);
 - * con respecto a la ley del talió (Mt. 5, 38-42).

Pero pareciera que después de la muerte y resurrección de Jesús ya hay una ley que sería nueva, habría una nueva moral que sería intangible y a la que hay que someterse." (Pohier).

¿Esa es la situación de los discípulos de Jesús, sometidos a la Ley que ahora se llama nueva o evangélica?

¿Jesús habría venido a substituir una ley por otra más perfecta y, por eso, más exigente? ¿Jesucristo sería, según la expresión de Lutero, "Moysi-ssimus Moyses", una especie de Moisés al cuadrado?

La insistencia de Pablo en las cartas a los Gálatas y a los Romanos acerca de que Cristo vino a liberarnos de la Ley y la interpretación que ha hecho de su enseñanza la tradición (Santo Tomás es un buen testigo) dice todo lo contrario.

Cristo vino a liberarnos no sólo del pecado sino también de la Ley (Romanos 7-8). "La credibilidad de la fe cristiana en materia de moral depende de que sea verdaderamente cristiana" (Pohier).

Pero muy frecuentemente se confunde la radicalidad evangélica con el rigorismo moral. "Si la Iglesia fuese 'más radical' evangélicamente, no necesitaría ser tan 'rigurosa' moralmente. El rigorismo procede del miedo, mientras que la radicalidad nace de la libertad, de la libertad de la llamada de Cristo. Si la predicación y la pastoral de la Iglesia fueran realizadas a la luz de las prioridades evangélicas... entonces podría, por ejemplo, admitir a los sacramentos a aquellos que han fracasado en su matrimonio y se han vuelto a casar sin tener que temer que se rompa ningún dique" (Metz).

No se trata de cuestionar el ideal cristiano del matrimonio monógamo e indisoluble, ni mucho menos de favorecer el libertinaje sexual. Pero se puede afirmar con Metz que "si la Iglesia ha perdido fuerza de irradiación no es por exigir demasiado sino precisamente por lo contrario, por pedir poco; es decir, por no presentar las propuestas y exigencias a la luz de las prioridades del evangelio de Jesús."

Lo que la Iglesia y cada uno de nosotros si quiere ser cristiano tiene que hacer es conformarse a lo que Jesús hizo y dijo en su tiempo y "traducirlo" a nuestra vida, a nuestro tiempo, a nuestro mundo. Una moral merecerá el nombre de cristiana si tiene en la vida de la Iglesia y en nuestra sociedad una actitud análoga a la que Jesús tuvo en su tiempo.

Lo que tenemos que hacer es asumir ante los marginados y excluidos que se dan hoy en la Iglesia y en la sociedad en que vivimos la misma actitud //

¿RIGORISMO MORAL O RADICALIDAD EVANGELICA?

que tuvo Jesús con los que eran marginados y excluidos por los dirigentes religiosos y la sociedad de su tiempo.

Para manifestar la cercanía del Reino, la cercanía del amor del Padre, / Jesús, "antes incluso de liberar al pecador de su pecado, lo liberó de la esclavitud que constituye el juicio condenatorio que él mismo y la sociedad hacen de su pecado" (Pohier).

Si Jesús hubiera actuado como un moralista clásico le habría dicho a la adúltera: Te condeno porque para mí el adulterio es más grave que para Moisés, pero, si te arrepientes de lo que hiciste y me prometes no pecar más, / entonces te perdonaré.

Algo análogo le habría dicho a Zaqueo (Lc. 19, 1-10) y a la prostituta / (Lc. 7, 36-50):

"Zaqueo: quiero ir a tu casa, pero como has estafado a tanta gente, empieza a devolver lo robado y entonces podré entrar en tu casa".

Y a la prostituta, antes de permitir que se acercara y lo tocara, hubiera debido pedirle que pusiera su vida en orden.

"Pero Jesús no actuó así sino justo al revés. El mismo realiza el encuentro sin poner condiciones. Restablece la relación con el hombre y la mujer que estaban excluidos, pero no diciéndoles que no son pecadores o que su pecado es poco importante sino dándoles a conocer cómo es Dios por el simple hecho de acercarse a ellos. El cambio será el fruto del encuentro" (Pohier).

El evangelio de hoy es un llamado a convertirnos, a cambiar de mentalidad viendo la actitud que tiene Jesús con la pecadora.

Hemos sido educados en una moral de la ley, aunque se expresara en términos cristianos. La última referencia de la vida moral y de la culpabilidad es la ley y los mandamientos. Usamos el nombre que da Jesús a Dios: Padre, / pero la imagen que evoca en nosotros no es la que nos enseñó Jesús en la parábola del hijo pródigo y, sobre todo, con su actitud frente a los pecadores. El término "Padre" evoca la autoridad de un juez que examina y condena. Jesús, en cambio, proclama el evangelio de un Padre que ama sin cansarse, / que no se deja vencer ni por las incomprensiones ni por las infidelidades. / No es la máscara del super-yo: No te condeno. No hay condena. Jesús dice /// "yo" y el peso de ese "yo" es de un orden totalmente diverso al de la autoridad.

Jesús, acercándose, restaura el vínculo del amor e integra al pecador / en el movimiento de la promesa, abre ante su corazón las puertas de la esperanza, lo libera de la cárcel en que se había encerrado y que los que lo condenan habían declarado inviolable. El pecado estaba allí para decirle que en su situación no podía amar a Dios porque había violado su ley; la Buena Noticia insospechada que le comunica Jesús es que el Padre lo sigue amando a pesar de todo. La Iglesia tiene como misión anunciar de un modo convincente, / hacer creíble por sus actitudes concretas para con los pecadores, los excluidos y los marginados, que Dios, el Padre, los ama ya hoy, sin condiciones, / antes que den el primer paso para volver: "Dios es amor... El nos ama primero" (1ra. Carta de Juan 4, 8.10).

Esta es la óptica según la cual Jesús considera la situación de los pecadores. Este es el principio fundamental de una moral que merezca el nombre de cristiana.

Como ilustran las parábolas de la misericordia: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo (Lc. 15): "El Dios de Jesucristo no es un premio para el pecador arrepentido; por el contrario, el pecador arrepentido es un premio para Dios" (Pohier).

++++++

La mención de los ramos en este Domingo se debe a que, en la procesión/ con que se recuerda la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, se llevan ramos generalmente de olivo. La legislación litúrgica vigente permite una sola procesión en cada parroquia.

Este Domingo es una especie de pórtico del triduo sacro que comienza el Jueves Santo y culmina con la Vigilia Pascual y la misa del Domingo de Resurrección.

En la celebración de hoy la liturgia nos propone una consideración atenta y serena del relato evangélico a partir de la última cena hasta la muerte de Jesús. Leeremos la "forma breve".

Leemos el evangelio según San Lucas que es el que corresponde al ciclo/ C que seguimos este año. Para facilitar la atención, el guía irá introduciendo los distintos momentos del relato.

PASION DE JESUCRISTO SEGUN SAN LUCAS: 22, 54 - 23, 49

- 1.- (22, 54-65): Pedro, que estaba a la cabeza del grupo de los Apóstoles, los discípulos más cercanos a Jesús, niega varias veces tener relación o conocer a Jesús. Dándose vuelta, Jesús lo miró y Pedro lloró. Los guardias del preso Jesús lo golpean y se burlan de El.
- 2.- (22, 66 - 23, 7): Jesús es condenado por los dirigentes religiosos de su pueblo. Lo llevan luego ante el tribunal civil y allí lo acusan de encabezar una rebelión contra los romanos. Pilato, convencido de la inocencia de Jesús, ante la oposición de los dirigentes religiosos, lo deriva a Herodes.
- 3.- (23, 8-12): El frívolo Herodes se alegró al ver a Jesús porque esperaba que le iba a hacer alguna demostración de su poder milagroso. Ante el silencio de Jesús, lo trata con desprecio y, para ridiculizar su pretensión de ser rey-mesías, lo viste con un traje principesco y lo devuelve a Pilato.
- 4.- (vs. 13-25): Pilato trata inútilmente de dejar libre a Jesús. La gente presiona al gobernador para que crucifique a Jesús y deje libre a Barrabás. Pilato acaba cediendo y entrega a Jesús a la muerte.
- 5.- (vs. 26-32): A Simón Cireneo lo cargan con la cruz para que la lleve detrás de Jesús. El evangelista ve en esto una imagen del discípulo que sigue a Jesús llevando su cruz. Gente del pueblo y un buen número de mujeres, a pesar del riesgo que significa, acompañan a Jesús.
- 6.- (vs. 33-43): Llegados al Calvario, crucifican a Jesús en medio de dos delincuentes. Jesús ora: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Frente a Jesús crucificado, dos actitudes contrarias: el pueblo "permanecía allí y miraba", los dirigentes se burlaban de Jesús desafiándolo a demostrar que era el Mesías librándose de la cruz. Promesa de Jesús al "buen ladrón".
- 7.- (vs. 44-46): El evangelista menciona el eclipse de sol y la obscuridad para indicar el sentido de la muerte de Jesús: la inauguración de los tiempos nuevos. Además, la rotura del velo del Templo significa que, gracias a la muerte de Jesús, todos tenemos acceso a Dios.
- 8.- (vs. 47-49): Finalmente el evangelista describe las actitudes frente a la muerte de Jesús: el centurión romano reconoce la santidad de Jesús; el pueblo se golpea el pecho en señal de arrepentimiento; los amigos de Jesús y las mujeres contemplan lo sucedido. Al relatarnos estas actitudes, Lucas nos invita a imitar a estas personas.

BREVE REFLEXION

Es necesario abrir el evangelio, escuchar el evangelio. Cristianos son/ los que tratan de seguir a Jesús, los que tratan de vivir su vida en el mundo de hoy como Jesús vivió en su tiempo.

Si no tenemos en cuenta el evangelio, la imagen de Jesús se va desdibujando, va perdiendo realismo e incisividad. La imagen de Jesús se reduce al recuerdo descomprometido del fundador de una institución religiosa que vivió hace dos mil años.

DOMINGO DE RAMOS

CICLO C

La mención de los ramos en este Domingo se debe a que, en la procesión/ con que se recuerda la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, se llevan ramos generalmente de olivo. La legislación litúrgica vigente permite una sola procesión en cada parroquia.

Este Domingo es una especie de pórtico del triduo sacro que comienza el Jueves Santo y culmina con la Vigilia Pascual y la misa del Domingo de Resurrección.

En la celebración de hoy la liturgia nos propone una consideración atenta y serena del relato evangélico a partir de la última cena hasta la muerte de Jesús. Leeremos la "forma breve".

Leemos el evangelio según San Lucas que es el que corresponde al ciclo/ C que seguimos este año. Para facilitar la atención, el guía irá introduciendo los distintos momentos del relato.

PASION DE JESUCRISTO SEGUN SAN LUCAS: 22, 54 - 23, 49

- 1.- (22, 54-65): Pedro, que estaba a la cabeza del grupo de los Apóstoles, los discípulos más cercanos a Jesús, niega varias veces tener relación o conocer a Jesús. Dándose vuelta, Jesús lo miró y Pedro lloró. Los guardias del preso Jesús lo golpean y se burlan de El.
- 2.- (22, 66 - 23, 7): Jesús es condenado por los dirigentes religiosos de su pueblo. Lo llevan luego ante el tribunal civil y allí lo acusan de encabezar una rebelión contra los romanos. Pilato, convencido de la inocencia de Jesús, ante la oposición de los dirigentes religiosos, lo deriva a Herodes.
- 3.- (23, 8-12): El frívolo Herodes se alegró al ver a Jesús porque esperaba que le iba a hacer alguna demostración de su poder milagroso. Ante el silencio de Jesús, lo trata con desprecio y, para ridiculizar su pretensión de ser rey-mesías, lo viste con un traje principesco y lo devuelve a Pilato.
- 4.- (vs. 13-25): Pilato trata inútilmente de dejar libre a Jesús. La gente presiona al gobernador para que crucifique a Jesús y deje libre a Barrabás. Pilato acaba cediendo y entrega a Jesús a la muerte.
- 5.- (vs. 26-32): A Simón Cireneo lo cargan con la cruz para que la lleve detrás de Jesús. El evangelista ve en esto una imagen del discípulo que sigue a Jesús llevando su cruz. Gente del pueblo y un buen número de mujeres, a pesar del riesgo que significa, acompañan a Jesús.
- 6.- (vs. 33-43): Llegados al Calvario, crucifican a Jesús en medio de dos delincuentes. Jesús ora: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Frente a Jesús crucificado, dos actitudes contrarias: el pueblo "permanecía allí y miraba", los dirigentes se burlaban de Jesús desafiándolo a demostrar que era el Mesías librándose de la cruz. Promesa de Jesús al "buen ladrón".
- 7.- (vs. 44-46): El evangelista menciona el eclipse de sol y la obscuridad para indicar el sentido de la muerte de Jesús: la inauguración de los tiempos nuevos. Además, la rotura del velo del Templo significa que, gracias a la muerte de Jesús, todos tenemos acceso a Dios.
- 8.- (vs. 47-49): Finalmente el evangelista describe las actitudes frente a la muerte de Jesús: el centurión romano reconoce la santidad de Jesús; el pueblo se golpea el pecho en señal de arrepentimiento; los amigos de Jesús y las mujeres contemplan lo sucedido. Al relatarnos estas actitudes, Lucas nos invita a imitar a estas personas.

BREVE REFLEXION

Es necesario abrir el evangelio, escuchar el evangelio. Cristianos son/ los que tratan de seguir a Jesús, los que tratan de vivir su vida en el mundo de hoy como Jesús vivió en su tiempo.

Si no tenemos en cuenta el evangelio, la imagen de Jesús se va desdibujando, va perdiendo realismo e incisividad. La imagen de Jesús se reduce al recuerdo descomprometido del fundador de una institución religiosa que vivió hace dos mil años.

DOMINGO DE RAMOS

A la luz del evangelio, el final de la vida de Jesús no aparece como un accidente fortuito e inesperado: se va "preparando" desde los comienzos de / su vida pública (Mc. 3, 6).

La libertad con que Jesús anuncia e inaugura el Reino de Dios ponía en / crisis el sistema religioso celosamente defendido por los escribas y fariseos y por el sanedrín. Estos dirigentes religiosos llegaron a la convicción / de que tenían que matar a Jesús para defender el ordenamiento que habían impuesto al pueblo. A la vez, asegurar el "modus vivendi" que habían establecido con los romanos (Jn. 11, 47-50).

Pero el evangelio no es sólo el relato de lo que Jesús hizo y dijo, de / su vida, muerte y resurrección; no es sólo una historia del pasado. Es un libro abierto, un anuncio de lo que pasaría después, de lo que está pasando ahora.

Jesucristo sigue viviendo hoy y nosotros estamos confrontados con su vida.

El hombre Jesús, el Hijo de Dios, nos mostró de un modo humano e histórico el rostro del Padre; y las diversas actitudes que sus contemporáneos tuvieron con El eran las actitudes de los hombres con Dios. Pero aunque confesemos que subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre, Jesucristo / no ha abandonado el mundo, está presente de un modo misterioso pero no por eso menos real, en nuestra historia: "Yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo" (Mt. 28, 20). "Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, yo estoy presente en medio de ellos" (Mt. 18, 20). "... lo que hicieron a uno de mis hermanos más pequeños, me lo hicieron a mí" (Mt. 25, 40).

Jesucristo vive hoy; podemos decir que es contemporáneo nuestro. Y hoy, como entonces, no puede uno evadirse de esta historia concreta en la que está presente Jesucristo. No podemos zafarnos, estamos implicados, tenemos que tomar posición. Todo hombre, por el hecho de formar parte de esta humanidad / de la que participa Jesús, por el solo hecho de vivir en este mundo, toma posición con respecto a Jesucristo aunque no todos tengan clara conciencia de ello. Por eso muchos, sorprendidos por el sentido profundo que tenía su vida, preguntarán el último día, con alegría o desesperación según haya sido / su actitud: "¿Cuándo, Señor, te vimos con hambre o desnudo...?" (Mt. 25, 37. 44).

Nosotros conocemos, gracias al evangelio, el "revés de la trama" de la historia de Jesús. Conocemos la falsedad de la invocación a Dios del Sumo / Sacerdote, la injusticia de la decisión de Pilato, la cobardía de Pedro, el silencio de la masa anónima de los indiferentes... y, especialmente, el juicio de Dios sobre la historia resucitando a Jesús.

La Semana Santa no es sólo el recuerdo de un drama que tuvo lugar hace / dos mil años en Palestina: es, sobre todo, una interpelación a los que hoy / nos llamamos cristianos. ¿Qué lugar ocupamos en la historia contemporánea de Jesucristo? ¿En cuál de las personas de entonces reconocemos nuestra actitud de hoy? ¿En el Sumo Sacerdote; en Pilato; en Pedro; en los Apóstoles que huyeron; en las mujeres que a pesar de los riesgos acompañaban a Jesús...?

En el evangelio de hoy hay una Buena Noticia para nosotros: podemos, como Pedro, cambiar de ubicación...

En esta Semana Santa Jesús buscará nuestros ojos... No miremos para otro lado, aunque tengamos que llorar.

+++++

JUEVES SANTO 1992: Jn. 13, 1-15; 1 Cor. 11, 20-29

CICLO C

LA EUCARISTIA, MEMORIAL DE LOS TIEMPOS NUEVOS

Acabado el lavatorio de los pies, preguntó Jesús: "¿Comprenden lo que a cabo de hacer con ustedes?"

Esta pregunta de Jesús es un llamado de atención para que tratemos de / descubrir el sentido profundo del lavatorio de los pies en el contexto de la Última Cena.

No se trata de una cena más; es la "última" cena, una comida de despedida. Se acerca el desenlace trágico de una vida breve y densa que parece concentrarse en esta comida-testamento.

Era un atardecer como el de hoy, hace casi dos mil años, en Jerusalén, / en una pieza prestada. En Jesús el clima festivo de la celebración pascual / se mezcla con el sentimiento del peligro inminente.

La pascua judía era la celebración anual de la liberación de Egipto. Un grupo de esclavos, liderados por Moisés, había logrado huir de Egipto, iniciando la larga marcha por el desierto hacia la tierra prometida. Cada año / el pueblo celebraba agradecido el recuerdo de la gesta liberadora de Yahvé / que le había dado origen, y ese recuerdo mantenía viva su vocación de libertad a pesar de las dominaciones sucesivas que trataban de hacérsela olvidar.

Es en el contexto de esta fiesta de la liberación que Jesús realiza la / última cena, la que recordamos hoy. Porque nos hemos reunido para recordar.

Tenemos una gran tendencia a olvidar. Tenemos una gran tendencia al a- / costumbramiento: se dice que el hombre es un animal de costumbres, nos acaba mos acostumbrando aún a las situaciones más contrarias a nuestra vocación. / Nos acostumbramos a ver la miseria, las desigualdades injustas, el éxito de / los prepotentes, la insensibilidad de las clases dirigentes...

Y llegamos, incluso, a acostumbrarnos a una religión que, utilizando // símbolos y términos cristianos, se integra confortablemente en el desorden / establecido.

Nos hemos reunido para recordar. Y nó por una decisión espontánea, si- / no para cumplir con el encargo de Jesús: "Hagan esto en memoria mía..."; /// "... hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes".

Nos reunimos para recordar el acontecimiento fundacional de la nueva co- / munidad de Jesús. A Pedro que se resiste: "No me lavarás jamás los pies", // Jesús le advierte: "Si no lo hago no tendrás parte conmigo", no formarás par- / te de mi comunidad.

El gesto simbólico de Jesús manifiesta la dinámica de la liberación que / arranca de su muerte y resurrección. Es un Dios que no mira como espectador / impasible el mundo desde arriba sino que, hecho hombre, se sumerge hasta el / fondo del abismo al que ha caído el hombre, hasta el nivel al que ha sido de- / gradado el hombre, para devolverle su vida y su dignidad.

Jesús hace surgir desde abajo, desde los no-hombres, la nueva comunidad / fraternal.

Para recordar lo que Jesús ha hecho hay que hacer lo mismo que hizo El. / "Por eso", dice Jesús, "ustedes deben lavarse los pies unos a otros". Hay // que mirar la realidad desde abajo; y, desde abajo, las cosas y los hombres / se ven de un modo distinto de como se ven desde arriba. No es igual la mane- / ra como ven el mundo los de arriba y como lo ven los de abajo.

Si hablamos de hermanos, ubicados arriba, pasaremos por alto a los de a / bajo, marginaremos a los de abajo. Una fraternidad realmente universal, sin / exclusiones, es la que parte desde abajo. Eso es el sentido de esa expresión / "opción preferencial por los pobres" que debe caracterizar a una comunidad / con vocación católica, es decir, universal.

Hoy se recuerda el nacimiento de una comunidad fraternal, es decir, de / una comunidad libre de dominio, donde no debe haber dominadores y dominados.

Dice Jesús: "Ustedes me llaman Maestro y señor, y es cierto, yo lo soy. / Por eso, si yo que soy el Maestro y el Señor les he lavado los pies, ustedes / deben lavarse los pies unos a otros". Jesús expresa con otras palabras la or- / den que nos transmite el evangelio de Mateo: "Que ninguno de ustedes se haga

LA EUCARISTIA, MEMORIAL DE LOS TIEMPOS NUEVOS

llamar maestro o padre o doctor... ustedes tienen un solo maestro que es /// Cristo... y todos ustedes son hermanos" (Mt. 23, 8-10).

El lavatorio de los pies sustituye en el evangelio de Juan el relato // del pan y el vino, lo que se denomina la "institución de la eucaristía" que/ nos transmiten los evangelios sinópticos y Pablo.

Los cristianos, desde los primeros tiempos, se reunían para recordar y/ renovar la última cena de Jesús. La forma de hacerlo ha variado a través de/ los siglos. La forma en que lo hacemos en este tiempo, esto que llamamos la/ misa, lamentablemente es un signo bastante opaco. Los elementos que la compo- nen son tan estilizados que es difícil descubrir en la misa una comida fra-7 ternal.

Además, esta forma de celebración utiliza un lenguaje de reconciliación universal que oculta los conflictos reales que nos enfrentan. Estas concre-7 tas deficiencias de la celebración dificultan a muchos la comprensión de la/ eucaristía y no pocos la abandonan porque la sienten extraña a la vida.

La eucaristía, la cena del Señor, ha sido comprendida por la comunidad/ cristiana como un acontecimiento profético y, por tanto, con resonancia polí- tica. Es una realización simbólica del banquete mesiánico. En ese sentido, 7 es una actualización de la Promesa: la fraternidad de todos los hombres que/ realiza la Pascua de Cristo. Pablo dice que es el "anuncio de la muerte del/ Señor hasta que El vuelva". El mismo Pablo considera la muerte de Jesús como la destrucción de los muros de separación que nuestro egoísmo levanta entre/ los diversos grupos de hombres.

Esa reconciliación está expresada en la comida. Dice Pablo: Formamos un solo cuerpo porque comemos un mismo pan.

Aquí está el núcleo revolucionario del movimiento iniciado por Jesús. / La eucaristía es el signo, el sacramento de esa nueva humanidad que Pablo ex- presaba de acuerdo a la realidad social de su tiempo: "Ya no hay judío ni // griego, no hay esclavo ni hombre libre, ya no hay varón ni mujer, porque to- dos ustedes son uno en Cristo Jesús" (Gál. 3, 28). Hoy hay que traducir esas palabras teniendo en cuenta las divisiones que hacemos en nuestra sociedad / entre blancos y negros, entre "gente como uno" y los otros, entre religiosos y ateos, entre "normales" y homosexuales, etc., etc.

Nos hemos reunido para recordar... ¿Comprenden lo que acabo de hacer // con ustedes?

Los que participaron de la última cena no lo comprendieron. Jesús le di- ce a Pedro: "No puedes comprender ahora lo que estoy haciendo; lo comprende- rás después" (Jn. 13, 7). ¿Lo comprendemos nosotros?

Ciertamente es imposible que lo comprenda quien vive una religiosidad / individualista e interpreta la comunión como un acto de devoción privado: yo y Dios. De ese modo se anula la fuerza del sacramento.

La eucaristía, en cambio, es un recuerdo peligroso. Hace tambalear nues- tras seguridades, pone al descubierto la fragilidad de lo que aparece como 7 incommovible, desenmascara la mentira de lo que nos habíamos acostumbrado a/ considerar como real y verdadero.

Nos reunimos a recordar. Pero hay dos modos de recordar: hay un recuer- do "refugio": ante una situación difícil personal o comunitaria uno se evade al pasado, a un pasado idealizado que nos cierra los ojos a la realidad. Pe- ro hay también un recuerdo "estímulo" que nos ayuda a vislumbrar los signos/ discretos de los tiempos nuevos, como dice Dios en Isaías: "Yo estoy hacien- do algo nuevo, ya está despuntando, ¿no lo notan?" (Is. 43, 18), esa vida // que está pujando por manifestarse, un recuerdo que reaviva en nosotros nues- tra vocación de libertad y de fraternidad.

Pero la eucaristía no se agota en la celebración: en la misa se celebra la salvación que se realiza en la historia. La eucaristía recuerda lo que hi- zo Cristo por nosotros y al mismo tiempo nos recuerda lo que a nosotros nos/ queda todavía por hacer.

++++++

¿DONDE ESTA DIOS? ¿DONDE ESTAMOS NOSOTROS?

No todos los cristianos celebramos el mismo día la Pascua. Los cristianos de oriente siguen un calendario más antiguo (el "juliano") que el que usamos en occidente (el "gregoriano"). En tiempos de Jesús había también dos calendarios. Jesús y los Apóstoles, siguiendo un calendario distinto del oficial, habían celebrado la pascua antes.

Por eso, aquella tarde, mientras Jesús agonizaba en medio de crueles dolores en la cruz fuera de la ciudad, en Jerusalén se respiraba ya un clima de fiesta: la gente ultimaba los preparativos para esa noche en que comenzaba oficialmente la fiesta de Pascua.

Pocos metros separaban a Jerusalén de la colina del calvario, pero parecían dos mundos distintos: en Jerusalén, alegría, despreocupación y fiesta; en el calvario, dos grupos de personas frente a Jesús agonizante: los dirigentes religiosos que, envalentonados por la decisión que habían arrancado al poder, se burlaban de la impotencia de Jesús; y el pequeño grupo de María y de los amigos de Jesús que lo acompañaban en sus últimos momentos.

Sin pretender cargar las tintas, esta tarde pasa algo semejante.

Desde hace varios días están agotados los pasajes para los lugares turísticos del país: Mar del Plata y las Sierras de Córdoba, las cataratas y Bariloche... Pero también los países vecinos: Santiago de Chile, Punta del Este y Camboriú han recibido muchos turistas argentinos que gozan de estos días que no se llaman más "Semana Santa", sino "fin de semana largo".

Y nosotros, como otros grupos de cristianos, nos hemos reunido para escuchar con devoción el relato evangélico de la pasión y muerte de Jesús, para orar y venerar el símbolo de su cruz y reflexionar sobre su sentido para nuestra vida.

"El Viernes Santo los cristianos recuerdan la muerte de Jesús". Así se expresan los medios de comunicación. Pero ese (aséptico) modo de hablar no expresa suficientemente la realidad: Jesús no murió de muerte natural, a Jesús lo mataron injustamente, fue un asesinato "legal" porque, como dice el Credo: "Padeció bajo Poncio Pilato" que en ese tiempo representaba el poder de ocupación.

Pero aunque Jesús fue crucificado por orden del gobernador como cabecilla de un grupo guerrillero contrario a los romanos, así lo expresaba con // cruel ironía el cartel: "Jesús Nazareno Rey de los Judíos", fueron los dirigentes religiosos los que decidieron su muerte. Por eso dice Jesús a Pilato: "Los que me entregaron a tí han cometido un pecado más grave" (Jn. 19, 11).

A Jesús lo condenaron hombres religiosos, los dirigentes de la religión. Lo condenaron a muerte en nombre de Dios. La muerte de Jesús demostró hasta dónde puede llegar la religión, hasta dónde la religión puede convertirse en un poder que destruya a los inocentes.

Y no sólo la religión del Antiguo Testamento. También dirigentes religiosos cristianos, invocando a Jesús crucificado torturaron y dieron muerte a miles de inocentes a lo largo de la historia.

No fue el pueblo judío el que mató a Jesús como ha afirmado cierto antisemitismo que se ha ensañado con los judíos en el pasado e, incluso, en nuestros días.

Cierto antisemitismo ha pretendido justificar las persecuciones y muertes de judíos como un castigo por haber dado muerte a Jesús. El Concilio Vaticano II desmintió solemnemente tal acusación de un pecado colectivo y dijo, entre otras cosas: El pueblo judío es "el pueblo que recibió los testamentos y las promesas y del que nació Cristo (Rom. 9, 4-5). (Es un) pueblo amadísimo en razón de la elección por sus Padres, porque Dios no se arrepiente de sus dones y de su vocación" (Rom. 11, 28-29) (Lumen Gentium, 16).

Nunca en nombre de la fe cristiana puede justificarse la discriminación o la persecución contra los miembros del pueblo judío.

Jesús fue condenado a muerte por el sumo sacerdote y el sanedrín en nombre de Dios. Pero ¿ése es Dios, el que quiere la muerte del inocente, la muerte de su Hijo? ¿Ese es el Dios a quien Jesús llamaba Padre?

¿DONDE ESTA DIOS? ¿DONDE ESTAMOS NOSOTROS?

La muerte de Jesús no puede ser separada de su vida. No fue un hecho // fortuito como si hubiera sido fruto de una decisión puntual y arbitraria de Dios. Su muerte es una consecuencia de su vida. No fue el predicador de un amor abstracto: a quien dice que tenemos que querernos entre todos, no lo matan. Quizás lo consideren un lírico, un idealista, pero no choca con los poderosos.

Pero el mensaje del Reino de Dios que Jesús anunciaba como presente, la manera como implicaba a Dios en la historia concreta, minaba las bases del sistema religioso sobre el que se asentaba el poder de los dirigentes religiosos. Esa afirmación reiterada por Jesús para justificar su actitud de acogida de los excluidos y marginados: "No está hecho el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre", es decir, no está hecho el hombre para la religión sino la religión para el hombre, sonaba a los oídos de los dirigentes religiosos como peligrosamente subversivo, como una blasfemia.

Frente a la muerte de Jesús y su última oración-lamento: "Dios mío, /// Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" nos preguntamos; ¿Dónde está Dios en nuestra historia, en nuestro tiempo?

Un sobreviviente de Auschwitz, ese terrible campo de concentración nazi, relató este episodio del que fue testigo: "Los SS colgaron a dos hombres judíos y a un joven delante de todos los internados en el campo. Los hombres murieron rápidamente; la agonía del joven duró media hora. "¿Dónde está Dios? ¿Dónde está?", preguntó uno detrás de mí. Cuando después de largo tiempo el joven continuaba sufriendo, colgado del lazo, oí otra vez al hombre decir: "¿Dónde está Dios ahora?". Y en mi interior escuché la respuesta: "¿Dónde está? Aquí... allí, colgado del patíbulo..." (citado por Moltmann: "El Dios crucificado", pág. 393).

El silencio de Dios en la historia no significa que esté ausente sino / que está presente en el crucificado y en los crucificados de la historia. Esto no es evidente, el hombre naturalmente no lo piensa a Dios así: lo piensa como poder, como perfección, como belleza.

Esta tarde Jesús, muriendo en la cruz, descubre el velo que lo oculta / en los rostros de los crucificados de hoy:

- los rostros de los niños golpeados por la pobreza desde antes de nacer...
- los rostros de los jóvenes desorientados y frustrados por no encontrar su lugar en la sociedad;
- los rostros de los indígenas, en este año del quinto centenario, marginados en situaciones inhumanas, las primeras víctimas del cólera;
- los rostros de chicas y mujeres empujadas por la miseria a vender su trabajo y su dignidad para sobrevivir;
- los rostros de los sin trabajo, de los despedidos como consecuencia de los ajustes y de las leyes de la economía;
- los rostros de tantos ancianos solos y enfermos, marginados de una / sociedad cuyo valor fundamental es el económico... (Puebla, 32-39).

Ya en el siglo V el Papa San León I recordaba a los cristianos: La pasión de Cristo continúa hasta el fin del mundo...

María, la madre del crucificado, sigue como entonces junto a los crucificados de hoy.

Y nosotros, ¿dónde estamos?

++++++

JESUS RESUCITADO, FUNDAMENTO DE NUESTRA ESPERANZA

"¡Este es el día en que ha actuado el Señor; alegrémonos y exultemos en él!" (Salmo 118, 24).

Se nos invita a alegrarnos porque celebramos este día la resurrección / de Jesucristo.

La expresión "resurrección" es la que ha prevalecido de entre las varias imágenes que utiliza el Nuevo Testamento para expresar el nuevo modo de ser de Jesucristo: "Jesús ha sido exaltado", "está a la derecha de Dios", // "ha sido hecho Señor"...

La imagen de la resurrección evoca en nuestra imaginación la reviviscencia de un cadáver. Corremos el riesgo de representarnos la resurrección de Cristo como la de Lázaro, que volvió a vivir de nuevo.

Pero, aunque usemos la misma palabra, lo que afirma nuestra fe es algo totalmente distinto. La resurrección de Jesús no consistió en un retroceso a su estado anterior a la muerte, no volvió a vivir de la misma manera como vivía antes de morir en la cruz.

Ciertamente, cuando afirmamos por la fe que Jesús resucitó, queremos decir que Jesús pasó de la muerte a la vida. Eso expresan las palabras que los mensajeros dicen a las mujeres ante la tumba vacía: "¿Por qué buscar entre / los muertos al que está vivo? Resucitó, no está aquí" (Lc. 24, 5-6).

Jesucristo está vivo pero vive una vida nueva, su modo de vida es inimaginable, impensable, irrepresentable. Se puede decir que por la resurrección Jesús vive en una "nueva dimensión", ha entrado en la dimensión de Dios.

Sin embargo, el mensaje de la resurrección de Jesús no es una invitación a olvidar su vida y su muerte como si hubieran sido una especie de preparación, de estadio meramente provisorio, superado definitivamente por el Cristo glorioso.

Esto no es así. El resucitado es el crucificado. El Nuevo Testamento une siempre la resurrección a la muerte; se afirma: Jesucristo murió y resucitó: 1 Cor. 15; Rom. 4; 1 Tes. 4, 14; 1 Pedro 3, 18 ss. La cruz no es un mero episodio previo a la resurrección, ni la cruz tiene sentido sin la resurrección ni la resurrección sin la cruz.

La luz de la resurrección no anula la obscuridad de la cruz: manifiesta su sentido. Y como la cruz de Jesús no puede ser separada de su vida, la resurrección es la confirmación de que la vida de Jesús es el camino verdadero y viviente hacia Dios.

Existe el gran peligro de pasar por alto que el resucitado conserva las heridas que le hicieron los clavos y la lanza. Si el resucitado es concebido como el Señor, sin tener en cuenta su realidad histórica, su vida conflictiva que acabó en la cruz, su poder puede ser invocado como ha sucedido muchas veces en la historia del cristianismo para justificar las decisiones y conductas más antievangélicas e inhumanas.

Creer en la resurrección de Jesús no es tener que aceptar una "cosa" // más, como si para ser católico hubiera que creer en una cantidad de "cosas": creer en Dios, en la Virgen, en los santos, en el cielo y en el infierno... / y en la resurrección. La resurrección de Jesús no es una especie de añadidura a nuestra fe en Jesucristo, sino que es la manifestación de que en Jesús / ha comenzado el Reino, de que Jesús es la manifestación del rostro de Dios.

La resurrección de Jesús es el sí de Dios a la vida concreta de Jesús. / La vida de Jesús fue interpretada como contraria a la religión, y los dirigentes religiosos lo condenaron en nombre de Dios como blasfemo. La resurrección ilumina el verdadero sentido de esa vida que pareció un fracaso.

La resurrección de Jesús es la respuesta de Dios al llamado de Jesús en la cruz: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", es la respuesta de ese // Dios cuyo silencio y aparente ausencia pareció dar razón a quienes condenaron a Jesús.

Resucitando a Jesús, el Padre nos reveló su rostro, nos mostró cómo es / el Dios verdadero y viviente.

JESUS RESUCITADO, FUNDAMENTO DE NUESTRA ESPERANZA

- Dios no estaba de parte de los dirigentes religiosos que lo invocaban para justificar la condena del inocente;

- Dios no estaba de parte de Pilato que subordinaba la justicia a la / razón de estado;

- Dios no estaba de parte de quienes, por cobardía o indiferencia, dejaron hacer, aquellos que cuando vieron que los soldados llevaban a crucificar a Jesús tranquilizaron su conciencia diciendo: "Por algo debe ser... no daba la impresión de andar en algo raro, pero uno nunca sabe..."

La resurrección de Jesús es una manifestación de la parcialidad de /// Dios; Dios no es neutral, no es un espectador impasible de la conflictiva realidad humana, aunque la historia está en manos de los hombres y después del Domingo de Pascua los poderosos han seguido crucificando niños, mujeres, // hombres, pueblos enteros; porque no hay sólo individuos: hay pueblos crucificados.

La resurrección de Jesucristo nos manifiesta de un modo inequívoco donde encontrar al Dios verdadero y qué tenemos que hacer si queremos ser sus / hijos. La fe en Jesucristo muerto y resucitado implica optar por un determinado lugar en la conflictiva realidad que vivimos.

Quien cree en la resurrección de Jesucristo mira la realidad con ojos / nuevos, como la miró Jesús; no acepta como "normal", como "lógica", la injusticia por más que sea legal, o tan antigua que parezca que deba seguir por-7 que "siempre fue así".

La vida de Jesús consistió en la proclamación de la cercanía del Reino / de Dios, del Reino de su Padre: un mundo de nuevas relaciones de los hombres entre sí y con Dios.

La resurrección de Jesús manifestó que El tenía razón: el futuro definitivo ha comenzado en Jesucristo resucitado, revelando posibilidades insospechadas en nuestra historia, esas discretas señales que Jesús denominaba signos de los tiempos.

Jesucristo resucitado es ya el comienzo de ese mundo nuevo que Dios está gestando, según la profecía de Isaías: "Estoy haciendo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notan?" (43, 19).

Las parábolas de Jesús expresan con imágenes sencillas el carácter germinal, escondido, discreto de este estadio del Reino: es como una semilla de mostaza, la más pequeña; como un tesoro escondido; como una semilla plantada que a pesar de que no se ve, crece...

Ciertamente: el mundo viejo no ha sido eliminado. Creer en la resurrección de Jesús no es instalarse ilusoriamente en una ideología triunfalista / cerrando los ojos a lo negativo de la historia. Pablo advierte: "Estamos salvados, pero en esperanza" (Rom. 8, 24).

Por el hecho de creer en Jesucristo resucitado no hemos superado definitivamente nuestro egoísmo que asume en las distintas etapas de la vida las / más diversas formas.

La resurrección de Jesucristo no ha acabado con la prepotencia con la / que los ricos y poderosos deciden sobre la vida y muerte de los pobres y los débiles...

Pero entonces, ¿qué sentido puede tener la invitación a la alegría? /// ¿Con qué derecho la liturgia repite: "Alegrémonos y exultemos en este día"?

Hay un relato judío muy antiguo que cuenta que los discípulos de un sabio rabino llegaron un día y le dijeron: "Maestro: hay unos hombres que dicen que ha llegado el Mesías". Entonces el rabino se dirigió a la ventana // del cuarto donde estaban, la abrió y se asomó a la calle. Después de mirar a un lado y a otro cerró nuevamente la ventana y dijo a sus discípulos: "Aún / no ha llegado, porque los hombres no han forjado arados con sus espadas, ni han hecho tijeras de podar con sus lanzas. Los pueblos siguen luchando contra otros pueblos, y continúan los hombres adiestrándose para la guerra" /// (ver Isaías 2, 4). ¿Quién tiene razón?: ¿El sabio rabino que recuerda una // profecía de Isaías o el evangelio, palabra que significa 'mensaje de felicidad'?

JESUS RESUCITADO, FUNDAMENTO DE NUESTRA ESPERANZA

¿Tiene razón el evangelio que comienza con la invitación del ángel: "Alégrate, María" (Lc. 1, 28) y concluye con la invitación de Jesucristo resucitado a las mujeres: "Alégrense" (Mt. 28, 9)? (Notemos de paso que las mujeres son las primeras destinatarias y las mensajeras de la alegría).

Hay razón para alegrarse porque, aunque haya aún que luchar contra las injusticias, aunque la historia conserve su ambigüedad y no se excluyan los fracasos históricos, sin embargo la resurrección de Jesucristo confiere un carácter irreversible, irrevocable, a la promesa del Reino. No es sólo una posibilidad hipotética la superación de la muerte, no es sólo posible ese mundo nuevo en que reina la justicia y la fraternidad; Jesucristo ha resucitado como anticipo, como comienzo real de ese mundo que hacían presentir sus signos, sus milagros.

La fe en Jesucristo muerto y resucitado da consistencia a la esperanza de que la injusticia no prevalecerá sobre la justicia, los verdugos no prevalecerán sobre las víctimas.

Jesucristo muerto y resucitado es la garantía de que nuestra esperanza en El no quedará defraudada. Por eso nos alegramos en la esperanza, como nos exhorta Pablo.

Ser llamados a creer en Jesucristo resucitado es una invitación a vivir animados por esta gozosa esperanza que nos impulsa a alinearnos decididamente con los que luchan por la vida; es un llamado a ser testigos ante los hermanos que no tienen esperanzas de que los tiempos nuevos ya han comenzado.

La renovación de nuestros compromisos bautismales expresa nuestra decisión de reanudar la marcha hacia el día que no tiene ocaso compartiendo con nuestros contemporáneos alegrías y esperanzas, sufrimientos y fracasos, ofreciendo con modestia el don que recibimos para compartir: la gozosa esperanza fundada en Jesucristo resucitado.

++++++

LA FE VENCE EL MIEDO

El pasaje evangélico de hoy es muy rico, muy denso: notaciones cronológicas llenas de sentido: al anochecer; el primer día y el octavo día; además el paso del miedo a la alegría y la paz; el paso de la incredulidad a la fe; Cristo resucitado, en medio de la comunidad, la donación del Espíritu y el perdón de los pecados...

Es un evangelio escrito para los cristianos de segunda generación, para los que no habían sido contemporáneos de Jesús; es un evangelio escrito para nosotros que no hemos visto al Señor: "Felices los que creen sin haber visto" (vs. 29).

Es un evangelio escrito para la Iglesia, para la Iglesia de hoy que puede sucumbir a la tentación del miedo y, en vez de abrir las puertas y salir al encuentro del mundo: "Como el Padre me envió a mí, yo también los envío a ustedes" (vs. 21), puede volver a cerrar las puertas por miedo, pretendiendo asegurar su identidad, sus cosas, sus intereses...

Es un llamado de atención para la Iglesia de hoy: si quiere ser la Iglesia de Cristo resucitado, la Iglesia animada por el Espíritu Santo, tiene que hacer un lugar para los que, como Tomás, son incrédulos, para los que dudan, para los que cuestionan, para los que no se "ajustan" del todo a las normas.

Es un evangelio escrito para cada uno de nosotros, para todos los que queremos ser cristianos. La fe cristiana no es una posesión inmutable: tiene sus crisis. Es una luz pero que brilla en las tinieblas; el creyente no ve todo claro y, en determinados casos, todo es oscuridad en torno a él.

1.- ENCERRADOS...

Juan XXIII había anunciado a principios de 1959 la convocatoria del Concilio Vaticano II. Un día, durante una audiencia en su biblioteca, le preguntaron qué finalidad tenía el Concilio. "Mire", dijo yendo hacia una de las ventanas que dan a la plaza de San Pedro; abriendo la ventana continuó diciendo: "Esto va a hacer el Concilio: que entre un poco de aire fresco en la Iglesia".

Hay quienes han vuelto a cerrar las ventanas y las puertas: tuvieron miedo de que el aire fresco les produjera una pulmonía... porque no se trataba de una suave brisa que dejara todo en su lugar: fue como un "viento impetuoso que sacudió toda la casa" (He. 2, 2) como el de aquella mañana de Pentecostés. Muchas cosas que parecían inmovibles se tambalearon y se desprendieron vistosos agregados que se habían ido acumulando con el paso del tiempo. Reapareció la austera belleza de la construcción original. Pero hubo quienes, añorando el pasado próximo, prefirieron volver a "adornarla" para que apareciera como estaba "antes".

Hay quienes, añorando la cálida seguridad del recinto cerrado, pretenden clausurar las ventanas y las puertas de la Iglesia, pero Cristo resucitado se hace presente y hace soplar el viento vivificante del Espíritu. El viento renovador no viene desde afuera: brota de Jesucristo resucitado.

La presencia de Jesucristo resucitado y el don del Espíritu se manifiesta en que los cristianos pasan del miedo a la paz y a la alegría: "La paz esté con ustedes... Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor" (vs. 19-20).

No pueden coexistir la fe en Jesucristo resucitado y el miedo. Si hay miedo es porque falta fe en Jesucristo resucitado y se rechaza el impulso liberador de su Espíritu Santo.

Y hay muchas manifestaciones de miedo en nuestra Iglesia de hoy: hay miedo a la inteligencia, se propugna el rigorismo moral en lugar de la radicalidad evangélica de Jesús, se confunde la fidelidad a la enseñanza de Jesús con la dureza de corazón y la falta de misericordia para con los que están en situación irregular o son marginados por prejuicios sociales, falta valentía y creatividad para revisar y reformar disposiciones disciplinarias que obstaculizan la vida cristiana a muchos hermanos.

Cada año la Pascua es un llamado a la comunidad cristiana a vencer el

LA FE VENCE EL MIEDO

miedo por la fe en Jesucristo; es una nueva invitación para que la Iglesia / sea un "lugar de libertad, de justicia y de paz para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando".

Pero no sólo la comunidad cristiana sucumbe a la tentación del miedo: / también personalmente, individualmente, nos encerramos en el miedo. Cerramos las puertas y las ventanas de nuestras casas, incluso con rejas y cerraduras de seguridad, para defender nuestra vida y nuestros bienes. Nos encerramos / para defendernos, pero hay ciertos encerramientos que, lejos de asegurar /// nuestra vida, nos la hacen perder.

Cierro celosamente mi interior, mi corazón. Nadie debe asomarse para // verlo; yo mismo temo internarme: tengo miedo de lo que pueda ver allá aden- / tro. Me digo a mí mismo que todo está en orden en mi corazón. Cierro mis o- / jos y mis oídos a las realidades que sospecho que me van a conmover y que // pueden crearme problemas.

Me cierro a considerar las razones de los que, sufriendo la realidad // desde abajo, desde el lugar de los marginados, tratan de convencerme de que / no pueden seguir esperando.

Me niego a reconocer mis faltas y mi responsabilidad en situaciones que hacen sufrir a otros.

Me cierro a las sugerencias de que tengo que cambiar: no simplemente al- / gunas cosas para que todo siga igual, sino la orientación fundamental de mi / vida.

El miedo comporta una fatal contradicción: me encierro para defenderme / pero al mismo tiempo me cierro toda salida. El miedo es "sin salida".

2.- NO CREERE

Cuando escuchamos en el relato evangélico que Tomás no creyó a los Após- / toles que Jesús había resucitado, solemos pensar: "¿Qué actitud la de este / hombre! ¡Debía creer!".

Pero basta que reflexionemos un momento para ver las cosas de otra mane- / ra: ¿Qué habiérámos hecho nosotros en su lugar? ¿No habiérámos reaccionado / de una manera parecida? ¿Lo que le contaron era increíble! Creer que quien / había muerto en la cruz estaba vivo era realmente increíble. ¿Por qué habría / él de creer semejante cosa? ¿Qué podían ofrecerle además de sus palabras? Na- / die cree en palabras. Ni antes ni ahora.

Hemos tenido muy malas experiencias por haber creído en palabras, en // lindas palabras, en generosas promesas. Hemos sido defraudados muchas veces. Como decía Paulo VI: "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que / dan testimonio que a los que enseñan; o, si escucha a los que enseñan, es // porque dan testimonio" (Evangelii Nuntiandi, 41).

¿Se puede pensar que Jesucristo no interesa hoy porque la Iglesia está / perdiendo vigencia entre nosotros y en las naciones cristianas? Es cierto // que la Iglesia es el lugar en que se confiesa a Jesucristo resucitado pero, / ¿cómo se hace esa confesión?, ¿qué señales hacen creíble esa afirmación?

En el evangelio de hoy se dice: "Felices los que creen sin haber vis-// to". Esas palabras se refieren a quienes creen en Jesucristo después de los / Apóstoles, quienes no han sido contemporáneos de Jesús. Pero nuestra fe no / es una fe ciega. La fe en la Biblia se compara con la visión y la audición. / El Dios viviente se manifiesta; y Dios no cambia su pedagogía: las manifesta- / ciones de Dios a lo largo y lo ancho de la historia culminan en la encarna- / ción: el Hijo de Dios se hizo hombre para que pudiérámos verlo y escucharlo. / La muerte y la resurrección de Jesús no implica un cambio en el modo de ac- / tuar de Dios con los hombres.

Por eso Jesús envió a los Apóstoles a anunciar el Reino de Dios no sólo / con palabras sino con signos (Mt. 10, 5-8) y Pedro proclamó que Dios había / resucitado a Jesús y que éste había enviado el Espíritu Santo prometido "co- / mo ustedes ven y oyen", afirmó (He. 2, 32-33).

Un mensaje increíble sólo puede anunciarlo una Iglesia creíble. Sólo // puede anunciar la liberación de Jesucristo una Iglesia libre ante el poder e / conómico y político, sólo puede anunciar el comienzo del Reino, el comienzo /

LA FE VENCE EL MIEDO

de un mundo fraternal una comunidad libre de dominio, una comunidad que no / consagre, admitiéndolas en su seno, las discriminaciones y segregaciones del mundo viejo.

¿Creemos nosotros en Jesucristo resucitado? Ciertamente modo de enseñar y de predicar en la Iglesia no ayuda a tomar conciencia de nuestra incredulidad. / Se parte de la imagen de la Iglesia como una institución infalible y se piensa que todo lo que diga el Papa, el obispo o el cura, es verdad de fe. No // hay lugar para el cuestionamiento, la duda o la crítica. El predicador habla a veces de tal manera que pareciera que está en posesión de la verdad y que / en él no se da el riesgo de la incredulidad; de este modo el creyente tendrá la impresión que la fe verdadera excluye toda duda o cuestionamiento, excluye la incredulidad y, por tanto, tenderá a reprimirla para considerarse dentro de la comunidad de los creyentes.

Pero la fe no es un dato inmutable sino un proceso. La fe sólo permanece si va cambiando en las distintas etapas de la vida, en las distintas situaciones. "Una nueva forma de fe que se abre camino, en un primer momento / no da la impresión de fe sino de incredulidad... (muchas veces) cuesta trabajo comprender que la forma concreta de la propia fe tiene que ir cambiando / en el transcurso de la vida" (P. Matussek).

3.- NO SEAS INCREDULO, SINO HOMBRE DE FE

La fe se funda en una experiencia de encuentro con Jesucristo vivo. La / fe es una adhesión incondicional a Dios en Jesucristo. Y así como en Jesu-// cristo Dios está presente en la vida de un hombre, en lo humano y no en lo / sobrehumano, así el lugar del encuentro con Jesucristo se da en la existen- / cia y experiencia ordinaria del cristiano y no en lo insólito y maravilloso.

La fe comporta opciones muy concretas porque el evangelio no es neutral (aunque no haya una economía cristiana, una política cristiana...). Esas opciones van configurando un estilo de vida.

Pero detrás de esas opciones hay una más radical que las explica y fundamenta: la opción por Jesucristo. Este es el eje que centra los múltiples / aspectos de la vida de un cristiano.

Creo, Señor, pero aumenta mi fe, para que pueda decir con Tomás: Señor / mío y Dios mío.

++++++

GUADALUPE, PARADIGMA DE LA NUEVA EVANGELIZACION

Celebramos esta Fiesta de Guadalupe en el año en que se recuerda el /// Quinto Centenario de la llegada del Evangelio a América: "Si queremos com-// prender el significado profundo de Guadalupe es necesario tener en cuenta la situación histórica en que tuvo lugar la aparición de la Virgen.

"El mundo de las civilizaciones precolombinas se vio repentinamente sacudido por una fuerza externa: los hombres blancos de Europa. Ninguno de los dos grupos había oído hablar del otro ni sospechaba siquiera su existencia. / La historia ha estudiado la conquista desde el punto de vista de los conquistadores, pero existe otro punto de vista: el de los conquistados" (V. ELIZONDO). Lo que en nuestros libros de historia se designa como "invasión de los / bárbaros" los alemanes lo llaman "migración de los pueblos".

En Méjico la cruenta y prolongada guerra llevada adelante por Hernán // Cortés acabó con una victoria militar, pero fue también el final de una civilización. Al principio algunas tribus se unieron a los españoles con la esperanza de verse liberados de la dominación azteca. Sólo después cayeron en la cuenta que la derrota de los aztecas significaba de hecho la derrota de todos los nativos del país.

El doloroso via crucis del pueblo mejicano comenzó con el desembarco de Hernán Cortés aquel Viernes Santo 22 de Abril de 1519 y tuvo su punto culminante en la batalla del 13 de Agosto de 1521 cuando cayó Tlatelolco. Fue no sólo un derrumbamiento militar sino humano: su capital conquistada, sus mujeres violadas, sus templos destruidos, sus dioses derrotados...

Esas atrocidades de la conquista hacen resaltar aún más los esfuerzos / de los primeros misioneros. Su intención, que consta en sus escritos, era // fundar un cristianismo más conforme con el evangelio y no sólo una extensión del europeo. Se habían preparado para esta tarea en las universidades de España. Su estilo de vida, pobreza y sencillez estaba en claro contraste con / el de los conquistadores. Intentaban identificarse con el pueblo y predicar / en la lengua del pueblo.

Pero no se entendían el uno al otro. Los misioneros juzgaban al mundo / mexicano con su mentalidad española. Ni siquiera los mejores misioneros pudieron penetrar en la conciencia mexicana. El mayor obstáculo fue que los españoles consideraban las religiones indígenas como obra del demonio. Los misioneros estaban convencidos de que los indios, para ser cristianos, debían renegar de su religión, debían destruir las imágenes y los templos en que daban culto a sus dioses. Para los misioneros el cristianismo era el cristianismo español. No eran conscientes de que, queriendo hacer cristianos a los indios les imponían como condición la aceptación de la cultura española. Los indios que querían ser cristianos debían someterse a la "circuncisión" de la cristiandad hispánica.

Sólo diez años después de la conquista, en Diciembre de 1531, tuvo lugar la aparición de la Virgen de Guadalupe. A partir de entonces se da un // vuelco notable en la evangelización. Los indios, que eran muy reacios al /// cristianismo comienzan a aceptarlo en un número cada día mayor.

LOS HECHOS:

Un indio cristiano, Juan Diego, se dirigía a la barriada del Tepeyac, una colina cerca de la ciudad de México, cuando oyó una hermosa música. Al acercarse al lugar de donde provenía la música, se le apareció una señora /// que, hablándole en nahuatl, la lengua de los conquistados, se presentó como / "la siempre Virgen Santa María, Madre del Dios verdadero, de aquel por quien todos vivimos..."

Le pidió a Juan Diego que fuera al palacio del Arzobispo a decirle que / Ella, la madre de "el Dueño de lo que está cerca y junto, del Señor del cielo y de la tierra," quería que se le construyera una ermita en la colina del Tepeyac para desde allí "dar a la gente mi amor, mi compasión, mi ayuda y de fensa... Allí he de oír sus lamentos y remediar y curar todas sus miserias, / penas y dolores".

Después de vencer la resistencia de los guardias del palacio arzobispal pudo ver al Arzobispo. Como era previsible, éste no creyó a Juan Diego y, en

GUADALUPE, PARADIGMA DE LA NUEVA EVANGELIZACION

una segunda visita, le dijo que le pidiera a la Señora una señal para que él pudiera convencerse. La Virgen entonces envió a Juan Diego a recoger rosas; era pleno invierno y en el Tepeyac sólo crecían cactus. La misma Señora le acomodó las rosas en el poncho de Juan Diego y lo envió al Arzobispo con el signo que éste había solicitado.

Cuando Juan Diego abrió su poncho en presencia del Arzobispo, las rosas cayeron al suelo y apareció en el poncho ("tilma" le dicen en México) la imagen de la Virgen de Guadalupe que conocemos y que se venera en México hasta hoy.

EL MENSAJE:

Las circunstancias de la aparición y los detalles de la imagen eran un profundo mensaje, claro para los indios, no así para los españoles:

* La Virgen se aparece en el Tepeyac, lugar donde había estado el santuario de TONATZIN, "nuestra venerable madre": el dios maternal;

* El rostro de la Virgen es un hermoso rostro de joven mujer mestiza, mezcla de indio y español. Esta mestiza aparece cuando aún no había mujeres de la edad que parece tener la Señora (han pasado sólo diez años de la conquista) y, sobre todo, cuando ni indios ni españoles querían saber nada de esos retoños, frutos más bien de violación y estupro que de amor y respeto auténtico. Unos y otros podían reconocer sus propios rasgos ennoblecidos.

Los detalles de la imagen que fueron claros para los indios y no para los españoles, no lo eran tampoco para nosotros. Recién en 1945 una estudiosa norteamericana, HELEN BEHRENS, descubrió que la imagen era un "mensaje // pictográfico", un verdadero enjambre de símbolos:

* El color rojo pálido del vestido era el color propio de HUITZILOPOCHTLI, el color del sol naciente, vencedor de las tinieblas;

* El color del manto es el verde azulado: era el color característico de OMETEOTL (literalmente, "Dios Dos", título extraño aunque explicable, ya que la lengua nahuatl es sensible a la dualidad de todo lo que existe: vida/muerte, masculino/femenino, etc.). Origen de las fuerzas naturales: azul del cielo y verde de la tierra.

* El sol y la luna eran interpretados como divinidades. La Señora está embarazada, como lo indica la banda negra de maternidad que lleva en su cintura. La Señora embarazada del sol: eso expresa la flor solar de su vientre y la intensidad de los resplandores del sol que se extienden más a la altura del vientre y decrecen hacia la cabeza y los pies.

* La aparición había comenzado con música y culminó con flores. En la cultura nahuatl este binomio "flor y canto" ("in xóchitl in cuicatl") es la expresión de todo lo grande y bello que puede experimentar el hombre: poesía, religión, filosofía... Las flores y el canto son como una rendija a través de la cual puede atisbarse lo más profundo de la realidad: la Verdad, la Belleza; en una palabra, una manifestación del mundo divino.

DEL CENTRO A LA PERIFERIA:

¿A quién se aparece María?

No al Obispo, ni a un español. Se aparece a un indígena marginado.

Cuando el Obispo no le cree, Juan Diego, a quien la Virgen había hecho su mensajero, le pide a la Señora que mande a otro, a "alguno de los nobles, conocidos y estimados... a ellos les creará el Obispo". Y dice el indio: "Yo soy un pobre, yo no valgo nada". Juan Diego ha introyectado la idea que los conquistadores tienen de él.

Eso sigue pasando hoy. Los marginados, los pobres, acaban convenciéndose de que no valen nada, se ven a sí mismos como los ven los ricos y los poderosos.

El primer paso hacia la liberación es hacer tomar conciencia a los pobres del valor que tienen, de su propia dignidad. La Virgen no acepta la sugerencia de Juan Diego de hacer su mensajero a algún "noble conocido y esti-

GUADALUPE: PARADIGMA DE LA NUEVA EVANGELIZACION

mado...", insiste en su opción. La Virgen de Guadalupe hace irrevocablemente la opción por los pobres. Los Obispos latinoamericanos dijeron en Puebla en 1979 que la Iglesia de América Latina tenía que hacer la opción preferencial por los pobres. Puebla habla del "potencial evangelizador de los pobres" /// (#1147): es lo que manifiesta Guadalupe, es el pobre el que lleva la Buena / Noticia, el evangelio, al Obispo. Los indios, los pobres, ya no serán destinatarios meramente pasivos del evangelio sino agentes activos en la gesta-// ción del nuevo cristianismo.

Guadalupe es un llamado a desplazarse del centro a la periferia, del // centro de la ciudad a los barrios marginados.

Guadalupe es un hecho profundamente cristiano. El evangelio es univer-// sal precisamente porque no es neutral. Una comunidad fraternal, donde no ha- ya dominadores y dominados sólo puede gestarse a partir de los pobres.

Sólo tratando de ser la Iglesia de los pobres podrá la Iglesia cristia-// na llegar a ser realmente católica, es decir, la Iglesia de todos.

Guadalupe es la voz del pobre que llama a los poderosos para que abando-// nen los palacios de su falsa seguridad económica, social, política y religio-// sa y trabajen, no sólo para los pobres, sino con los pobres para hacer de la sociedad un lugar más humano para todos. Juan Diego encarna a los pobres que son los heraldos y mensajeros de una nueva humanidad.

La Iglesia debe emprender en América Latina una nueva evangelización. / Guadalupe es la expresión elocuente de la pedagogía divina a la que debe ade-// cuarse una evangelización que pretenda ser auténtica.

En las palabras y la imagen de la Virgen de Guadalupe los indios enten-// dieron que su antigua religión no era diabólica sino buena; en ella actuaba/ Dios y, ahora, la aparición de la Virgen promovía esa religión a un estadio/ sin comparación más perfecto.

En las palabras de la Virgen hay un nuevo "discurso" sobre Dios: la Se-// ñora se refiere a Dios con términos españoles y nahuatl. Los nombres y la // concepción de Dios que tenían los indios y que los misioneros habían condena-// do por ser de origen diabólico se unen en boca de la Señora con las expresio-// nes españolas para designar a Dios, que los indios habían encontrado incom-// prensibles. Se da un enriquecimiento en la comprensión de Dios.

Tras muchos intentos infructuosos de los misioneros, Guadalupe manifies-// ta la posibilidad real de un diálogo religioso auténtico y mutuamente enri-// quecedor. Por eso Guadalupe es un mensaje no de conquista, sino de libera-// ción. Así lo ha entendido el pueblo mexicano a través de los siglos.

La lucha por la independencia de México se hizo tras el estandarte de / la Virgen de Guadalupe que enarboló el prócer mexicano Miguel Hidalgo. Hidal-// go, que era sacerdote, predicaba a los mexicanos: "¿Quién os ha enseñado que para ser católico hace falta ser español? ¿No véis como la monarquía español-// la está utilizando la religión en defensa de su corona y de sus colonias?"/ Y hoy las luchas por los derechos civiles de los chicanos, de los mexicanos/ en Estados Unidos se realizan bajo la protección de la Virgen de Guadalupe.

Santa Fe tiene como Patrona a la Virgen de Guadalupe. Hoy, en el día de su Fiesta, escuchemos las palabras que dijo a Juan Diego aquel diciembre de 1531; tienen validez para nosotros hoy:

"...Yo soy la madre misericordiosa, tuya y de todas las naciones que vi-// van en esta tierra; que me amen, que me hablen, que me busquen y en mí con-// fíen.

Aquí he de oír sus lamentos y remediar y curar todas sus miserias, pe-// nas y dolores.

...hijo mío, el más desamparado, que nada te asuste ni te abata, no se-// turbe tu rostro ni tu corazón...

¿Acaso no soy yo aquí tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y amparo? .../ ¿Qué más te hace falta?"

CONFIANZA A PESAR DE TODO

En este cuarto Domingo de Pascua el evangelio nos presenta a Jesús como nuestro pastor. Es el Domingo del Buen Pastor, según la expresión que ha preva- lecido, aunque sería más correcto traducir Pastor "Auténtico": pastor au- téntico en contraposición a los "falsos" pastores. Sucede que la presenta- ción de Jesús como pastor se realiza en un contexto conflictivo: viene a con- tinuación de un enfrentamiento de Jesús con los fariseos (Jn. 9, 39-41).

Jesús se aplica el título de Pastor por excelencia en contraposición a/ los pastores, a los dirigentes religiosos de Israel, más preocupados de sí / mismos que del bien de la gente.

Este Domingo del Ciclo "C" leemos sólo el final de esta parábola que abarca casi todo el capítulo 10 del cuarto evangelio. En estos cuatro versícu- los finales se menciona tres veces al Padre y se hace una consoladora afirma- ción: quienes siguen a Jesús no perecerán jamás, están seguros en las manos de Jesús y de su Padre.

Es una invitación a la confianza en Jesús y en el Padre. Reflexionemos/ sobre la confianza: ¿qué tal andamos con la confianza? ¿Somos confiados o / desconfiados?

La confianza es una vivencia humana fundamental, como escribe O. F. /// Bollnow: "La confianza es el presupuesto indispensable de toda vida humana./ Sólo apoyada en la confianza es posible la vida".

Erik H. Erikson, psicólogo norteamericano, habla de la "basic trust", / de la confianza básica o la confianza de fondo, "como de un componente prima- rio de la personalidad sana. Se trata de una actitud hacia sí mismo y hacia/ el mundo que se origina en las experiencias del primer año de vida" (Identi- ty and the life cycle, 1959).

El niño tiene una actitud de confianza espontánea, corre a los brazos / de cualquiera que los llame...

A medida que vamos creciendo, vamos acumulando experiencias negativas./ La vida, decimos, nos va haciendo más realistas. ¿Quién no ha sufrido decep- ciones de parte de personas en que confiaba plenamente? Sin embargo, la con- fianza de fondo es una tarea de toda la vida.

Sin la confianza no es posible la convivencia humana, la amistad, el a- mor, el matrimonio... Sin confianza en el médico o en el psiquiatra, el pa- ciente no se puede curar. Sin confianza no sería posible ni la ciencia ni // los negocios. Aunque no sea consciente de ello, tengo confianza en todos los momentos de mi vida: en el chofer del ómnibus y en quien dirige el avión, en aquellos con quienes vivo y con quienes trabajo...

Vivir implica decidirme constantemente por una actitud positiva frente/ a la realidad. Puedo ser engañado, pueden aprovecharse de mi confianza para/ perjudicarme. Las experiencias negativas me pueden ir haciendo desconfiado./ Pero sin la confianza es imposible la vida de las personas y de los pueblos.

En nuestros días, el multiplicarse de las noticias de corrupción, de // "robos para la corona" como dice el título de un "best seller"; los aumentos injustos (no ilegales, porque se los hace por Ley) como el último de Diputa- dos y Senadores que aumentaron \$ 1.500.- a los \$ 3.500.- que ya cobraban, la falta de medidas concretas para paliar la situación de extrema necesidad de/ jubilados y pensionados y de millones de personas sumergidos bajo la línea/ de pobreza... generan desconfianza en las autoridades, en los partidos polí- ticos e incluso al experimentar que con esta democracia no se come, no se cu- ra, no se aprende; pueden muchos ilusionarse y confiar en las promesas de al- gún hombre fuerte que proclame la necesidad de moralizar la vida pública y a- plicar la justicia social.

Es una grave responsabilidad de los dirigentes en todos los órdenes: e-jecutivo, legislativo y judicial; de los dirigentes tanto políticos como eco- nómicos el erosionar por su modo de actuar la confianza de la gente en el // sistema democrático de convivencia.

Es cierto que aún estamos muy lejos de una democracia participativa. Es cierto que no abundan las estructuras de convivencia auténticamente solida- rias. Si viviéramos una democracia más perfecta, por ejemplo, antes de aumen-

CONFIANZA A PESAR DE TODO

tar los sueldos a quienes ganan como para llenar muchas canastas familiares, se destinaría ese dinero para quienes carecen, incluso, de la canasta...

A pesar de todo es posible dentro del respeto de las normas constitucionales, luchar para que la dignidad humana de cada uno de los argentinos, para que los derechos humanos: el derecho a la vida, el derecho al trabajo, al salario digno, el derecho a la salud y a la educación no sean sólo declaraciones sino que vayan siendo una realidad.

Las palabras que dijo el Papa al recibir las cartas credenciales del // nuevo embajador argentino manifiestan que está bien informado acerca de las // deficiencias de nuestra democracia. Entre otras cosas dijo que "ha de procurarse que las iniciativas que se tomen en favor de la estabilidad financiera y el desarrollo económico respeten siempre los principios de equidad en la // justa distribución de esfuerzos y sacrificios por parte de los diversos grupos sociales. Por otra parte, no podría considerarse aceptable un modelo de // organización social que, en aras de la eficacia, impidiera a la mayoría de // la población acceder a mejores condiciones de vida. De modo particular co-// rresponde a los poderes públicos la tarea de velar para que los sectores más desprotegidos -que son los más vulnerables en tiempos de crisis económicas- no sean víctimas de los planes de ajuste, ni queden marginados del dinamismo del crecimiento al cual han de contribuir responsablemente".

Habló también de la necesidad de la integridad moral, "del espíritu de // solidaridad que junto con la creatividad y la competencia técnica en los diversos campos" hagan posible la superación de los problemas. Hasta aquí el // Papa. Y es fácil percibir en la mayoría de la población un cierto clima de // desconfianza con respecto al presente y al previsible futuro del país. Aunque hay pequeñas experiencias de trabajo solidario de grupos marginados en // Santa Fe y en otras provincias, la tónica es la desesperanza. Al menos, en // la Argentina pobre que va creciendo y tiende hacia la miseria, no en la Argentina que por su standard de vida ha entrado y se sigue afirmando en el // primer mundo.

Esta situación de desesperanza golpea a todos pero hace sufrir particularmente a los jóvenes y a los ancianos. ¿Qué podemos hacer?

Primeramente, tratar de ver, tratar de tener una visión lo más realista posible de la situación. Para ello es necesario tomar conciencia de los condicionamientos que mediatizan nuestra visión de la realidad: nuestra formación (y "deformación") profesional, el ambiente familiar, social, de trabajo en que nos movemos... Tratar de ver la realidad desde abajo, desde los // marginados, los sin trabajo... Cuando se trata de ubicar uno en ese lugar se valoran de distinta manera los éxitos del plan económico: la estabilidad, la entrada al Plan Brady, el cierre de plantas improductivas con su secuela de // familias sin futuro...

"La verdad os hará libres" (Jn. 8, 32), dice Jesús.

La realidad es compleja y conflictiva. El simplificarla de acuerdo a // los propios intereses es mentir... La realidad no se reduce a que cierren // bien los números de la macroeconomía.

Para que renazca la confianza, la primera condición es decir la verdad // a la gente. ¿A dónde vamos? ¿Qué modelo de país estamos construyendo? ¿Qué // se les dice a los 10 millones de argentinos calificados con esa sigla: N. B. I.: necesidades básicas insatisfechas? ¿Que tienen que resignarse porque que // daron excluidos? Pero, ¿por qué ellos?

Como cristianos tenemos que ser testigos de la esperanza. Creer que // Dios es Padre no es mirar para atrás buscando narcisísticamente un refugio.

Jesús, al enseñarnos que Dios es Padre, lo hace desde la perspectiva // del Reino. Por eso nos enseña a rezarle comprometiéndonos con la venida de // su Reino y con la realización de su voluntad. Confiar en el Padre no es mirar para atrás sino hacia adelante, hacia el Reino que viene, un mundo nuevo de fraternidad.

En esta fiebre de privatizaciones desfiguramos el rostro del Padre cuando lo privatizamos, cuando lo reducimos a garante de nuestro destino individual o familiar.

Es el Padre de Jesús, y Jesús es el "primogénito de muchos hermanos" //

CONFIANZA A PESAR DE TODO

(Rom. 8, 29). Confiar en Dios Padre es vivir de manera que puedan tener esperanza los que no tienen esperanza.

Nos toca vivir tiempos difíciles: parece muy lejano el día en que a todos se les reconoce el derecho a vivir. Pero los tiempos malos son un desafío o a la creatividad.

Un desafío a no aceptar como fatal el modelo del consumismo del primer/mundo que se nos propone como la meta que justifica las injusticias actuales.

Un desafío a perseverar en el esfuerzo que significa ser honesto y responsable en la vida privada y pública en un contexto de generalizada corrupción.

Un desafío a descubrir y superar el racismo oculto y el sentimiento de superioridad que considera inferiores a los hermanos por su sangre, su color o por su situación social o económica.

Confiar en Dios Padre implica resistir a la tentación de la desesperanza: es un llamado a imaginar, a proyectar, a experimentar la vida nueva en / el mundo viejo.

++++++

EL MANDAMIENTO NUEVO

"Les doy un mandamiento nuevo: ámense unos a otros como yo los he amado... En esto conocerán que son mis discípulos, en que se aman unos a otros."

¿Mandamiento nuevo? ¿Se puede seguir llamándolo nuevo después de dos mil años? ¿No sería acaso una novedad para muchos que se consideran muy católicos esta afirmación: la identidad cristiana consiste en el amor a los demás?

Hemos crecido convencidos de que ser cristianos es pertenecer por el bautismo a una institución internacional, la Iglesia Católica. La pertenencia a esta institución implica la aceptación de doctrinas, ritos y preceptos morales. Cuando se pregunta a alguien si es cristiano, la respuesta suele ser inmediata y sin titubeos: "Yo soy muy católico: voy a misa; claro, no todos los Domingos; mando a mis hijos a colegios católicos, rezo..."

Hemos hecho del mensaje de Jesús una religión en la cual los diversos elementos que se han ido agregando a través de los siglos acaban ocultando lo fundamental.

Hace unos días me decía un muchacho: "Yo, como hombre, como ser humano, estoy bien; pero como cristiano ando con algunas fallas: falta a misa y no rezo todos los días."

Este modo de hablar manifiesta esa generalizada concepción: el cristianismo tiene que ver con un sector de la vida que podríamos llamar religioso/mientras que no tiene nada que ver con la dimensión social, económica, política...

Ciertamente concebir así el cristianismo es un error. Por el contrario, ser cristiano es una manera de ser hombre y de ser mujer, es un peculiar estilo de vida.

Y Jesús dice que el sello distintivo, lo que caracteriza el modo de ser hombre y de ser mujer cristianos es el amor a los demás. Este es el patrón / de medida, el criterio de nuestro cristianismo: "En esto conocerán todos que son discípulos míos, en que se aman unos a otros". Entonces, para ser cristiano, ¿basta amar a todo el mundo? ¿No se necesita otra cosa?

Si hiciéramos una encuesta nos encontraríamos con que la inmensa mayoría de nuestro país está convencida de que "quiere a todo el mundo" y que "no hace mal a nadie".

¿Será este vago sentimiento el amor que Jesús pone como característica/distintiva de sus discípulos? Muchos católicos están convencidos que sí.

Desde algo más de cien años se ha ido constituyendo un humanismo teórico y práctico que cuestiona al cristianismo no por ser contrario a la razón/por creer en los milagros y en patrañas clericales como lo hacían los representantes de la Ilustración sino por ser radicalmente incapaz de realizar lo que proclama ser su objetivo: el amor universal entre todos los hombres.

La crítica de estos humanistas ateos se refiere no a la doctrina o teoría cristiana sino a la práctica. Y la razón fundamental de su ineficacia es que está muy generalizada entre los cristianos una visión irreal del mundo / en que todo está hecho por adelantado: ya todos somos hermanos. El cristiano medio se siente unido a todos los hombres "espiritualmente"... ¡y está convencido de que eso es una realidad!

Nietzsche apuntaba bien cuando decía que el cristianismo era un platonismo para el pueblo... Que los cristianos consideran real un mundo ilusorio, un mundo de "ideas", mientras que no dan importancia, consideran como "apariencia" el mundo real. Como los cristianos creen que ya todo está hecho, el mundo ya está salvado, la fraternidad ya está alcanzada, no creen que haya que luchar para alcanzar la justicia y la fraternidad.

Pero el hombre, los hombres, no son una idea. Cuando Jesús encarga a sus seguidores amar como El, lo hace en un contexto muy realista. Para Jesús los hombres viven en este mundo donde hay opresores y oprimidos, donde hay miseria e injusticia; cuando dice que hay que amarlos quiere decir que hay que tener la actitud que El tuvo con sus contemporáneos. No se refiere Jesús

EL MANDAMIENTO NUEVO

a un sentimiento vago e ineficaz de amor universal. El amor de Jesús fue militante. Como dice el proverbio español: "Obras son amores y no buenas razones", es decir, el amor no consiste en buenas palabras sino en obras.

Urge que la Iglesia y los cristianos tomemos conciencia del engaño del espiritualismo que llama amor universal a lo que no es sino indiferencia universal. Urge una conversión hacia el lugar real de la existencia humana, hacia este mundo visible y tangible en que se manifiesta el hombre.

El hombre no es una idea, el hombre es el mundo del hombre: con sus relaciones y sus formas concretas de convivencia. Si quiero tener la actitud / que tuvo Jesús tengo que tomar conciencia de dónde estoy situado: de aquellos con quienes estoy de hecho comprometido y de aquellos con quienes estoy de hecho enfrentado. No puedo ilusionarme que por mi "buena intención" cristiana "planeo" por encima de la trama de relaciones objetivas en la que me / encuentro imbricado. ¿No es cierto que nuestra alma ama a todos independientemente del lugar que ocupamos en la conflictiva situación en que vivimos?

Es necesario romper esa ilusión. Una auténtica universalidad humana y / cristiana sólo es posible asumiendo y no enmascarando las situaciones de conflicto. Quien pretenda amar a todos haciendo abstracción de los enfrentamientos objetivos en los que está comprometido, "acaba no estando con nadie o, / lo que es peor, acaba en la neutralidad de un Pilato que deja manos libres / al poderoso para condenar al indefenso".

Jesús de Nazareth, como digno hijo del Dios del Exodo que tomó partido / por los esclavos israelitas contra los egipcios, no fue neutral. Esa opción / de Jesús tuvo consecuencias. El modo concreto como amó Jesús lo llevó a la / cruz. La muerte de Jesús pone en evidencia que "las relaciones interhumanas / son tales que el inocente, es decir, quien rechaza el uso de la violencia para imponer sus puntos de vista o los de su grupo, queda excluido. Esta dinámica instalada en el seno de las relaciones interhumanas es inhumana... La / cruz desbarata la ilusión de que lo humano es ya una realidad dada. La cruz / de Jesús es profecía: lo humano nace mediante un parto doloroso" (Christian / Duquoc).

Kierkegaard decía: No somos cristianos, nos vamos haciendo cristianos. / Podemos decir también: no somos hombres, nos vamos haciendo hombres... o inhumanos.

El amor es la clave del ser hombre. Estamos hechos para amar pero, contemporáneamente, estamos profundamente necesitados de amor.

En griego, "amor" se dice "eros"; de ahí derivan términos como "erótico", "erotismo", etc. Los griegos ya habían explicitado la dualidad propia / del amor: por una parte es plenitud y por otra parte es insaciable. Platón / da, en "El Banquete", la interpretación mítica: Eros es hijo de la escuálida y andrajosa Penia, la Indigencia o la Miseria, y su padre es el atrayente Poros, el Recurso, dios de la abundancia. Eros está marcado por la doble herencia: indigencia y abundancia. El eros, aunque aparece como donación, es en / el fondo un deseo de posesión; es siempre atraído por el valor de su objeto; es insaciable.

El Nuevo Testamento, que está escrito en griego, para hablar del amor / emplea otro término muy poco usado en la literatura griega: "agápe". Y este / hecho no es casual, tiene un profundo significado: se trata de otro tipo de / amor. El agape no ama al otro motivado por el valor del otro, por la amabilidad del otro. No es un amor posesivo. Se alegra no porque espera recibir algo del otro, sino que se alegra por el bien del otro. El agape es un amor // gratuito, que no busca nada para sí. Es amar como Dios ama.

La primera carta de Juan es un canto a este amor gratuito, a este amor / característico de los cristianos. En su pasaje culminante dice:

"Queridos míos,
amémonos los unos a los otros,
porque el amor procede de Dios
y el que ama ha nacido de Dios
y conoce a Dios.
El que no ama no ha conocido a Dios
porque Dios es amor" (1 Jn. 4, 7-8).

EL MANDAMIENTO NUEVO

El amor gratuito no procede del hombre mismo, procede de Dios. El hombre puede amar así, superar la fuerza de su egoísmo "porque el amor de Dios ha sido derramado en su corazón por el Espíritu Santo que le ha sido dado" / (Rom. 5, 5). Quienes no aman así no conocen a Dios. Si hablan de Dios, hablan de alguien a quien no conocen porque Dios es amor.

Eros y agape: dos modos de amar que en el hombre "se dan mezclados y no siempre como totalmente opuestos: un 'eros' bien llevado puede llegar a convertirse en auténtico 'agape', en verdadera ternura; mientras que un presunto 'agape' puede degradarse en un 'eros' orgulloso y sutilmente camuflado" / (González Faus).

"Amense unos a otros como yo los he amado".

¿Esto es todo?

En los evangelios sinópticos Jesús había resumido toda la Ley y los Profetas en dos mandamientos: el amor a Dios y el amor al prójimo como a uno mismo (Mt. 22, 34-40; Mc. 12, 28-31; Lc. 10, 25-28). Aquí, sólo el amor al prójimo. ¿Habrá olvidado Jesús el amor a Dios? ¿O será el cristianismo simplemente un humanismo consecuente como lo querían ciertos teólogos de la década del 60, los teólogos de la "muerte de Dios"?

Ciertamente, no.

Pero el que ama gratuitamente, el que ama como Jesús, "ha nacido de Dios" (1 Jn. 4, 7), es hijo de Dios aunque él no lo sepa. El que ama gratuitamente, es decir, sin especular con una recompensa ni "terrenal" ni "celestial", quien no busca su propio provecho, está dando muestras que tiene en sí el amor de Dios que se denomina también gracia de Dios, está movido por el Espíritu Santo (Rom. 5, 5).

Quien actúa así trabaja para realizar, para hacer crecer la fraternidad real en este mundo. Quien ama así, como Jesús, da testimonio de la resurrección de Jesús, confiesa y proclama con su lucha por la liberación que el amor es más fuerte que la violencia y que no será el verdugo, el opresor, el violento, el que tenga la última palabra, sino el amor que da vida.

Quien actúa así se encuentra con Dios, está unido con el Padre de Jesús que sigue trabajando incesantemente (Jn. 5, 17) para realizar la fraternidad. "Dios no se manifiesta al margen de las realidades humanas grandes o pequeñas de cada día... Quien pretenda encontrarse con Dios en estado puro, se encontrará solamente con ídolos" (Schillebeeckx).

En la primera carta a los Corintios, en el capítulo 13, Pablo nos transmite un hermoso canto al amor:

"Aún cuando yo hablara en lenguas -angélicas o humanas-
si carezco de amor
no soy más que un gong que resuena
o unos platillos que aturden.
Aún cuando yo tuviera el don de profecía
y el conocimiento de todos los misterios y de todo el saber,
y tuviera una fe capaz de mover montañas,
si carezco de amor
no soy nada.
Aún cuando distribuyera todos mis bienes
y me dejara vender como esclavo,
si no tengo amor
de nada me sirve.
El amor es comprensivo, el amor es servicial,
no es fanático, no es presuntuoso, no es jactancioso;
no juega sucio, no busca su propio interés,
no se irrita, no tiene en cuenta el daño.
No se alegra de la injusticia
sino que participa del gozo por la verdad.
Todo lo oculta, todo lo cree,
todo lo espera, todo lo aguanta.
El amor no cae jamás.
¿Las profecías? Caducarán.
¿Las lenguas? Cesarán.
¿El conocimiento? Caducará.

EL MANDAMIENTO NUEVO

Porque nuestro conocer es parcial,
y parcial también es nuestro profetizar.
Cuando venga lo perfecto
lo imperfecto caducará.
Cuando era niño, hablaba como niño,
sentía como niño, razonaba como niño.
Cuándo me hice un hombre, acabé con las cosas de niño.
Y es que ahora vemos como en un espejo mágico,
pero entonces veremos cara a cara.
Ahora conozco en parte
pero entonces conoceré como fui conocido.
Ahora queda la fe, la esperanza y el amor: estas tres cosas.
Pero la mayor de todas es el amor".

++++++

EL ESPÍRITU SANTO RECUERDA... ¿REPETIR O CREAR?

El pasaje del evangelio está tomado del extenso discurso de la cena de Jesús en el evangelio según San Juan. Acercándonos a Pentecostés escuchamos el anuncio de la venida del Espíritu Santo. Se trata de una de las cinco sentencias sobre el Paráclito que encontramos en este discurso de despedida (14, 16-17; 14, 26; 15, 26; 16, 7^b-11; 16, 12-15).

El término "Paráclito" (del griego "parácleto") significa "abogado defensor" pero también "el que exhorta, alienta, consuela". Se identifica al Paráclito con el Espíritu Santo.

Paráclito es un término extraño pero ¿Espíritu Santo es más claro? ¿En qué piensa usted cuando oye estas dos palabras: Espíritu Santo? ¿Evocan algo concreto o una nebulosa? Si tuviera que explicar usted a alguien qué significa "Espíritu Santo", ¿cómo lo haría?

Posiblemente recordaría lo que sabe desde el Catecismo: El Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad; porque Dios es Uno y Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La mayoría de los católicos no podría avanzar más: aquí acaban sus conocimientos. Algunos, quizás, podrían agregar que se suele representar al Espíritu Santo por una paloma...

¿La explicación? Sucede que la enseñanza católica corriente en la catequesis y en las clases de religión suele presentar la Trinidad como una verdad que se nos ha revelado y que tenemos que aceptar aunque no la comprendamos. "Por eso se habla del 'misterio' de la Trinidad..." y, siendo así las cosas, es lógico que no podamos conocer, comprender; creer, se dice, es aceptar sin comprender, "aceptar las verdades por la autoridad de Dios que revela y la Iglesia nos propone para que creamos..."

¿Es correcta esta concepción? Este modo de concebir la fe cristiana no toma en cuenta el aspecto fundamental de la revelación de Dios. Cuando Dios nos habla no lo hace para humillar nuestra inteligencia exigiéndonos aceptar cosas incomprensibles: sería un tirano, no un Padre. Por el contrario, cuando Dios se manifiesta, es para iluminar nuestra vida y ayudarnos a comprender nuestra relación con El. Nos habla de un modo humano y abre los ojos y los oídos de nuestro corazón para que lo conozcamos.

Jesús, que nos mostró con su vida y su enseñanza el rostro y el corazón del Padre, nos habló también, aunque menos frecuentemente, del Espíritu Santo.

Para los oyentes de Jesús, el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, no era desconocido: en el Antiguo Testamento aparece con bastante frecuencia el Espíritu de Dios.

En nuestras Biblias castellanas, la palabra "espíritu" traduce la palabra hebrea "rúaj" y la palabra griega "pneuma"; ambas significan "viento, hálito, respiración".

El hombre antiguo, el hombre de la Biblia, expresaba con esa imagen la acción de Dios: como el viento, invisible, pero, por otra parte, también objeto de experiencia. Como el viento cargado de energía, Dios es poder irresistible y a la vez es como la atmósfera que se respira: El hace vivir al hombre: "El Señor Dios formó al hombre de la tierra y sopló en su nariz y le dio vida: así el hombre comenzó a vivir" (Gén. 2, 7).

En el Antiguo Testamento el Espíritu de Dios es un modo de expresar la fuerza irresistible de Dios, la potencia vivificadora de Dios que se manifiesta desde el comienzo de la creación. El primer relato de la creación se inicia con la mención del Espíritu de Dios que fecundaba las aguas primordiales (Gén. 1, 2).

En la historia de Israel el Espíritu de Dios inspira y da fuerza a los líderes del pueblo y particularmente a los profetas. El Espíritu otorga a estos hombres la sensibilidad para percibir en los acontecimientos el designio de Dios, la orientación que Dios quiere imprimir a la historia humana.

La esperanza en la Promesa que recorre el Antiguo Testamento alcanza su más alta expresión en la espera del tiempo mesiánico, cuando el Espíritu de/

EL ESPÍRITU SANTO RECUERDA... ¿REPETIR O CREAR?

Dios se derramará sobre todos: mujeres y hombres, jóvenes y ancianos (Joel / 2, 28-29). El Nuevo Testamento manifiesta que el tiempo mesiánico comienza / con Jesús de Nazareth. La concepción de Jesús tiene lugar gracias al Espí- / tu Santo, a la fuerza de Dios (Lc. 1, 35). Jesús, "lleno del Espíritu Santo" (Lc. 4, 1), inaugura su misión en la sinagoga de Nazareth presentándose como el ungido por el Espíritu del Señor para ser el Mesías de los pobres (Lc. 4, 16-21).

Si exceptuamos estos pasajes de Lucas, el Espíritu Santo apenas se men- / ciona en los evangelios sinópticos (Mt. 12, 28; Mc. 13, 11; Lc. 12, 10); en / cambio ocupa un lugar importante en los escritos juánicos (evangelio, cartas / y Apocalipsis), en las cartas de Pablo y también en los Hechos de los Apósto / les.

El libro de los Hechos, que narra los primeros años de vida de la Igle- / sia, después de resaltar el hecho de Pentecostés lo explicita por la predica / ción de Pedro. Este afirma: "A este Jesús Dios lo resucitó y todos nosotros / somos testigos. Exaltado por el poder de Dios, El recibió del Padre el Espí- / ritu Santo prometido y lo ha comunicado como ustedes ven y oyen" (He. 2, 32- / 33). Pedro señala la comunidad de los creyentes en Cristo como el lugar en / que se manifiesta, en que se visibiliza el Espíritu Santo.

¿Qué hace el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo, la fuerza de Dios que es amor, hace superar el egoís / mo que se expresa en las desigualdades y discriminaciones injustas.

Da cohesión a la Iglesia, a la comunidad de los cristianos. No como la / da un ordenamiento jurídico sino desde dentro: los hombres separados y en- / frentados comienzan a entenderse (He. 2, 7-8), comienzan a compartir lo que / tienen porque, siguiendo el mandato de Jesús, comen el mismo pan eucarísti- / co; poco a poco van teniendo "un solo corazón y una sola alma" (He. 2, 42- / 47; 4, 32-35).

Jesucristo es el salvador que anuncia e inaugura el Reino de Dios. "El / Espíritu Santo continúa y afianza, ahonda y abre perspectivas siempre nuevas / a la obra de Jesucristo" (Schnackenburg).

No puede existir la Iglesia de Jesús sin el Espíritu Santo. El Espíritu / Santo no es una especie de agregado o de adorno más o menos accidental de la / Iglesia. ¡Y sin embargo se define a la Iglesia católica sin mencionar siquie / ra al Espíritu Santo!

El Concilio Vaticano II (1962-65), intentando "dar a la Iglesia de Cris / to el brillo de las líneas simples y puras de sus orígenes" (Juan XXIII, 13. / 11.1960), chocó contra la fuerte resistencia de quienes habían hecho una re- / ducción jurídicista y jerarcológica de la Iglesia de Cristo a partir de la / lucha con los protestantes en el siglo XVI. El Papa y los obispos, la jerar- / quía, se concebía como la última y definitiva instancia de legitimación en / la Iglesia. La jerarquía substituía de hecho al Espíritu Santo.

El Concilio reafirmó que sólo el Espíritu de Cristo puede ser la instan / cia de legitimación del ministerio. Además recordó que la jerarquía no tiene / el monopolio del Espíritu sino que éste actúa no sólo por mediación del mi- / nisterio y de los sacramentos sino directamente, "inmediatamente", en todo / el pueblo de Dios. El Espíritu Santo actúa también fuera de la Iglesia, en / las religiones de los pueblos e impulsando la historia del mundo y manifes- / tándose en los signos de los tiempos.

Para muchos católicos la enseñanza del Concilio sobre la Iglesia es to- / talmente desconocida. Ignorar la enseñanza del Nuevo Testamento actualizada / por el Concilio sobre el Espíritu Santo comporta el riesgo cierto de desnatu / ralizar el evangelio de Jesús transformando su movimiento de liberación en u / na religión alientante.

En el pasaje del evangelio de hoy escuchamos que "el Paráclito, el Espí / ritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todo y les recor- / dará todo lo que Yo les he dicho" (Jn. 14, 26).

El Espíritu Santo tiene como función recordar lo que Jesús hizo y di- / jo. Jesús es el salvador único e insustituible. Por eso su vida y su ense- / ñanza, sus opciones y sus criterios son el paradigma de la vida del cristia- / no y de la Iglesia.

EL ESPÍRITU SANTO RECUERDA... ¿REPETIR O CREAR?

Este es el criterio; el patrón con el cual medir lo que se presente como / teniendo que ver con Dios o con la vida cristiana. Ninguna jerarquía, ningún movimiento carismático puede apelar al Espíritu Santo prescindiendo o, peor aún, oponiéndose al modo de actuar de Jesús.

Se puede constatar en la historia de la Iglesia que el recurso ilegítimo al Espíritu Santo se hace más frecuente cuanto más se lo deja de lado.

Es ilegítimo el recurso al Espíritu Santo cuando se desconoce en la /// práctica su presencia activa en los cristianos: el Espíritu Santo vive en la Iglesia, no sólo en un sector de la Iglesia. Pero muchas veces los dirigentes en la Iglesia actúan como si tuvieran un hilo directo con Dios, como si no debieran buscar, averiguar, tratar de oír "lo que el Espíritu dice a la Iglesia" (Apoc. 2, 7).

En la primera lectura (He. 15, 1-29), escuchamos el relato acerca de lo que se llama el Concilio de Jerusalén, utilizando con cierto anacronismo un término conocido por la historia de la Iglesia. Se trata de un hecho paradigmático: en él es posible visualizar el modo de actuar de una jerarquía y de una Iglesia que está atenta al Espíritu Santo.

Había surgido en la Iglesia un problema muy serio. Ante el anuncio del evangelio fuera de los límites de Israel, gente no judía aceptaba con fe a Jesucristo; pero esto era algo nuevo: hasta ese momento los creyentes en Jesucristo eran judíos no sólo por nacimiento sino por cultura y religión; aceptaban la ley de Moisés y vivían la liturgia en el templo y el culto de los sábados, etc. La circuncisión era el signo de la pertenencia al pueblo de Israel, heredero de la Promesa. Por otra parte, Jesús había vivido así; parecía lógico que quien quisiera ser seguidor de Jesús debía hacerse judío como Él. Pero otros, justamente los que habían entrado en contacto con los no judíos que querían creer en Jesús, pensaban que no era necesario.

Los dos grupos, que podríamos también con cierto anacronismo calificar de "derecha conservadora" y de "izquierda progresista", chocaron fuertemente. ¿Qué se hizo? ¿Se impuso por decisión de la autoridad la solución? No. "Los Apóstoles, los presbíteros y la Iglesia entera" escucharon, discutieron y finalmente aceptaron la posición sostenida por Pablo y Bernabé: triunfó la posición "progresista" pero no se "aniquiló" a los que pensaban distinto. Se aceptó un compromiso no en la opción de principio que quedó clara: para creer en Jesucristo no hay que hacerse judío, no hay que renunciar a la propia cultura; pero, por respeto a la cultura de los judeo-cristianos, se aceptó el compromiso de respetar sus costumbres en lo tocante a los alimentos y al matrimonio.

La carta contiene el principio básico de la auténtica evangelización válido para todos los tiempos: "El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido no imponerles ninguna carga más que las indispensables" (He. 15, 28).

El Espíritu Santo no sólo es nombrado sino que fue tenido en cuenta. Y este hecho es una muestra de que recordar no es repetir; normalmente exige inventar, es un desafío para crear.

"El les recordará todo lo que les he dicho..."

¿Qué facilidad tenemos para olvidar! A nosotros y a la Iglesia nos pasa como a Marta en aquel colorido pasaje de Marta y María: Lc. 10, 38-42. Como Marta, "nos preocupamos por muchas cosas", quizás con buena intención, para servir a Jesucristo: nos preocupamos por los templos y los colegios, por tener radios y televisión católicas, por la marcha de las organizaciones católicas, etc., etc. Otras veces las preocupaciones no son tan "santas": varias veces reprende Jesús severamente en el evangelio a los Apóstoles preocupados por discutir quien iba a ocupar el primer puesto en el Reino...

Marta le dice a Jesús: "¿No te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile que me ayude". Y la respuesta de Jesús: "Marta, Marta, te inquietas y te agitas por muchas cosas... Pocas cosas son importantes; más bien una sola es necesaria. María eligió la mejor parte que no le será quitada".

Esas "pocas cosas", más bien esa "única cosa necesaria" es lo que de muchas y diversas maneras nos recuerda el Espíritu Santo.

++++++

SEGUIR MIRANDO AL CIELO O SER TESTIGOS

Lucas es el autor del tercer evangelio y del libro de los Hechos de los Apóstoles y en ambos relata la ascensión de Jesús. Al concluir su evangelio (24, 51), la ascensión señala el final de la actividad terrestre de Jesús. / Al volver a relatarla al comienzo del libro de los Hechos (1, 1-11) apunta a los orígenes de la actividad de la Iglesia, de la que trata el libro.

Antes de la ascensión, Jesús anuncia a los Apóstoles que recibirán el Espíritu Santo, la Fuerza de Dios, que los capacitará para la misión que les encomienda: ser sus testigos en Jerusalén, en Judea, Samaría y hasta los límites del mundo (He. 1, 8).

La ascensión expresa un aspecto fundamental de nuestra fe; lo confesamos en el Credo: "Al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso".

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que Jesús subió al cielo? Porque / el relato de Lucas describe a Jesús elevándose de la tierra hacia el firmamento. Cuando decimos: "Jesús subió al cielo", ¿estamos haciendo una afirmación de orden espacial? Para entendernos y dicho con todo respeto, ¿Jesús habría sido un astronauta "avant la lettre", el primer astronauta? El cielo al que ascendió Jesús, ¿sería lo que llamamos 'espacio'?

Ciertamente no. No podemos interpretar el relato de los Hechos como si fuera el informe de un periodista que describe lo que vio; no lo podemos comparar con las imágenes, que ya nos son familiares, del lanzamiento de las naves o cohetes interplanetarios.

Lucas utiliza una forma narrativa frecuente en la antigüedad para indicar el fin de la vida de un personaje importante. Tenemos ejemplos de tales ascensiones en el mundo antiguo. El historiador Tito Livio cuenta que un día en que Rómulo, el primer rey de Roma, presidía una asamblea ante los muros / de la ciudad, sobrevino una formidable tempestad y, en un momento dado, el rey fue envuelto en una espesa nube. "Al desaparecer la nube Rómulo no estaba más en la tierra, había subido al cielo... y el pueblo lo veneró como protector de la ciudad". Hay relatos análogos de Empédocles y de Alejandro Magno. Pero tenemos ejemplos también en el Antiguo Testamento y en la tradición judía: Enoc (Gén. 5, 21-24; Eclo. 49, 16); Elías (2 Re. 2, 9-12); Moisés; Esdras; Baruc.

Lo que Lucas pretende con los dos relatos de la ascensión de Jesús al / cielo no es describir un hecho que ha tenido lugar en el espacio y en el tiempo, sino comunicar un acontecimiento que trasciende el espacio y el tiempo. Lucas expresa por medio de un relato que el camino de Jesús, que la vida de Jesús, no acabó en la oscuridad de la tumba sino en la luz de Dios, que / la vida de Jesús no acabó en la nada sino en el corazón del Padre. El cielo al que subió Jesús es la intimidad de Dios: Jesús vive en Dios, vive la vida de Dios.

En el Nuevo Testamento no hay diferencia entre la resurrección y la ascensión al cielo. Se trata de dos expresiones, de dos imágenes pertenecientes a diversos horizontes de representación que expresan que Jesús vive de / un modo nuevo, vive de la vida de Dios.

La expresión "Jesús resucitó" utiliza la imagen del sueño como símbolo / de la muerte: Jesús se despertó, se levantó del sueño de la muerte y vive, / como si dijéramos, en otra dimensión. La ascensión utiliza la imagen de un / viaje que culmina en Dios. Jesús no permaneció en la muerte sino que precisamente en su muerte alcanzó el sentido último de la historia, alcanzó a Dios.

La ascensión de Jesús es un evangelio para nosotros, es una Buena Noticia para quienes deciden seguir a Jesús.

Cristianos son los que siguen a Jesús. Jesús dijo: "Yo soy el camino // verdadero y viviente" (Jn. 14, 6). A los primeros cristianos se los llamaba / "los del Camino" (He. 9, 2; 18, 25-26; etc.).

Para quienes aceptan a Jesús como único camino que debe recorrer el hombre, la muerte no es la última palabra. El camino no desemboca en una calle / sin salida, el hombre no es una "pasión inútil", la vida tiene sentido.

La muerte no es el destino fatal donde van a parar el amor que hemos //

SEGUIR MIRANDO EL CIELO O SER TESTIGOS

brindado, la barrera donde se van a estrellar las esperanzas generosas que / inspiraron nuestras luchas. Jesús resucitado, Jesús que subió al cielo, es / la garantía de que nuestra esperanza no quedará defraudada.

El relato de la ascensión de Jesús tiene su punto culminante en la intervención de dos hombres vestidos de blanco que se les aparecen a los Apóstoles. Se trata, evidentemente, de dos ángeles que explican el sentido del acontecimiento. Es un expediente literario muy frecuente en la Biblia y en Lucas en particular. El ángel, palabra que significa mensajero, interviene para comunicar la interpretación divina de un hecho cuyo sentido no es claro. Así, por ejemplo, a las mujeres que encontraron vacía la tumba de Jesús se les aparecen "dos hombres con vestiduras deslumbrantes" que les explican que Jesús está vivo, que ha resucitado (Lc. 24, 4-6).

Aquí, en el relato de la ascensión, el mensaje divino es un llamado de atención: "¿Por qué siguen mirando al cielo?" (He. 1, 11).

Se censura la actitud de los que especulaban con ambiguas señales celestiales acerca de la inminente venida de Jesús (ver 2 Tes. 2, 1-3). Jesús vendrá, pero la actitud de los cristianos no debe ser la de poner la cabeza en las nubes o esperarlo con los brazos cruzados (2 Tes. 3, 10-12). Los ángeles vienen a decirnos que entenderíamos mal el mensaje de la ascensión de Jesús al cielo si lo interpretáramos como una invitación a buscarlo más allá de las nubes.

En el evangelio se encuentra un llamado de atención parecido al que escuchamos hoy: "¿Por qué ustedes me llaman Señor, Señor, y no hacen lo que // les digo?" (Lc. 6, 46).

En el relato de los Hechos se nos advierte acerca del peligro de la evasión religiosa: "¿Por qué siguen mirando al cielo?". Las sectas difunden un cristianismo individualista, que mira al cielo. Pero también dentro de la Iglesia católica hay quienes propagandizan la huida a una religiosidad alienante, a la búsqueda de Dios en las nubes: es decir, mediante experiencias aparentemente religiosas. Quien busca a Dios en el cielo se encontrará con un ídolo, producto de su imaginación.

En períodos de crisis como el que estamos viviendo se hace muy difícil para quienes no tienen trabajo, para quienes no les alcanza el sueldo para vivir y curarse, se hace muy difícil a los inundados que han perdido todo y sufren el frío intenso -sobre todo los ancianos y los niños-, se hace muy difícil aguantar, perseverar, en la esperanza. Y es comprensible la tentación de confiar en cualquier promesa de salvación; incluso las promesas de un político.

El relato de la ascensión de Jesús sólo puede ser correctamente comprendido si tenemos en cuenta la advertencia angélica: "¿Por qué siguen mirando al cielo?". No puede ser interpretado como si favoreciera una religión opio del pueblo. Eso es lo que muchos quisieran que fuera el cristianismo: una religión que insistiera para que la gente siguiera mirando al cielo. Que si-// guiera mirando al cielo para que soportaran con resignación su suerte los // condenados de la tierra, los marginados, los excluidos del banquete de la vida, los que quedaron fuera para que "cerraran los números".

Pero no. Jesús antes de su ascensión nos prometió el Espíritu Santo, la Fuerza de Dios, para hacer posible su presencia en la historia, para seguir presente en nuestra tierra. Esa es la función de la Iglesia que confiesa que Jesús vive, que anuncia y transmite su evangelio. "Recibirán la fuerza del / Espíritu Santo y serán mis testigos" (He. 1, 8).

¿Qué significa en concreto ser testigo? ¿Ser testigo de qué? ¿Y cómo? / Ser testigo implica haber tenido una experiencia. Testigo es quien puede decir "yo he visto, yo he oído, a mí me consta".

No puede ser testigo alguien que no esté implicado en el hecho que testifica, alguien que conoce la cosa "de oídas", "de segunda mano"; alguien // que conoce la cosa de afuera, como el que hace la publicidad de un jabón o / de una zapatilla...

Testigo es alguien que está implicado, comprometido, porque ha sido alcanzado por la Fuerza de Dios, por el Espíritu Santo.

SEGUIR MIRANDO EL CIELO O SER TESTIGOS

El hecho que hay que testificar es que Jesús vive en una nueva dimensión, Jesús resucitó. Eso significa que el Reino de Dios ha irrumpido en nuestra historia. Lo cual significa que el único Dios que existe es el Dios de la vida, el Dios que decididamente ha tomado partido por la vida de los pobres, de los marginados, de "los que sobran"...

Ser testigo de "todo esto" significa vivir de acuerdo a la racionalidad del Reino que está en las antípodas de lo que se piensa, de lo que se considera lógico, normal, de "lo que hace todo el mundo"...

Hay testigos y testigos...

Hay ciertos testigos cuya vida irradia con atrayente fuerza la suave atmósfera del Reino; quizás hemos tenido la gracia de encontrar en nuestra vida alguna persona así. Podríamos citar nombres lejanos y cercanos...

Hay otros testigos, los más, que dan un testimonio auténtico aunque desvirtuado por ciertas incoherencias. Las incoherencias, sin embargo, no son sólo negativas: pueden jugar un papel muy positivo si se toma conciencia de ellas y se trata de superarlas. Pedro negó a Jesús: "Se puso a maldecir y jurar que no conocía a ese hombre" (Mc. 14, 71) pero su arrepentimiento (vs. 72) hizo posible un amor más maduro: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo" (Jn. 21, 15-17). El alejamiento del hijo pródigo le permitió descubrir la gratuidad del amor del padre (Lc. 15, 11-32).

Pero hay cierto tipo de incoherencias que anulan el testimonio: hacen del pretendido testigo un hipócrita. De él se puede decir lo que dijo Jesús de los escribas y fariseos: "Ni entran ni dejan entrar" (Mt. 23, 13), ahuyentan a muchos que buscan a Jesús.

Ser testigos de Jesús, ser testigos del Reino de Dios, no es reclutar adherentes para el culto católico sino trabajar para que se pase de condiciones de vida menos humanas a condiciones de vida más humanas (Populorum Progressio #20-21).

Trabajar por un mundo más justo y más fraterno no es tarea exclusiva de los cristianos; tenemos que integrarnos con todos los que luchan para hacer de este mundo inhumano donde impera indiscutida la razón de la fuerza un mundo habitable.

Nuestro aporte como cristianos es un aporte modesto pero imprescindible: la alegría de la esperanza que no defrauda, la esperanza que empuja a pesar de las frustraciones, la esperanza que persevera hasta que sea verdad que el sol nace para todos.

++++++

EL ESPÍRITU DE LA NUEVA ALIANZA: LIBERTAD FRATERNAL

Lucas, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, señala que la venida del Espíritu Santo tuvo lugar el día de Pentecostés. Este término griego que significa "quincuagésimo" día (han transcurrido cincuenta días de la Pascua) designaba la fiesta judía de la Alianza. Anualmente recordaban los judíos el acontecimiento de la Alianza de Yavé con el pueblo (Exodo c. 19-20). Yavé // les había dado su Ley y el pueblo la había aceptado: era la fiesta de la promulgación de la Ley de Dios y la fiesta del nacimiento de Israel como pueblo de Dios: "Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo".

El acontecimiento de la Alianza tiene lugar en el monte Sinaí, en medio de "truenos y relámpagos", de sonidos de trompeta y del temblor de la montaña (Ex. 19, 16-18).

El relato del libro de los Hechos recurre a fenómenos semejantes para evocar el acontecimiento del Exodo: "Un gran ruido que venía del cielo como // de un fuerte viento que resonó en toda la casa... se les aparecieron lenguas como de fuego" (He. 2, 2-3).

Estas imágenes sugieren que se trata de una nueva Alianza con este pueblo nuevo. Así como la Alianza antigua se expresó en la donación del Decálogo, de la Ley de Dios, la nueva Alianza consiste en la donación del Espíritu Santo: "Todos quedaron llenos del Espíritu Santo" (vs. 4).

Los profetas habían anunciado "una nueva Alianza", una nueva Ley no exterior como el Decálogo sino una Ley interior, una Ley "escrita en el corazón" (Jer. 31, 31-33). Esa Ley escrita en los corazones es el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios (Ezequiel 36, 27).

El acontecimiento de Pentecostés tiene una importancia capital para la comprensión de la Iglesia y de la vida cristiana.

Así como el Decálogo constituye la Ley fundamental, algo análogo pero // mucho más fuerte que el papel que juega en una nación la constitución, así // en la Iglesia cristiana la Ley fundamental, la constitución que da vida y cohesión a la comunidad de los creyentes es el Espíritu Santo. Por eso, la promulgación de la Ley nueva no tuvo lugar cuando Jesús pronunció el sermón de la montaña (Mt. caps. 5 al 7) sino el día de Pentecostés cuando la Iglesia // recibió el Espíritu Santo.

Este tema, el Espíritu Santo como Ley o la "Ley del Espíritu" (Rom. 8, // 2) es un tema central en los escritos de Pablo, particularmente en las cartas a los Gálatas, a los Romanos y en las dos cartas a los Corintios. Tanto // San Agustín como Santo Tomás de Aquino han insistido en su importancia para la vida de los cristianos. Lamentablemente, es un tema ausente de la catequesis y enseñanza católica, lo que se llaman clases de teología. Pablo afirma // que Jesús por su muerte y su resurrección no sólo nos ha liberado del pecado y de la muerte (Rom. 5-6) sino también nos ha liberado de la Ley (Rom. 7). Y cuando Pablo habla de la Ley se refiere a la Ley de Dios. Entonces, ¿estamos libres de los diez mandamientos? En lugar de la Ley exterior los cristianos // hemos recibido al Espíritu Santo que nos impulsa a realizar lo que mandan // los diez mandamientos pero desde dentro, por amor. De esa manera "la justicia de la Ley se cumple, se realiza en nosotros" (Rom. 8, 4).

Pablo se presenta como servidor de la "Nueva Alianza, que no reside en la letra sino en el Espíritu; porque la letra mata pero el Espíritu da vida" (2 Cor. 3, 6).

Los cristianos "ya no estamos sometidos a la Ley sino a la gracia" (Romanos 6, 15). Por eso los cristianos no tenemos como norma el cumplimiento // de preceptos y prohibiciones sino que para seguir a Jesús, vivir como Jesús, el Hijo de Dios, nos ha sido dado su Espíritu: "Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y no hemos recibido un espíritu // de esclavos para vivir en el temor sino el espíritu de hijos adoptivos que // nos hace llamar a Dios 'Abba', es decir, 'Padre'" (Rom. 8, 14-15).

Pablo afirma que la "Ley del Espíritu que da la vida nos libró en Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte" (Rom. 8, 2).

El Espíritu Santo da la vida, el Espíritu Santo da la libertad: "Donde // está el Espíritu del Señor, allí está la libertad" (2 Cor. 3, 17).

EL ESPÍRITU DE LA NUEVA ALIANZA: LIBERTAD FRATERNAL

¿No suena extraño este lenguaje? ¿No es cierto que muchos cristianos experimentan el cristianismo como un peso del cual desearían sentirse libres? Orígenes (S. III) decía: "La Iglesia de Cristo es la casa de la libertad". El pueblo nuevo es un pueblo llamado a la libertad. "Ustedes, hermanos, afirma Pablo, han sido llamados para vivir en libertad" (Gál. 5, 13).

Pero la libertad a que conduce el Espíritu no es la del individualista que vive sólo preocupado de su propio interés; es la de quienes se hacen /// "servidores unos de otros por amor". La libertad del Espíritu es la que construye la fraternidad, es la que se expresa en la solidaridad. La libertad // del Espíritu libera porque es el amor de Dios que, superando las desigualdades injustas hace posible la "koinonía", la vida común (He. 2, 42-27).

Hoy celebramos el día del nacimiento de la Iglesia: un pueblo de hermanos llamado a la libertad, un pueblo que tiene por misión mantener viva la / vocación de libertad fraterna propia de todos los hombres.

"Había en Jerusalén judíos piadosos venidos de todas las naciones del / mundo. Al oírse este ruido se congregó la multitud y se llenó de asombro por que cada uno los oía hablar en su propia lengua... Con admiración y estupor se preguntaban... ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye en su propia lengua?" (He. 2, 5-8).

Hemos sido creados para comprendernos y amarnos. Necesitamos pan para / vivir pero necesitamos más aún ser aceptados, reconocidos, amados; y a la // vez necesitamos comprender y amar a los demás. Sin embargo, nuestro mundo parece retratado en el antiguo relato del C. 11 del Génesis, el relato de la / torre de Babel: no nos entendemos, cada uno va por su lado. Y cuando nos encontramos, nuestras desinteligencias suscitan no sólo conflictos sino enfren- tamientos, luchas de individuos y de grupos.

La irrupción del Espíritu Santo destraba las lenguas y limpia los oí-// dos. El fuego del Espíritu purifica los corazones. Podemos comprendernos y / descubrirnos hermanos.

El Espíritu no viene a agregar una lengua más a las ya existentes. La / lengua del Espíritu la entiende cada uno como su propia lengua. Es la lengua materna de la humanidad que habíamos olvidado y por eso no nos entendíamos. / Al escucharla se reaviva en nosotros lo mejor de nosotros mismos: la fraternidad que nos abre a los otros.

Así nació la Iglesia, no para protagonizar una historia paralela a la / de los otros pueblos ni menos para someter a su dominio a los otros pueblos/ o substituir sus culturas en una monolítica cultura cristiana.

Nació la Iglesia como un lugar histórico en que se manifiesta el Espíri- tu, la Fuerza de Dios porque derriba los muros que levantamos los hombres pa- ra marginar al pobre, para confinarlo a los ghettos de las villa-miserias. / Pedro, el día de Pentecostés, señaló la primera comunidad cristiana como el/ lugar en que era posible constatar la presencia operante del Espíritu: "A es- te Jesús Dios lo resucitó... El recibió del Padre el Espíritu Santo prometi- do y lo ha comunicado como ustedes ven y oyen" (He. 2, 32-33).

Han pasado casi dos mil años después de aquel Pentecostés. Es imposible abarcar en breve tiempo tan largo camino.

¿Ha sido fiel la Iglesia a su vocación de libertad y fraternidad univer- sal?

Hubo ciertamente testimonios auténticos de fidelidad al Espíritu no só- lo en la antigüedad sino también en nuestros días. No podemos olvidar sin em- bargo las decepciones que ha causado la Iglesia, las alianzas dudosas con el poder, las injusticias, torturas y muertes que pesan sobre su conciencia... / Ha tenido una actitud negativa ante el avance de la libertad; los grandes mo- mentos católicos han sido la contrarreforma, la contrarrevolución, la restau- ración. Ha tenido la Iglesia una actitud de condena frente al nacimiento de / las libertades del mundo moderno.

El Concilio Vaticano II ha representado un esfuerzo notable por colmar/ la brecha con el mundo moderno y tener una actitud de diálogo, pero hoy prác- ticamente se lo ignora y soplan vientos de restauración.

Se insiste en la necesidad de una nueva evangelización. "El peligro re-

EL ESPIRITU DE LA NUEVA ALIANZA: LIBERTAD FRATERNAL

side en identificar nueva evangelización con re-catolización, a saber, una / cristianización de estructuras, instituciones y normas típicas de la cris-// tiandad antigua o nueva... (y hay que tener claro que como dice) P. Richard: 'los que ponen obstáculo a la evangelización no son los ateos que luchan por la humanización y la justicia sino los cristianos opresores que pervierten / el sentido de Dios'" (C. Floristán).

Hay una fuerte tendencia a la sectarización: un replegarse de la insti- tución sobre sí misma y una obsesiva preocupación por la ortodoxia que se ma nifiesta en la sospecha o la condena de teólogos y pensadores, en la actitud negativa frente a experiencias en los diversos ámbitos en la vida de la Igle sia, etc. Lo que caracteriza a una secta no es el número pequeño de sus adhe rentes sino su mentalidad cerrada.

La preponderancia de los valores institucionales acentúa inevitablemen- te el individualismo de los miembros y el aislamiento de los ministros que / se convierten poco a poco en funcionarios. A pesar de las declaraciones y de la adquisición de medios de comunicación, parece que estamos en una "etapa / invernal de la Iglesia" (K. Rahner).

Esa impresión y ciertas consideraciones sobre el declinar de la Iglesia están condicionadas por una concepción sociológica del cristianismo.

La Iglesia verdaderamente presente en el mundo no se agota ni se reduce a una institución mundial fuertemente jerarquizada. A la Iglesia viva la /// constituyen más bien los grupos vivos de cristianos, no sólo los que se reú- nen en parroquias y movimientos sino también los grupos de cristianos que // trabajan en la humanización de su medio económico, social, cultural, como // signo del Reino de Dios.

Estos grupos de cristianos son como modestas células vivas que actuali- zan su fe en la Biblia y la liturgia. Se saben beneficiarios de la tradición viviente de la fe y se sienten unidos y estimulados por tantos hermanos que/ nos han precedido y que nos acompañan hoy. No se aíslan por una falsa seguri dad narcisista de los que no comparten la totalidad de su fe: hay diversidad de grados de adhesión al evangelio. La Iglesia de Pentecostés, abierta al // mundo, tiende a ser la reunión amplia de todos aquellos que buscan a Dios.

El primer Pentecostés tuvo lugar hace dos mil años, pero Pentecostés es también hoy. La Iglesia de Cristo comenzó hace dos mil años pero realmente / la Iglesia es un acontecimiento contemporáneo: la Iglesia acontece hoy.

Hoy se gesta convocada por la Palabra de Jesucristo resucitado, Señor / de la historia; hoy Cristo es reconocido por muchos que "buscan la justicia" (He. 10, 35), por muchos que buscan "el camino, la verdad y la vida" (Jn. / 14, 6). Allí donde se da una real aunque todavía imperfecta fraternidad actú a "el amor de Dios en los corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido da do" (Rom. 5, 5).

Quien se encuentra con Cristo se encuentra contemporáneamente unido a o tros hermanos; no es el único ni el primero. Es el beneficiario de una Tradi ción viviente y no el fortuito descubridor de un mundo que comienza con él / (1 Cor. 14, 36-38). Su experiencia se integra en una historia de salvación, / en un movimiento de liberación impulsado por el Espíritu Santo que recorre / la historia.

La perennidad de la Iglesia no puede confundirse con la conservación mo mificada de elementos y estructuras institucionales. Nos acecha una tenta-// ción similar a la que acechó y a la que sucumbió el pueblo de Israel, el pue blo de la primera Alianza. Su tentación constante fue atribuir a la Ley, al templo, al sábado... la garantía de la salvación.

Hoy la jerarquía y demás elementos institucionales de la Iglesia son me diaciones, signos de la presencia salvadora de Dios en la historia pero no / la monopolizan e incluso pueden obstaculizarla.

Pentecostés es la manifestación de que Dios sigue trabajando en la his- toria (Jn. 5, 17) y los que hemos sido llamados a la fe y a la Iglesia tene- mos que abrirnos al viento vivificador del Espíritu para poder descubrir e / interpretar los signos de los tiempos nuevos que ya han comenzado (Gaudium / et Spes #4).

++++++

FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

CICLO C

SOLO EL QUE AMA CONOCE A DIOS

Hoy celebra la Iglesia una fiesta en honor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Cada vez que celebramos la misa, especialmente cada domingo, es una /// fiesta de adoración y alabanza a nuestro Dios. Pero, desde mediados del siglo XIV (1334), tenemos en la liturgia esta Fiesta de la Santísima Trinidad.

¿Creemos en Dios?

Parece fuera de lugar hacer esta pregunta a quienes están celebrando misa pero sí cabe preguntar: ¿qué quiere decir usted cuando afirma: "Yo creo en Dios"? Porque entre nosotros hay mucha gente, una gran mayoría, que si le preguntan contestaría que cree en Dios. Muchos aclaran: "Yo creo en Dios a mi manera". Es cierto que también no son pocos los que dicen que no creen en Dios.

¿Tiene alguna consecuencia concreta la afirmación o negación de Dios? / El tema "Dios", ¿es realmente importante para la vida del hombre?

Hace pocos días murió Atahualpa Yupanqui. En 1950 compuso lo que llamó: "Preguntitas sobre Dios"

"Un día yo pregunté:
Padre, ¿qué sabe de Dios?
Mi padre me miró serio
y nada me respondió.

Mi padre murió en los campos
sin doctor ni protección;
y lo enterraron los indios,
flauta de caña y tambor.

Otro día pregunté:
Abuelo, ¿dónde está Dios?
Mi abuelo se puso triste
y nada me respondió.

Mi abuelo murió en las minas
sin doctor ni confesión.
Color de sangre minera
tiene el oro del patrón.

Mi hermano vive en los montes
y no conoce una flor.
Sudor, serpiente y malaria
la vida del leñador.

Y que nadie le pregunte
si sabe dónde está Dios:
por su casa no ha pasado
tan importante señor.

Hay una cosa en la vida
más importante que Dios
y es que nadie escupa sangre
pa' que otro viva mejor.

Que Dios ayude a los pobres,
tal vez sí o tal vez no.
Pero es seguro que almuerza
en la mesa del patrón."

En la cuarteta más radical afirma Atahualpa Yupanqui que es más importante acabar con la explotación del hombre por el hombre que preocuparse de Dios. La afirmación no está en un plano especulativo, teórico; el problema / está planteado en el plano existencial, concreto: "Hay una cosa en la vida... da..."

SOLO EL QUE AMA CONOCE A DIOS

La actitud ante Dios se plantea en la vida; y la vida concreta de los / que se presentan como creyentes manifiesta el rostro del Dios en que creen.

El dios del patrón no es un espectador neutral de la explotación del pobre, sino que tranquiliza la conciencia del explotador poniéndose de su parte: "almuerza en la mesa del patrón", es un dios opresor. Aunque se le de un nombre cristiano, es un ídolo, una creación del hombre.

El ateísmo contemporáneo es, como dice el Concilio Vaticano II, "un fenómeno derivado de varias causas entre las que se debe contar también la reacción crítica contra las religiones y en ciertas regiones especialmente contra la religión cristiana. En la génesis del ateísmo pueden tener no poca responsabilidad los mismos creyentes, sea por el descuido de la educación religiosa o por la errónea exposición de la doctrina o por las fallas de su vida religiosa, moral y social. De ese modo han velado más que revelado el verdadero rostro de Dios y de la religión" (Gaudium et Spes #19).

El problema de Dios es un problema religioso pero tiene implicancias sociales y políticas. El pretender aislar el problema de Dios en un ámbito a-sépticamente separado de la conflictiva realidad en que estamos insertos es transformar a Dios en un ídolo, en un producto de la imaginación.

El problema de Dios tiene una "historia política" que es necesario tener presente para comprender nuestra situación actual. En sus orígenes, el cristianismo entró en conflicto con Roma no por ser un movimiento político / sino por ser un movimiento religioso. Pero ese movimiento religioso representaba una amenaza política porque minaba los fundamentos religiosos en que se apoyaba la unidad del imperio y el poder del emperador. Los cristianos fueron perseguidos como ateos en los primeros siglos porque negaban los dioses / de Roma.

Después tuvo lugar el "giro constantiniano": primero, la libertad para el culto cristiano; después, el cristianismo como religión oficial del imperio. Y comenzó a gestarse ese tan peculiar fenómeno cultural fruto de una / simbiosis entre cristianismo y sociedad: "la cristiandad". El medioevo evoca no sólo las catedrales y las universidades sino también las cruzadas ("Dios / lo quiere"), las persecuciones, torturas y muertes a los herejes y a las brujas, los ghettos judíos... Los que habían sido perseguidos se transformaron / en perseguidores "en nombre de Dios".

El mundo "moderno" nace fuera de la Iglesia. El hombre tiene que buscar la libertad, la ciencia, la vida, fuera del ámbito dominado por la religión / cristiana. El problema se plantea de otro modo, libre de la tutela de la Iglesia. Es imposible detenernos en esta apasionante historia del problema de Dios y de las diversas maneras en que incide en la vida de la sociedad.

Hoy, a través de esta compleja historia, el orden y la vinculación social han llegado a ser independientes de la cuestión de Dios. Pueden debatirse cuestiones religiosas sin que la sociedad política se sienta afectada; no son cuestiones "terrenales", como se expresan los medios de comunicación. La afirmación del Preámbulo de nuestra Constitución que invoca "la protección / de Dios, fuente de toda razón y justicia" carece totalmente de incidencia y / operatividad práctica. No se tiene en cuenta a Dios cuando se abordan los // problemas económicos, políticos, sociales.

La actual estructuración de nuestra sociedad argentina no es neutra; de hecho favorece los intereses de determinados grupos en contra de la mayoría. Lo recordaban los obispos argentinos hace algo más de un año: "Los más pobres son los que más han sufrido los sucesivos ajustes. Son los que están // más indefensos. Los que carecen de alimentación suficiente y debida atención a su salud y son ellos los más perjudicados por el aumento del analfabetismo. Las estadísticas nos dicen que la brecha entre ricos y pobres se agranda cada vez más y la marginalidad creciente tiende a instalarse de manera endémica en nuestra sociedad" (Catamarca, 20.04.91).

La cuestión de Dios se plantea en la vida: la situación concreta incide en la forma de abordarla. La gran tentación de la Iglesia es alinearse de hecho con los grupos dominantes. Cuando el surgimiento del primer capitalismo / la Iglesia quedó marginada. Buscando la manera de justificar su propia existencia ideó nuevos modos de integración: ofreció sus servicios caritativos / para aliviar la miseria creciente. De ese modo justificaba de hecho la injus

SOLO EL QUE AMA CONOCE A DIOS

ticia haciendo jugar a Dios el rol de un dios opresor porque estaba de hecho alineado con los grupos dirigentes de esa sociedad cuya injusticia no se denunciaba.

El dios de esa iglesia no era el Dios de Jesús aunque se lo designara / con nombres cristianos: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El problema de Dios no es un problema de nombres. Es que la gran tentación de los creyentes es objetivar a Dios, cosificar a Dios, apropiarse de Dios, utilizar a Dios en nuestras necesidades.

Es el pecado del Exodo. Los judíos liberados de Egipto se cansaron de / la larga marcha hacia la tierra prometida, se cansaron de seguir a un Dios / que iba siempre más allá. Se hicieron una estatua, el becerro de oro. Se cansaron de un Dios que los llevaba hacia donde El quería y se hicieron un dios al que ellos podían llevar a donde ellos querían. Un dios manuable, manipulable, portátil.

En tiempos de Jesús, los responsables religiosos habían hecho del Dios/ libertador del Exodo el garante de una sociedad injusta. Lo habían encerrado en un templo, lo habían encorsetado en una minuciosa Ley y en un complejo ritual. El enfrentamiento de Jesús con los dirigentes religiosos de su pueblo/ fue sobre la cuestión de Dios. Pero el problema no era un problema de términos. Jesús mostró que su Padre no había quedado encerrado en el templo sino/ que seguía marchando y liberando en la historia.

Jesús anunció la llegada del Reino de Dios. Dios no está cosificado en/ la Ley y en el culto. Jesús escandalizó a los bienpensantes reiterando que / "no está hecho el hombre para el sábado sino el sábado para el hombre", no / está hecho el hombre para la religión sino la religión para el hombre.

Dios no ha quedado mudo ni inmóvil: "Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo" (Jn. 5, 17), afirma para justificar sus actos liberadores en / sábado. Jesús llama a Dios "Padre", pero lo novedoso no está tanto en el título "Abba" sino en el contexto en que lo hace, en el contexto de una acción liberadora. Dios sigue interviniendo en favor de los oprimidos, de los marginados, de los enfermos...

Dios sigue creando un mundo nuevo: "Estoy haciendo algo nuevo, ya está/ despuntando, ¿no lo notan?" (Is. 43, 19). El Espíritu de Dios (Gén. 1, 2) si/ gue suscitando la vida. Dios se manifiesta donde surge la vida, donde se libera al hombre: el hombre vivo es imagen de Dios, hace presente a Dios. Creer en Dios es militar por la vida.

La causa de Dios es la causa del hombre, el problema de Dios es el problema del hombre. O como dicen los profetas: dar culto a Dios es trabajar // por la justicia (Is. 1, 10-17; 58, 3-10).

La cuarteta de Atahualpa Yupanqui, la penúltima, que suena tan provocativa, es una versión argentina de la denuncia profética: la invocación de // Dios, el culto a Dios de quien explota al hombre, es una ofensa a Dios. El / mismo Jesús dice: "¿Por qué me dicen: Señor, Señor, y no hacen lo que les digo?" (Lc. 6, 46).

Y en otra parte: "Nadie puede servir a dos señores porque aborrecerá a/ uno y amará al otro; o se interesará por el primero y menospreciará al segundo. No se puede servir a Dios y al dinero" (Mt. 6, 24).

Y como dice Juan en su primera carta: Sólo "el que ama conoce a Dios. / El que no ama no ha conocido a Dios porque Dios es amor... El que dice: 'Amo a Dios' y no ama a su hermano es un mentiroso" (1 Jn. 4, 8.20).

Podemos acabar con estas palabras de San Agustín: "Te preguntas quién / es Dios y cómo es. Todo lo que te imaginas no es Dios. Pero para que puedas/ disfrutar un cierto goce de Dios, has de saber que Dios es amor, ese amor // con el que nosotros amamos".

++++++

CRISTO PRESENTE EN LA IGLESIA ENVIADA AL MUNDO

Esta fiesta que la Iglesia ha conservado incluso con su nombre latino: "Corpus Christi", Cuerpo de Cristo, nació en el medioevo y se extendió a la Iglesia universal en 1261.

A partir del siglo XI se había ido produciendo un cambio en el modo de enfocar la eucaristía.

Los cristianos se reunían desde los orígenes del cristianismo para lo que llamaban "fracción del pan" o la "cena del Señor". De acuerdo al mandato de Jesús en la Última Cena: "Hagan esto en recuerdo mío"; los cristianos, comiendo el pan y bebiendo la copa de la eucaristía "proclamaban la muerte del Señor hasta que El vuelva" (1 Cor. 11, 26).

El pan y el vino eran el signo de la presencia de Cristo, alimento de los creyentes, símbolo y causa de la "vida común", de la fraternidad eclesial. La misteriosa presencia de Cristo en el pan y el vino: "Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre", tiene como objetivo la fraternidad que supera las injustas desigualdades sociales. Por eso Pablo en su primera carta a los corintios critica el modo como celebran la eucaristía. Estos cristianos creen que son fieles al mandato del Señor realizando el rito del pan y el vino pero reproduciendo en el seno de su comunidad las divisiones y enfrentamientos de la sociedad en que viven: "Cada uno se apresura a comer su propia comida y mientras uno pasa hambre el otro se pone ebrio" (1 Cor. 11, 21). Pablo les abre los ojos, les hace caer en la cuenta que de ese modo "lo que menos hacen es comer la cena del Señor"; no sólo eso sino que afirma que, actuando así, cada uno "come y bebe su propia condenación" (1 Cor. 11, 29).

En el medioevo, como consecuencia de una serie de factores, se produce una especie de vivisección entre el signo de la presencia de Cristo en el pan y en el vino y su finalidad la fraternidad eclesial.

Los cristianos casi no comulgan; por eso el Concilio Lateranense IV (1215) establece la obligación de comulgar al menos una vez al año. Pero como contrapartida comienza el culto y la veneración de la hostia consagrada. Se elevan la hostia y el cáliz después de la consagración para que los cristianos la puedan adorar: o mirándola (algunos hablaban de "comunión ocular") o inclinándose profundamente.

En este tiempo nacen una serie de formas de devoción eucarística. Para que la gente pudiera contemplar la hostia consagrada se la coloca en las custodias u ostensorios. Se multiplican las procesiones con el Santísimo: los acontecimientos importantes de la ciudad se solemnizaban con una procesión: la coronación de un rey, una victoria militar, la liberación de una calamidad pública... En este contexto nace la fiesta y la procesión de Corpus Christi.

Hay un grave riesgo de poner la atención en la presencia de Cristo en la hostia consagrada sin tener en cuenta su finalidad. El pan no es para ser mirado sino para ser comido, para ser compartido en una comida fraternal. Hay un riesgo de "cosificar" la eucaristía reduciendo el pan consagrado a una "cosa sagrada" como una medalla o una estampita.

La enseñanza de los mejores teólogos y del magisterio de la Iglesia han subrayado siempre la inseparabilidad de la presencia de Cristo en la eucaristía y la unidad fraternal de los cristianos: la expresión "Corpus Christi": "Cuerpo de Cristo", significa tanto la eucaristía como la Iglesia. Por eso el Concilio de Trento dice que la eucaristía es "símbolo de la unidad y del amor que une a los cristianos... es símbolo de ese cuerpo del cual El es la cabeza, al cual ha querido reunirnos con lazos de fe, esperanza y amor para que no haya divisiones entre nosotros" (Sesión XIII, c. 2).

Jesús eligió como signo de su presencia no una cosa sino una comida: pan y vino para decirnos que El está presente entre nosotros cuando compartimos la vida. El pan y el vino son el alimento del hombre, lo que lo hace vivir. "Vivir", para el hombre, es "con-vivir", es "vivir con" otros hombres. La comida expresa esa realidad: el hombre es un ser esencialmente social, no puede vivir solo. Los animales se separan para comer, los hombres nos unimos para comer. Comer juntos, comer en la misma mesa, compartir la comida, sólo lo hacemos con los miembros de la misma familia y con los amigos, es decir,

CRISTO PRESENTE EN LA IGLESIA ENVIADA AL MUNDO

con quienes estamos unidos de verdad. No comemos con los enemigos; se nos atragantaría la comida.

La comida es una realidad profundamente humana: supone y enriquece la unidad y el amor entre los que comen juntos. Es, ciertamente, una característica de nuestra cultura, una característica positiva de los argentinos: "Ven gan a casa y comemos algo juntos": celebramos la amistad con una comida aun que sea muy sencilla.

La esencia del pan, lo más propio del pan, no es su composición quími-ca, los átomos y las moléculas que lo componen. Lo que constituye su reali-dad más propia es ser alimento del hombre.

Esa realidad del pan se transforma, en la misa, en el cuerpo de Cristo, alimento de la vida de hijos de Dios. Por eso en la misa el pan consagrado / tiene un nuevo sentido y un nuevo destino: unir a los creyentes con Cristo y entre sí. Eso es lo que simboliza y realiza el Cuerpo de Cristo.

En hebreo "cuerpo" significa la persona, su totalidad: el cuerpo de Cristo es la persona de Cristo; el pan que el Padre nos da es el mismo Jesús. El / signo de la presencia de Cristo es el pan compartido y la misa es una comi-da. A través de los siglos fue cambiando mucho la forma de celebrar la euca-ristía. La comida fraternal de los primeros cristianos de que nos hablan las cartas de Pablo y el libro de los Hechos de los Apóstoles se ha ido transfor-mando de tal manera que hay que hacer un esfuerzo para descubrirla. El Conci-lio Vaticano II hizo algunas reformas importantes: volvió a poner el altar / de cara al pueblo y, sobre todo, introdujo la lengua propia del país en lu-gar del latín.

Pero a poco de empezar las reformas se interrumpieron; y así hoy, en Ar-gentina, seguimos celebrando la misa como se celebraba en Roma en el siglo / XVI, aunque en castellano.

Este obscurecimiento del signo de la comida refuerza el cristianismo in-dividualista que vivimos. La comunión se concibe como un acto individual: u-no se une con Jesús, sin tener en cuenta que Jesús se hace presente en el / pan compartido, sin tener en cuenta que no podemos aislar a Jesús de todos / los que están unidos a El.

Jesús no viene solo: no podemos ilusionarnos con una relación interper-sonal aislada de todos los demás. Es fácil abrir la boca y recibir la hos-//tia; es bastante más difícil abrir el corazón y la casa para recibir al her-mano.

Se comulga con tranquilidad de conciencia sin experimentar la incoheren-cia y el escándalo de compartir en el templo el mismo pan con quienes fuera / del templo comen panes muy diversos y algunos ningún pan: "Cada uno come su / propia comida, y mientras uno pasa hambre otro se pone ebrio".

¿Qué sentido puede tener celebrar el Corpus Christi en esta situación / tan angustiosa para miles y miles de hermanos, cuando falta el pan en tantas casas? ¿Qué sentido le damos a nuestra comunión?

Hoy se hace una procesión con la hostia consagrada por las calles de / nuestra ciudad. ¿Qué sentido tiene? ¿Cómo la interpretan nuestros conciudada-nos?

La hostia consagrada es un signo para los creyentes aunque, incluso e- / llos, muchas veces lo interpretan mal. Pero para los demás el signo es la I-glesia, el signo de Cristo que ven somos nosotros, los cristianos, como lo / pedía Jesús al Padre: Que ellos vivan unidos entre sí y con nosotros "para / que el mundo crea que tú me has enviado" (Jn. 17, 21).

El gran obstáculo para la fe lo constituye el doble mensaje que damos / los cristianos, la incompatibilidad entre el mensaje verbal y el mensaje re-al. Hablamos de fraternidad pero reproducimos en nuestra Iglesia el enfrenta-miento entre ricos y pobres, entre iglesias ricas e iglesias pobres, entre / el Norte y el Sur. Este doble mensaje afecta profundamente la credibilidad / de la Iglesia. En el templo llamamos a Dios "Padre nuestro", nos tratamos de "hermanos", comemos el mismo pan, pero fuera del templo militamos en bandos-opuestos. Lo que hace posible la duplicidad de mensajes es la reducción indi-vidualista del cristianismo. Queda fuera de la comunión, queda fuera de la / "común-unión" el fundamento de nuestra vida. No se comparte, no se comunica-

CRISTO PRESENTE EN LA IGLESIA ENVIADA AL MUNDO

con los demás el "tener" que da seguridad a la vida.

Aunque las palabras confiesen al único Señor, en la realidad nos apoyamos en dos señores no sólo distintos sino incompatibles. Jesús nos advierte: "No se puede servir a dos señores: a Dios y al dinero".

La comunidad cristiana interpretó la Última Cena de Jesús como un acontecimiento profético y, por tanto, con resonancia política. La eucaristía, / la misa, tiene el mismo sentido.

Tenemos una gran tendencia a olvidar "Hagan esto en recuerdo mío". Nos reunimos en la misa para recordar. Recuerdo de la muerte de Jesús que derriba los muros con que nuestro egoísmo separa y margina a los hombres.

Decía Pascal: "Jesucristo está en agonía hasta el fin del mundo y en ese tiempo no se puede dormir". La agonía de Cristo se continúa en la muerte lenta o violenta de tantos inocentes.

Recuerdo de la resurrección de Jesús, un hecho pasado pero que apunta / al futuro, al futuro de una humanidad reconciliada en justicia y fraternidad. Por eso la misa es un memorial de los tiempos nuevos, un recuerdo del / futuro.

El milagro de la multiplicación de los panes, el único milagro de Jesús que transmiten los cuatro evangelios, impresionó vivamente a los primeros // cristianos. Lo interpretaron a la luz del maná, el alimento dado por Dios al pueblo peregrino por el desierto y como anticipación simbólica del banquete mesiánico. El pan abundante para todos (sobraron doce canastos llenos) es un signo de la plenitud de vida y alegría.

"Denles ustedes de comer" (Lc. 9, 13). Los cristianos en los primeros / siglos tomaron en serio esta orden de Jesús: "Nadie consideraba sus bienes / como propios sino que todo era común entre ellos. (Por eso) ninguno padecía / necesidad" (He. 4, 32-34). Nacieron instituciones para los pobres, los ancianos, los enfermos...

Hoy hay más de cinco mil hombres que tienen hambre, pero también hoy // hay más de cinco panes y dos pescados. Por primera vez en la historia de la / humanidad se puede solucionar el hambre en el mundo. Y sin embargo mueren millones a causa del hambre...

¿Tiene sentido celebrar hoy la eucaristía? No es una reunión sólo para / los santos: es una comida de peregrinos a la que están invitados a participar todos los que estén dispuestos a responder a la pregunta del Padre: /// "¿Dónde está tu hermano?" (Gén. 4, 9).

++++*++++

JESUS: YO QUIERO SER CRISTIANO PERO...

Comenzamos hoy la lectura de una parte muy importante del evangelio según San Lucas. El presenta esta amplia sección de su obra (9, 51 - 19, 28) / como el camino de Jesús hacia Jerusalén donde culminará su vida por la muerte y la resurrección, por su "elevación al cielo" (9, 51).

En el marco de este "camino hacia la pascua" presenta Lucas las enseñanzas de Jesús sobre el grave peligro de la riqueza, sobre la oración cristiana, el Padrenuestro, sobre la misericordia de Dios, especialmente en la parábola del hijo pródigo, sobre el amor cristiano en la parábola del buen samaritano...

Hay frecuentes alusiones a esta subida a Jerusalén (9, 51; 13, 22; 17, / 11; 18, 31; 19, 11.28). Jerusalén jugaba un papel muy importante en la vida del pueblo judío. No era sólo la capital sino sobre todo el lugar del // templo de Dios, santa montaña de Dios (Salmo 2, 6), ciudad santa (Isaías 52, 1). Ocupa un lugar especialísimo en los salmos (87, 122, 125, 137, 147...). / Aunque muchas veces los profetas denuncian los pecados de Jerusalén (Jer. 9, 11; Ez. 5, 11), sin embargo, Jerusalén, en las visiones proféticas acerca // del fin de los tiempos, es casi un sinónimo del reino escatológico de Dios a donde confluirán todos los pueblos (Is. 2, 2-5; 60).

Jerusalén ocupa un lugar muy importante en la obra de Lucas, el evangelio y los Hechos de los Apóstoles. La vida de Jesús se presenta como una subida a Jerusalén y, en el libro de los Hechos, después de la ascensión de Jesús y la venida del Espíritu Santo, es desde Jerusalén desde donde parte el // evangelio por los caminos del mundo: "Serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta los límites del mundo" (He. 1, 8).

El pasaje evangélico que leemos hoy tiene dos partes. La primera es un breve relato acerca de la negación de la hospitalidad por parte de un pueblo samaritano. La enemistad entre judíos y samaritanos tenía una larga historia. Desde la caída del reino del norte, "Israel", en manos de los asirios / (722 a. C.), se fue desarrollando esta separación, este "cisma", que se concretó en un templo propio de los samaritanos en el monte Garizim (ver la pregunta de la samaritana en Juan 4, 20). Esta enemistad se manifestaba frecuentemente en la negación del derecho a la hospitalidad a los que peregrinaban a / Jerusalén.

Jesús condena la actitud vengativa de los temperamentales hermanos Santiago y Juan que tenían el sobrenombre de "hijos del trueno" (Mc. 3, 17). A / continuación pone Lucas tres sentencias acerca del seguimiento de Jesús (vs. 57-62): "Seguir a Jesús" en los evangelios es un modo de expresar la actitud del discípulo, de quien hace suya la causa del evangelio, de quienes viven / como Jesús. Cristiano es quien sigue a Jesús.

El evangelio nos transmite tres palabras dichas por Jesús a tres que // querían seguirlo, es decir, a tres personas que querían ser cristianos.

Nosotros estamos hoy en esa situación, nosotros queremos ser cristia-// nos. Por eso esas palabras tienen validez también para nosotros hoy.

Cuando pensaba en esta "homilía" = conversación de hoy, se agolpaban // tantas cosas en mi cabeza... Es tan breve el tiempo que tenemos para la homilía y, por otra parte, la forma de nuestra celebración dominical no hace posible realmente conversar sobre cómo vivir el evangelio hoy. ¡Y sería tan enriquecedor! Todos queremos ser cristianos y hemos recibido el Espíritu de Jesús para comprender su Palabra y para orientarnos en la vida que estamos viendo juntos...

Ya hace bastante tiempo que el tema dominante, al menos entre nosotros, son las inundaciones. Ahora el río ha comenzado a bajar frente a Santa Fe y / los problemas que plantea la inundación se extienden hacia el sur. Claro que también continúan aquí para miles y miles de personas. Hace unos días se escribía: "El heroísmo está aquí en cada uno de los habitantes costeros y en / quienes han acudido a solidarizarse en su ayuda. Quienes trabajan al límite / de su fuerza física, en muchos casos prácticamente sin dormir, o quienes, incluso, llegan a sumergirse en el agua helada para colocar bolsas o franjas / de polietileno en las zonas críticas de las defensas y en las filtraciones / son los héroes anónimos de una gesta que no conoce excepciones" (El Litoral, 19-06-92).

JESUS: YO QUIERO SER CRISTIANO PERO...

Es estimulante constatar la solidaridad ante el desastre y el sufrimiento de tantos hermanos, es estimulante la respuesta de las actuales autoridades provinciales y municipales como también de grupos de estudiantes, parroquias y asociaciones.

En estos días ha habido gestos de solidaridad realmente conmovedores como el de los presos que renunciaron a su comida un sábado y un domingo en favor de los inundados. ¡Los presos que viven en situaciones muchas veces inhumanas! Esa es una realidad que a la luz de nuestra fe es un signo del Reino de Dios.

Pero para nosotros, los que no hemos perdido ni las camas, ni la ropa, ni la casa, es un desafío.

Está bien el haber dado algo de lo nuestro, el haber concretado y el seguir concretando nuestra solidaridad. Pero hay que pensar en el mañana. Mañana, después de la inundación, que va a reeditar agravada la situación de ayer, de antes de la inundación. Un periodista radial comentaba hace unos días: "Hacía muchos años que yo no me asomaba por esos lados. Hoy he podido ver cómo vivía esa gente, he podido constatar la miseria, la situación infrahumana en que viven tantos chicos y ancianos... ¡No puede ser, no pueden seguir viviendo así!".

Escuchaba también otro modo de ver la situación: "¡Esto se tiene que acabar! Se tiene que acabar esta gente que es una hipoteca para nosotros. /// ¡Tienen vocación de inundados! Que el gobierno los saque de al lado del agua y los obligue a vivir en otra parte. Si no, cada vez que hay creciente hay que tirarles chapas, ropas, alimentos... por su tozudez... Se aprovechan de nosotros...". Otro periodista le decía: "Pero, si los llevan a otro lado, ¿de qué van a vivir? Viven de la pesca...". Y el primero respondía: "Que vayan en colectivo a pescar, como uno va en colectivo a su trabajo..."

El problema de tanta gente que seguirá sumergida en la miseria es real y bastante complejo. Lo que es cierto es que, paradójicamente, mientras lo consideremos como un problema, no tendrá solución.

La inundación nos ha enfrentado con la miseria. Nunca como ahora hemos tenido tantos datos acerca de la pobreza y de la miseria. Incluso en nuestro país tan avaro en estadísticas sabemos cuantos millones hay de argentinos // "N.B.I", es decir, con Necesidades Básicas Insatisfechas. Nunca como ahora hemos tenido conciencia de las catastróficas consecuencias de la desnutrición infantil: estamos preparando una generación de argentinos con graves deficiencias mentales. Nunca como ahora hemos tenido la posibilidad de evitar las muertes de niños por enfermedades fácilmente controlables. Y, no obstante los conocimientos y los medios, tenemos que admitir que hoy la situación de los pobres en Argentina y en América Latina (para no hablar de otras partes del mundo) es peor que hace treinta años, por poner una fecha.

Hoy nos conmueve la situación de esa gente que la inundación ha llevado a la pantalla de la televisión mezclándola con los almuerzos de Mirta LeGrand y las noches de Tinelli. Pero irán perdiendo actualidad y volverán a primer plano, por ejemplo, nuevas revelaciones sobre el caso Al Kassar o las discusiones acerca de la reelección presidencial o los éxitos de la estabilidad económica...

Y fatalmente vamos a olvidar. Dejaremos de ver por televisión esos rostros sufridos, esa multitud de chicos desnutridos y de ancianos harapientos... Quizás veremos algún flash de la situación de las inocentes víctimas de Sarajevo o de Beirut... ¡pero están tan lejos!...

Y volveremos a considerar la miseria como un problema pero no como un escándalo que no podemos tolerar sin movernos a hacer algo. Algo así ha producido en nosotros la inundación: ha movido a "hacer algo", ¡hemos sentido que teníamos que hacer algo! En cambio, el hambre y la miseria reducidas a problema invitan a teorizar pero no a tomar medidas que lleguen hasta las causas y las raíces de la situación. Las informaciones y estadísticas sobre la pobreza vista como problema se convierten en objeto de consumo erudito. O frecer materia para estudios sociológicos o macroeconómicos, incluso para imponentes congresos internacionales o para compasivas consideraciones alrededor de una mesa bien servida.

¿Cómo se explica esa capacidad que tenemos para vivir tranquilamente //

JESUS: YO QUIERO SER CRISTIANO PERO...

mientras sabemos que hay gente cerca nuestro que vive en la miseria?

Ciertamente son complejas las causas de la situación a que hemos llegado a nivel mundial y que se repiten en escala a nivel nacional: por un lado, millones de miserables y hambrientos y, por otro, niveles de consumo jamás / alcanzados antes y los recursos y tecnología suficientes para eliminar el // hambre.

El tipo de sociedad en que vivimos, en proceso de planetización, el /// "nuevo orden mundial", tiende no a superar sino a exacerbar lo que ha sido / caracterizado como "apartheid universal" (Tibor Mende), ese fenómeno de Sudáfrica, la mayoría negra marginada mientras los blancos gobiernan y deciden.

En esta sociedad de consumo que se nos propone hoy como meta, la estabilidad depende de una permanente aceleración del consumo. La publicidad constituye una constante provocación, incluso a los económicamente más débiles, / a aumentar y sofisticar sus patrones de consumo como condición de status social. El tener más como medio del tener aún más relega a un lugar secundario los valores morales de la persona y de la sociedad.

Lo que se ofrece para el consumo no responde a las necesidades reales / de la masa del pueblo sino a la demanda manipulada por la propaganda que va, lógicamente, dirigida a los sectores que garantizan mayor margen de lucro. / Los pobres, los marginados que carecen de poder adquisitivo, simplemente no / existen para la sociedad de consumo. Y, sin embargo, ¡los pobres están ahí!

En los asentamientos de emergencia de los evacuados de Alto Verde y de / La Guardia, en la Vuelta del Paraguayo y en los terraplenes de la ruta nacional #168 y la provincial #1, allí donde va a funcionar una escuela en un local precario para que los chicos no pierdan la continuidad del año lectivo.

¡Los pobres están ahí!

Y, mientras tanto, aunque estén bajando las aguas, siguen aumentando // los medicamentos. Como denunciaba el presidente del Colegio de Farmacias de / Buenos Aires: "Un par de cientos de productos aumentaron un 3%, un 8% y hasta un 9%".

¡Los pobres están ahí!

Y, mientras tanto, un grupo de diputados propuso un proyecto fijando // gastos de representación por \$ 1.800.- que se sumarían a los \$ 2.500.- de // dieta que ya perciben.

Los pobres están ahí y nosotros queremos ser cristianos, queremos seguir a Jesús.

Pero corremos el riesgo de acomodarnos a un cristianismo burgués. Hemos integrado ciertos valores cristianos al estilo de la sociedad en que vivimos. Hemos perdido el sentido del cristianismo como un camino. No estamos en camino siguiendo a Jesús; nos hemos transformado en sedentarios...

Lucas nos transmite tres sentencias acerca del seguimiento. Jesús las / ha dicho a personas que deseaban seguirlo:

- "El Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza".
- "Deja que los muertos entierren a sus muertos".
- "El que pone la mano en el arado y vuelve su vista atrás, no sirve / para el Reino de Dios".

Las tres sentencias se refieren a la necesidad de desinstalarse, a la / necesidad de vivir en cierta provisionalidad, a las condiciones para seguir / en camino. La primera se refiere a la actitud frente al tener. Es un tema // central en el evangelio de Lucas que está expresado con claridad meridiana / más adelante. Dice Jesús: "Cualquiera de ustedes que no renuncie a todo lo / que tiene no puede ser mi discípulo" (14, 33). Lo trataremos en otra ocasión. Se trata de una actitud que está en las antípodas de la actitud capitalista. No es la propuesta de una mística de la pobreza sino la actitud que / tiene con respecto a los bienes el que reconoce el derecho a la vida que tienen los pobres.

La frase: "Deja que los muertos entierren a sus muertos" no debe interpretarse como una falta de respeto o de atención a las obligaciones con los / padres: eso sería contrario a la expresa enseñanza de Jesús: Mt. 15, 3-9. Se

JESUS: YO QUIERO SER CRISTIANO PERO...

trata más bien de expresar que urge anunciar el Reino de Dios.

A nosotros -hoy que somos pocos y que las fuerzas de la Iglesia en este mundo tan enorme resultan muy pequeñas- nos debería plantear un cierto sentido de futuro en la distribución de las fuerzas. Deberíamos preguntarnos si las pocas fuerzas que tenemos no las estamos malgastando en "enterrar a los muertos", en contruir "cementorios" (González Faus). Es decir, tendríamos // que analizar críticamente en qué empleamos nosotros individualmente y la Iglesia como institución las fuerzas y el tiempo. ¿No los ocupamos en cosas / muertas: prestigio, poder, influencias, dinero...?

Finalmente, quien se ha comprometido con el Reino tiene que tender al / futuro; no puede volver su mirada atrás porque urge el tiempo.

El avanzar constantemente llega a cansar, el mantener la tensión constante de la libertad se hace a veces muy difícil.

El ofrecimiento de la libertad llena de alegría el corazón del oprimido pero la larga marcha hacia la liberación puede llegar a serle insoportable. / Se añora el pasado idealizado en razón de las dificultades del presente. Es / la tentación que experimentaron los judíos liberados de Egipto. Se rebelan / contra el libertador Moisés: "¿Por qué nos sacaste de allá para hacernos morir en el desierto?... Más vale ser esclavo de los egipcios que morir en el desierto" (Ex. 14, 11-12). "Allá nos sentábamos junto a las ollas de carne y comíamos hasta llenarnos... ustedes (Moisés y Aarón) nos han traído al desierto para matarnos de hambre" (Ex. 16, 3).

El llamado al Reino, el seguir a Jesús, exige resistir a la tentación / de volver a la esclavitud, exige poner a prueba el aguante en la larga marcha de la liberación.

++++++

COMO ANUNCIAR EL REINO DE DIOS HOY

Después de la misión de los Doce (Lc. 9, 1-6), relata Lucas el envío de un grupo numeroso de discípulos. El número 72 (ó 70) corresponde a los pueblos del mundo (Gén. 10). A todos los pueblos del mundo tiene que llegar el anuncio de que el Reino de Dios se ha hecho presente.

Pero el simbólico número 72 tiene también otro sentido: la tarea de anunciar el gozoso mensaje del Reino de Dios corresponde a todos los discípulos de Jesús: los 72 nos representan a todos nosotros. Y las recomendaciones que les da Jesús conservan su vigencia para nuestro tiempo. Jesús determina claramente qué es lo que hay que anunciar: "El Reino de Dios está cerca" /// (Lc. 10, 9.11) y cómo hay que anunciarlo. Jesús determina el qué y el cómo.

El contenido del mensaje, el evangelio del Reino de Dios, incide y determina las condiciones en que debe ser anunciado: sin apoyarse en el poder, con medios pobres, con desinterés, con actitud liberadora. Haciéndolo de otro modo se traiciona la intención de Jesús, se falsea el contenido del mensaje.

Las recomendaciones que da Jesús a los que envía a anunciar el Reino de Dios no pueden ser interpretadas "fundamentalísticamente", es decir, al pie de la letra. Así por ejemplo: "No se detengan a saludar a nadie por el camino" (vs. 4), es un modo de expresar la urgencia de la tarea que no permite / demorarse en otras cosas. Análogas consideraciones hay que hacer por lo que / respecta a la forma concreta en que se expresa la no violencia, el no apoyar se en el poder, los medios pobres: "No lleven dinero ni calzado" (vs. 4) y / en Mc. 6, 7-13 y Mt. 10, 5-16 se prohíbe "llevar dos túnicas" y "bastón". // Los evangelistas expresan en el lenguaje de su época las condiciones en que / se debe anunciar el evangelio en todos los tiempos.

Hoy somos convocados los católicos a emprender una "nueva evangelización". En América Latina hablar de nueva evangelización, especialmente en este año, hace pensar en la primera evangelización que realizaron los misioneros europeos que llegaron a estas tierras a partir del siglo XVI.

Los misioneros llegaron junto con los conquistadores que pertenecían al imperio más poderoso de entonces. En el contexto de ese fenómeno tan complejo vivido por los europeos como descubrimiento y conquista y por los indios / como invasión y despojo se puede hablar de dos proyectos de evangelización: / una "evangelización colonizadora" que respondía a los intereses de la Corona y tenía como objetivo extender a América la cristiandad ibérica; éste fue el proyecto que finalmente se impuso. El otro proyecto de evangelización quería dar origen a un nuevo cristianismo, inspirándose en el Nuevo Testamento. En este proyecto trabajaron los dominicos de las Casas, Montesinos -famoso por su sermón de Adviento de 1511- y otros. Luego los franciscanos, los famosos / "doce apóstoles", los jesuitas y otras órdenes religiosas.

En estos quinientos años se pueden visualizar concreciones de ambos proyectos. Por eso, cuando se realizó la II Reunión del Episcopado Latinoamericano en Medellín a fines de 1968, tres años después del Concilio Vaticano / II en que se anunció en términos muy concretos el evangelio como fuerza de / liberación, se tenía conciencia de que no se trataba de una verdadera novedad. Medellín representó la decisión de los obispos de América Latina de retomar el proyecto de evangelización liberadora, que había estado y sigue estando en conflicto con el otro proyecto de evangelización: el que está comprometido con el poder e integrado al statu quo.

Hoy se habla mucho de "nueva evangelización", pero no significa lo mismo para todos. Por eso hay que averiguar qué se entiende por evangelización / y en qué está la novedad.

Los que más insisten en el slogan de nueva evangelización son ciertas / corrientes neoconservadoras en la Iglesia que disponen de medios económicos / considerables y de fuertes apoyos en la Jerarquía.

Cuando en este contexto se alude a que estamos en vísperas del tercer / milenio, se piensa con añoranza -aunque no se lo confiese- en el comienzo // del segundo. En los primeros siglos del segundo milenio alcanzó su culmen ese fenómeno tan peculiar que fue la cristiandad occidental, esa simbiosis religiosa política que comportaba una homogeneidad cultural.

COMO ANUNCIAR EL REINO DE DIOS HOY

Es propio de estos grupos neoconservadores la insistencia en la necesidad de la cultura cristiana o cultura católica. Condenan sin atenuantes el / influjo negativo de la modernidad que ha provocado la quiebra de valores religiosos como consecuencia del papel asignado a la razón y a la crítica. Pre valece en estos grupos una mentalidad eclesial preconiliar: una concepción / de iglesia piramidal y autoritaria que identifica la universalidad con el // centralismo romano, la unidad con la uniformidad y el silenciamiento de toda crítica; la ortodoxia con una ideología y la radicalidad evangélica con el / rigorismo moral.

Nueva evangelización para estos grupos no es otra cosa que la reafirmación de la ideología católica y de la influencia de la jerarquía en los ámbi tos de poder.

La nueva evangelización de estas corrientes neoconservadoras que deter minan la pastoral oficial es la restauración de la cristiandad, pero con los medios de la tecnología moderna: con computadoras y satélites, utilizando // los más sofisticados avances del marketing para imponer una ideología preten didamente católica. Son nuevos los medios: el contenido es la restauración / del pasado.

La nueva evangelización comenzó en realidad hace treinta años. El 11 de Octubre de 1962 se inauguraba el Concilio Vaticano II, el Concilio que se // llamó de Juan y Pablo, porque fue convocado y presidido en su primera sesión por Juan XXIII y continuado y concluido por Pablo VI el 7 de Diciembre de // 1965.

El Concilio constituye un momento privilegiado de la historia de la I-/ glesia en que ésta toma conciencia de un modo nuevo de la misión que Cristo / le encomienda. Confrontando su realidad con el evangelio reconoce la necesi dad de una profunda reforma. "La Iglesia siempre tiene necesidad de ser evan gelizada" (Evangelii Nuntiandi, 15).

En el Concilio se produce un cambio de actitud de la Iglesia con respec to al mundo. De diversas maneras se reconoce que "no está hecho el mundo pa- ra la Iglesia sino la Iglesia para el mundo". En el discurso de clausura de- cía Pablo VI: "La Iglesia se ha presentado como la sirvienta de la humani-// dad": esta afirmación no tendría que ser extraña a quienes tienen en cuenta / que Jesús dijo que había venido no a ser servido sino a servir (Mc. 10, 45).

En ese mismo discurso hablaba el Papa de "las distancias y rupturas ocu rridas en los últimos siglos entre la Iglesia y el mundo moderno", y afirma- ba que la conciencia de la misión que Cristo había encomendado a la Iglesia / había hecho sentir de un modo nuevo "la necesidad de conocer, de acercarse, / de comprender, servir y evangelizar" al mundo. La misión que Cristo encomien da a sus discípulos no es condenar ni conquistar sino dialogar con el mundo / para anunciarle la presencia operante del Reino de Dios.

Dios actúa en las personas y en los pueblos antes que llegue el anuncio explícito del evangelio (Ad Gentes, 4.9.11). Por eso la actitud del discípu lo de Cristo que quiere anunciar la presencia del Reino es entablar el diálo go de la salvación. Es bueno tener en cuenta el consejo de Antonio Machado:

"Para dialogar,
preguntad primero;
después... escuchad."

¿Estamos convencidos, sin embargo, de que el evangelio de hoy está diri gido a nosotros? ¿Hemos superado intelectualmente y, sobre todo, existencial mente la concepción preconiliar de la Iglesia? ¿O seguimos pensando que la / Iglesia son el Papa, los obispos y los curas? ¿Creemos que son ellos y no no sotros los que tienen que anunciar el evangelio del Reino?

¿Pensamos acaso que anunciar "el Reino de Dios está presente" sólo se / puede hacer en un sermón o enseñando el catecismo? ¿Pensamos que anunciar el e- vangelio sería hablar como esos miembros de las sectas que tocan el timbre y que nos quieren obligar a que escuchemos su discursito?

Cristo nos dice hoy: "¡Vayan! Sin dinero... sin calzado... sin demorar- se por ahí... Anuncien: El Reino de Dios está cerca".

Sin embargo, ¿a alguien le interesará Jesucristo y su evangelio, es de- cir, su mensaje de felicidad?

COMO ANUNCIAR EL REINO DE DIOS HOY

Ciertamente, hay gente a quien no le interesa el anuncio. Están en otra cosa. No tienen tiempo sino para sus cosas, sus intereses, sus negocios, su trabajo, su familia. No se plantean la pregunta por el sentido de su vida. / Hay que tener presente que "El hombre no acepta respuestas a preguntas que / no ha formulado" (Tillich).

Pero, antes de pensar en los otros, pensemos en nosotros. Tener que anunciar el evangelio del Reino nos plantea una pregunta sobre nuestra fe: // ¿Creemos nosotros? ¿Cómo es nuestra fe? Karl Rahner ponía varias características de nuestra fe hoy:

* Fraterna: Nuestra fe tiene que hacernos sentir hermanos no sólo de / los cristianos sino de todos los hombres, también de quien piensa no tener fe y de quien verdaderamente no cree. Estamos misteriosa pero realmente unidos con todos.

* Humilde: A veces nos comportamos como si tuviéramos a Dios en el bolsillo, como si conociéramos los pensamientos de Dios o hubiéramos visto sus cartas.

* Creíble: Porque buscamos, preguntamos, dudamos, somos conscientes / de nuestra incredulidad. Hay que tener la actitud de a-// qué! que dijo a Jesús: ¡Creo, Señor, pero ayuda mi incredulidad!

* Modesta: Porque no pretende presentar el cristianismo como una receta barata que tiene solución para todos los problemas y una respuesta a todos los interrogantes de los hombres.

Si tuviéramos una fe fraterna, los llamados incrédulos no tendrían la / impresión de que nuestra fe es una manera de defendernos a nosotros mismos y a la institución Iglesia. Por el contrario, nos sentirían solidarios con ellos en la lucha por la esperanza.

A Cristo que hoy nos dice: ¡Vayan!, tengamos la valentía de decirle: // ¡Voy, Señor, pero aumenta mi fe!

++++++

~~DEL VER AL HACER~~

El pasaje evangélico relata un diálogo entre un doctor de la Ley, un escriba, y Jesús sobre un importante tema teológico. La discusión sobre temas teológicos era una de las ocupaciones preferidas de los teólogos en tiempos de Jesús. Se trataba de responder a las preguntas con citas de la Escritura o de maestros reconocidos. Pero Jesús rompe el esquema corriente introduciendo en el diálogo una parábola que lleva al interlocutor a un replanteamiento de la cuestión.

Las parábolas son muy importantes en el evangelio. Jesús relata parábolas no simplemente por razones didácticas sino porque esta forma parece la más adecuada a su mensaje. Estas originales muestras de la narrativa popular que son las parábolas evangélicas ponen en relación el reinado de Dios con las experiencias humanas. De esa manera Jesús conduce a sus oyentes a ver // con ojos nuevos las situaciones de su vida concreta, a descubrir en ellas, // en su vida de todos los días, la cercanía de Dios y, consecuentemente, la posibilidad de entrar en sintonía con Jesús, de acuerdo a la actitud que se asuma. Las parábolas interpelan a los oyentes, tienen como función provocar una opinión: en favor o en contra del Reino de Dios.

El doctor de la Ley hizo una pregunta importante a Jesús. Hoy llamaría la atención que un teólogo de profesión preguntara a un laico que no hubiera estudiado teología acerca de un tema teológico. Esto era también extraño en tiempos de Jesús que era un laico que no había hecho estudios de teología // (Jn. 7, 15). El evangelista aclara que fue "para ponerlo a prueba". "¿Qué // tengo que hacer para alcanzar la vida eterna?". Jesús le contesta con otra pregunta: "¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?". El doctor de la Ley contesta uniendo el amor a Dios (Deut. 6, 5) y el amor al prójimo (Lev. 19, 18) como enseñaba Jesús. Levítico

"Has respondido correctamente, le dijo Jesús: actúa así y alcanzarás la vida" (vs. 28).

El doctor de la Ley queda mal parado: él conocía la respuesta al problema que había puesto a Jesús... Entonces, para justificar su intervención // plantea a Jesús un problema discutido en su tiempo: amar al prójimo, pero // ¿quién es mi prójimo? ¿A quién tengo que amar? ¿Hasta dónde se extiende mi obligación de amar?

Los fariseos excluían a los que no cumplían la Ley; los monjes de Qumrán sostenían que se debía odiar a "todos los hijos de las tinieblas" (1 QS/ 1, 10); una máxima corriente en tiempos de Jesús: "Debes amar a tu compatriota y odiar a tu enemigo" (Mt. 5, 43)...

En lugar de responder a la pregunta enredándose en la casuística contemporánea, Jesús relata la parábola del buen samaritano: "Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó"...

El relato señala un lugar determinado: el camino de 27 kms. que descendía de Jerusalén (750 mts. sobre el nivel del mar) hasta Jericó (250 mts. bajo el nivel del mar). Un camino peligroso por los frecuentes asaltos de ladrones y malvivientes.

¿Dónde está ubicado el narrador? Cuando uno oye el relato no lo nota; // pero si se considera con detención, uno se da cuenta que el narrador "acompaña" al hombre que cae en manos de los ladrones. Está con él en el camino que baja de Jerusalén a Jericó, relata lo que le hicieron los ladrones, describe a los que pasan y sus reacciones para con él. Lo acompaña al albergue y se // entera del trato del samaritano con el dueño.

El narrador hubiera podido adoptar otra posición: en lugar de relatar // desde la perspectiva del herido podía haber narrado el hecho desde la perspectiva de un ladrón, de alguno de los que pasaron sin detenerse o desde la perspectiva del samaritano o del dueño del albergue. La historia habría tenido un efecto distinto.

Aunque Jesús relata como si acompañara al hombre que cayó en manos de los ladrones, sin embargo no se mencionan ni sus gritos de auxilio, ni sus sufrimientos, ni su desesperación. El narrador hubiera podido contar el ataque de los ladrones con vivos colores, con mucha sangre y detalles conmovedores para provocar sentimientos de compasión en los oyentes y hacer aparecer

DEL VER AL HACER

al sacerdote y al levita como desalmados o, incluso, como asesinos. Nada de eso. El que oye la parábola tiene que tener ante sí los hechos ~~escuetos~~, sin recargarlos con toques emocionales característicos de cierta prensa o noticieros televisivos. Además, el modo de contar de Jesús deja claro al oyente/ de la parábola, al doctor de la ley y a nosotros, que se trata de un hombre/ cualquiera, de un hombre que no tiene con nosotros alguna relación particular. No conocemos ni su nombre, ni su raza, ni su situación social. Es simplemente "alguien", "un hombre".

El samaritano

Su aparición resulta desconcertante. Ciertamente, la parábola es anti-clerical: deja en mala luz a los ministros del culto. Pero lo acostumbrado, lo que se podía esperar es que el tercero fuera un israelita. En cambio aparece un samaritano, un hereje que no reconocía el templo de Jerusalén ni los libros de la Biblia a excepción de los cinco libros de Moisés, los primeros/ de la Biblia. Los samaritanos, además, estaban en buenas relaciones con los/ romanos, los enemigos de Israel...

El samaritano ve lo mismo que el sacerdote y el levita. Pero el hombre/ "medio muerto" despierta su compasión. "Compasión es la única palabra que en el relato alude a un sentimiento. El narrador la menciona para explicar su / actitud. La compasión lo mueve a actuar. No hay otros motivos: ni el conocimiento de la Ley de Dios ni la práctica religiosa son un presupuesto necesario. Jesús describe sencillamente lo que hace el samaritano sin poner énfasis, sin presentarlo como un héroe. No se alude ni al riesgo que corría al / detenerse, ni al tiempo que perdió. Lo único que importa es ayudar eficazmente a este hombre.

¿Y el sacerdote y el levita?

Con pocas palabras describe Jesús su actitud. Sólo menciona lo que se / puede observar externamente: "lo vió y siguió de largo". No se expresa ningún juicio moral. ¿Pero qué clase de hombres son éstos que actúan como si no hubieran visto al hombre herido? Es claro que su religiosidad no los ha hecho sensibles frente al sufrimiento de la gente. ¿No pasa hoy algo semejante? ¿No se da quizás en nosotros esa estridente contradicción: una pretendida religiosidad y una terrible indiferencia ante quienes sufren?

Jesús invierte la perspectiva

El doctor de la Ley había hecho una pregunta clara: "¿Quién es mi prójimo?". El doctor de la Ley se plantea la pregunta a partir de sí, a partir de su obligación, y trata de ver hasta donde se extiende. Jesús, en vez de contestar directamente, relata la parábola que invierte la perspectiva desde la cual hay que formular la pregunta. No hay que mirar con los ojos de quien // puede ayudar: hay que mirar con los ojos del que necesita ayuda. La realidad se ve de muy distinta manera según sea el lugar desde donde uno la observa. En una vieja película española, "Marcelino, pan y vino", la cámara estaba a la altura de Marcelino: los espectadores veían la mesa, las sillas, las personas, el mundo, como los veía el pequeño protagonista...

Lo que importa no es saber quién es mi prójimo sino comportarse como // prójimo del necesitado. Al comienzo del diálogo pregunta Jesús al doctor de la Ley: "¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?" (vs. 26) y sus últimas palabras son: "Ve tú y actúa de la misma manera" (vs. 37). Hay que pasar del "saber" al "hacer".

Pero, ¿cómo se pasa del saber al hacer?

En realidad hay distintos modos de saber, distintos modos de ver. El samaritano no vio algo distinto de lo que vieron el sacerdote y el levita. Pero lo vio de distinta manera: "lo vio y se conmovió" dice Jesús.

El ver personas hambrientas, en la miseria, jubilados o docentes a quienes no les alcanza para vivir o cientos de obreros que se quedan sin trabajo... esta gente "medio muerta" (vs. 30) como dice la parábola, el verlas como un problema invita a teorizar, a discutir sobre ellas, a tratar de descubrir móviles ocultos en sus protestas.

DEL VER AL HACER

Mientras no lo percibamos como un escándalo, como algo que no puede /// ser, mientras no experimentemos "com-pasión", es decir, mientras no "com-padezcamos", mientras no "padezcamos-con-ellos", no haremos nada.

Hace unos años leí en una revista que en un pueblo de Colombia un sacerdote estaba comentando la parábola del buen samaritano a un grupo de campesinos. Uno de ellos le preguntó: "Padre: ¿que hubiera hecho el buen samaritano si hubiera llegado un poco antes, cuando los ladrones estaban robando y golpeando a aquel hombre?". El sacerdote se quedó pensando y le contestó: "No sé; no se me había ocurrido pensar en esa posibilidad". El campesino le dijo: "¡Qué lástima, Padre, porque eso nos está pasando a nosotros!". D.M.N.A.

Y una teóloga alemana, Dorothee Sölle, decía: "Nuestra sociedad es una / sociedad de ladrones y de gente que sigue de largo. Cada día hay más gente / "espectadora", espectadora de la vida de los otros y de la propia vida. Se / suman al espectáculo del deporte, del juego, del sufrimiento de los otros... y, mientras siguen de largo, colaboran de la mejor manera con los ladrones".

Cuando Jesús menciona en la parábola a los ladrones y a los que siguen / de largo no pretende solamente denunciar la corrupción de nuestra sociedad. / Si fuera ese el objetivo de la parábola no sólo el sacerdote y el levita seguirían de largo sino también hubiera seguido de largo el samaritano; y el / hombre, a quien los ladrones habían dejado "medio muerto", habría muerto del todo.

Jesús no sólo denuncia, sino que anuncia que hay una real posibilidad / de actuar de otro modo, se puede dejar de ser "espectadores" y pasar a ser / "actores".

Martin Luther King, ese mártir de nuestros días, comentando esta parábola la decía que la clave de la diferente actitud de los personajes de la parábola con respecto al hombre que cayó en manos de los ladrones se debió a que se hicieron dos preguntas muy diversas. El sacerdote y el levita se preguntaron: "¿Qué me puede pasar si yo me detengo?". Mientras que el buen samaritano se preguntó: "¿Qué le puede pasar a este hombre si yo no me detengo?".

Hoy Jesús nos dice a nosotros: "Vé y actúa de la misma manera".

DEL VER AL HACER.

1) ESCRIBIR LA CITA. Lc. 10,25-37. ++++++

2) Para reflexionar...

1) En que lugares de la parábola me encuentro?
¿el sacerdote? ¿el levita? ¿el samaritano? ¿el herido?
¿los ladrones? ¿el posadero?

2) Me compadecí de los medio muerto, actuales o actúo como el levita, el sacerdote oigo de largo. Pienso un ejemplo concreto.

3) ¿Qué sentido en esta reunión de UPF propone del ver al hacer. ¿cómo?

CREAR UN ESPACIO LIBRE Y ACOGEDOR

Escuchamos un breve relato: la visita de Jesús a las hermanas Marta y / María. La atmósfera que se respira es sencilla, familiar, cotidiana. Aparentemente no hay nada de solemne ni de misterioso: es un encuentro entre amigos.

Y, sin embargo, el evangelista delicadamente nos invita a percibir el / misterio: es el Señor el que se hace presente. Dos veces aparece la palabra / 'Señor', término con el que en la Biblia se designa a Dios.

Dios se hace presente en el contexto de nuestra vida de todos los días. Viene a visitarnos en un amigo, en alguien que está de paso, en alguien que / necesita de nosotros.

El episodio de Marta y María es una catequesis, una instrucción sobre / el discipulado, una enseñanza acerca de cuál debe ser la actitud de quien // quiere ser cristiano.

Hay que tener presente que el pasaje de hoy se ubica a continuación del que escuchábamos el domingo pasado. En el pasaje del domingo pasado se preguntaba: "¿Qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna?". Y la recomendación conclusiva de Jesús aludiendo al comportamiento del buen samaritano era: "Ve y actúa de la misma manera".

Para ser cristiano hay que hacer, hay que obrar, hay que actuar en favor del prójimo.

En el evangelio de hoy parece que se nos dice lo contrario: Marta, que se preocupa por servir, es reprendida; en cambio María, que no hace nada, es alabada por Jesús. ¿Qué piensan ustedes? ¿Cómo juzgan las distintas actitudes de las dos hermanas con respecto al huésped?

¿Qué ha hecho de malo Marta para ser reprendida? ¿Acaso no actúa de acuerdo a la enseñanza de la parábola del buen samaritano? ¿Por qué se alaba a la que no hace nada? Consideremos más de cerca el evangelio. No es cierto que María no haga nada: está escuchando a Jesús: "María, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra" (vs. 39).

Esta expresión, "sentada a los pies del Señor", era el modo usual de designar a los discípulos de un maestro. Leemos por ejemplo en Hechos 22, 3 // que Pablo afirma: "He sido iniciado a los pies de Gamaliel".

La actitud de Jesús con respecto a la mujer es realmente revolucionaria. No nos ha dejado un "manifiesto feminista" sino más bien una praxis totalmente nueva y contraria a la mentalidad y a la práctica de sus contemporáneos. La mentalidad corriente en ese tiempo está expresada claramente por el historiador judío Flavio Josefo: "La mujer es en todos los aspectos de menor valor que el hombre".

Era impensable, en tiempos de Jesús, que una mujer estudiara o fuera // discípula de un maestro. Las prescripciones rabínicas prohibían a las mujeres el estudio de la Ley, es decir, de la Biblia; por eso, como no conocían bien la Ley, no podían intervenir en su lectura en la sinagoga.

Las mujeres eran asimiladas a los niños y a los esclavos. Una antigua / plegaria judía, no posterior al Siglo I, dice así: "Bendito sea Dios que no me hizo pagano. Bendito sea Dios que no me hizo mujer. Bendito sea Dios que no me hizo esclavo". Aunque el sentido profundo de la oración es agradecer a Dios por poder observar los mandamientos, aparece la idea peyorativa que se tenía de la mujer.

La mayoría de los textos del Antiguo Testamento que hablan de la mujer / la presentan en su condición de esposa, madre o ama de casa.

Jesús, en cambio, integra a las mujeres en el grupo de sus discípulos / en pie de igualdad con los varones (Lc. 8, 1-3; Mc. 15, 40-41). La nueva situación de la mujer es manifestación de la presencia de ese orden nuevo que Jesús llama "Reino de Dios". El Reino tiene como destinatarios primeros a // los pobres, a las mujeres, los enfermos, los endemoniados y pecadores, es decir, todos los marginados de la sociedad donde vive Jesús.

CREAR UN ESPACIO LIBRE Y ACOGEDOR

La reacción de Marta manifiesta la persistencia de la mentalidad vieja: quiere que María vuelva al lugar propio de la mujer, a los trabajos de la casa: "Dile que me ayude". Jesús no acepta el pedido de Marta; más aún, le hace una advertencia: "Marta, Marta, te preocupas y te inquietas por muchas cosas y sin embargo pocas cosas, más bien una sola, es necesaria. María eligió la mejor parte, que no le será quitada".

El reproche de Jesús a Marta a primera vista extraña. Sin embargo, lo que Jesús desapruueba en Marta no es su servicialidad sino su agitación, su ansiedad. En el evangelio Jesús pone frecuentemente en guardia contra la pre-ocupación obsesiva y la ansiedad que incapacita para buscar el Reino de Dios, para escuchar la Palabra de Dios (Lc. 8, 14; 12, 22.26.29; 21, 34).

En este relato de Marta y María Lucas subraya la primacía de la escucha de la Palabra del Señor en la fe. Jesús es la Palabra de Dios encarnada que viene a visitarnos: hay que hacer silencio para escucharlo.

Para Lucas es evidente que la escucha de la Palabra no dispensa del servicio de los hermanos. Más aún, sólo quien tiene la actitud que tuvo Jesús con los hombres de su tiempo, con los marginados y con los responsables de esa marginación puede decir que ha escuchado su Palabra. Quien no tiene en la sociedad de nuestro tiempo una actitud correspondiente a la que Jesús tuvo en la sociedad de su tiempo no ha escuchado la Palabra de Jesús. ¿Escucha hoy la Iglesia la palabra de Jesús? En la Iglesia católica hay marginados y excluidos: la mujer es relegada a funciones secundarias, se silencia a los profetas, se niegan los sacramentos a los divorciados vueltos a casar, a los sacerdotes que se han casado no se les permite ni siquiera leer la Palabra en las celebraciones, los homosexuales... Estas actitudes evidencian que no escuchamos hoy la Palabra de Jesús.

Nos pasa como a Marta, estamos preocupados por "muchas cosas", estamos preocupados en "nuestras cosas" y no nos preocupamos por el huésped. Peor aún, excluimos a quienes quieren que los recibamos en nuestra casa. Reaccionamos muchas veces así: si alguien nos anuncia su visita pensamos qué tendremos que comprar para ofrecerle... y quizás la preocupación debería ser la contraria: no pensar qué debemos agregar sino más bien qué tenemos que quitar para hacer lugar al huésped. El huésped necesita espacio físico y, sobre todo, espacio espiritual. Y nosotros estamos llenos, llenos de pensamientos, de preocupaciones, de cosas que hacer.

Un maestro del budismo recibió un día en su casa del Japón a un profesor universitario que estaba haciendo estudios sobre el budismo Zen. El maestro sirvió el té. Llenó hasta el borde la taza del huésped y siguió echando té. El profesor miraba como se derramaba el té, hasta que no pudo contenerse más y exclamó: "¡Ya está llena! ¡No entra más!". Y el maestro le dijo: "Tú estás como esta taza: lleno de opiniones y especulaciones. ¿Cómo puedo enseñarte el Zen si no vacías primero tu taza?".

Leí este episodio en un pequeño libro de un sacerdote holandés, Henry J.M. Nouwen, cuyo título es "Abriéndonos". Presenta allí la vida cristiana como implicando tres movimientos: "Del aislamiento a la soledad; de la hostilidad a la hospitalidad; de la ilusión a la oración". El relato evangélico de hoy presenta plásticamente los dos polos del segundo movimiento: de la hostilidad a la hospitalidad.

Hospitalidad es un término muy poco usado en nuestro lenguaje corriente; lamentablemente, también la actitud que el término expresa es bastante rara. Hospitalidad es la capacidad para recibir a un huésped.

La Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, no sólo insiste en que es importante la hospitalidad sino que nos dice que el huésped es alguien que nos aporta dones preciosos. En nuestra vida contamos con muchas cosas; hay también cosas imprevisibles. Pero ¿quién tiene en cuenta en serio encontrarse con Dios? Encontrarse con Dios en este mundo en que ya no hay lugar para tantos hombres. Dios no viene a nosotros en forma divina, no viene anunciado por músicas celestiales o con una luz resplandeciente. Viene como un hombre, quizás como un amigo o un extraño, como un pobre... Los extranjeros a quienes recibió Abraham como escuchábamos en la primera lectura se revelaron como el Señor y le anunciaron el nacimiento del hijo de la promesa (Gén. 18, 1-10). Cuando los discípulos de Emaús invitaron al desconocido, que se les había unido en el camino, a pernoctar en su casa, se les mani-

CREAR UN ESPACIO LIBRE Y ACOGEDOR

festó como Jesús resucitado al compartir con El la cena (Lc. 24, 13-32). Uno puede recibirlo o no. Puede no hacerle lugar...

Jesús se lamentó porque Jerusalén no se dio cuenta de su visita...

Es muy difícil la hospitalidad porque en nuestra sociedad hay cada día/más personas que tienen miedo, que están a la defensiva... Hemos sido educados para competir, por eso nos agarramos ansiosamente a lo que tenemos, miramos con sospecha a todo el mundo esperando que de cualquier parte surja alguien que nos dispute el lugar... "Pero nuestra vocación es convertir al enemigo (hostes) en huésped (hospes), en invitado, creando un espacio libre y / sin miedo en que pueda nacer y vivirse la fraternidad". Para eso debemos estar desarmados, no estar a la defensiva.

"Crear un espacio libre para los otros es una tarea difícilísima. La mayor parte de nosotros busca la ocupación. Cuando no estamos ocupados estamos inquietos y temerosos. La ocupación es una bendición y el vacío, una maldición.

Mientras nuestra mente, nuestro corazón y nuestras manos estén ocupados nos será posible evitar las preguntas penosas que no quisiéramos que afloren a la conciencia. Además, el estar ocupados es un símbolo de status...". Por eso se considera un elogio el escuchar: "Me imagino que seguís tan ocupado / como siempre...". Muchas llamadas telefónicas comienzan con estas palabras: "Sé que estarás muy ocupado, pero, ¿te puedo robar un minuto?" (NOUWEN). /// (VER: "ESCUCHAR A JESUS... PERO ¿CUANDO?", pág. 64).

¿Qué difícil es crear un espacio libre en que el huésped pueda también/ abandonar su actitud defensiva y ser él mismo! La hospitalidad no es un medio de imponer al otro nuestro Dios, nuestro camino, nuestros criterios de / felicidad, sino una ocasión para que él encuentre su Dios, su camino, su felicidad.

"Nuestra ansiedad y nuestras preocupaciones manifiestan nuestra incapacidad para dejar sin solución los problemas aún irresueltos... revelan nuestra intolerancia con respecto a la incomprendibilidad de las personas y de / los acontecimientos, haciéndonos recurrir a etiquetas y clasificaciones para llenar engañosamente el vacío".

"Nuestra tendencia es huir de las realidades dolorosas o intentar cambiarlas lo más rápidamente posible". Nos domina el "complejo de Dios" (el // "Gotteskomplex"). Nos cuesta aceptar nuestra finitud, el estar en camino, // nuestras ignorancias y nuestra impotencia.

Hoy escuchamos un evangelio, una palabra de liberación. Jesús -escribe/ Nouwen- "no pretende arrancarnos de los muchos acontecimientos, actividades/ y personas que componen nuestras vidas... No nos sugiere que debemos retirar nos a una vida tranquila y sosegada, al margen del mundo".

La propuesta de Jesús para nuestras vidas llenas de preocupaciones es / muy diferente. Lo que nos pide es que cambiemos el punto de gravedad, que reubiquemos el centro de nuestra atención, que cambiemos nuestras prioridades. Jesús quiere que pasemos de "las muchas cosas" a la "única cosa necesaria"; / entonces habrá un espacio acogedor para el huésped. A esa única cosa necesaria Jesús la llama Reino de Dios. Y el Reino de Dios es un don que hay que / recibir, resistiendo y actuando, con esperanza de que surja un mundo nuevo.

++++++

"SEÑOR, ENSEÑANOS A ORAR"

El evangelio de hoy es una breve catequesis o instrucción sobre la oración que tiene como centro la oración que Jesús enseñó como característica / de los cristianos: el Padrenuestro. También el evangelio de Mateo tiene una / instrucción sobre la oración (6, 5-15) y el Padrenuestro que rezamos los /// cristianos ha sido tomado del evangelio de Mateo que presenta ciertos agrega dos a la versión que nos transmite Lucas.

¿Qué decir, en el breve tiempo que tenemos, sobre la oración? Me vino a la memoria una confidencia de San Jerónimo al comienzo de su comentario so bre el libro del profeta Ezequiel: "Yo te decía, Eustoquio, que era mejor no decir nada que decir demasiado poco, pero tú me respondiste que más vale de cir algo que no decir absolutamente nada....".

Lo primero que quisiera subrayar es que Jesús oraba; los evangelios no tan frecuentemente que Jesús oraba e, incluso, nos transmiten algunas de sus oraciones: Lc. 3, 21; 5, 16; 9, 28-29; Mc. 1, 35; 14, 36; Mt. 11, 25-27; 14, 23; 14, 36; 27, 46, etc.

No solemos pensar a Jesús en esta actitud. Lo pensamos predicando, ha ciendo milagros, pero orando, no. Y sin embargo nuestra fe nos dice que Je sús es un hombre: no una apariencia de hombre sino un hombre verdadero. Como todo hombre, fue aprendiendo a ser hombre: fue aprendiendo a relacionarse // con los otros hombres, fue aprendiendo a relacionarse con la realidad de su tiempo, fue aprendiendo a relacionarse con su Padre, Dios, en la oración.

Los discípulos que habían visto muchas veces a Jesús retirándose para o rar, le pidieron que les enseñara a orar. Respondiendo a esa petición, Jesús les enseñó el Padrenuestro y también les dio otras enseñanzas sobre la ora ción.

La iniciación a la oración constituyó, desde los comienzos de la Igle sia, uno de los elementos integrantes de la iniciación cristiana. A los cate cúmenos, es decir, a los hombres y mujeres que se preparaban para el bautis mo, se los instruía en la historia de la salvación según la Biblia, en los / sacramentos y en la oración.

Esta iniciación a la oración se ha ido realizando a través de los si // glos en formas muy variadas. Los cristianos, a través de los siglos, han ido aprendiendo de los grandes orantes: los Padres del desierto, Francisco de A sís, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Teresita del Niño Jesús, Charles de Foucauld, etc.

¿Cómo orar hoy en esta situación de crisis? Hay cristianos para quienes la oración no constituye un problema, la oración es para ellos como la respi ración, les es connatural. Es la gente del pueblo que en su vida, sus lu // chas, sus sufrimientos, experimenta su relación con Dios y se apoya en El.

Hay otros, en cambio, para quienes la oración, especialmente la oración de petición, les resulta no sólo problemática sino imposible. Si los anti // guos, frente a la sequía, hacían procesiones y oraciones para que Dios manda ra la lluvia, el cristiano de hoy entiende que tiene que hacer represas y // sistemas de irrigación y acabar con la explotación irracional de los bos // ques. El sida y el cáncer no se pueden vencer con oraciones...

Hay ciertas actitudes del hombre aparentemente religiosas pero que son / en realidad la negación de la fe porque hacen de Dios un "tapa-huecos". Se / supone que Dios tiene como función venir en ayuda de las ignorancias e impo tencias del hombre. Se concibe a Dios como si fuera el genio de la lámpara / de Aladino a quien, por medio de oraciones y promesas, se lo puede poner a / nuestro servicio en una situación desesperada, se le puede hacer cumplir /// nuestros deseos.

Las palabras del evangelio de hoy: "pidan y se les dará, busquen y en / contrarán, llamen y se les abrirá. Porque el que pide, recibe; el que busca, encuentra y al que llama, se le abre", se toman al pie de la letra prescin diendo del contexto del evangelio y de la vida y muerte de Jesús. El Padre, / a quien Jesús pidió que lo librara de la muerte, no impidió la pasión y muer te de su Hijo.

El dios "tapa-huecos" que en una situación de necesidad aparece como be

"SEÑOR, ENSEÑANOS A ORAR"

nefactor del hombre en realidad es fruto de la proyección psicológica, es un ídolo que aliena al hombre, que le impide crecer, que mantiene al hombre en una situación infantil y miserable. La grandeza y la fuerza de este Dios depende de la pequeñez y debilidad del hombre. A medida que el hombre va creciendo, a medida que el hombre va sabiendo más y va pudiendo dominar mejor / las fuerzas de la naturaleza, este ídolo a quien llama dios va batieéndose en retirada, es cada vez más inútil. Para que el hombre pueda vivir y realizarse es necesario disipar la ilusión, como la llama Freud, es necesaria la /// "muerte de Dios", como afirma Nietzsche.

Pero este dios "tapa-huecos", este dios rival del hombre que pretende / retenerlo en el infantilismo es la negación del Dios de la Biblia, de ese // Dios a quien Jesús nos enseñó a invocar como Padre nuestro. El hombre es creatura de Dios, pero Dios lo hizo como imagen suya, su lugarteniente en el // mundo.

Para la Biblia, el hombre es autónomo y Dios es gratuito: su presencia / en la evolución progresiva del hombre es pura gracia, totalmente gratuita. / Dios no es un elemento del mundo, es el totalmente Otro, es el creador del / mundo y el salvador del hombre.

Los de cultura occidental, amantes de las "ideas claras y distintas", / tenemos bastante dificultad para comprender el tipo de pensamiento propio de la Biblia, que podríamos denominar dialéctico. Por eso, a primera vista nos / resulta difícil combinar la autonomía del hombre con su dependencia de Dios; nos resulta difícil comprender cómo Dios, a pesar de ser gratuito, es salvador. Nosotros tendemos a pensar según el dilema "todo o nada". Si el hombre / es responsable de la historia, entonces Dios no tiene nada que ver; y, si // por el contrario, Dios es el Señor de la historia, entonces el hombre no es / ni libre ni responsable. Para la Biblia en cambio no es: esto o lo otro, sino: esto y lo otro.

¿Qué sentido tiene la oración de petición o de súplica?

Cuando pedimos, no pretendemos informar a Dios "porque -dice Jesús- el / Padre sabe bien que es lo que les hace falta antes de que se lo pidan (Mt. / 6, 8). Tampoco pretendemos "mover" a Dios, lo cual sería magia.

En la petición, el hombre se expresa como un necesitado, como uno que / todavía no se ha resignado, como alguien que tiene esperanza. Cuando pedi-// mos, no descargamos nuestras responsabilidades en Dios sino que asumimos /// nuestra responsabilidad frente a Dios.

"En la oración se expresa el hombre delante de Dios con su dolor por la ausencia del Reino, con su responsabilidad por la edificación del mismo. En / la súplica, el hombre hace suya la causa divina... También cuando el hombre / no puede ser ayudado por el hombre y no tiene ninguna posibilidad de acción, la oración mantiene viva el hambre humana del Reino de Dios... y no permite / que el creyente desespere del sentido de la vida" (Vigilia de oración política en Colonia, 1969).

Karl Rahner escribía que para muchos cristianos de hoy -sea que recen o hayan dejado de rezar- hay un hecho que constituye una auténtica prueba: "Hemos orado y Dios no ha contestado, hemos gritado y El ha permanecido mudo... no ha escuchado la oración por los niños que mueren de hambre... el lamento / de chicas violadas, de niños mortalmente golpeados, de trabajadores explotados como esclavos, de tantos destruidos por la injusticia, de los inválidos... / ¿Dónde está el Padre bueno, que da cosas buenas a sus hijos? ¿Qué podemos hacer? ¿No pensar en estas realidades, apartarlas de nuestra mente como si fueran falta de fe o integrarlas en nuestra oración?

El profeta Jeremías, Job y muchos salmos son un claro testimonio de que una oración auténtica puede integrar la duda, la queja, la rebelión. El misterioso grito de Jesús en la cruz está en la misma línea: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Se han dado innumerables definiciones de la oración. Víctor Codina, S. / J., sacerdote español que desde hace años trabaja pastoralmente en Bolivia, / propone redefinir la oración cristiana como "el clamor del pueblo de Dios". / El clamor de los israelitas oprimidos en Egipto es el prototipo de la oración del Antiguo Testamento. La Biblia, desde el Exodo al Apocalipsis pasando por los profetas y los salmos, presenta la oración como el clamor del pueblo.

"SEÑOR, ENSEÑANOS A ORAR"

blo.

"La redefinición de la oración como clamor permite reelaborar la pedagogía de la plegaria. En primer lugar, el clamor presupone una toma de conciencia de la situación personal y colectiva de nuestra humanidad... El clamor solidario implica la superación de todo intimismo o exclusivismo individualista... Esta solidaridad con el clamor de los demás, especialmente de los más necesitados, corrige toda posible concepción mágica o alienante de la oración, ya que la misma solidaridad supone un compromiso liberador. Esto forma parte de la dinámica de toda oración cuyo primer fruto no consiste en hacer saber a Dios nuestras necesidades, sino en tomar nosotros conciencia de ellas.

La eficacia de la oración bíblica comienza al suscitar Dios causas intrahumanas de salvación. Dios escuchó el clamor de los israelitas haciendo que Moisés se sintiera solidario de sus hermanos de raza y prefiriera ser maltratado con su pueblo a una evasión egoísta (Ex. 2, 11- 3, 10; Hebreos, 11, 23-26). Y Dios escuchó el clamor de Jesús haciéndolo causa de salvación universal por su solidaridad con todos los hombres (Hebreos, 5, 7-9).

El clamor solidario no es superstición alienante sino toma de conciencia de que el Reino de Dios está todavía lejos, de que existe injusticia y pecado, de que hay que luchar para que aparezcan signos de esperanza histórica tan sencillos quizás como los que proclamaba el profeta Isaías: "Edificarán casas y habitarán en ellas, plantarán viñas y comerán su fruto. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma" (Isaías, 65, 21-22).

El clamor solidario supone una mirada evangélica a la historia, un reconocimiento de los signos de los tiempos, un reconocer que a través del clamor de los pobres, es el mismo Espíritu quien clama...

Sólo desde esta solidaridad comprometida con el clamor de los pobres podrá la Iglesia aprender a orar de nuevo, sin riesgo de alienación y de infantilismo... Al margen del clamor de los pobres, toda oración, incluso la litúrgica de la Iglesia, se convierte en una droga peligrosa, porque el único Dios verdadero, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, es aquel que escucha el clamor de los pobres" ("Aprender a orar desde los pobres", Concilium 179, 1982).

++++++

DOS MODOS DE SER RICO

El evangelio de hoy forma parte de una colección de enseñanzas de Jesús sobre la actitud del cristiano con respecto a los bienes, con respecto al "tener". El tercer evangelio es el que nos transmite con más amplitud la enseñanza de Jesús sobre este punto. Además de las Bienaventuranzas: ¡Dichosos ustedes los pobres! ¡Ay de ustedes los ricos! (6, 20-26), tenemos este capítulo 12, el 14, el 16 y el 18. Se podría titular el evangelio de Lucas "Jesús entre ricos y pobres", por eso Lucas ha sido calificado como el evangelista de los pobres, porque presenta a Jesús como el Mesías de los pobres y subraya este aspecto central de la personalidad y misión de Jesús. Les recuerdo esos capítulos del evangelio de Lucas que leemos durante este año para que ustedes puedan leerlos en sus casas, ya que, dado el tiempo tan breve que tenemos en la misa, no es posible abordar este tema tan importante y tan complejo.

Este tema: lo que piensa Jesús de los ricos y los pobres, es un tema urticante. Es un tema conflictivo hoy y era un tema conflictivo en tiempos de Jesús.

Sucede que el tener, juntamente con el poder y el sexo, son temas no marginales sino que tocan el núcleo de la existencia humana. Eso explica por qué a todo hombre le resulta muy difícil abordarlos con objetividad dado el peso de los condicionamientos conscientes e inconscientes que tenemos.

En el caso del católico medio, cuando se le propone la enseñanza del evangelio, la enseñanza de Jesús sobre estos tres temas, tiene que superar además otro obstáculo: el de la imagen que tiene de Jesús.

La imagen de Jesús que se tiene, fruto de la catequesis, de las clases de religión si fue a un colegio católico, o de la liturgia y las predicaciones, es bastante distinta de la que testimonian los evangelios.

El Jesús del católico medio es más parecido a un ícono, a una imagen bizantina, que a un hombre de carne y hueso, es decir, es una imagen vaga, desleída. Muchos católicos, cuando uno les pregunta: "¿Quién es Jesús para usted?", contestan: "...y... para mí, Jesús es Dios". Y si uno insiste queriendo entender y pregunta: "¿Qué quiere decir usted cuando dice Dios?", la respuesta es aún más vaga: "...y... Dios es... una fuerza... alguien tuvo que hacer todo esto...".

Según los evangelios, Jesús causaba una viva impresión en sus contemporáneos. Hablaba de un modo distinto, de un modo nuevo, no como los jerarcas religiosos. Jesús impresionaba como un hombre libre. Sus contemporáneos lo vieron como un profeta, como alguien que en nombre de Dios condenaba un sistema religioso que había substituido el núcleo de la ley: el amor a Dios y el amor efectivo al prójimo por una piedad formalista que sacralizaba la marginación de los pecadores, de los enfermos, de los pobres, de las mujeres. Jesús justificaba su actitud con ese slogan revolucionario que nos transmiten los evangelios: "No está hecho el hombre para el sábado sino el sábado para el hombre": no está hecho el hombre para la religión sino la religión para el hombre.

Su mensaje era un mensaje religioso pero, precisamente por eso, profundamente social y político. La raíz del enfrentamiento con los dirigentes religiosos era la concepción de Dios. Pero el problema no consistía en diversas formulaciones doctrinales: el problema estaba en la práctica, en el modo como Jesús implicaba a Dios en la trama de la convivencia humana. El Dios a quien Jesús llamaba Padre, seguía, como en el Exodo, tomando partido por los pobres, los marginados, los excluidos de la sociedad. Y eso hacía tambalear una sociedad injusta que los dirigentes religiosos sacralizaban con sus ritos y su culto.

La personalidad de Jesús rompe todos los esquemas. Ciertamente no lo podemos encorsetar en el rol de revolucionario social pero, menos aún, se lo puede considerar un moralista o profesor de religión. Si Jesús hubiera sólo enseñado moral o religión, si sólo hubiera hablado del amor de una manera abstracta: "Tenemos que querernos entre todos", nunca lo hubieran matado. A quien no se mete en las cosas de este mundo, a quien no toca intereses terrenales, a quien no cuestiona el poder ni los intereses económicos, no lo matan... Pero, a Jesús, los dirigentes religiosos lo hicieron matar.

DOS MODOS DE SER RICO

Jesús no hizo discursos sobre la pobreza y la riqueza: habló de pobres y ricos. Los economistas, en cambio, se preocupan de las variables económicas y no de las personas. Hace unos días vi un programa de televisión. Había gente que estaba sin trabajo porque habían cerrado las empresas en que trabajaban y otras que iban a quedar sin trabajo como consecuencia de la política ferroviaria. Le preguntaban a un prestigioso economista, ex ministro de economía: "Y ahora, nosotros, ¿qué hacemos?". El economista, con gran seguridad, contestó: "Son problemas puntuales". Y en otro momento del diálogo alguien preguntó: "¿Qué ganamos con esto?". Y el economista respondió: "Gana el país". Era claro que esos cientos de familias que quedaban en la calle no pertenecían al país...

Jesús tiene un juicio muy negativo sobre los ricos. El que dijo: "¡Ay de ustedes los ricos! ¡Ay de ustedes los satisfechos!" no fue Carlos Marx sino Jesús de Nazaret. Sería un imperdonable anacronismo acusarlo de marxista... Jesús utiliza a veces el lenguaje hiperbólico. Dice, por ejemplo, /// "¿Por qué miras la ramita en el ojo ajeno y no ves el tronco que hay en el tuyo?"; "Ustedes cuelean el mosquito y se tragan el camello".

Los tres evangelios sinópticos nos transmiten esa hipérbole de Jesús: "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de Dios". Esta afirmación, que nos desconcierta hoy, provocó extrañeza en los oyentes de entonces. Dice el evangelio: "Los discípulos se asombraron aún más y se preguntaban unos a otros: Entonces, ¿quién podrá salvarse? Y Jesús, fijando en ellos la mirada, les dijo: Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para El todo es posible" (Mc. 10, /// 25-27).

Esa expresión: "Para Dios todo es posible", "No hay nada imposible para Dios", significa, en el lenguaje bíblico, una intervención extraordinaria de Dios. Jesús afirma: Dios puede hacer que un rico cambie su actitud con respecto al tener, comparta sus bienes con los pobres y se salve.

Consideremos la parábola de hoy que culmina con la dura condena de Dios: "¡Insensato!". En realidad, el término griego significa "estúpido" o "loco".

Preguntemos: ¿Por qué esta condena? ¿Qué mal ha hecho este hombre rico/ "cuyas tierras habían producido mucho"? ¿Habría hecho mal en trabajar duro para tener una buena cosecha? ¿Será malo el alegrarse porque gracias a la buena cosecha puede pensar en el futuro con confianza, con la seguridad de que no pasará hambre? Se dice que esa noche iba a morir, pero entonces, ¿tendría que haber hecho otra cosa? En un convento alemán se lee esta frase: "Reza como si hubieras de morir hoy y trabaja como si hubieras de vivir para siempre".

Lutero decía: "Si supiera que mañana este mundo se desplomará, aún así plantaría hoy un arbolito". ¿Qué tenía que haber hecho el rico? ¿El sentido de la parábola sería "Si quieres vivir, prepara la muerte"? Pero esta frase que suena piadosa, no la dijo Jesús de Nazaret sino Sigmund Freud.

Dígame: Si usted tuviera un campo y hubiera tenido una cosecha extraordinaria, ¿no haría construir nuevos silos para almacenarla? O si a usted le dieran una suma grande de dinero por un retroactivo, o por indemnización por que lo dejaron cesante, ¿no trataría de conservarla o invertirla para asegurar su futuro? ¿Qué hay de malo en obrar así? ¿Por qué calificar a quien obra así de estúpido o loco?

Solo con su riqueza. Este hombre está solo, piensa sólo en sí mismo. Habla, pero no a otro, sino a sí mismo. ¿Cayeron en la cuenta cómo insiste en lo suyo: "mi cosecha... mis graneros... mi trigo... mis bienes... mi alma... alma mía...". Los otros no existen. Existe sólo él con sus bienes. Claro // que esa es la visión de la realidad que tiene él; de hecho hay muchos otros. Alguno, incluso, puede estar sentado a la puerta de su casa, como Lázaro en otra parábola de Lucas (16, 19-31). Pero él está solo, para él la realidad se agota en sí mismo y en su riqueza.

En una situación semejante, en que la vida se identifica con la riqueza, el anuncio de la muerte inminente provoca un vacío desesperante. Y entonces, lo que parecía razonable, actitud inteligente y previsor, se manifiesta lo que es: insensatez, locura.

DOS MODOS DE SER RICO

Para el rico los otros no existen. O, a lo más, piensa en los otros como posibles ladrones que podrían despojarlo de su riqueza. Hace un tiempo tuvo lugar en Zurich una exposición internacional de la seguridad. Un diario suizo comentaba que se exponían "los sistemas de seguridad más sofisticados del mundo a fin de impedir el acceso a los elementos indeseables". Es imposible amar al prójimo cuando éste aparece en el horizonte de nuestras preocupaciones solamente como "elemento indeseable".

¿Por qué se condena al hombre rico? La frase conclusiva del pasaje de hoy da la pista de la respuesta: "Esto es lo que sucede al que acumula riquezas para sí y no es rico a los ojos de Dios". Esta frase es una advertencia para nosotros que escuchamos la parábola: tenemos que ser ricos a los ojos de Dios. ¿Qué quiere decir Lucas con esta expresión extraña: ricos a los ojos de Dios?

Algunos han entendido como si se nos aconsejara atesorar virtudes, acumular obras buenas... Pero ¿la avaricia espiritual no es acaso tanto o más nefasta que la que atesora bienes materiales? ¿No merece esa actitud ser condenada también como idolatría (Col. 3, 5)?.

El sentido de esa expresión: "ser ricos a los ojos de Dios" aparece si se tienen en cuenta tres expresiones de Jesús en este mismo evangelio de Lucas:

- "Vendan sus bienes y denlos como limosna... acumulen un tesoro inagotable en el cielo" (12, 33).

- "Vende todo lo que tienes y distribúyelo entre los pobres y tendrás un tesoro en el cielo" (18, 22).

- "Gánense amigos con el dinero de la injusticia, para que, cuando les falte, ellos los reciban en las moradas eternas" (16, 9).

Es claro que ser ricos a los ojos de Dios es compartir lo que se tiene con los pobres. Esta actitud del cristiano con respecto a los bienes es consecuencia de la convicción de que Dios ha hecho el mundo y todo lo que existe para todos los hombres. Por eso, mientras hay pobres, a ellos les pertenece lo que excede nuestras reales necesidades. Hay que subrayar: reales, no creadas por la propaganda o justificadas por el status social.

Lucas, que es autor también de los Hechos de los Apóstoles, dice de los primeros cristianos que "nadie consideraba sus bienes como propios sino que todo era común entre ellos... Ninguno padecía necesidad..." (4, 32-35).

Quien trata de enriquecerse cada vez más sin tener en cuenta las personas, los grupos marginados, excluidos de la vida, está condenado por Jesús en el evangelio de hoy: Eso sucede al que acumula riquezas para sí y no es rico a los ojos de Dios. Si en la sociedad civil es aceptado el principio: "Se presume que todo hombre es inocente hasta que no se pruebe lo contrario", se puede decir que, de acuerdo a la enseñanza de Jesús: "Se presume que todo rico es culpable a menos que se pruebe lo contrario".

La existencia de personas y grupos que carecen de lo necesario para una vida digna de hombres, las muertes de miles de niños por año y el escándalo de los "niños esclavizados" (ROGER SAWYER) y de los "chicos de la calle", // grava con una hipoteca de sospecha a los responsables del poder y a los satisfechos, a los "ricos cada vez más ricos" (JUAN PABLO II).

++++++

ESTEN PREPARADOS ESPERANDO AL SEÑOR

El pasaje de hoy tiene tres partes:

- Una palabra de consuelo para la pequeña comunidad perseguida: "¡No temas, pequeño rebaño!".
- Una continuación de la enseñanza del domingo pasado acerca de la actitud del discípulo con respecto a los bienes: ¡Sean ricos ante Dios! "¡Háganse un tesoro en el cielo!".
- Tres parábolas sobre la vigilancia en la espera del Señor: "¡Estén preparados!".

"Una atenta lectura del párrafo evangélico de hoy nos permite hacernos una idea de la comunidad de discípulos según el proyecto de Jesús aplicado por Lucas a su realidad eclesial: un pequeño grupo de hombres abiertos al futuro en vigilante espera de su Señor y, por este motivo, seriamente empeñados en aprovechar las ocasiones que se les presentan con laboriosidad y alegría. Las estructuras de esta comunidad son provisorias y elásticas; las autoridades y las cabezas, siervos entre los siervos, no pueden reivindicar para sí mismos dinastías o castas de poder, ya que uno solo es el Señor y patrón de la casa en la que ellos desempeñan temporariamente una labor que exige más responsabilidad y fidelidad que la que se pide a los demás servidores." (GERARDO D'ALESSANDRO).

Los evangelios nos han conservado muchas parábolas y exhortaciones de Jesús a la vigilancia, a estar preparados, a estar a la espera de la venida del Señor. Las más conocidas son las tres parábolas escatológicas del capítulo 25 del evangelio de Mateo: las chicas previsoras y las distraídas, la de los talentos y el juicio final.

Los primeros cristianos oraban: "Ven, Señor Jesús" (Apoc. 22, 20), esa oración que, gracias a la reforma litúrgica, rezamos también hoy después de la consagración, aunque no ha "entrado" en la espiritualidad del católico actual.

La primera generación cristiana pensaba que la venida de Cristo resucitado era inminente. San Pablo, en su carta a los tesalonicenses escrita alrededor del año 50 de nuestra era, expresa su esperanza de estar vivo para cuando vuelva el Señor (1 Tes. 4, 15). Pero pasó el tiempo. En el año 70 los romanos tomaron Jerusalén y destruyeron el templo. Fue el fin de la nación judía pero no el fin del mundo.

Lucas, que escribe para los cristianos de la segunda generación, tiene en cuenta que la venida del Señor puede tardar: "Puede llegar a medianoche o antes del alba" (vs. 38), "el Señor tardará en llegar" (vs. 45). Su llegada los llenará de alegría: "Felices esos servidores": el Señor realiza un gesto inimaginable: se pondrá a servirlos (vs. 37).

La actitud de los cristianos es la de estar preparados (vs. 35; 40). Aunque la llegada definitiva del Reino de Dios tarde, aún si el camino que debe recorrer la Iglesia es más largo de lo que creían los cristianos de la primera generación, la esperanza en la venida del Señor Jesús es esencial a nuestra fe.

Precisamente porque tocamos aquí un punto central de nuestra fe nos resulta muy difícil hablar de él. Es que se trata de hablar en el tiempo de una realidad que trasciende el tiempo. Estamos hablando de Dios en su relación con nosotros. Cuando decimos que Jesús vendrá, que tenemos que esperar al Señor, da la impresión de que estamos hablando de alguien que está ausente, uno tiene la impresión de que Jesús es casi como un exilado que vuelve a su patria. Nos juegan una mala pasada las imágenes espaciales que utilizamos para expresar nuestra fe: "Subió al cielo, está sentado a la diestra de Dios y desde allí ha de venir...". Con este lenguaje intentamos expresar lo inexpresable: que Jesús resucitó, es decir, que el crucificado vive la vida de Dios, vive "en otra dimensión", ha sido hecho Señor.

Pero precisamente por eso, porque Jesús resucitado ha "recibido todo poder en el cielo y en la tierra..." puede decir: "Yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo" (Mt. 28, 18-20). El mismo Jesús asegura: "Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos" (Mt. 18, 20)./

ESTEN PREPARADOS ESPERANDO AL SEÑOR

"Lo que hicieron con uno de estos hermanos míos más pequeños, lo hicieron // conmigo" (Mt. 25, 40).

Jesús está presente en el mundo, no está ausente. Entonces, ¿podemos esperar a alguien que está presente?

Ciertamente, Jesús no está ausente: su presencia en la historia es real pero "misteriosa", sólo se la afirma desde la obscuridad de la fe. Confesamos que Jesús es el Señor de la historia, pero, así como los primeros cristianos fueron perseguidos porque no reconocían que el emperador romano era el Se-//ñor, el Kyrios del mundo, hoy, afirmando que Jesucristo resucitado es el Señor del mundo nos consideran ilusos porque son otros los "señores" de quien depende el mundo: Bush, los grandes consorcios multinacionales, los "siete / grandes"...

El día del Señor, cuando Cristo venga al fin de la historia se manifestará como Señor, aparecerá el sentido de la historia, juzgará la historia, / "justificará" la historia que aparecía sin sentido. Más que de dos venidas / de Cristo habría que hablar de una única venida que se articula en distintas formas: Jesús que vive en "forma de siervo" es exaltado en su resurrección / recibiendo un "nombre que está por encima de todo nombre" (Fil. 2, 6-11) pero este modo nuevo de existencia de Jesucristo permanece velado hasta la "parusía" al final de los tiempos. Parusía significa "presencia" y "venida".

Análoga tensión dialéctica se da con el Reino de Dios: Jesús anunció su presencia: "Está en medio de ustedes" (Lc. 17, 21). Cuando le preguntaron: / "¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?", Jesús respondió afirmativamente al señalar los signos de la presencia del Reino: "Los ciegos ven, los sordos oyen, los paralíticos caminan, a los pobres se les anuncia / el evangelio" (Mt. 11, 3-5). Y, sin embargo, nos encargó pedir: "Venga a nosotros tu Reino" (Lc. 11, 2).

El Reino de Dios ya está presente en nuestra historia, pero todavía no en plenitud. En nuestra historia siguen habiendo injusticias, muertes de inocentes, una maraña aparentemente inconexa de acontecimientos contradicto-//rios...

Cuenta un antiguo relato rabínico que un día los discípulos de un anciano y sabio rabino le dijeron: "Maestro: hay algunos hombres que dicen que ha llegado el Mesías". El rabino, sin responder nada, se asomó por la ventana a la calle, miró a un lado y a otro, cerró la ventana y les dijo a sus discípulos: "No; todavía no ha llegado porque los hombres no han transformado "sus/ espadas en arados ni sus lanzas en hoces" (Is. 2, 4); por el contrario, si-//guen preparándose para la guerra". La realidad parece dar la razón al sabio/ rabino.

Creemos, apoyados en la palabra de Jesús, que el Reino ya ha llegado, / pero Jesús nos enseñó a pedir: "Venga a nosotros tu Reino". Sólo pueden pe-//dir con autenticidad que venga el Reino de Dios quienes se comprometen de // verdad con la liberación del hombre: el Reino vendrá si se realizan las o-//bras del Reino.

Algo análogo podemos decir en lo que respecta a la esperanza en el Se-//ñor que viene. ¿Qué significa esperar a Jesucristo?. Es claro que cuando Jesús nos dice: "Estén preparados... sean como los hombres que esperan el re-//greso de su Señor" (vs. 35-36), no nos invita a esperarlo mirando al cielo: / los ángeles de la Ascensión censuran esa actitud: "Hombres de Galilea: ¿Por/ qué siguen mirando al cielo?" (He. 1, 11).

Las sectas interpretan de esta manera la esperanza en la venida de Je-//sús. Insisten en que la inminencia de la venida de Jesús justifica la despreocupación por la marcha de la historia: "El mundo está en poder del maligno; hay que aprovechar el breve tiempo disponible antes de la vuelta del Señor / para asegurar la salvación del alma".

Sin embargo, ¿se espera en la Iglesia de alguna manera la vuelta del Se-//ñor? Decía Teilhard de Chardin: "Decimos que esperamos al Señor; si fuéramos sinceros tendríamos que confesar que no esperamos absolutamente nada".

"Una Iglesia que ya no se siente (aunque se sepa teóricamente) 'el grupo de los que esperan la venida del Señor Jesús' se inclinará a instalarse /

ESTEN PREPARADOS ESPERANDO AL SEÑOR

en el mundo lo más cómodamente posible, a pactar con los poderes establecidos, a constituirse ella misma en centro de poder... Sólo una Iglesia convencida de la real proximidad del Señor, que recita de nueva el "MARANA THA" // ("Ven, Señor") con la misma ansiedad expectante de los testigos de la resurrección... alzaré su voz para denunciar el pecado de desmesura consistente en hacer pasar por definitivo lo que no es más que provisional" (RUIZ DE LA PEÑA).

Jesús nos exhorta: "Estén preparados, ceñidos y con las lámparas encendidas" (vs. 35). Podríamos traducir la expresión "ceñidos" por "estén con ropa de trabajo. ¡Esté atentos! ¡Estén despiertos!"

Esta advertencia vale para nosotros hoy. Tenemos necesidad de este llamado de atención. Vivimos en un mundo que parece víctima de una hipnosis colectiva.

Se vive, se trabaja, también se sufre... Los individuos y los diversos grupos: funcionarios, legisladores, jueces, empresarios, sindicalistas, actúan para enriquecerse, para aumentar su poder y su prestigio sin tener en cuenta la multitud creciente, los millones de gente que no tiene trabajo, a quienes no les alcanza para vivir, sin tener en cuenta que estamos hipotecando el futuro del país por el total desamparo de los niños y jóvenes...

Y así vivimos un día tras otro... El Señor está ausente, tarda... La televisión y los medios de difusión aluden, como de paso, a algunos de estos problemas, pero en realidad se ocupan de sugerirnos cada día nuevos productos que harán la vida más placentera, que nos harán más jóvenes, más lindos, más felices... Y así un día tras otro...

Es muy difícil pensar de otra manera y tener una actitud distinta de la que tiene todo el mundo. Hay situaciones dolorosas, todo el mundo se lamenta por ello, pero "no se puede hacer nada", "Estamos mal, pero vamos bien..." / No hay lugar para la esperanza...

Sin embargo, cristianos son los que esperan; Pablo define a los cristianos como "los que tienen una esperanza" (Ef. 2, 12; 1 Tes. 4, 13). El objeto de nuestra esperanza es la venida de Jesucristo. Pero este acontecimiento, / "más que una venida de Cristo al mundo, es una ida de los hombres y el mundo a la forma de existencia gloriosa propia del Resucitado" (RUIZ DE LA PEÑA). / Cristo ya realizó su pascua, El no cambiará; somos los hombres y la creación entera que sufre dolores de parto.

Estar atento a la venida del Señor significa agudizar la sensibilidad / para percibir los signos de los tiempos (Mt. 16, 2-3), los signos precursorés que anuncian la pascua de la historia.

En este tiempo de la espera del Señor tenemos que estar dispuestos a // dar razón de nuestra esperanza (1 Pe. 3, 15), es decir, tenemos que dar un / testimonio creíble de la esperanza para quienes no tienen esperanza. La comunidad de los cristianos tiene que vivir en la esperanza de la venida del Señor como Abraham (Heb. 11, 8-19), tiene que caminar en la esperanza (nuestra fe está transida de esperanza), resistir en la esperanza.

En este tiempo se habla de "nueva evangelización": el evangelio será // siempre nuevo porque denuncia como vieja la pretendida racionalidad de un // mundo que habla de un "nuevo orden internacional" en que se considera como // normal, como necesario, que sigan muriendo de hambre millones de inocentes, / un mundo que presenta como definitivo lo que es producto de las injusticias / de individuos, grupos y naciones.

La esperanza viva en la venida del Señor manifiesta la fuerza del Espíritu de Dios que resucitó a Jesús crucificado, capaz de hacer surgir vida de la muerte. A los que esperan están dirigidas las consoladoras palabras de Jesús: "No temas, pequeño rebaño, porque el Padre ha querido darles el Reino".

++++++

¿DE QUE LADO ESTAMOS?

Las desconcertantes palabras de Jesús que leemos hoy están en el contexto de la subida de Jesús a Jerusalén, el momento de la decisión suprema de Jesús.

El fuego y el agua han sido utilizados simbólicamente en las más diversas religiones y también en el Antiguo Testamento y en el Nuevo. El agua y el fuego son símbolos de vida y de muerte. El agua purifica y da vida, hace fecundo el desierto y restaura las fuerzas del peregrino. Pero el agua también destruye y mata, como las aguas del diluvio. El fuego calienta e ilumina, como la columna de fuego que guiaba a los israelitas por el desierto. Pero el fuego también quema y aniquila como a Sodoma y Gomorra.

Con la palabra y la acción de Jesús se inaugura el Reino de Dios, comienza el tiempo final del mundo. En el lenguaje apocalíptico, a la etapa final de la historia se la caracteriza con el símbolo del fuego, el fuego de la purificación, el fuego que separa a los hombres en dos frentes: pro y contra Jesús.

La imagen del bautismo apunta al destino final de Jesús. En el Antiguo Testamento, ser bautizado, ser sumergido en el agua, era una imagen del sufrimiento y de la muerte. Jesús siente angustia ante el bautismo de su muerte (ver Mc. 10, 38; 14, 33). El bautismo cristiano que se hacía por inmersión simboliza participar en la muerte de Cristo. Pablo escribe: "Los que fuimos bautizados en Cristo Jesús nos hemos sumergido en su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con El en la muerte..." (Rom. 6, 3-4).

La segunda parte del pasaje evangélico de hoy es particularmente desconcertante. La misma forma literaria es provocativa: "¿Piensan ustedes que he venido a traer la paz sobre la tierra?". La agresividad de la pregunta se refuerza por las palabras que siguen: "No; les digo que he venido a traer la división".

¿Quiere decir entonces que Jesús no ha venido a traer la paz? Pero entonces, ¿cómo entender esas otras palabras de Jesús que repetimos en todas las misas antes de la comunión: "Les doy la paz, les doy mi paz" (Jn. 14, 27)?

No he venido a traer la paz sino la división y el enfrentamiento. El enfrentamiento entre los miembros de una misma familia: el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra. Jesús viene a salvar pero no todos lo aceptan. De hecho, su palabra y su acción provocan la división y el enfrentamiento entre distintos grupos de gente. Jesús es un signo de contradicción frente al cual los hombres se dividen y se enfrentan.

El evangelio de Lucas presenta a los ángeles anunciando la paz en el nacimiento de Jesús (Lc. 2, 13-14). Pero en el mismo capítulo, pocos versículos después, leemos las palabras del anciano Simeón: "Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel, será signo de contradicción. Así se manifestará lo que sienten los hombres en sus corazones" (vs. 34-35). Este es el Jesús que afirma: He venido a traer la división.

Y si leemos los evangelios despojándonos de los "anteojos culturales" que utiliza cierta catequesis generalizada, incluso ciertas predicaciones y literatura "piadosa" que transforma a Jesús en el "dulce Rabí de Galilea", descubriremos que la imagen de Jesús de Nazaret que presentan los evangelios es la de un Jesús conflictivo. El Jesús de los evangelios hablaba y actuaba de tal manera que sus contemporáneos lo consideraban un profeta (Mc. 8, 27-28).

Los profetas de Israel son hombres que, precisamente por ser mensajeros de Dios, resultaban molestos provocadores de conflictos. ¿Por qué provocaba conflictos Jesús? En los evangelios aparece que la raíz de la conflictividad de Jesús no dependía de algo marginal sino de lo que constituía el núcleo de su vida y su mensaje: era una consecuencia de su concepción de Dios. Jesús provoca una verdadera revolución en la concepción de Dios generalmente admitida en su pueblo y que propugnaban los escribas y fariseos. El enfrentamiento de Jesús con ellos no tiene lugar en el plano teórico: tanto para Jesús como para los escribas y fariseos Dios es bueno, es el libertador, se preocupa de

¿DE QUE LADO ESTAMOS?

los pobres... La diferencia no está en la doctrina sino en la práctica. Por eso dice Jesús: "Los escribas y fariseos ocupan la cátedra de Moisés: hagan lo que ellos dicen... pero no hagan lo que hacen" (Mt. 23, 2-3).

El conflicto sobre Dios se da en la diversa forma en que ambos, Jesús y los escribas y fariseos, implican a Dios en la historia, en los asuntos humanos: ¿dónde buscar a Dios, de qué manera dar culto a Dios?

Los escribas y fariseos dan más importancia a los medios que a los fines, dan más importancia al culto y a las tradiciones religiosas que a la gente y sus necesidades. Jesús, en cambio, tenía una actitud totalmente distinta. Según El, la religión que Dios quiere, el culto que agrada a Dios, es la liberación del hombre.

Ese es el sentido de la acción de Jesús: manifiesta la presencia del Reino de Dios demostrando el amor del Padre a los marginados de esa sociedad que se llamaba Pueblo de Dios. Se reunía y comía con los que escribas y fariseos llamaban pecadores (Lc. 15, 2), curaba y expulsaba demonios frecuentemente en día sábado, día en que estaba prohibido hacerlo por ser día consagrado a dar culto a Dios. La observancia del sábado era como el "test" de religiosidad en tiempos de Jesús, mucho más de lo que es el domingo para nosotros. Religioso era el que observaba el sábado; quien no observaba el sábado era un pecador.

La actitud de Jesús con respecto a la mujer rompe también los esquemas establecidos.

Este modo de actuar de Jesús, esta libertad liberadora de Jesús en que compromete al Padre como lo expresan muchas parábolas (Lc. 15) provocaba división entre sus contemporáneos: Este hombre no es de Dios porque no observa el sábado, decían algunos. Otros retrucaban: Pero, ¿cómo hace estos signos? Dios no escucha a los pecadores... (Jn. 9, 16.31).

Jesús justificaba su actuación con ese "slogan" revolucionario: No está hecho el hombre para el sábado sino el sábado para el hombre (Mc. 2, 27), o sea: No está hecho el hombre para la religión sino la religión para el hombre.

Además, Jesús criticaba a los dirigentes religiosos a quienes llamaba "guías ciegos" (Mt. 23, 24) y despertaba el sentido crítico de la gente haciendo notar que los escribas y fariseos ponían el acento en tradiciones dejando de lado la voluntad salvadora de Dios (Mc. 7, 9).

Jesús alertaba: "Cuidense de los escribas" (Mc. 12, 38). Los escribas eran los dirigentes de la religión que Jesús profesaba. Este modo de actuar provocaba la división entre la gente y la reacción hostil de los dirigentes. Estos, como suele suceder, "demonizaban" al profeta que desestabilizaba el sistema en que se apoyaba su autoridad; acusaban a Jesús de ser instrumento del demonio y no un mensajero de Dios (Mc. 3, 22.30). Esta descalificación de la autoridad religiosa hacía mella en el pueblo. Algunos se arriesgaban a seguir a Jesús; otros, a pesar de la simpatía que despertaba Jesús, el evangelio dice que "la multitud escuchaba a Jesús con agrado" (Mc. 12, 37), preferían seguir apegados a la seguridad del sistema religioso y sometidos a sus dirigentes que hablaban en nombre de Dios.

Les propongo un "test", un test sobre la fe: si usted hubiera vivido en tiempos de Jesús, ¿qué habría hecho?, ¿de qué lado habría estado? Claro que usted no tiene que hacer trampa: tiene que jugar con las "cartas" que tenían los contemporáneos de Jesús antes de su resurrección...

Pero, el evangelio de hoy, ¿habla sólo del pasado? En la Iglesia de Jesús, ¿ya no hay división y enfrentamiento sino paz? En la Iglesia católica, la existencia del magisterio, ¿excluye la posibilidad de los profetas? El Espíritu Santo, ¿tiene circunscrita su función a convalidar las decisiones de la jerarquía? ¿No puede suscitar profetas que, anunciando hoy el evangelio liberador de Jesucristo, denuncien los pecados de la Iglesia, de los dirigentes y de los fieles?

El Concilio Vaticano II, que expresa la enseñanza del magisterio solemne de la Iglesia, dice que "el pueblo santo de Dios participa de la función profética de Cristo... El Espíritu Santo no se limita a santificar al pueblo de Dios a través de los sacramentos y los ministerios... distribuye entre //

¿DE QUE LADO ESTAMOS?

los fieles de todos los órdenes... las gracias especiales que los capacitan/ y hacen disponibles para asumir los distintos cargos y oficios útiles para / la renovación y el desarrollo de la Iglesia" (Lumen Gentium #12. Ver también #35).

Esta enseñanza del Concilio recoge lo que aparece en la historia de la/ Iglesia: el Espíritu Santo ha suscitado y suscita profetas "para que liberen el evangelio del lastre de formas institucionalizadas que amenazan con la esclerosis... Indudablemente, el profeta viene a subvertir la seguridad establecida y con ello provoca frecuentemente reacciones hostiles en el seno de/ la institución. Y aunque tardíamente o después de muerto sea "consagrado oficialmente", al principio será objeto de persecuciones larvadas o manifies-// tas" (ROGER AUBERT). Pablo se queja de lo que ha tenido que sufrir por culpa de los "falsos hermanos" (2 Cor. 11, 26; Gál. 2, 4).

Si tenemos en cuenta lo que ha pasado con algunos profetas, Teresa de A vila por ejemplo, y otros, no se puede dejar de pensar en las duras palabras de Jesús: "¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, que construyen // los sepulcros de los profetas y adornan las tumbas de los justos, diciendo:/ Si hubiéramos vivido en el tiempo de nuestros padres no nos hubiéramos unido a ellos para derramar la sangre de los profetas. De esa manera atestiguan // contra ustedes mismos que son hijos de los que mataron a los profetas. ¡Colmen entonces la medida de sus padres!" (Mt. 23, 29-31).

A pesar de las declaraciones del Concilio Vaticano II, el peso de las / estructuras de la Iglesia, la insistencia con que a lo largo de los siglos / se ha cargado el acento sobre el principio de autoridad y el reforzado centralismo y control de la curia romana, hacen muy difícil la vida a los profetas.

La concepción prevalente de la Iglesia como "sociedad perfecta", la identificación de la Iglesia actual con el Reino de Dios, lleva a excluir de/ plano todo conflicto, impide interpretar los conflictos como un elemento vital de una sociedad religiosa humana como es la Iglesia. La enseñanza tradicional, actualizada por el Concilio Vaticano II de que la Iglesia está necesitada de una "reforma permanente" (Decreto de Ecumenismo #6), no se tiene / en cuenta.

La unidad de la Iglesia se identifica con la uniformidad. Los cuestionamientos o críticas a lo que se hace, a la situación actual de la Iglesia, // son descalificados y silenciados porque rompen la unidad. Se interpreta que/ quienes hacen cuestionamientos los hacen por motivaciones patológicas o con/ fines inconfesables. Los conflictos provocan división y esa sola razón es suiciente para no asumirlos y discutirlos objetivamente.

"¿Piensan que he venido a traer la paz? No; he venido a traer la división". ¿Cómo interpretar estas palabras de Jesús sobre la división? ¿Será, // tal vez, la división entre cristianos y no cristianos? Como decíamos al principio, no es ése el punto de división; la división pasa por el modo de implicar a Dios en la historia, por el modo de implicar a Dios en la conflictiva/ realidad que vivimos. Están los que lo consideran como un espectador neutral que bendice y garantiza un ordenamiento injusto en la sociedad y en la Iglesia, y están quienes, porque lo confiesen liberador y salvador, denuncian la opresión y son la voz de los sin voz.

Leemos en el evangelio de Juan: "Les doy la paz, les doy mi paz, no es/ la paz del mundo" (Jn. 14, 27). Ha habido y hay muchos tipos de paz. Conocemos, por la historia, la "pax romana": los cristianos en los primeros siglos fueron perseguidos. San León Magno, al predicar sobre el final de las persecuciones y sobre la paz entre el cristianismo y el imperio, dice: "Habet, igitur dilectissimi, pax nostra pericula sua..." (Sermo 36, 4): Nuestra paz / tiene sus peligros. Hay paces peligrosas, hay paces destructoras y opresivas. La paz de Jesús no es la paz de los cementerios ni el silencio forzoso/ de los totalitarismos. La paz de Jesús es don del Espíritu Santo, y donde es tá el Espíritu del Señor allí está la libertad (2 Cor. 3, 17).

Es el mismo Espíritu Santo el que trae la paz y el que habla por los // profetas. Por eso, cuando en nombre de la paz se trata de "extinguir la acción del Espíritu Santo y se silencia a los profetas" (1 Tes. 5, 19-20), /// cuando se piensa que la gloria de Dios exige la muerte de los profetas (Jn./

¿DE QUE LADO ESTAMOS?

16, 2), no se trata de la paz de Jesús y el Dios a quien se invoca no es el/ Dios de Jesús sino un ídolo.

Hoy el Espíritu Santo sigue guiando a la Iglesia también suscitando pro fetas. ¿De qué lado estamos?

+++++++

ENTREN POR LA PUERTA ANGOSTA

En el pasaje del evangelio de hoy leemos tres "palabras" de Jesús: la / palabra sobre la puerta angosta (Lc. 13, 23-24), sobre la puerta cerrada /// (13, 25-27) y sobre la participación de todos los pueblos en el banquete del Reino de Dios (13, 28-30).

1.- La pregunta de los "religiosos"

Lucas presenta la enseñanza de Jesús con ocasión de la pregunta de un o yente: "Señor: ¿serán sólo unos pocos los que se salven?".

¿Qué respuesta da Jesús?

Las palabras de Jesús suenan desalentadoras: "Les aseguro que muchos // querrán entrar y no lo conseguirán" (vs. 24).

El pasaje paralelo en el evangelio de Mateo es aún más claro: "Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición y son muchos los // que van por allí. Pero es angosta la puerta y estrecho el camino que lleva a la vida y son pocos los que lo encuentran" (Mt. 7, 13-14).

Convengamos que son declaraciones poco entusiasmantes. Si son pocos los que se salvan, ¿podemos pensar nosotros que estaremos entre esos pocos?

Pero si son pocos los que se salvan quiere decir que Dios, más que Pa-/ dre misericordioso, es un juez estricto y justiciero. Entonces quiere decir/ que es correcta la actitud de aquellos predicadores y catequistas que ponen/ constantemente ante la gente el riesgo del infierno y, apelando al sentimien- to de culpa, alimentan el miedo al pecado y al castigo del justo Juez.

Ciertamente así se interpretaron estas palabras de Jesús en ciertos pe- ríodos de la Iglesia. Un exponente de esa concepción es esa famosa secuencia del siglo XII que formaba parte de la misa de difuntos: "Dies irae": "Día de ira será aquél en que el mundo se disolverá en ceniza... ¿Qué enorme terror/ cuando aparezca el Juez que hará el juicio severo! Ante el Juez aparecerá to do lo que estaba oculto, nada quedará impune... ¿Qué podré decir, pobre de / mí? ¿Quién podrá defenderme si a duras penas el santo puede estar seguro?".

En ese tiempo la alegre esperanza en la venida del Señor que se expresa ba en la oración de los primeros cristianos: "Ven, Señor Jesús" había sido / substituída por el oscuro sentimiento de miedo ante el peligro de la conde- nación eterna, ante el riesgo de formar parte de los muchos condenados y no/ de los pocos salvados...

¿Ese es el sentido de las palabras de Jesús? ¿A la pregunta "Son sólo u nos pocos los que se salvan", Jesús ha respondido afirmativamente? ¿Sus pala bras deben interpretarse como una información acerca de la diversa cantidad/ de los salvados y de los condenados?

Ciertamente, no. Estas palabras de Jesús y otras similares en otras par tes de los evangelios no tienen un carácter informativo sino profético. Para interpretar lo que alguien dice es importante tener en cuenta lo que quiere/ decir. Si no se tiene en cuenta la intención, el sentido que da a las pala- bras quien habla o escribe se interpreta mal y no tiene lugar la comunica-// ción. Por ejemplo: cuando nos encontramos, uno pregunta al otro: "¿Qué tal?/ ¿Cómo te va?", y el otro responde: "Bien, gracias". En este caso, la pregun ta y la respuesta no tienen generalmente como objetivo un intercambio de in formaciones. Por eso, el que responde: "Bien, gracias" no miente aunque las/ cosas le vayan mal. Al responder: "Bien, gracias" expresa su unión con quien lo ha saludado.

"Al decir Jesús: "Pocos son los que se salvan" no pretende inducir a los creyentes a la desesperación, no quiere rechazarlos, sino sacudirlos y mover los a la conversión. Les inculca con energía que no se hagan sordos a la lla mada a la conversión, que se conviertan y que no escatimen esfuerzos para / ser de los elegidos. Las palabras de Jesús no tienen un carácter informativo sino profético; no es un cálculo estadístico sobre el porcentaje de los sal vados y de los condenados; se dirige únicamente a sacudir a los oyentes y a/ sacarlos de una indolencia natural y peligrosa. La Iglesia ha entendido siem pre correctamente esta sentencia de Jesús como una llamada apremiante a la / conversión" (G. LOHFINK) y no como una definición de que sólo unos pocos se/

ENTREN POR LA PUERTA ANGOSTA

salvarán. Jesús, al que le preguntaba, le dice: "¡Déjense de preguntar y esfuércense por entrar en el Reino!".

Las palabras de Jesús sobre la puerta angosta y cerrada que leemos en / el evangelio de hoy estaban dirigidas a los contemporáneos que, apoyados en / sus prácticas religiosas, creían no tener que cambiar de vida porque estaban seguros de salvarse. Esa seguridad parece traslucirse en la pregunta tan propia de los "religiosos": "Señor: ¿son sólo unos pocos los que se salvan?". 7 Como si dijera: "Me imagino que al cielo seguimos yendo los de siempre", nosotros, los "practicantes".

A esta gente que no lo reconoce como el Mesías, Jesús les hace presente la tremenda seriedad del momento. Tienen que aceptarlo a El y a su mensaje, / lo cual implica conflictos y rupturas (Ver la reflexión anterior "¿De qué la do estamos?"). El tiempo de la decisión apremia. Llegará un momento en que / será "demasiado tarde". A este "demasiado tarde" lo describen también otras / dos parábolas de Jesús: La de las chicas previsoras y distraídas (Mt. 25, // 1-12) y la de los invitados descorteses (Lc. 14, 15-24).

Hay un tiempo propicio para la salvación. Jesús anuncia que su presencia inaugura el "hoy" de la salvación (Lc. 4, 21); éste es el "tiempo oportuno" ("kairós", en griego), es el tiempo en que hay que decidirse. Llegará un momento en que será demasiado tarde: la puerta estará cerrada.

Aunque dirigidas originalmente a los contemporáneos de Jesús, la Iglesia primitiva interpretó estas palabras de Jesús como una exhortación a la / conversión válida para los cristianos. Estas amonestaciones de Jesús están / dirigidas hoy a nosotros. Para nosotros éste es el "tiempo oportuno", el /// tiempo de la decisión. "Este es el tiempo oportuno, dice San Pablo, éste es / el día de la salvación" (2 Cor. 6, 2).

Las palabras dirigidas a los retardatarios son tremendas: "No sé de dónde son ustedes", "no los conozco" (Mt. 7, 23). No hay nada común entre nosotros: "¡Fuera, malhechores!". Estos, por su parte, apelarán a las razones // por las cuales piensan que tienen derecho para estar adentro: "Hemos comido / y bebido contigo" (vs. 26): El comer en la misma mesa era, en la antigüedad, un signo privilegiado de unión y fraternidad. Esta expresión suena a los oídos cristianos como una alusión a la cena del Señor, a la eucaristía. La misa es, ciertamente, un signo de la unión con Cristo. Sin embargo los signos / comportan siempre cierta ambigüedad: hay signos mentirosos. Por eso ningún / signo es infalible: ni la pertenencia externa a la Iglesia ni el lugar que / se ocupe en ella, ni las obras que se puedan señalar; así, por ejemplo, en / el pasaje paralelo de Mateo se apela a que "predicamos en tu nombre, expulsamos demonios e hicimos milagros en tu nombre" (7, 22).

La religiosidad prevalente en tiempos de Jesús se caracterizaba por el formalismo y la engañosa seguridad que produce la práctica religiosa. Las // prácticas religiosas pueden llegar a ser un sustituto del núcleo de la Alianza: el amor efectivo al prójimo. Esa es la razón por la cual es tan difícil que las personas "religiosas" se conviertan, ésa es la razón por la cual es tan difícil que los curas, las monjas, los obispos, las personas "practicantes", reconozcan que tienen que cambiar. Es que, como hablan de Dios, del evangelio, comulgan, rezan..., llegan a convencerse que están bien con Dios, que viven lo que predicán...

Esto sucedía en tiempos de Jesús. ¿Qué sucede hoy con nosotros? ¿En qué consiste nuestro cristianismo? ¿A qué podríamos apelar para estar dentro? Hagamos un test, pensemos que estamos afuera: ¿qué le diríamos a Jesús para // que nos abra?

2.- ¿Qué clase de estrechez?

Jesús dirige su advertencia a gente religiosa, a "gente como uno": "Luchan para entrar por la puerta angosta; empuen todas sus fuerzas para entrar por la puerta angosta" (vs. 24).

Ciertamente, esta imagen de la puerta angosta alude a las dificultades / que comporta la decisión por Jesús, la decisión por el Reino de Dios. ¿Cómo / entender esta estrechez?

A veces se desfigura la enseñanza de Jesús cuando se interpreta la ima-

ENTREN POR LA PUERTA ANGOSTA

gen de la puerta angosta como si se aludiera a las mortificaciones, a los sacrificios, privarse de cosas que a uno le gustan o aguantar cosas que a uno le disgustan: una misa o predicación aburrida, por ejemplo...

El camino de la salvación es seguir a Jesús y Jesús no fue un monje austero y asceta. El mismo contrapone su estilo de vida al de Juan Bautista que sí era un profeta austero. Dice Jesús: "Vino Juan el Bautista que no comía / ni bebía... vino el Hijo del hombre, que come y bebe..." (Mt. 11, 18-19).

Si recorremos el evangelio, aparece Jesús como un enamorado de la vida / que goza de la naturaleza y de la amistad, que participa en banquetes y que / tiene una actitud en las antípodas de la propia de un moralista con la adúltera (Jn. 8, 1-11) y la prostituta (Lc. 7, 36-50), con respecto al ayuno y a las normas sobre las comidas, con respecto a esos pecadores públicos que eran los recaudadores de impuestos (Lc. 19, 1-10; 15, 1-2), etc.

Jesús no es un moralista; censura duramente a los moralistas de su tiempo, a los escribas y fariseos a los que califica de hipócritas porque "atan / pesadas cargas y las ponen sobre los hombros de los demás mientras ellos ni / siquiera las tocan" (Mt. 23, 4).

Estos moralistas hipócritas son los que, multiplicando las prohibiciones, hacen cada vez más estrecha la puerta de entrada. Jesús censura ese estrechamiento que realizan los moralistas: "¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, que cierran a los hombres el Reino de los Cielos! Ni entran / ustedes ni dejan entrar a quienes quisieran" (Mt. 23, 13). Nadie tiene derecho a hacer más estrecha la puerta. En el evangelio de Juan, Jesús se compara con el camino y la puerta: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn. / 14, 6), "Yo soy la puerta" (Jn. 10, 7): todos los que han entrado por otro / lado son ladrones y asaltantes.

Jesús es el camino. Para entrar en el Reino no hay que repetir lo que / El hizo, sino imitarlo. Tenemos que tener en nuestra sociedad, en nuestro // tiempo, una actitud semejante a la que El tuvo en su tiempo: una actitud libre y liberadora.

Cuando Jesús habla de puerta angosta alude a una realidad no sólo distinta sino contraria a la estrechez de los moralistas hipócritas. El rigorismo moral es producto del miedo mientras que la radicalidad evangélica nace / de la libertad y del amor a la vida.

La invitación al Reino de Dios no es una invitación a amputar y cercenar las potencialidades humanas. Jesús viene a proponernos una vida en plenitud.

Vivir... vivir en plenitud, mejorar la calidad de vida: ¿quién no lo desea? Pero la vida se abre paso a través del sufrimiento. Aún después del // "parto sin dolor" se puede decir que toda vida nace acompañada por el sufrimiento. Todo crecimiento vital: de niño a adolescente, de la juventud a la / duldez... también el crecimiento en el saber y en el amar: las etapas de una amistad o de una pareja; cada avance de la vida comporta su cuota de sufrimiento. Vida y sufrimiento, crecimiento y sufrimiento... tan inseparables como el anverso y el reverso de un pétalo, como la luz y las sombras de un atardecer otoñal...

Y cuanto más rica es la vida que nace, cuanto más intenso es el amor / que se procura, mayor es el riesgo de que todo se pierda y más profundo es / el sufrimiento. Esto puede darnos una pista para asomarnos a ese misterio // que somos, ese misterio que estamos llamados a ser.

La invitación al Reino de Dios es una invitación a un salto cualitativo. Jesús nos invita sí a una vida de hombre, pero una vida en fraternidad, / una vida humana en solidaridad. Jesús ama la vida de tal manera que se rebela contra quienes pretenden monopolizarla en beneficio de unos pocos. No es extraño que, en un mundo preocupado por no sufrir, vaya siendo cada vez más / difícil vivir, vaya aumentando el número de los hombres condenados a morir a medida que los ricos acumulan y despilfarran los bienes que pertenecen a toda la familia humana.

Como decía Metz: "La Iglesia ha perdido fuerza de irradiación no por exigir demasiado sino precisamente por pedir poco, es decir, por presentar // con poca claridad sus exigencias a la luz de las prioridades del propio evan

ENTREN POR LA PUERTA ANGOSTA

gelio. Si la Iglesia fuese más "radical" evangélicamente, no necesitaría ser tan "rigurosa" legalmente". El rigorismo moral es la caricatura represiva de la radicalidad evangélica liberadora.

En esta situación de crisis global que transitamos, muchos, dentro y // fuera de la Iglesia, la invitan a que refuerce el rigorismo moral propio de una religión burguesa. En la medida en que los cristianos sepamos resistir a esa tentación y nos esforcemos para entrar por la puerta angosta de la radicalidad del Reino podremos proclamar de un modo creíble que es posible ser / humanos, es decir, hacer de este mundo una casa acogedora para todos.

++++++

DOMINGO VIGESIMO SEGUNDO DURANTE EL AÑO: Lc. 14, 1.7-14

CICLO C

PARA LLEGAR PRIMERO... ALINEARSE CON LOS ULTIMOS

El pasaje evangélico de hoy pertenece a un género literario usado en el ambiente cultural judío y helenístico que se puede designar como "conversaciones en la mesa" o "diálogos conviviales".

Muchas veces nos presentan los evangelios a Jesús participando en comidas y en banquetes (Mc. 2, 15; Lc. 7, 36; 15, 2; Jn. 2, 1-2).

Para los judíos, conocedores del Antiguo Testamento, el banquete es un símbolo del banquete escatológico de la felicidad del tiempo final (Is. 25, 6). Jesús utiliza la imagen del banquete para hablar del Reino de Dios (Lc. 14, 15-24).

El pasaje evangélico de hoy tiene dos partes: la primera (vs. 7-11) es una instrucción para los invitados; la segunda (vs. 12-14) expresa a quiénes hay que invitar, el criterio a seguir para la invitación de los comensales.

Como sabemos, los evangelistas transmiten las enseñanzas de Jesús dirigidas originariamente a sus oyentes judíos, aplicándolas a los cristianos // destinatarios del evangelio.

La reunión propia de los cristianos, la "fracción del pan" (He. 2, 42) // o la "cena del Señor" (1 Cor. 11, 20) es una comida festiva, un banquete. La mentablemente nuestra "misa", a pesar de ciertas reformas introducidas después del Concilio Vaticano II, no parece una comida: cuesta ver en el altar // una mesa y en la hostia un trozo de pan. La misa aparece como la acción de una sola persona, el sacerdote, mientras que los cristianos "asisten" y su limitada intervención con oraciones y cantos está rígidamente reglamentada: no se puede intervenir en cualquier momento y de cualquier forma.

La proclamación del evangelio en nuestra reunión actualiza la enseñanza de Jesús para nosotros hoy. Podríamos titular el evangelio de hoy: "Criterios a seguir en las reuniones cristianas"; o, quizás, mejor: "Normas para la vida de la Iglesia", porque el ser cristianos no se reduce a la participación en la misa.

Lucas introduce la enseñanza de Jesús con una "nota de color": Jesús observa como los invitados buscan ubicarse en los primeros puestos. ¿Quién de nosotros no ha presenciado algo semejante en una fiesta o en una recepción? ¿Quién no ha seguido con curiosidad y asombro la maestría con que ciertas // personas van sorteando los obstáculos hasta llegar a la mesa donde están los mejores bocaditos o bebidas? Y quizás, dicho sea entre nosotros, ¿no ha protagonizado usted, alguna vez, semejante "búsqueda del tesoro"?

"Si te invitan a un banquete de bodas no te coloques en el primer lugar..."

En un banquete, los primeros lugares se destinan a las personas más importantes y éstas suelen llegar a último momento: su llegada marca el comienzo de la fiesta.

El evangelio de hoy parece sacado de esos antiguos "manuales de urbanidad". Hoy ya no se editan, pero existen personas que enseñan a la gente de la farándula y a los nuevos ricos cómo comportarse "en sociedad". "No se abalancen a ocupar los primeros puestos, dice Jesús, porque pueden pasar un mal rato. Puede ser que ese lugar estuviera reservado para algún invitado más importante y, entonces, el que los invitó a los dos, te avise que tienes que dejar el lugar que ocupaste, al otro invitado. Y así, lleno de vergüenza, // tengas que ponerte en el último lugar" porque ya todos los lugares han sido ocupados...

La norma negativa es completada con la positiva: "Cuando te inviten ve a colocarte en el último sitio para que, cuando llegue el que te invitó, te diga: 'Amigo, acércate más' y así quedarás bien ante todos los invitados". Este consejo de ocupar el último lugar parece estar inspirado en un astuto // cálculo. Se puede pensar que el invitado sabe que podría estar mejor ubicado pero se va al último lugar para que quien lo invitó lo haga pasar adelante, // suscitando la admiración y la envidia de los demás invitados. Esta actitud // especulativa y en el fondo hipócrita está en la base de la postura de ciertas personas pretendidamente religiosas que exhiben su "humildad" acartonada.

PARA LLEGAR PRIMERO... ALINEARSE CON LOS ULTIMOS

¿Es esto lo que aconseja Jesús: una actitud especulativa e hipócrita? / Interpretar de esa manera el pasaje de hoy implicaría negar el evangelio. Pero si consideramos bien el texto es claro que Jesús no trata simplemente sobre normas de urbanidad o del modo de actuar prudentemente en un banquete. / Se trata de una "parábola" (vs. 7) y los versículos 11 y 14 dan la pista del sentido profundo, del sentido escatológico de la enseñanza de Jesús: "Todo / el que se ensalza será humillado y el que se humilla será exaltado" y "Así / tendrás tu recompensa en la resurrección de los justos".

Los hijos del Reino, los invitados al banquete del tiempo final (Lc. / 13, 29-30), ya desde ahora tienen que tener otra actitud. Tienen que tener / la misma actitud de Jesús que "no vino para ser servido sino para servir" // (Mc. 10, 45), no vino a ser el primero sino el último. El, "el maestro y el Señor" se puso al servicio de todos y nosotros, sus discípulos, tenemos que hacer lo mismo que El (Jn. 13, 13-15).

Pero confrontemos la enseñanza de Jesús: "No te coloques en el primer / lugar" con la realidad que vivimos. Si lo hacemos, tenemos que reconocer que esta enseñanza nos desconcierta, ya que propone como meta una actitud totalmente contraria a la que uno considera como normal.

Es que vivimos en una sociedad en la que desde chicos se nos inculca de muchas maneras y por todos los medios -la familia, la televisión, la escuela, el deporte, el trabajo, la Iglesia- que tenemos que ir adelante, que tenemos que progresar, que tenemos que escalar posiciones y tratar de ser los primeros. El otro día me decía una mamá: "¡Viera la libreta que me trajo mi hijo! ¡Si sigue así va a ser el abanderado...!"

Vivimos en una sociedad competitiva, estamos permanentemente en carrera; por eso es necesario estar siempre en forma. No avanzar significa retroceder, quedar rezagados, ser descalificados, fracasar. Quien no se preocupa por progresar no merece consideración, incluso se lo desprecia. No es raro / escuchar esta reflexión: "¿Qué puede usted esperar de fulano de tal? Es alguien que no tiene aspiraciones..."

En la sociedad en que vivimos no llegan los que "valen", hay que "hacerse valer": sólo así puede uno asegurarse el lugar que le corresponde. Y es claro que habrá que defender con uñas y dientes el propio lugar "que supimos conseguir", como dice el Himno...

Es cierto que muchas veces se censura con mal disimulada envidia a los que pujan por los primeros puestos, se critica a los que se denomina "trepadores"; sin embargo, en el propio ámbito de vida se asumen, no pocas veces, actitudes análogas.

Una de las características propias de la sociedad moderna es lo que se denomina "movilidad social": el canillita sueña con un hijo "doctor", el abogado lucha por llegar a diputado, un artista aspira a ser gobernador o presidente... ¿Es malo que esto sea así? Por otra parte, ¿sería posible y deseable que la sociedad fuera diversa? ¿Sería posible el mejoramiento individual y social sin la lucha por ir cada vez más adelante, sin tratar de ocupar los primeros puestos? ¿No se podría pensar que las palabras de Jesús reflejan la situación de inmovilidad social propia de las sociedades pre-modernas, donde cada uno vivía y moría en el lugar social en que había nacido: el hijo del pobre, pobre; y el hijo del rico, rico como su padre?

Ciertamente: Jesús vive en la Palestina del siglo I, pero de acuerdo al testimonio de los evangelios no viene a "canonizar" con su predicación y su acción una sociedad inmóvil, rígidamente estructurada en estamentos infranqueables. Todo lo contrario: su anuncio del Reino de Dios pone en crisis, hace tambalear los fundamentos de un ordenamiento que consideraba como de origen divino las desigualdades entre los hombres. Jesús inaugura un movimiento impulsado por un dinamismo fraternizador. Un dinamismo que marcha en dirección contraria a la del darwinismo histórico cuya ley es la prevalencia de los más fuertes y la eliminación de los más débiles. Lo que Darwin en su famosa obra "El origen de las especies" establece como la ley de la evolución, la supervivencia de los más aptos, se refleja en la sociedad en la que los poderosos, los ricos, los violentos, se imponen a costa de la marginación y eliminación de los débiles, los pobres, los pacíficos.

El movimiento fraternizador de Cristo es una "Buena Noticia" para todos estos "últimos" y una "mala noticia" para los que han "copado" los prime

PARA LLEGAR PRIMERO...ALINEARSE CON LOS ULTIMOS

ros puestos.

La enseñanza de Jesús, tan contraria a la tendencia de asegurarse individualmente una posición sin preocuparse por la situación de los demás, fue resistida ya por sus primeros seguidores. Los evangelios nos presentan en varias oportunidades a los Apóstoles discutiendo por los primeros puestos (Mc. 9, 34; Lc. 22, 24).

Jesús, para "sanar de raíz" el desorden establecido que considera lógico que quien está arriba domine a los de abajo, establece que en la comunidad cristiana el primero se coloque en el último lugar: el que gobierna tiene que ser el servidor de todos (Mc. 10, 42-45).

Jesús quiere una comunidad de hermanos: "Ustedes, les dice a los Apóstoles, no se hagan llamar 'Maestro', porque no tienen más que un maestro y todos ustedes son hermanos... que el más grande entre ustedes se haga el servidor de los otros, porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado" (Mt. 23, 8-12). Por eso las desigualdades en la Iglesia/ (que se expresan en títulos y colores) son una ofensa al "Señor Jesucristo / resucitado" (Stgo. 2, 1).

El Concilio Vaticano II afirma: "En Cristo y en la Iglesia no hay ninguna desigualdad... existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a dignidad y a la misión que es común" (Lumen Gentium nº 32). Y pensar que hace / algo más de un siglo escribía un Papa: "Nadie puede ignorar que la Iglesia / es una sociedad de desiguales, en la que Dios destinó a unos a ser gobernantes y a otros, a ser sus servidores. Estos son los laicos; aquéllos, los clérigos" (Gregorio XVI, 1831-1846)

¿Qué imagen presenta la Iglesia de hoy? ¿Una comunidad de hermanos como quería Jesús y enseña el Vaticano II o la que exponía Gregorio XVI? La Iglesia tiene como misión anunciar no sólo con mensajes y declaraciones sino /// principalmente con su misma existencia que ha irrumpido una nueva era fraterna y que el "darwinismo histórico" no constituye la dinámica necesaria de la sociedad sino que imposibilita una convivencia auténticamente humana.

La misión de la Iglesia es ser un signo que manifieste y haga creíble / el anuncio de Jesús: "El Reino de Dios ha comenzado".

Ese es el sentido de la segunda parábola: "No invites a tus amigos, ni / a tus hermanos y parientes, ni a tus vecinos ricos... invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos...". En un mundo que excluye / cada día a millones de gente del banquete de la vida, ¿a quiénes invitamos / nosotros? En un mundo que acepta y justifica ideológicamente el "darwinismo / histórico" en que sobreviven los fuertes y poderosos que suben a costa de // los débiles y los pobres, ¿a qué se reduce nuestro cristianismo? ¿No actuamos justo al revés de como nos enseña Jesús? ¿Pero es posible llevar a la // práctica el evangelio? Hace dos mil años que Jesús lo proclamó...

¿No tendremos que rendirnos "realísticamente" ante la evidencia de que

- han muerto las utopías,
- hay un único "orden posible",

- hay que confiar en la "mano invisible" de que hablaba Adam / Smith: si cada uno se preocupa del propio interés nos irá bien a todos?

¿O acaso será Jesús, "que conoce lo que hay en el interior del hombre" / (Jn. 2, 25), el auténtico realista?

++++++

SI QUIERE SEGUIR A JESUS TIENE QUE CONTAR CON LA CRUZ

El pasaje evangélico reúne palabras de Jesús sobre el "seguimiento", o sea acerca de cómo ser discípulo de Jesús. Se trata de las condiciones o exigencias para los que quieren acompañar a Jesús en el anuncio del evangelio del Reino de Dios. Ya al comienzo de esta sección del "viaje de Jesús a Jerusalén" (Lc. 9, 51 - 19, 27) el evangelio había transmitido otras enseñanzas de Jesús sobre el seguimiento (Ver Domingo Décimo tercero).

Se trata de exigencias muy duras. Y para poder captar en su real dimensión las renunciaciones que se exigen hay que tener en cuenta el gran peso que tenía entonces la pertenencia al clan familiar. A la renuncia a la familia se agrega: "Cualquiera de ustedes que no renuncie a todo lo que posee no puede ser mi discípulo".

Para entender correctamente estas duras exigencias es necesario tener en cuenta un presupuesto. Hay algo previo a estas condiciones: el anuncio de la fascinante novedad del mensaje de Jesús sobre el Reino de Dios. Las palabras del evangelio de hoy están dirigidas a personas que han tenido en su vida la experiencia de una alegría tan profunda como la de quien encuentra sorpresivamente un tesoro en el campo o de quien ha descubierto una perla preciosa (Mt. 13, 44-46). Se presupone la experiencia de haberse encontrado con alguien que nos ha revelado, que nos ha manifestado el sentido de nuestra vida (Jn. 6, 68).

El encuentro con Jesús ha hecho nacer en los corazones la esperanza de un mundo nuevo que Él llama Reino de Dios. Cuando no se tiene en cuenta esta profunda experiencia previa se corre el riesgo de interpretar las palabras de Jesús como si se tratara de normas ascéticas, como si Jesús fuera el maestro de una moral rigurosa que propone una ética de privaciones y de sacrificios.

Se trata en cambio de ciertas consecuencias concretas que comporta la decisión de comprometerse personalmente con Jesús y con su causa: el Reino de Dios. Quien quiere seguir a Jesús tiene que desligarse de estas ataduras. Todo, aún lo que uno más valora: las relaciones familiares, lo que tenemos y aún nuestra propia vida debe pasar a segundo lugar (Mt. 10, 37-39).

Otra precisión. Jesús pone en relación sus exigencias con ciertas promesas. Quien abandona todo por Jesús y su evangelio "recibirá en este tiempo el ciento por uno en casas, hermanos y hermanas, madres, hijos y campos, aún en medio de las persecuciones y en el mundo futuro la vida eterna" (Mc. 10, 29-30). Es decir, quien acepta el llamado de Jesús a seguirlo, no queda relegado al aislamiento; por el contrario, entra a formar parte de una nueva comunidad, de una nueva familia formada por los que viven esa realidad que Jesús llama Reino de Dios.

Las exigencias del seguimiento no son un llamado exclusivamente a dejar todo, sino un llamado a algo positivamente nuevo, un llamado a integrarse en una nueva comunidad con un nuevo estilo de vida.

¿Esto se realiza hoy? ¿Dónde está la comunidad cristiana? ¿Es nuestra parroquia una comunidad? ¿Hay comunidades cristianas de base? ¿No vivimos acaso un cristianismo individualista? Por eso las palabras del evangelio de hoy suelen interpretarse como exigencias ascéticas individuales...

En el breve período de la misión de Jesús, que no superó los tres años, se dan como dos momentos: Al principio de su misión Jesús alcanza gran popularidad, es admirado y seguido por un número creciente de gente. Pero la libertad con que se expresa y actúa Jesús hace que los dirigentes religiosos lo comiencen a observar con preocupación que poco a poco va convirtiéndose en hostilidad. Tratan de desprestigiarlo ante la gente acusándolo de despreciar la Ley de Dios e, incluso, de ser un instrumento del demonio (Mc. 3, 22; Jn. 9, 16). Va cerrándose en torno a Jesús un cerco de sospecha. La condena de los dirigentes religiosos hace que la gente comience a desconfiar de Jesús y vaya alejándose de Él.

Jesús es consciente de la nueva situación; además, la muerte violenta de Juan el Bautista constituye una llamada de atención: se cierne sobre Jesús la amenaza de la muerte (Mc. 3, 6; Juan 7, 1; Mc. 8, 31).

Quien quiere ser discípulo de Jesús, quien quiere seguir a Jesús, debe/

SI QUIERE SEGUIR A JESUS TIENE QUE CONTAR CON LA CRUZ

contar con el riesgo de la cruz, es decir, con la posibilidad de su propia / muerte. Quien quiere ser discípulo de Jesús debe saber a qué consecuencias / se expone.

Este es el sentido de las dos parábolas: la de la construcción de la torre y la de la guerra. Como varias parábolas, comienzan con una pregunta: // "¿Quién de ustedes...? ¿Qué rey...?". Las parábolas constituyen un llamado / de atención: piensen seriamente antes de comprometerse. El asunto es serio y las consecuencias pueden ser dolorosas. Tienden a disuadir a quien no está / decidido a ser consecuente hasta el final... En ese caso, más vale no comenzar...

Las palabras dichas por Jesús en su tiempo a sus discípulos fueron /// transmitidas por los evangelistas a sus comunidades y hoy la Iglesia las actualiza para nosotros. "El que no carga con su cruz y me sigue, no puede ser discípulo mío" (Lc. 14, 27).

Estas palabras de Jesús: persecución, cruz, muerte... en algunos países, también de esta América Latina que recordará los quinientos años de la llegada del evangelio, no son palabras vacías sino que expresan una trágica realidad. Incluso no hace mucho tiempo, en nuestro país se encarceló, se torturó, se mató, se hizo desaparecer a personas cuyo único delito había sido su compromiso con los pobres siguiendo a Jesús. Se los acusó de subversivos / y guerrilleros reeditando las acusaciones falsas que motivaron la condena de Jesús (Lc. 23, 2). También a El Pilato lo condenó como líder de un movimiento guerrillero: ése es el sentido de la inscripción que hizo poner en la /// cruz: "Jesús nazareno rey de los judíos" (Jn. 19, 19-22).

Nosotros hoy estamos invitados a seguir a Jesús, a ese Jesús cuya fidelidad en el anuncio del Reino de Dios lo llevó a aceptar la cruz y la muerte.

Jesús no acabó en el sepulcro: Dios lo resucitó (He. 2, 32); por eso no seguimos a un muerto; estamos comprometidos con un viviente (Lc. 24, 5). Pero la luz de la resurrección no anula la obscuridad de la cruz porque el resucitado es el crucificado. No hay dos Cristos: un Jesús de la historia y un Cristo de la fe. Es decir: el Señor resucitado es el mismo Jesús que vivió / de una determinada manera y por eso murió; no de muerte natural sino de muerte violenta, en la cruz. La resurrección de Jesús no banaliza ni diluye las circunstancias concretas de su existencia histórica sino que manifiesta su / trascendencia.

Hay que saber que ya al comienzo de la era cristiana hubo quienes concebían la divinidad de Jesús de tal manera que no daban ninguna importancia a su vida histórica concreta, llegando a decir que Jesús tenía apariencia humana pero que no era un hombre como nosotros y por eso tampoco su muerte había sido real. Los evangelios nacen, en cierto modo, como un correctivo de esa / mentalidad mítica. Sin ser biografías de Jesús sino testimonios de fe, precisamente por eso dan cuenta de la realidad histórica de Jesús en el contexto / de la Palestina del siglo I.

El Jesús de los evangelios tiene una "densidad" humana insoslayable, // que se manifiesta en el modo de realizar su misión, en sus relaciones con // los distintos grupos de sus contemporáneos, en sus tomas de posición y en // los conflictos que suscitaba y que culminaron con su muerte en la cruz. Una / muerte real: no aparente.

La cruz ha llegado a ser un símbolo cristiano. Se corre el riesgo de // pensar que quien lleva una cruz es católico... En nuestro país se ponen cruces por todos lados: en las casas, en la Casa de Gobierno, en las comisariías, en los cuarteles... Hay gente que se alegra porque se ponen cruces en todas partes... ¿No sería mejor que no hubiera cruces en tantos lugares en donde hay tan poco de cristiano?

Se regalan cruces, se hacen joyas en forma de cruz, cruces de oro y piedras preciosas que las señoras ricas lucen en fiestas y recepciones...

¿Qué tienen que ver todas estas cruces con la cruz histórica de Jesús? Nada. Y precisamente aquí está la raíz de las deformaciones a las que nos hemos acostumbrado y por eso no nos chocan. Las cruces y los crucifijos no evocan, no traen a la memoria la cruz en que murió Jesús. La cruz era un instrumento de tortura. A nadie se le ocurriría adornarse con una picana o colgar /

SI QUIERE SEGUIR A JESUS TIENE QUE CONTAR CON LA CRUZ

una imagen de la guillotina o de la silla eléctrica...

La cruz es un símbolo conflictivo: habla de traición, de injusticia, de ensañamiento contra un inocente que fue fiel a Dios y a los hombres hasta el final.

El símbolo cristiano no es simplemente una cruz sino la cruz de Jesús. Y tiene sentido recordar la cruz de Jesús porque Jesús murió en ella para que no se siguiera crucificando a los inocentes. Tiene sentido representar a Jesús en la cruz porque, como decía Pascal: "Jesucristo sigue en agonía hasta el fin del mundo y durante este tiempo no se puede dormir". Cristo es hoy de nuevo crucificado: en tantos mártires latinoamericanos y de otros pueblos, en tantos pobres... La palabra "pobre" choca. En estos días se ha transformado en un tema de polémica: ¿hay más o menos pobres que antes? Se prefieren términos más asépticos: carenciados o, mejor aún, se los designa eufemísticamente con una sigla nueva, se habla de los millones de N. B. I.: "Necesidades Básicas Insatisfechas".

Pero las palabras que escuchamos hoy en el evangelio, más que a ese objeto que llamamos cruz o crucifijo, hacen pensar en lo que se suele llamar: las "cruces de la vida".

El término "cruz" se utiliza para designar el sufrimiento enviado por Dios, y la expresión "llevar la cruz" significa en el lenguaje católico corriente: aceptar los contratiempos, las enfermedades, el dolor...

El tema del sufrimiento y de la actitud cristiana con respecto al sufrimiento es un tema muy complejo y el tiempo que tenemos para tratarlo es muy breve. El sufrimiento, el dolor, es un aspecto ineludible de la existencia humana y la actitud de los hombres frente a él está condicionada por muy diversos factores. Además, lo que se suele considerar como actitud cristiana frente al sufrimiento es la resultante de una serie de elementos heterogéneos y a veces contradictorios.

El cristianismo ha llegado a nosotros a través de una larga historia de dos mil años. Se me ocurre una comparación: el cristianismo es semejante a un río de montaña en creciente que va pasando por muchos lugares, por campos y ciudades, por montes y llanuras, y va arrastrando e incorporando a su corriente muchas cosas: árboles, flores, muebles, restos de construcciones, etc., etc.

Cuando se reflexiona sobre este tema del sufrimiento y de la cruz, afloran en la mentalidad cristiana concepciones, valoraciones, actitudes, de los más diversos orígenes.

Es no sólo interesante sino necesario realizar una tarea de discernimiento en la mentalidad cristiana corriente frente al sufrimiento en orden a poder tener en este aspecto una actitud coherente con el evangelio de Jesucristo. Habría que ir desentrañando la mentalidad corriente y nos encontraríamos con... ¡ah, aquí hay un rastro de la espiritualidad de los monjes del medioevo!... ¿Y esto? Ah, no; esto viene de más lejos, este modo de ver las cosas viene del estoicismo, de los primeros siglos del cristianismo, en el contexto de la cultura grecorromana...

Se trata de un trabajo largo y difícil para detectar los componentes de la mentalidad cristiana corriente y confrontarlos con la vida y la enseñanza de Jesús. Pero digamos al menos algo sobre las "cruces de la vida".

Una señora se queja: "Mi marido se emborracha... mi marido anda con otra mujer..." No faltará quien pretenda consolarla dando una interpretación presuntamente religiosa de esa situación: "Y... qué le va a hacer, señora; es la cruz que Dios le dió..."

Se quedó sin empleo... no le alcanza para mantener la familia...: "Son cruces que Dios manda y que hay que aceptar..."

Ese modo de pensar se expresa también en la pregunta angustiada: "Pero, ¿por qué Dios me mandará semejante cruz? ¿Qué he hecho yo de malo...?".

Y la respuesta: "Qué le va a hacer... Todo el mundo tiene su cruz: cruz tiene el pobre, pero también los ricos tienen sus cruces".

¿Será así?

SI QUIERE SEGUIR A JESUS TIENE QUE CONTAR CON LA CRUZ

Se aconsejaba, no sé si todavía se hace, no envidiar las cruces de los demás... "Si usted pudiera verlas se convencería que la suya es la más liviana". Se contaba un cuentito: A un cristiano que se quejaba porque su cruz era muy pesada, Dios le hizo una propuesta: "Mirá, te concedo esta gracia: // que elijas tu cruz, la que mejor te parezca". Y entonces lo hizo entrar en un salón lleno de cruces. Las había de todo tipo: grandes, chicas, simples, muy adornadas, de distintos colores... El hombre fue probando una tras otra todas las cruces. Al final se decidió por una, la más liviana y manuable... y salió muy contento hasta que, al mirarla mejor, cayó en la cuenta que la cruz que había elegido era... ¡la suya! "No envidie las cruces de los demás: la suya es ciertamente la más liviana". Pero, por las dudas, estaba pronto / el consuelo para la otra posibilidad, para el caso de que la cruz fuera más pesada: "No se desanime", se aconsejaba; "usted va a tener mayor felicidad / en el cielo porque cuanto más sufra acá, gozará más en la otra vida".

¿Esa es la cruz de la que habla Jesús? ¿Ese es el mensaje cristiano: la resignación? ¿Ese es el sentido de las palabras de Jesús acerca de la cruz / que tiene que llevar quien quiere ser su discípulo?

La cruz es un término con el cual se designa todo lo negativo que hay / en la vida y en el hombre, y al llamarlo cruz se lo transfigura y se le atribuye un valor trascendente. Es por eso que el cristianismo ha sido acusado / de tremendamente inhumano, porque glorifica el sufrimiento, todo lo que cercena, todo lo que amputa, todo lo que impide la realización del deseo y de / la felicidad humana.

La mentalidad cristiana corriente transfigura y glorifica el sufrimiento porque está convencida de que a las cruces las manda Dios... Pero el Dios a quien Jesús llama Padre, ¿ése es el que quiere que sus hijos sufran?

Jesús dijo todo lo contrario. Un día preguntó: "¿Qué padre da a su hijo una piedra cuando le pide pan? ¿Y si le pide un pescado, le dará una serpiente? ¿Y si le pide un huevo le dará un escorpión? Y si ustedes que son malos / saben tratar bien a sus hijos, ¡cuánto más el Padre que está en el cielo!" / (Lc. 11, 11-13).

Hay gente que piensa que Dios se pone contento cuando uno sufre; entonces hacen mortificaciones, se castigan para agradar a Dios. Aquí tocamos un punto muy complejo: el tema del sentimiento de culpa, la concepción del pecado, el tema de la reparación, etc.

En el fondo se piensa que sufriendo uno agrada a Dios, que Dios ve con gusto que uno sufra, que Dios, por tanto, está contento cuando uno sufre...

Pero... ¿entonces Dios es un sádico? ¿Cómo calificar a un Dios que reparte cruces entre los hombres?

El Dios verdadero y viviente ama la vida y no quiere el sufrimiento de sus hijos. Dios Padre no gozaba cuando Jesús moría en la cruz gritando: //// "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mc. 15, 34).

Entonces ¿cómo entender las palabras de Jesús acerca de la cruz necesaria para ser sus discípulos?

El evangelio habla de la cruz de Jesús. Y la cruz aparece en la vida de Jesús no porque El la haya buscado sino como consecuencia de la maldad humana: de esa cruz habla el evangelio. Jesús nos advierte que en la medida en / que tratemos de seguirlo, en la medida en que pretendamos vivir de acuerdo a la lógica del Reino, tendremos que afrontar como El el conflicto, tendremos / que afrontar la cruz.

La palabra de la cruz no es una palabra de resignación sino de enfrentamiento contra todo lo que se opone al Reino. Esa es la cruz que no puede evitar quien quiera vivir en este mundo como vivió Jesús.

Jesús fue a la cruz no porque se hubiera resignado, sino precisamente / porque se rebeló contra un ordenamiento injusto que exigía la aceptación resignada en nombre de Dios.

Jesús fue a la cruz no para transfigurar y glorificar lo negativo que / hay en el hombre y en la vida, no fue a la cruz por resentimiento contra la / felicidad del hombre. Fue a la cruz precisamente porque luchó contra todo lo que hace sufrir al hombre: la enfermedad, el hambre, el egoísmo que nos sepa

SI QUIERE SEGUIR A JESUS TIENE QUE CONTAR CON LA CRUZ

ra de Dios y nos enfrenta entre nosotros.

Que haya gente que no tiene qué comer, que no tiene casa ni trabajo, // que no tiene acceso a la salud y a la educación no se debe a que Dios le man dó esas cruces sino que se debe a pecados que cometemos los hombres, hombres concretos, con nombre y apellido. Además se mete en una misma bolsa la injus ticia y el cáncer... Se sacraliza el sufrimiento. Pero Dios, entonces, ¿no tiene nada que ver con el sufrimiento? Ciertamente sí tiene que ver con el / sufrimiento. El Dios viviente que se manifiesta en la historia según el tes- timonio de la Biblia, el Dios a quien Jesús nos enseñó a llamar "Padre", tie ne que ver con el sufrimiento: es un Dios que ve y que oye a los que sufren. Es el Dios que desde el éxodo afirma: "He visto como sufre mi pueblo... he / escuchado sus gritos y sus lamentos... he visto las injusticias... lo libera- ré." (Ex. 3, 7-8).

Dios no es neutral: está de parte de los que sufren, pero para que de- / jen de sufrir. Ese es el sentido desestabilizador del "desorden establecido" que tienen las bienaventuranzas de Jesús que proclaman: "Felices los pobres" precisamente porque van a dejar de ser pobres y no como una cínica glorifica ción de la miseria.

Para seguir a Jesús hay que luchar como El para que no se siga crucifi- cando a los inocentes; si actuamos así tendremos que aceptar la cruz de Je- / sús.

++++++

"Y COMENZO LA FIESTA"

El pasaje evangélico de hoy ha sido leído este año el Cuarto Domingo de Cuaresma. Es una parábola muy rica que presenta como tres momentos: el primer momento, la partida del hijo menor hacia el extranjero, que acaba en su alienación y en su vuelta; el segundo momento, la intervención del padre que cambia el sentido del regreso del hijo menor y que organiza una fiesta; el tercer momento, la actitud del hijo mayor que reacciona negativamente contra la fiesta con que se festeja la vuelta del menor a la que, sin embargo, él también está invitado.

Al principio de la parábola, el hijo mayor es mencionado como al pasar (vs. 11). Pero la parábola presenta la actitud del padre con respecto a los dos hijos y esto es lo que da la tensión al relato. El momento central, el comienzo de la fiesta a la que están invitados los dos hijos señala el cambio para el padre, para el hijo menor, pero también para el mayor. El relato acaba con la invitación a la fiesta, de ese modo permanece abierto: ¿entrará el mayor?

La situación con que comienza la parábola no era algo desusado. Tanto el pedir antes de la muerte del padre la parte de herencia que le correspondía (un tercio, ya que los dos tercios son para el mayor, de acuerdo a Deut. 21, 17) como el emigrar al extranjero no era algo raro. En tiempos de Jesús vivían en Palestina no más de medio millón de habitantes mientras que vivían en el extranjero, en la "diáspora" (=dispersión) alrededor de cuatro millones de judíos. Muchos abandonaban Israel en busca de mejores posibilidades de vida.

Esa es, quizás, la intención del hijo menor. Pero la actitud del padre llama la atención. ¿No hubiera correspondido que le hubiese advertido al menor el riesgo que corría? ¿Por qué no llamarle la atención acerca del valor de lo que dejaba detrás de sí? ¿No da la impresión de ser un padre poco preocupado por el bienestar del hijo? El padre acepta la decisión del hijo, no se opone; permanece abierto y espera...

Para el joven, el extranjero no es quizás la tierra de infinitas posibilidades que había soñado... "Malgastó su fortuna en una vida licenciosa..." (vs. 13), desenfundada. Este dato que es reafirmado por el hijo mayor (vs. 30) ha dado origen al título de la parábola en castellano: "El hijo pródigo". La palabra "pródigo", que ha caído en desuso, significa "disipador, gastador, manirroto; que desperdicia y consume sus bienes en gastos inútiles y vanos, sin medida, orden ni razón" (Diccionario de la Real Academia Española). "Pródigo" corresponde al "calavera" de los tangos de la Guardia Vieja; hoy, quizás, le diríamos "playboy".

Pero el personaje central de la parábola no es el hijo menor sino el padre; más precisamente, el padre que hace una fiesta por la vuelta del hijo menor a la que invita también al mayor.

"Había gastado todo cuando sobrevino mucha miseria en aquel país y comenzó a sufrir privaciones" (vs. 14). No le quedó otra salida que ponerse a trabajar a las órdenes de "un habitante de aquella región que lo mandó a su campo a cuidar cerdos". Un dicho judío afirma: "Maldito el hombre que cría cerdos", porque tiene que ocuparse de animales impuros (ver Lev. 11, 7). Al escuchar esto los oyentes de Jesús pudieron pensar en la situación de los publicanos, de los recaudadores de impuestos: también ellos estaban a las órdenes de los paganos y realizaban un trabajo que los hacía impuros.

La situación del hijo menor, aunque presentada sin patetismo, es realmente digna de compasión. Está en la extrema necesidad sin poder contar con nadie en quien apoyarse. Está solo al final de ese camino que emprendió lleno de ilusiones.

El camino del hijo menor... o quizás los caminos del hijo menor: el camino hacia el extranjero que acabó en la alienación; el camino hacia sí mismo y, finalmente, el camino hacia el padre. Al volver hacia sí mismo ("recapacitó" dice el texto leído; puede traducirse: "entrando dentro de sí") afloran a su conciencia dos preguntas: ¿Qué tengo por delante? La perspectiva de morir de hambre mientras los empleados de mi padre viven en la abundancia. ¿Puedo pensar en volver? Pero, en conexión con este pensamiento aparece la segunda pregunta: ¿Quién soy yo? Soy nadie, nadie para nadie... ¿Y para mí /

"Y COMENZO LA FIESTA"

padre? ...mi padre... ¿puedo llamarme hijo suyo? He perdido el derecho a tenerlo como padre, he perdido el derecho a ser considerado hijo suyo. De esta conciencia nace la decisión de pedirle al padre que lo acepte ya no como hijo sino como un asalariado... Y se pone en camino hacia el padre...

Pero su camino hacia el padre es el camino del padre hacia él: "Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente; corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó" (vs. 20).

¿Por qué tiene el padre esta actitud? ¿No habría sido más razonable esperar hasta que el hijo hubiera llegado a la casa? ¿No hubiera sido comprensible que el padre hubiese "paladeado" un poco su "triunfo": al final el hijo "tuvo que dar marcha atrás"? Todo lo contrario: el padre no espera que el hijo reconozca su error y no sólo no exige sino que interrumpe su "confección". Lo esperaba, pero no sentado en su casa sino oteando el horizonte; // por eso "lo vio de lejos y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro" (una actitud completamente inusual en un oriental), "lo abrazó y lo besó". / Lo trató como un hijo querido. El amor del padre no viene después sino antes del reconocimiento de la falta. El amor del padre no es el regalo para el hijo arrepentido; el hijo que regresa es el regalo para el padre. La alegría del padre es tan grande que ordena inmediatamente una gran fiesta. Esta fiesta es el comienzo de una nueva vida para el hijo menor: "Comamos y festejemos porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado. Y comenzó la fiesta" (vs. 23-24).

Entonces aparece el hijo mayor. Al acercarse a la casa se sorprendió // por la música y los cantos que llegaban de la fiesta. Preguntó a uno de los criados qué pasaba y éste le explicó: "Tu hermano ha regresado y tu padre hizo matar el ternero engordado porque lo ha recobrado sano y salvo" (vs. 27). El sirviente presenta la situación como si fuera lógica la reacción del padre. Pero ¿les parece a ustedes tan lógica la actitud del padre? Hemos escuchado muchas veces la parábola; quizás eso explica que no reaccionemos como lo harían quienes la escucharan por primera vez: ¿recibir con una fiesta a semejante irresponsable que después de haberse arruinado por darse la buena vida viene de nuevo a vivir en la casa como si nada hubiera pasado? ¿Será // que el padre está "reblandecido"?

"Se enojó y no quiso entrar" (vs. 28). ¿No hubiera reaccionado usted igual? ¿No le parece lógica la actitud del hijo mayor? Y aparece el padre; otra vez el padre se adelanta, él da el primer paso también al encuentro del hijo mayor. Y no se dirige al hijo "mandándolo", se dirige a él "rogándole" que entre. ¿Qué padre desconcertante!

El mayor le responde echándole en cara sus años de servicio. La expresión que utiliza: "Hace tantos años que te sirvo" manifiesta la actitud de un esclavo con respecto a su amo. No pronuncia la palabra "padre" (¡palabra que aparece doce veces en el relato!) ni la palabra "hermano". Para referirse a su hermano dice: "Ese hijo tuyo". Aquí hay un punto muy importante. Al no querer reconocer como hermano al menor, él no se reconoce hijo de su padre; para él, el padre es un extraño, es su amo...

El padre, en cambio, se dirige a él diciéndole cariñosamente: "Hijo mío" y al referirse al menor no dice "mi hijo" sino "tu hermano". El padre le ruega que entre a participar de la fiesta: ¿entró?, ¿no entró?. La parábola queda abierta.

El contexto de la parábola está expresado claramente al comienzo de este capítulo 15: los escribas y fariseos criticaban a Jesús porque comía con los pecadores (vs. 2), con los que ellos marginaban del Pueblo de Dios. La parábola ilustra la actitud de Jesús, y en el modo de actuar de Jesús se manifiesta lo que por medio de la parábola propone a sus oyentes.

Ciertamente, el punto culminante es la fiesta que celebra el regreso // del hijo menor y el mayor junto a la puerta. El problema es el contraste entre las manifestaciones de alegría en torno a una mesa bien servida y las reprimendas de la gente religiosa y austera a quienes estas fiestas escandalizan. Jesús es motivo de escándalo para esta gente porque las fiestas en que participa no son el lugar apropiado para quien se presenta como enviado de Dios (Mt. 11, 19).

Jesús no se contenta con recibir misericordiosamente a los pecadores, / que son socialmente marginados, en el secreto de la "sacristía" sino que par

"Y COMENZO LA FIESTA"

ticipa en sus banquetes. Es esta alegría bullanguera lo que irrita e indigna a los dirigentes religiosos.

Teniendo en cuenta este contexto, se puede entender mejor la importancia que tiene en la parábola lo referente a la comida: "calmar el hambre", / "morir de hambre", "pan en abundancia", y, sobre todo, el ternero engordado/ que se menciona tres veces en el relato, y el contraste entre el ternero y / el chivito (vs. 29-30).

Lo que más choca no es tanto el perdón sino la fiesta. La solución aceptable para los oyentes de Jesús hubiera sido la que había pensado proponer / el hijo menor: ser recibido en la casa paterna no como un hijo sino como un/ asalariado. De ese modo se podría unir la misericordia a la justicia.

Los fariseos que criticaban a Jesús por su actitud con los que ellos // marginaban por ser pecadores (Lc. 15, 2) tienen la imagen de un Dios justo:/ un Dios que premia a los buenos, a los que cumplen la Ley (o sea, a ellos) y castiga a los malos (o sea, a los otros).

¿No sería Dios capaz de perdonar? Sí, responde la gente religiosa, perdonar sí, pero al que antes repare su pecado satisfactoriamente, al que "pague" por el mal que ha hecho. Para la gente religiosa, Dios es una especie / de meticuloso contador a quien no se le escapa nada; y el hombre, si quiere/ salvarse, tiene que merecer su aprobación por el cumplimiento estricto de la Ley de Dios.

El Dios de Jesús es un Dios diferente. No espera que el pecador repare/ su pecado para amarlo, lo ama "antes": "Dios nos amó primero" (1 Jn. 4, 10). El amor de Dios no es algo que nos ganamos, que nos merecemos cumpliendo la/ Ley: "El nos amó primero". El amor de Dios no es algo que podemos reconquistar haciendo penitencia, reparando nuestro pecado: "El nos amó primero".

Esta es la Buena Noticia que trae Jesús. Dios es Padre, por eso nos ama "primero", por eso nos ama "gratuitamente".

El Dios de Jesús es como el padre de la parábola que no esperó en la casa al hijo menor para admitirlo como un asalariado, sino que estaba oteando/ el horizonte y cuando "lo vio, se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó" (vs. 20).

El padre no espera que su hijo vuelva para perdonarlo; ya lo había perdonado, por eso corre a su encuentro (el camino del hijo hacia el padre es / en realidad el camino del padre hacia su hijo), lo abraza y lo besa.

Esa es la Buena Noticia de Jesús: Dios los ama, ya están perdonados sin condiciones previas, el Padre no les va a pedir cuentas, sólo está ansioso / de poder volverlos a abrazar y a besar.

La Buena Noticia de Jesús es que "Dios no es un premio para el pecador/ arrepentido, sino el pecador arrepentido es un regalo para Dios" (POHIER).

++++++

¿UN ADMINISTRADOR DESHONESTO ALABADO POR JESUS?

El pasaje del evangelio que leemos hoy tiene dos partes: la primera es/ una parábola, posiblemente tomada de la vida; la segunda, presenta una serie de dichos de Jesús sobre la actitud con respecto al dinero.

La parábola, que se suele denominar "El administrador deshonesto", es / designada por algunos como "Parábola del administrador astuto".

Quizás la parábola relata un hecho acontecido en esos días y comentado/ con indignación por la gente. Al rico propietario de un latifundio le llega/ la noticia de los manejos deshonestos de su administrador. El patrón le pide que le rinda cuenta de su trabajo a la vez que le comunica su despido. El ad- ministrador quedará en la calle. Ante esta desastrosa perspectiva, el admi- nistrador recapacita: "Y ahora, ¿qué hago? ¿Qué salida me queda?". Es claro/ que no hay posibilidad de que el patrón vuelva sobre su decisión: para el ad ministrador la suerte está echada.

"¿Qué hacer?"

"¿Trabajar la tierra? ¡Ya no tengo fuerzas para eso!..."

"¿Vivir de limosnas? ¡Ni pensarlo! Me moriría de vergüenza...". Notemos al pasar: le daría vergüenza pedir limosna, pero no le da vergüenza robar... que es lo que hizo antes y lo que va a acabar haciendo... ¡Cuánta gente hay/ así!

Finalmente, encuentra una salida: "Ya sé lo que voy a hacer para que, / cuando deje el puesto, haya quienes me reciban en su casa" (vs. 4). Convoca/ a los deudores de su patrón y "arregla" con ellos, fragua nuevos documentos/ que los favorecen. De esa manera se asegura amigos que sabrán darle una mano cuando esté en la mala...

Lo que todos esperaban, escuchando los manejos del administrador, era / la censura de parte de Jesús. La conclusión que parecía imponerse era: "Se / dan cuenta lo mal que ha obrado este hombre... ustedes no tienen que actuar/ así".

La conclusión, en cambio, es totalmente desconcertante: "El señor alabó a este administrador deshonesto por haber obrado tan hábilmente" (vs. 8). Es como si Jesús dijera: "¿Ustedes condenan al administrador? ¡Más bien deberí- an aprender de él!

Esta conclusión de la parábola, tan inesperada, ha creado dificultades/ de interpretación en todos los tiempos y se ha tratado de muchas maneras de/ "moralizar" el relato. No tenemos tiempo de traer a colación las distintas / tentativas. Sólo les cuento una: Según algunos comentaristas, lo que el ad- ministrador les "perdonó" a los deudores no era algo que éstos debían al pa- trón; el administrador, por el contrario, había renunciado a la comisión // que le correspondía por su trabajo. ¡De ese modo habría dado prueba de un de sinterés ejemplar!

Las tentativas antiguas y modernas de moralizar la parábola son inúti-/ les, no convencen.

Jesús propone su enseñanza por medio de una parábola que tiene como per- sonaje central no a un santo sino a un anti-héroe. Por otra parte, no es és- te el único caso que tenemos en el evangelio. En este mismo evangelio de Lu- cas (18, 1-8), Jesús pone en escena a un juez que "no teme a Dios ni respeta a la gente" y cuyo comportamiento se presenta como una ilustración de... ¡la actitud de Dios con respecto a quienes le rezan!

Es importante para interpretar las parábolas, descubrir el punto al que tienden. En la alegoría, cada uno de los detalles del relato tiene un senti- do (ver, por ejemplo, la explicación de la parábola de la cizaña: Mt. 13, // 37-43).

En esta parábola el acento no está puesto en los manejos deshonestos // del administrador sino en que este hombre cayó a tiempo en la cuenta del // peligro que corría y actuó con decisión, tempestivamente. Lo que se alaba // del administrador es "haber obrado tan hábilmente" al encontrarse en una si- tuación crítica: ha sido previsor y ha asegurado su futuro. El Reino de Dios está a las puertas, anuncia Jesús; hay que aprovechar el tiempo para asegu-/

¿UN ADMINISTRADOR DESHONESTO ALABADO POR JESUS?

rarse un lugar en el Reino y evitar el desastre de ser excluidos.

Al transmitir la parábola de Jesús, Lucas la aplica a la comunidad, a los cristianos. Por eso la verdadera conclusión de la parábola está en el // vs. 9: "Y Yo les digo a ustedes: háganse amigos con el dinero de la injusticia para que cuando les falte, ellos los reciban en las moradas eternas". Este versículo está calcado sobre el vs. 4: "Ya sé lo que voy a hacer para que cuando me echen de la administración haya quienes me reciban en su casa".

El sentido de la recomendación expresada en el vs. 9 es perfectamente / claro: den sus bienes a los pobres. Es lo mismo que se lee en Lc. 12, 33: // "Vendan sus bienes y denlos como limosna... acumulen un tesoro imperecedero / en el cielo".

Los pobres que se habrán beneficiado con el dinero, con los bienes que / se les han compartido, recibirán a quienes han actuado así en las moradas eternas, en el cielo. Los pobres son, según las Bienaventuranzas, los prime- / ros invitados, los que poseen el Reino: "Felices ustedes los pobres porque / el Reino de Dios les pertenece" (Lc. 6, 20).

Lucas transmite con más amplitud que los otros evangelistas las enseñan- / zas de Jesús con respecto a los ricos y los pobres, al peligro de la riqueza y a la actitud con respecto a los bienes, al dinero, al tener.

Tenemos que reconocer que aunque no seamos una de las trescientas perso- / nas que poseen una fortuna de más de mil millones de dólares, este tema sus- / cita en nosotros cierto rechazo. Es un tema que no se lo suele abordar a fon- / do. Cuando se lo toca en el contexto de un discurso religioso se reduce gene- / ralmente a exhortaciones a ayudar a los pobres o a pedir alguna contribución para algún fin determinado. Pero no se aborda la relación que tiene con la // salvación la actitud concreta con respecto al dinero, a las posesiones y al / poder que ello implica. Para la mayoría de los católicos, el ámbito de lo e- / conómico tiene muy poco o nada que ver con la vida cristiana.

Aunque no siempre estén de acuerdo con las concepciones y directivas de la jerarquía en las cuestiones referidas a la sexualidad, sin embargo no sue- / len cuestionar la relación de la dimensión sexual de la existencia con la vi- / da cristiana y la salvación. El tema de la infidelidad matrimonial, del adul- / terio, del aborto, de las relaciones prematrimoniales, etc., para la mayoría de los católicos tienen que ver con su vida religiosa, con su relación con / Dios; es un ámbito en que se juega la gracia y el pecado, la salvación y la / condenación. Pero el tener dinero, el usar el dinero que uno tiene según lo / que a cada uno le parezca, el hacer tales inversiones, el evadir tales im- / puestos, el participar en tales negocios, el pagar a los trabajadores tales / salarios, el vivir de acuerdo al propio interés, de la familia, de la empre- / sa, teniendo como criterio del uso del dinero su mayor rendimiento sin otra / preocupación adicional... estos temas parecen no pertenecer al ámbito de /// nuestras relaciones con Dios; para muchos, todo esto tiene poco o nada que / ver con la salvación y la condenación.

Para Jesús, en cambio, en este ámbito de lo que llamamos económico, se / juega particularmente la salvación y la condenación. Si fue casi provocativa- / mente comprensivo y abierto para comportamientos "irregulares" en el ámbito / de las relaciones sexuales (la adúltera, la prostituta), fue sumamente claro y tajante en lo referente a la justicia y a la actitud con respecto al dine- / ro y a los pobres.

La posición de Jesús en este punto es más radical que la de los profe- / tas. Estos condenan las riquezas producto de la injusticia y de la explota- / ción de los pobres (por ejemplo, Amós 8, 4-6; Habacuc 2, 5-10; en la misma / línea, Santiago 5, 1-6). Jesús en cambio exclama: "¡Ay de ustedes los ri-/// cos...! ¡Ay de ustedes los satisfechos...!" (Lc. 6, 24-25). "Es más fácil // que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de Dios" (Mc. 10, 25). Jesús no hace la distinción entre el dinero bien o mal / habido. En el texto del evangelio de hoy se califica al dinero como injusto / (Lc. 16, 9.11).

¿Por qué el dinero es injusto?

Porque al acaparar el hombre para sí lo que no necesita, se apropia de / algo o mucho que pertenece a los pobres. Dice San Ambrosio: "No le regala / al pobre una parte de lo tuyo, sino que le devuelves algo de lo que es suyo" (P. L. 14, 747).

¿UN ADMINISTRADOR DESHONESTO ALABADO POR JESUS?

Para Jesús, como para toda la Biblia, la tierra es de Dios (Ex. 19, 5), todos los bienes son de Dios para todos los hombres. Jesús llama a la riqueza injusta porque el rico acapara para sí lo que se debe a otros, a los pobres. Por eso dice San Basilio: "¿Acaso no eres avaro, no eres ladrón, cuando te apropias de lo que recibiste a título de administración? Si hay que llamar ladrón al que desnuda al que va vestido, ¿habrá que dar otro nombre al que no viste a un desnudo si lo puede hacer? Del hambriento es el pan que tú retienes; del que va desnudo es el manto que tú guardas en tus arcas; del descalzo, el calzado que en tu casa se pudre" (Homilía sobre Lucas, P. G. // 31, 277).

Por último, en el evangelio de hoy Jesús no sólo califica a la riqueza como injusta sino que la personifica, haciendo de ella un ídolo: "Nadie puede servir a dos señores... no se puede servir a Dios y a "Mamoná". Es un término arameo que significa riqueza. El verbo "servir" (en griego "douleuein") tiene un matiz cultural, expresa las relaciones del hombre con Dios. Es la única vez que Jesús atribuye a algo creado el poder de adueñarse del corazón del hombre. "Servir a Dios implica cumplir los mandamientos que se resumen / en el amor al prójimo. Por eso, hacer un uso "religioso" de los bienes significa utilizar los bienes de cara al prójimo, impidiendo eficazmente la indigencia de los demás.

Servir a Mamoná, al dios-Dinero, consiste en acumular y acaparar los // bienes terrenos, impedir su distribución equitativa. Por eso se condena toda estructura social monopolística, que al impedir esa distribución es causa de la existencia de los pobres" (GONZALEZ RUIZ).

++++++

¿RICO YO? ¡VAMOS...!

Una parábola con dos finales (como la del Hijo Pródigo, Lc. 15, 11-32). La primera parte narra, quizás, una historia conocida; el acento cae en la / segunda parte, la agregada por Jesús. Se trata de una seria advertencia a la gente que, viviendo como el rico y sus hermanos, están encaminados a su mismo fin.

¿En qué gente piensa Jesús? Quizás en los fariseos. ¿Por qué? Es que Lucas pone una nota a continuación del texto que leíamos el Domingo pasado // (Lc. 16, 1-13) acerca del modo de usar los bienes. Dice: "Los fariseos, que eran amigos del dinero, escuchaban todo esto y se burlaban de Jesús" (Lc. // 16, 14). "El evangelista presenta la parábola (de hoy) como la respuesta de Jesús a las burlas de los fariseos, amigos del dinero" (J. DUPONT).

La primera parte de la parábola presenta la contraposición entre el rico y el pobre. Allí están, uno frente al otro. La riqueza del personaje se / manifiesta en su lujo: sus vestidos son de púrpura, con que se hacían los // mantos de los reyes, y de lino finísimo, también un género carísimo. Además, sus "espléndidos banquetes" le permiten gozar de la vida.

No se dice nada más del rico. No hay ningún calificativo moral. No se / lo presenta como malo; se trata, simplemente, de un rico.

El pobre se llama Lázaro. Se lo presenta en contraposición al rico: en / lugar de la púrpura y el lino, su cuerpo está cubierto de llagas; en lugar / de los espléndidos banquetes, él tiene un hambre que le hace desear lo que / cae de la mesa del rico. Aquí hay que tener en cuenta las costumbres de a-// qué tiempo. Con esa expresión: "lo que caía de la mesa del rico" no se alude a las miguitas. Se comía con las manos y los comensales se limpiaban las / manos con la miga del pan que se tiraba luego debajo de la mesa. Sólo acabada la comida los sirvientes las retiraban. ¿Con qué gusto Lázaro hubiera saciado su hambre con eso! Un último detalle completa el cuadro: los perros la men las llagas del pobre.

Hay que notar que en la descripción del pobre no hay tampoco ninguna calificación moral o religiosa. No se hace ninguna alusión a sus disposiciones: no se dice que aceptara con paciencia o resignación su estado; no se // menciona ni su piedad ni su confianza en Dios. Lo único que se dice es que era alguien en situación de extrema miseria. Frente al hombre que goza de todas las ventajas de su riqueza, está el pobre en su miseria.

No tenemos que pedir que la primera parte de la parábola responda a lo / que no pretende responder: ¿Por qué? ¿Por qué el pobre se salva? Y, sobre todo, ¿por qué el rico se condena?

La primera parte de la parábola es una ilustración de las Bienaventuranzas que, simplemente, afirman: "¡Dichosos de ustedes los pobres porque el // Reino de Dios les pertenece!... ¡Ay de ustedes los ricos porque ya tienen su consuelo!" (Lc. 6, 20-24).

Pero en la segunda parte de la parábola se ilumina el por qué de la condena del rico. Si sólo tuviéramos el vs. 25: "Tú has recibido bienes en la / vida: Lázaro, en cambio, males; ahora él encuentra aquí su consuelo, tú, el / tormento". Se podría pensar que el rico sufre la condenación simplemente para compensar la felicidad que gozó en la tierra. Pero los últimos versículos demuestran que la condenación de los ricos no es inevitable. Los hermanos // del rico y los que viven como ellos pueden evitar la condenación si cambian / de vida y viven de acuerdo a las enseñanzas de Moisés y los Profetas, o sea, de acuerdo a las enseñanzas de la Biblia.

La Biblia enseña el camino de la salvación, el camino que tienen que seguir los ricos si quieren salvarse. Particularmente los Profetas (por ejemplo, Isaías 58, 6-10) como también el mismo Jesús (por ejemplo Lc. 16, 9; // 18, 22; 19, 8-9) enseñan que sólo compartiendo su riqueza con los pobres podrán salvarse los ricos.

El final de la parábola es francamente desalentador. Notemos, de paso, / la actitud del rico con respecto a Lázaro. Lo había ignorado toda su vida; / él había gozado de sus riquezas como si Lázaro no hubiera existido. Pero al verlo le parece lo más normal que se ponga a su servicio: los ricos consideran que los pobres deben ser sus sirvientes...

¿RICO YO? ¡VAMOS...!

A la propuesta del rico de que Lázaro vaya a alertar a sus hermanos, Abraham contrapropone la escucha de la Palabra de Dios que enseña lo que tienen que hacer los ricos para salvarse. El rico responde que sus hermanos no la tienen en cuenta a la Biblia. "Entonces -concluye taxativamente Abraham-, aunque resucite alguno de entre los muertos, tampoco se convertirán" (vs. // 31), tampoco "cambiarán de vida" (vs. 13).

El juicio negativo acerca de los ricos se funda en que su riqueza frecuentemente es fruto de la explotación de los pobres; así lo dicen por ejemplo: Amós 8, 4-6; Jeremías 22, 13-17; Habacuc 2, 5-10; Santiago 5, 1-6....

Como dice ese personaje de "Mafalda", Manolito: "Nadie puede amasar una fortuna sin hacer harina a los demás".

Pero aunque la riqueza no fuera fruto de la explotación directa de los pobres, Jesús, en el texto que leíamos el Domingo pasado, la califica a la riqueza como injusta (Lc. 16, 9.11). Lo que sucede es que, cuando la vida está orientada fundamentalmente al propio interés, a tener cada vez más, se va distorsionando el sentido de la realidad y se acaba en un callejón sin salida...

Quisiera preguntarle: Cuando usted escucha la parábola de hoy y otros / pasajes del evangelio en que Jesús habla de los ricos, ¿piensa que lo tocan / a usted? ¿No es cierto que usted no se siente interpelado?

Es que usted no se considera rico ni mucho menos... "Para ser rico /// -piensa usted- habría que tener inmensamente más que yo que vivo de un sueldo, y un sueldo que no es ciertamente de los más altos... ¿Qué voy a ser rico yo! Mi problema es justamente el contrario: yo formo parte de esa castigada clase media que se va empobreciendo cada vez más.. He tenido que ir renunciando a cosas simples que antes podía hacer: salir a comer alguna vez afuera, ir al teatro, el tema de las vacaciones... Esa es mi realidad: ha ido // disminuyendo mi 'nivel de vida', mi 'calidad' de vida... ¿Qué voy a ser rico yo!"

Así es quizás como ve usted la cosa. Pero ¿pensó alguna vez cómo se ve el tema desde la óptica de los pobres? Si se pregunta a un grupo de pobres: // "¿Quiénes son ricos?", ¿lo excluirían a usted? La realidad no se ve de la // misma manera si se la observa desde abajo. ¿Desde dónde ve la realidad Jesús: desde los que tienen o desde los que no tienen?

No nos resulta fácil hacernos una idea acerca del modo de ver las cosas propio de Jesús. Pero usted podría decir: "Es fácil saber cómo veía la realidad Jesús, cómo ve la realidad Jesús: basta abrir el evangelio, allí está // bastante claro..."

Y sin embargo tenemos una gran dificultad para percatarnos acerca del / juicio de Jesús sobre nuestra situación: es que somos cristianos "desde siempre", desde chicos. Eso hace que estemos convencidos de que nuestra mentalidad es cristiana, que nuestras opciones y actitudes son cristianas (claro, / con excepción de alguno que otro pecadito...)

Eso hace que cuando escuchamos el evangelio, consciente o inconscientemente, nos ubiquemos siempre en el lado "bueno"... Así, por ejemplo, cuando escuchamos la parábola del Buen Samaritano (Lc. 10, 30-37) no nos vemos "retratados" en el sacerdote o el levita, sino en el Buen Samaritano. Y cuando escuchamos la parábola de hoy, no pensamos ni remotamente que estamos representados por el rico... No sólo porque no usamos vestidos de púrpura y lino / ni lo que hoy correspondería a semejante lujo. Además, ¿quién puede banquetear todos los días? (Entre otras cosas, por temor al avance del colesterol...) Es cierto que no nos identificamos con el miserable Lázaro... Pero / de algún modo, sí: ¿nos pensamos en el cielo; ni por asomo en el infierno!

Nos pasa lo mismo que a Clodoveo, aquel rey de los francos que cuando / le leían la pasión de Jesús exclamaba: "¡Ah, si hubiese estado yo allí con / mis francos! ¡Las cosas habrían sido muy distintas!". El había hecho cosas / mil veces peores: había ordenado matanzas espantosas, había hecho despellejar a sus enemigos... Pero cuando le presentaban el espejo del evangelio, en lugar de caer en la cuenta de sus crímenes, se indignaba por la maldad de // los otros, no se daba cuenta de que su modo de actuar estaba representado // por esos verdugos que torturaron y mataron a Jesús: él tenía la conciencia / de ser buen cristiano...

¿RICO YO? ¿VAMOS...!

Hemos crecido en una sociedad individualista imbuida por una ideología/ferozmente competitiva y consumista. Como en una competencia deportiva, cada uno corre solo, en su propio carril, sin pensar que tiene algo que ver con / los otros, con los que corren en los otros carriles: son sólo sus émulo, // sus adversarios a los que hay que dejar atrás so pena de perder el premio...

Vivimos en una sociedad que por medio de la propaganda exagera nuestra tendencia a tener, creando constantemente nuevas necesidades... Siempre nos falta algo sin lo cual "no se puede vivir" o que, al menos, es "lógico", es/ "normal" tenerlo...

No basta la heladera, necesitamos el freezer; no basta la cocina, necesitamos la micro-ondas; no basta el televisor, necesitamos la video-cassete-ra... A los jueces y legisladores no les bastan 3.000 pesos, necesitan 5.000 ó 6.000... Otros sentirán la necesidad de una casa en Punta del Este o de una cuenta en Nueva York o en Suiza... Es que "lo mucho parece poco cuando se quiere algo más".

Curiosamente, nadie se considera rico, nadie se siente aludido cuando / Jesús habla de los ricos y del destino que les espera si no cambian de manera de vivir...

La vida orientada a tener cada vez más distorsiona el sentido de la realidad: el hombre no tiene conciencia de que Dios ha hecho el mundo y los // bienes para todos (Populorum Progressio #22). Por eso acaba convenciéndose / de que todo lo que acumula le pertenece (Por el contrario: "La propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto": Populorum Progressio #23). Es muy frecuente oír: "A mí nadie me regala nada; lo // que tengo me lo hice con mi trabajo". Aunque se considere muy católico, no / tiene en cuenta que, según la expresión de Juan Pablo II, sobre su propiedad pesa una "hipoteca social" (Sollicitudo Rei Socialis #42).

Su visión de la realidad se circunscribe a él y sus riquezas, está solo con sus riquezas (como el rico insensato: ver Domingo 18º Durante el Año). / Para él, los pobres no existen. Por eso puede vivir tranquilo sin tenerlos / en cuenta. Y sin embargo, hoy, Lázaro ha adquirido dimensiones gigantescas: / hay millones de pobres. La situación actual, como lo señalaba Juan Pablo II/ en su primera encíclica, "representa el gigantesco desarrollo de la parábola bíblica del rico y el pobre Lázaro" (Redemptor Hominis #16).

Por su parte, los obispos argentinos abren la puerta de nuestras casas/ y nos llaman la atención sobre "la situación de los más pobres. Ellos son // los que más han sufrido los sucesivos ajustes económicos. Son los que están/ más indefensos. Los que carecen de alimentación suficiente y debida atención a su salud y son ellos los más perjudicados por el aumento del analfabetismo. Las estadísticas nos dicen que la brecha entre ricos y pobres se agranda cada vez más y la marginalidad creciente tiende a instalarse de manera endémica en nuestra sociedad.

Porque no se puede sacrificar el presente de los más pobres en aras de/ un futuro incierto, se hace urgente la sostenida implementación de una política social con programas concretos de asistencia y promoción que involucren como protagonistas a los mismos interesados" (Conferencia Episcopal Argentina, 20.04.91).

Estas manifestaciones de la enseñanza social de la Iglesia actualizan, / traducen para nuestra situación de hoy las enseñanzas de la Biblia. En la Biblia se revela el Dios viviente, un Dios que ama la vida (Sabiduría 11, 26), un Dios que no es ciego y sordo como los ricos, sino que "ve la humillación/ de su Pueblo, escucha sus gritos... conoce sus sufrimientos" (Ex. 3, 7). En/ el evangelio resuena la palabra de Jesús que viene a anunciar la Buena Noticia del Reino a los pobres (Lc. 4, 16-21; Mt. 11, 2-6). Pero, ¿cuál es nuestra actitud con respecto a la Biblia? ¿Tenemos una actitud distinta a la de/ los hermanos del rico?

Leí hace unos años en una revista protestante el siguiente relato: Una familia tenía en un lugar destacado del comedor un hermoso ejemplar de la Biblia. Un día, mientras la mamá quitaba el polvo del soporte de la Biblia, su hijo de nueve años le preguntó: "Mamá: ¿ése es el libro de Dios?". "Sí, querido", le respondió la mamá, "la Biblia es el libro de Dios". Y volvió a preguntar el chico: "Entonces, ¿por qué no se lo devolvemos, ya que nosotros no lo usamos?".

++++++

Y USTED, ¿TIENE FE?

"Los Apóstoles dijeron al Señor: auméntanos la fe".

La fe... Se puede decir que no hay página del Nuevo Testamento donde no se hable de la fe; claro que también es un tema central de la primera parte/ de la Biblia, lo que llamamos Antiguo Testamento.

El pedido de los Apóstoles a Jesús es una invitación a reflexionar so- bre nuestra fe.

A primera vista, la petición de los Apóstoles parece extraña; le piden/ que les aumente la fe. Pero, ¿qué significa "aumentar" la fe? Pareciera que/ se cree o no se cree... ¿o es que se puede creer más y creer menos?

Según los evangelios, parece que sí. En un pasaje del evangelio de Mar- cos encontramos un pedido parecido al de los Apóstoles. Se trata de un rela- to de milagro, de la curación de un chico. El padre del chico, ante la afir- mación de Jesús: "Para el que cree todo es posible", le dice: "Yo creo, pero ayúdame porque tengo poca fe" (Mc. 9, 23-24).

Varias veces, en el evangelio de Mateo, Jesús califica a los Apóstoles/ como "hombres de poca fe": 6, 30; 8, 26; 14, 31; 16, 8.

Y junto a gente que no tiene fe, como por ejemplo la gente de Nazaret:/ "El se asombraba de su falta de fe" (Mc. 6, 6); los parientes de Jesús que / pensaban que era un desequilibrado (Mc. 3, 21; Jn. 7, 5); los escribas y fa- riseos que pensaban que era un instrumento del demonio (Mc. 3, 2.6.22); hay/ otra gente que asombra a Jesús por su gran fe, como el centurión romano: /// "Les aseguro que no he encontrado a nadie en Israel que tenga tanta fe" (Mt. 8, 10), y la mujer cananea, ante cuya actitud exclamó Jesús: "Mujer, ¿qué // grande es tu fe!" (Mt. 15, 28).

Poca fe... mucha fe... ¿Cómo es la fe de usted?

Para responder es importante tener en cuenta qué significa en los evan- gelios y en el Nuevo Testamento tener fe. Y es importante porque los cristia- nos reconocemos el Nuevo Testamento juntamente con el Antiguo como Palabra 7 de Dios. Lo que el Nuevo Testamento llama fe es bastante distinto de lo que/ generalmente se piensa que es la fe...

"Tener fe" para mucha gente significa "creer en Dios", y llaman "creer/ en Dios" afirmar que debe existir "algo" superior. Se suele aclarar: "Mire,/ yo creo en Dios pero no creo en los curas... no voy a la iglesia..."

Para otros, tener fe es "aceptar todas las verdades que enseña la Igle- sia: la Trinidad, la Virgen María, los Santos, el Papa, los Sacramentos...". Cuando se tiene esta concepción se mete todo en la misma bolsa: Palabra de / Dios, devociones, leyendas y datos de los evangelios apócrifos, apariciones/ de la Virgen y mensajes celestiales... Tener mucha fe, en este contexto, sig- nifica aceptar muchas cosas: devociones, imágenes, rezos... Cuando le hablan de alguna aparición o mensajes celestiales, trata de recibirlos por "miedo / de que le suceda algo" si lo pasa por alto. Dentro de esta concepción, aun// que a Dios se lo llame Padre, se lo concibe más bien como a un patrón y juez exigente que amenaza y castiga a los desobedientes. Tener fe es tener miedo/ a Dios y tratar de hacérselo propicio mediante promesas y mortificaciones./ Quienes conciben más o menos así la fe (y son muchos) viven dominados por el miedo y el sentimiento de culpa...

Por el contrario, tener fe en el Nuevo Testamento es reconocer a Jesu-/ cristo como nuestro Señor y seguirlo. La fe es respuesta libre a un llamado/ de Jesús a seguirlo. La actitud creyente se despliega entre la gratuidad ab- soluta de un llamado y la libertad de una respuesta.

Si no se cae en la cuenta de que la fe es respuesta a una llamada, co- rremos el riesgo de situarnos en una posición falsa, como si poseyéramos la/ fe como propiedad nuestra.

No somos cristianos, decía Kierkegaard, nos vamos haciendo cristianos./ Es decir, nos vamos acercando más a Jesús o nos vamos alejando de El.

Seguir a Jesús significa comprometernos con Jesús y con la causa del // Reino de Dios. La fe no consiste en aceptar verdades, como si tener fe alu- diera sólo a la inteligencia del hombre. La fe asume al hombre todo, en su /

Y USTED, ¿TIENE FE?

aspecto espiritual y material, en su dimensión individual y social; no se // restringe a un sector de la vida humana, el ámbito "religioso", sino que abarca la totalidad de la existencia: su dimensión política, económica, social, etc.

Tener fe es aceptar el evangelio del Reino, y eso implica ver la realidad con ojos nuevos, percibir los "signos de los tiempos" (Mt. 16, 1-3), /// "cambiar de mentalidad", es decir, convertirnos (Mc. 1, 15).

Pero tener fe no da la superioridad del "sábelotodo": ése es el pecado/ de los escribas y fariseos y de los que hoy son como ellos. Se creen superiores porque "son católicos" y desprecian a los que no van a la iglesia; a veces rezan por los "pobres pecadores"!

La fe no disipa la ambigüedad de la historia: para quienes siguen a Jesús hay como para todos mucha obscuridad. El creyente corre permanentemente/ el riesgo de la incredulidad. Quien sigue a Jesús puede dejar de acompañarlo. La incredulidad no es un problema de "los otros": es una posibilidad real del creyente. Jesús preguntó a los Apóstoles: "¿Se quieren ir ustedes también?" (Jn. 6, 64-69).

Es que seguir a Jesús significa tener en nuestra sociedad y en nuestro/ tiempo una actitud análoga a la que Él tuvo en su sociedad y en su tiempo. Y eso es difícil, exige renunciaciones. En efecto: tener fe, seguir a Jesús implica

- abandonar (padre, madre... hasta su propia vida... todo lo que posee... -Lc. 14, 25-33);
- perder (seguridad, tiempo, dinero, como el samaritano... -Lc. 10, /// 25-37);
- "achicarse" (para entrar por la puerta estrecha, para solidarizarnos/ con los últimos. -Lc. 13, 23-27; 14, 7-14).

Seguir a Jesús es arriesgarse a fracasar porque la sociedad en que vivimos no está estructurada de acuerdo a la lógica del Reino. El miedo al fracaso paraliza a muchos y los hace retroceder, renunciar a la decisión de vivir con el estilo de Jesús, con el estilo del Reino. Es que les parece más razonable, más seguro, más realista seguir apoyándose en lo que tienen: como el hombre rico que, aunque había vislumbrado una posibilidad nueva, renunció a ella con cierta tristeza, prefiriendo la seguridad de sus bienes (Mc. 10, // 17-27), o los invitados descorteses que renunciaron al banquete, metáfora // del Reino, por considerar más importante sus intereses privados: el campo o los animales que habían comprado o su propia fiesta de casamiento (Lc. 14, // 15-19).

Tener fe, seguir a Jesús, provoca conflictos y todos ansiamos vivir en paz... "¿Piensan que he venido a traer la paz a la tierra? No; les digo que/ he venido a traer la división" (Lc. 12, 51: Domingo 20º Durante el Año).

La fe no es una receta para solucionar problemas: en cierto sentido, // crea nuevos... La fe no soluciona nuestros problemas sino que nos da fuerzas para no dejarnos abatir por los problemas ni por los miedos. Nos da fuerzas/ para situarnos como Jesús ante el mal y la injusticia: luchando para superar los y resistiendo en la esperanza.

Tener fe, para nosotros los cristianos, significa rechazar como falso / el dilema: Hay que elegir entre Dios y el hombre, como si se diera entre /// Dios y el hombre una rivalidad axiológica y ontológica. Como si para encontrar a Dios hubiera que abandonar el mundo, como si fuera posible encontrar/ a Dios alejándose del hombre. En otras religiones ésa es la condición fundamental: "elevarse" de lo material a lo espiritual. El cuerpo del hombre, las relaciones humanas, el sexo, el matrimonio, la comida, en una palabra, todo/ lo material aleja de Dios. Para nosotros los cristianos, en cambio, el Hijo/ de Dios se hizo hombre y, por tanto, el hombre Jesús es el lugar del encuentro con Dios. Y por esa misma razón nuestra relación con Dios se realiza en/ la relación con el hombre: el Dios trascendente no puede ser re-conocido ni/ re-encontrado sino cuando otro hombre es acogido en la proximidad del prójimo. Buscar a Dios en las nubes, es decir, apartándose del hombre y su mundo, prescindiendo de mi relación con el prójimo, particularmente el necesitado, / es caer en la ilusión.

El pecado contra la fe, la blasfemia, consiste en desviarnos del servi-

Y USTED, ¿TIENE FE?

cio del hermano con la excusa del culto a Dios: es lo que hicieron el sacerdote y el levita de la parábola del Buen Samaritano.

Por eso para nosotros, los cristianos, la salvación se juega allí donde está en juego lo humano: en la economía, en la educación, en la salud, en el trabajo...

"Señor: aumentanos la fe..."

"Creo, pero ayúdame porque tengo poca fe..."

Tener fe es ser libre, haber sido liberado por Jesús de ese dios imaginario, proyección de nuestro sentimiento de culpa, ese producto de nuestros miedos, ese ídolo que nos creamos a nuestra imagen y semejanza.

Tener fe es reconocer a Dios como Padre que se nos revela en Jesús, es/ entonces vivir en la libertad propia de los hijos no agobiados por el yugo / de la ley propio de los esclavos... (Rom. 7, 1 - 8, 4; Gál. 4, 1-7).

Tener fe, seguir a Jesús, es un camino de liberación

- del ansia exacerbada de tener;
- de la dinámica del "darwinismo histórico" que, en la lucha de todos / contra todos, hace prevalecer al fuerte sobre los débiles;
- de las trampas del poder...

"Señor: aumentanos la fe..."

Tener fe es un camino, es un proceso, es una búsqueda...

Tener fe es "querer ver a Jesús" (Jn. 12, 21) como Zaqueo (Lc. 19, /// 1-10) o como aquellos dos discípulos de Juan a quienes Jesús preguntó: "¿Qué buscan?" (Jn. 1, 37-39).

- Quien está seguro de "haber llegado" no se interesa por el camino;
- Quien está convencido de que "ve" no busca la luz;
- Quien tiene conciencia de que "sabe", no pregunta al Maestro;
- Quien piensa que "ya ha encontrado", no busca más, sólo se preocupa / por conservar lo que cree tener...

Pero Pascal pone en boca de Jesús: "No me buscarías si no me hubieras / encontrado". Quien no busca a Jesús aún no lo ha encontrado.

++++++

DOS ANIVERSARIOS: LA PRIMERA EVANGELIZACION Y LA NUEVA EVANGELIZACION

Hoy no vamos a comentar el evangelio como lo hacemos todos los domingos sino a tratar de escuchar lo que Dios nos dice por los acontecimientos.

1.- La primera evangelización.

Mañana se cumplen 500 años de la llegada de Colón a América. En su diario de navegación dejó escrito el 12 de Octubre de 1492: "A las dos horas // después de medianoche pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. A-// mainaron todas las velas y quedaron temporizando hasta el día viernes que // llegaron a una isleta de los lucanos que se llamaba en lengua de indios Guanahani...". Colón le pondrá el nombre de San Salvador; hoy se llama Watling, en las Bahamas.

Así tuvo origen lo que desde chicos en la escuela aprendimos a llamar / "descubrimiento" de América. Pero desde hace bastante tiempo ese aparentemen- te inocente modo de hablar es cuestionado por mucha gente... Se hace notar, / y con razón, que calificar el hecho como "descubrimiento" refleja el punto / de vista de los españoles. Para ellos se trató de un descubrimiento, pero // los habitantes de estas tierras experimentaron la llegada de los españoles y la conquista como una invasión. El mismo hecho es interpretado de dos modos / distintos de acuerdo desde donde se lo mire.

Da que pensar que en toda América se haya hablado siempre de descubri- / miento y no de invasión. Es interesante comparar este hecho con otro hecho / histórico que tuvo a Europa por escenario: lo que en Italia y entre nosotros se denomina "invasión de los bárbaros" (los romanos sintieron que los germa- nos, los hunos, etc., los invadían), los alemanos lo llaman "migración de // los pueblos"...

"Descubrimiento", "encuentro" de dos mundos, lo llaman algunos; "encu- / brimiento", "desencuentro", lo llaman otros; un intelectual aborigen lo lla- ma "encontronazo"...

¿Festear? ¿Condenar?

Los estudiosos tienen puntos de vista divergentes sobre los "actores" y las reales motivaciones de la empresa llevada a cabo por España. Y la áspera polémica entre hispanistas e indigenistas, que no comenzó ciertamente este a- ño, ha dificultado una consideración serena del significado trascendente del acontecimiento.

"No fue un encuentro, como suele decirse con cierto tono trivial... El / (río de la) Plata es diferente a las vertientes que le dan vida (los ríos Pa- raná y Uruguay) y nosotros, los pueblos hispanohablantes de América, somos u- na entidad distinta a la realidad anterior a los españoles, pero también a / los españoles mismos.

"Este debió ser el gran tema del año del V Centenario: ...lo que es hoy América Latina y el porqué de esta realidad. ...Los pueblos, al igual que // los individuos, se preguntan en algún momento de dónde vienen, a dónde van, / por qué les pasan las cosas que les pasan y otras cuestiones semejantes... / Este año hubiera sido ideal para elaborar algunas respuestas a estas pregun- tas. Y hubiera sido ideal también para pensar si de las respuestas posibles / pueden inferirse algunos cursos de acción más o menos comunes para los pue- / blos de este continente. Hay temas que involucran a todos en mayor o menor / medida: la inestabilidad institucional... la creciente marginalidad en la so- ciedad... las diferencias cada vez más acusadas entre ricos y pobres" (Félix Luna: El V Centenario: una reflexión incompleta. Suplemento de EL LITORAL, / 10 de Octubre de 1992), la grave deuda de justicia con respecto a los grupos aborígenes... Ciertamente ha faltado un gran debate acerca de lo que América Latina es y quiere ser.

En el tramo de nuestra historia comenzado hace 500 años "la fe cristia- na ha estado presente -y ausente- de varias maneras" (G. Gutiérrez). De este punto se ocupará la Cuarta Conferencia del Episcopado Latinoamericano que i- naugurará Juan Pablo II en Santo Domingo y que tiene como lema: "Nueva evan- gelización - Promoción humana - Cultura cristiana".

DOS ANIVERSARIOS: LA PRIMERA EVANGELIZACION Y LA NUEVA EVANGELIZACION

Al hablar de la necesidad de una nueva evangelización en Latinoamérica, el Papa alude, generalmente de modo explícito, a la primera evangelización. ¿Cómo fue ese primer anuncio del evangelio?

Se dice genéricamente que: "Hubo luces y sombras", y se agrega: "pero / han sido más las luces que las sombras". Sin embargo no se analizan en concreto esas sombras... Y cuando alguien menciona concretamente alguna de esas sombras, se lo acusa de que defiende la "leyenda negra". La postura prevalente entre los católicos es apologética y acrítica. Es importante reconocer // que la primera evangelización fue realmente conflictiva porque no hubo un único proyecto de evangelización sino dos proyectos en pugna.

Uno de esos proyectos fue llevado adelante por los dominicos que se establecieron en la Hispaniola, donde fray Antón Montesinos predicó en nombre / de sus hermanos el famoso sermón del 4º Domingo de Adviento (21-12-1511). El texto bíblico era Juan 1, 19-28. Dijo, entre otras cosas, Montesinos: "Yo // soy la voz de Cristo en el desierto de esta isla... esta voz será la más nueva que nunca oísteis, la más áspera y dura y peligrosa que jamás pensásteis / oír... Esta voz os dice que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid: // ¿Con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios?... ¿Cómo los tenéis tan oprimidos y fatigados, sin darles / de comer ni curarlos de sus enfermedades que de los excesivos trabajos que / les dais incurrir y se os mueren y, por mejor decir, los matáis por sacar y / adquirir oro cada día?... Estos ¿no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entenedéis? // ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto que en el estado en que estáis no os podéis / salvar más que los moros y los turcos que carecen o no quieren la fe de Jesucristo".

Oyeron este sermón todas las autoridades que habían sido especialmente / convocadas... Fray Montesinos fue expulsado a España...

En la misma línea de esta evangelización profética estaban los franciscanos que llegaron a México, los famosos "doce apóstoles", influenciados por las concepciones de Joaquín del Fiore, que anunciaban la era del Espíritu // Santo en la etapa final de la historia del mundo.

Provenientes de la provincia de Extremadura, soñaban con fundar mediante la predicación del evangelio una nueva cristiandad, distinta de la de Europa, envejecida y decadente, independientemente del poder y la concepción / de los conquistados.

Además de este proyecto -que podríamos llamar profético-, estaba el otro proyecto que fue el que prevaleció, el proyecto de la corona, que consistía en transplantar la cristiandad hispánica a América. Se transplantan las mismas estructuras de la vieja cristiandad: diócesis, parroquias, conventos. Ante la resistencia de los indígenas no queda otro camino que la fuerza. Se / apelaba a una justificación teológica, una interpretación errónea de la parábola de los invitados descorteses de Lucas 14, 16-24: "Fuérzalos a entrar".

Dos proyectos: uno, desde la posición de fuerza de los conquistadores obligando a los indígenas a aceptar la religión de los vencedores, y el otro / proyecto, una cristiandad no apoyada en el poder.

Estos dos proyectos, una evangelización apoyada en el Espíritu y otra apoyada en el poder, se han continuado con las lógicas variantes de los tiempos, a través de estos quinientos años.

Si se quiere hacer una nueva evangelización hay que explicitar cuál de / estos proyectos se elige. Para eso es importante analizar la situación de la Iglesia hoy y el lugar concreto en que se encuentra: junto al poder, aliada / al poder (político, económico, etc.) o junto a los pobres, desde ese lugar / en que se manifiesta el Espíritu (Mt. 11, 25).

Es claro que realizar este sinceramiento implica reconocer y asumir los conflictos existentes en nuestra Iglesia hoy... esos conflictos ante los cuales muchos cierran los ojos...

¿Los obispos latinoamericanos reunidos en Santo Domingo harán este análisis de la situación real de la Iglesia? ¿Tendrán la valentía y la lucidez /

DOS ANIVERSARIOS: LA PRIMERA EVANGELIZACION Y LA NUEVA EVANGELIZACION

para reconocer y denunciar las alianzas y los compromisos con el poder? ¿Reafirmarán de manera concreta la opción preferencial por los pobres, el compromiso por la liberación hecho en Medellín (1968) y Puebla (1979)?.

2.- Un aniversario silenciado.

Hoy, 11 de Octubre de 1992, se cumplen 30 años del comienzo del Concilio Vaticano II, convocado e inaugurado por Juan XXIII.

El Concilio Vaticano II puede ser considerado con todo derecho el comienzo de la Nueva Evangelización.

Paulo VI, al inaugurarse la segunda sesión (29.09.63), resumió en cuatro puntos los objetivos del Concilio:

- 1) La conciencia de la Iglesia.
- 2) La reforma de la Iglesia.
- 3) La unidad de los cristianos.
- 4) El diálogo de la Iglesia con el mundo contemporáneo.

El Concilio significó un Nuevo Pentecostés. En el rostro envejecido de la Madre y Maestra reaparecieron los rasgos juveniles de la hija del Padre y de la discípula de Jesús, como lo afirmaba Paulo VI: "¡La Iglesia vive! ¡Aquí está su aliento, su voz, su canto! ¿Acaso no han venido ustedes para ver vivir a la Iglesia, más bien, para hacerla vivir más intensamente, para descubrir que no está en los años de su vejez sino en la juvenil energía de su perenne vitalidad?" (28-10-65).

La Iglesia se despertaba de un sueño de siglos, tenía la valentía de mirarse al espejo de Cristo y decidirse a "reformarse, corregirse y esforzarse por devolverse a sí misma la conformidad con su divino modelo" (29-09-63).

Una Iglesia no autosuficiente, sino que reconoce que "para cumplir su misión tiene el deber de escudriñar los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del evangelio para poder responder de modo adecuado en cada tiempo a los interrogantes del hombre acerca del sentido de la vida" (G. S. #4).

Una Iglesia que, abandonando la ciudadela amurallada de su seguridad, se reconoce como Pueblo de Dios (Lumen Gentium c. 2º) peregrino junto a los demás pueblos y toma conciencia de "cuanto le queda aún por madurar en la relación que debe mantener con el mundo" (G. S. #43).

Una Iglesia que quiere "dar prueba de su solidaridad, respeto y amor a toda la familia humana dialogando con ella" (G. S. #3), no imponiendo desde fuera el evangelio de Jesucristo.

Poco tiempo después del anuncio de la convocatoria del Concilio (25-01-1959) alguien le preguntó a Juan XXIII qué esperaba del futuro Concilio. Y el Papa abrió una ventana de su escritorio diciéndole: "Que entre un poco de aire fresco en la Iglesia". Y entró el viento impetuoso de Pentecostés.

¿Tendrán éxito los esfuerzos de quienes intentan volver a cerrar las ventanas?

++++++

"HAY QUE ORAR SIEMPRE SIN DESANIMARSE"

Esta parábola del juez injusto es paralela a la del amigo insistente // (Lc. 11, 5-8) que leíamos el Domingo 17º Durante el Año.

Lucas introduce la parábola de hoy indicando hacia donde apunta: "Es necesario orar siempre sin desanimarse".

La parábola de Jesús presenta en la persona de la viuda una situación / casi sin salida: es una mujer que necesita que le hagan justicia y el único poder que tiene es rogarle al juez. Al igual que en todo el antiguo oriente, la situación de las viudas en Israel era lamentable. En el Antiguo Testamento se las suele mencionar junto con los huérfanos, los extranjeros y los pobres. Es que en una sociedad patriarcal en que la existencia de la familia / dependía casi totalmente del hombre, cuando éste moría la mujer quedaba generalmente en una situación de necesidad económica y desamparo social.

Se nos han conservado en el Antiguo Testamento muchas prescripciones // que tenían como objetivo paliar su situación de necesidad. La mujer viuda era considerada socialmente como menos digna: ya no podía tener hijos. Pero era sobre todo en el ámbito del derecho que aparecía más perjudicada. A una viuda le era particularmente difícil hacer valer sus derechos. Por eso se // comprende la insistencia con que el Antiguo Testamento presenta a Dios como el que sale en defensa de las viudas (por ejemplo, entre muchos otros lugares: Salmo 68, 6: "Padre de huérfanos, protector de viudas").

La viuda aparece sola, sin relaciones influyentes, sin poder. Se trata de una cuestión de dinero ya que presenta su demanda ante un solo juez: quizás se trata de una deuda, de una hipoteca o de una parte de la herencia que alguien se la retiene. Se dirige al juez de su ciudad, pero éste da largas / al asunto, no inicia el proceso... la lentitud de la justicia, "las tardanzas de la justicia" que Hamlet menciona entre los más grandes sufrimientos / de la vida del hombre en el famoso monólogo: "Ser o no ser": "Durante mucho tiempo el juez se negó".

¿A qué se debía esta actitud del juez? Con dos pinceladas lo explica Jesús: "No tenía a Dios ni tenía en cuenta a la gente". ¿Qué se puede esperar de un juez que no se siente responsable ante Dios? Para los oyentes de Jesús, el derecho y la justicia tienen su último fundamento en la voluntad de Dios. Desde los orígenes de Israel Yavé había dado a su pueblo leyes y normas; la justicia humana tenía su medida en la justicia divina. Los jueces en Israel estaban encargados de defender el derecho de las viudas en nombre y / en lugar de Dios (Deut. 1, 17).

Ahora bien: este juez no tenía en cuenta a Dios...

Pero no sólo eso; tampoco tenía en cuenta, tampoco le importaba la dignidad y los derechos de la gente. En su falta de escrúpulos, le era indiferente que la gente se viera privada de su derecho. No se sentía obligado a / administrar justicia a todos, pobres y ricos.

La parábola no lo aclara, pero es muy verosímil que el "adversario" de la viuda fuera un hombre rico e influyente. Ante este juez injusto, que posterga indefinidamente la apertura del proceso, la viuda insiste: "Te ruego / que me hagas justicia contra mi adversario".

Esta mujer no tiene ninguna fuerza para presionar al juez; su única /// fuerza es su ruego insistente. No claudica ante la reiterada negativa del // juez injusto; no se resigna sino que persevera obstinadamente en la búsqueda de la justicia.

La situación dramática de esta viuda es una imagen de experiencias similares que conocemos hoy entre nosotros y quizás que nosotros mismos hemos vivido. Hay tantos presos olvidados sin proceso cuyas causas nadie mueve y que vegetan en la angustia y en la amargura. Hay muchos que luchan denodadamente por sobrevivir, que luchan por su derecho al trabajo, por su derecho a un // sueldo suficiente para vivir... Los suicidios de los jubilados que nos golpean en estos días están gritando que el nivel de la injusticia es tan inhumano que el hombre ya no lo resiste... Todo este sufrimiento sin perspectiva / de solución es representado por la viuda de la parábola. El juez de la parábola, al final, cede.

"HAY QUE ORAR SIEMPRE SIN DESANIMARSE"

Con este inesperado final se concluye el relato del juez y de la viuda. Este final es una invitación a reflexionar. El final es tan inesperado por-/ que este hombre, empedernido en su perversidad, en el momento de acceder a / hacer justicia aclara que no lo mueve ni el interés por la justicia ni su // responsabilidad ante Dios, sino simplemente su tranquilidad: "Le haré justicia para que no venga continuamente a fastidiarme".

La conclusión de la parábola va de lo menos a lo más: Si al final este/ juez injusto acabó por acceder a la perseverante petición de la viuda, ¿cómo actuará Dios con sus hijos "que claman a El día y noche"? ¿Acaso no les hará justicia "aunque los haga esperar"?

Es una pregunta análoga a la que oíamos en la conclusión de la parábola del amigo insistente: "Si ustedes que son malos tratan bien a sus hijos, /// ¿cuánto más lo hará el Padre del cielo?" (Lc. 11, 13).

¿Cómo piensan que actuará Dios?

El juez injusto se puso de parte de la viuda contrariando su manera de/ ser y de actuar, mientras que el modo de ser y de actuar de Dios lo impulsa/ a ponerse de parte de los que sufren, a estar junto a ellos para liberarlos. Jesús exhorta a perseverar confiados en la oración, día y noche, sin desani- marse, aunque se experimente la lejanía de Dios y al clamor de los pobres // responda el silencio... Como lo experimentó el mismo Jesús en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Ciertamente, la parábola apunta a la necesidad de perseverar en la ora- ción sin desanimarse, con renovada confianza en Dios. Pero Jesús pone como / contrafigura de la viuda a un juez cuyo modo de actuar le hace merecedor del calificativo de injusto que le da Jesús.

Al leer la parábola hoy y aquí no se puede dejar de pensar en uno de // los problemas más serios que tenemos en nuestra incipiente convivencia demo- crática: la crisis de la justicia. En los primeros meses de este año fue muy discutido el tema del salario de los jueces: el Arzobispo Monseñor Storni ha bló de "bofetada a un pueblo empobrecido" y el Colegio de Magistrados y Fun- cionarios, en una solicitada, apeló a la relación entre los sueldos y la in- dependencia en la administración de la justicia.

En estos días se discute acerca de la idoneidad de los jueces propues- / tos para integrar el Tribunal de Casación y sobre si se someterá o no a jui- cio político a una jueza de la Nación que tuvo que ver en los sonados casos/ de los guardapolvos y del lavado de dólares... También de estos días es el / caso del cambio de carátula en el proceso a un famoso deportista y la senten- cia de la Corte Suprema sobre los indultos presidenciales...

Son sólo algunos hechos; hay muchos más que van conformando un clima de generalizada desconfianza en la Justicia. Hace unos días comentaba esto con/ un amigo con una larga trayectoria en la magistratura y en la docencia uni- versitaria, quien me acercó unos inéditos suyos sobre el tema de la crisis / de la Justicia.

Esta situación de la Justicia es sumamente peligrosa porque puede sur- / gir en algunos -dice- "la perversa idea de echar abajo el sistema a cual-/// quier precio, pero... sin prever qué otras instituciones pueden mejorar las/ cosas". El sistema jurídico es esencial a la democracia y su buen funciona- miento es condición de una vida humana digna para todos.

Un punto muy importante a tener en cuenta para ir superando la crisis / de la justicia lo constituye "la forma de la designación de los magistrados/ judiciales, lo cual tiene que ver con la independencia de los jueces y de // los abogados. Si la designación de los jueces depende del poder político, es claro que hay un gran riesgo de que la magistratura sea especuladora y par- cial"... ¿Cuál sería la forma más adecuada?

Otro es el tema de la relación entre la independencia de los magistra- / dos y su remuneración. "Si se exige una retribución tal que los aleje de la/ tentación de quedarse con lo ajeno, el mismo criterio es aplicable a cual-// quier funcionario o dependiente público o privado... ¿De dónde surge que un/ juez, para poder impartir una honesta y adecuada justicia, debe tener un es- tado social encumbrado sin ninguna clase de preocupaciones económicas?... //

"HAY QUE ORAR SIEMPRE SIN DESANIMARSE"

¿Solamente los ricos, los muy ricos, podrían ser jueces? ¿O la retribución / de los jueces tendría que superar cualquier emolumento conocido?"

"Pero quizás el punto de partida de muchos males que afectan a la Justicia está en la falta de vocación de muchos jueces y letrados".

"La falta de vocación normalmente acarrea una deficiente dedicación y / la falta de dedicación, una mediocre formación profesional, y la mediocridad no les permite conocer sus limitaciones... Y ya sabemos que no hay cosa más / peligrosa que ese tipo de seres que con su incapacidad deterioran hasta las / instituciones más firmes; y esto vale para todas las profesiones y actividades humanas" (Dr. JOSE MARIA PUCCIO).

Ciertamente, no es lamentándonos como podremos salir de la crisis de la Justicia y de las otras crisis de nuestra convivencia sino trabajando desde / los diversos ámbitos para que esta frágil e incipiente democracia vaya siendo cada vez más real y participativa.

El pasaje evangélico de hoy nos habla de la necesidad de la oración pero de un modo bastante distinto al de ciertas exhortaciones piadosas. Jesús / no nos invita a la resignación, a aceptar pasivamente lo que nos depara el / destino. La actitud de la viuda es la imagen del hombre y la mujer que reza. Rezar tiene que ver con el obstinado anhelo del hombre por la justicia, por / una vida plena. La parábola expresa claramente que no hay que conformarse // con lo que aparece como irreformable, como fatal. La atmósfera que trasunta / el relato no es el de la aceptación resignada de una situación que aparece / sin salida. Se trata más bien de expresar obstinadamente el deseo de un mundo más justo. Ese es el sentido de la petición: "Venga a nosotros tu Reino", esa realidad metahistórica que Jesús anunció que había comenzado.

Pero, quien reza así, ¿no experimenta acaso dolorosamente las injusticias del presente? ¿No percibe realísticamente todo lo que se opone a la viabilidad de su esperanza?

Ciertamente, quien mantiene el impulso hacia una vida digna del hombre / experimentará la resistencia y el rechazo de un ordenamiento injusto, sufrirá la angustia recorriendo un camino que parece sin salida...

Orar de la manera que propone esta parábola significa resistir en la fe y la esperanza a la tentación del cansancio y del desánimo. Implica mantener la tensión entre la lucha obstinada por la vida y el peso de lo dado que amenaza con la muerte. Pero con la certeza de que "después del invierno viene / el verano; después de la noche vuelve el día; y pasada la tempestad viene una gran serenidad" (IMITACION DE CRISTO, L. II, C. VIII).

++++*++++

UN "WESTERN" AL REVES

La parábola del fariseo y el publicano es, quizás, una de las más conocidas del evangelio. A primera vista, este breve relato no presenta dificultades. El juicio de Jesús sobre los dos orantes nos parece que cae por su peso, es evidente: "El publicano volvió a su casa justificado; el fariseo, en cambio, no". Para nosotros, el fariseo es "el malo" y el publicano es "el bueno", y entonces nos parece normal que, como en las antiguas películas de "cowboys", al bueno le vaya bien y, en cambio, al malo, al final, le vaya mal.

¿Este es el sentido de la parábola? ¿Así la entendieron los oyentes de Jesús? Ciertamente, no. La parábola de Jesús, contrariamente a como suena hoy a nuestros oídos, tuvo que resultarles incomprensible y provocativa. También en aquel tiempo se hubiera podido titular la parábola: "El bueno y el malo", pero los personajes estaban cambiados: ¡el "bueno" es el fariseo y el "malo" es el publicano! Por eso la conclusión de la parábola: "El publicano volvió a su casa justificado, pero el fariseo, no" los tuvo que desorientar; ¡esa conclusión era inaceptable!

Si queremos entender la parábola de Jesús es necesario dejar de lado los estereotipos corrientes del publicano y del fariseo. El publicano ha llegado a tener entre nosotros una buena imagen, despierta simpatía, es humilde; en cambio, cuando se menciona al fariseo, se piensa en una persona hipócrita y soberbia cuya piedad es pura apariencia.

Muy distinto era el modo de pensar en tiempos de Jesús. Por tanto, si queremos comprender la parábola de Jesús, es necesario tener presente cómo habrá "sonado" entonces. Sólo de ese modo podremos captar el mensaje de la parábola; ése es el necesario presupuesto para "traducir" la enseñanza de Jesús a nuestra situación actual. Esa es la condición para que la parábola conserve su fuerza interpelante para nosotros hoy.

Muchas veces se malinterpreta esta parábola porque se la "moraliza" apresuradamente. La mayoría de los cristianos supone que la Biblia y el evangelio no son otra cosa que libros que contienen una colección de "verdades doctrinales" y de "consejos morales". Con mucha frecuencia ciertos predicadores y catequistas, preocupados por las "aplicaciones prácticas", leen los evangelios con una lente moralizante y, de esa manera, muchas veces se banaliza el evangelio, se lo desfigura. En esa lectura moralizante del evangelio, el conflictivo Jesús de Nazaret queda transformado en el inocuo maestro de una moral burguesa que aconseja obrar "como se debe", es decir, de acuerdo a las pautas vigentes en nuestra sociedad. Jesús resulta así el maestro de una moral razonable...

Un señor que aconseja "portarse bien", que exhorta a respetar las normas generalmente aceptadas, es bien visto, estimado, y las autoridades lo consideran como un aliado ya que colabora con ellas fortaleciendo la moral que da solidez al sistema... Por el contrario, la imagen de Jesús que nos transmiten los evangelios es bastante distinta...

¿Quién era "el fariseo" para los oyentes de Jesús?

La palabra "fariseo" significa "separado" y tiene un sentido cercano a la palabra "santo". Los fariseos eran una minoría muy influyente en tiempos de Jesús, cuya característica era tomar muy en serio la religión. Se vivían tiempos difíciles: Israel estaba dominado y oprimido por los paganos, por el Imperio Romano. El pueblo estaba dividido: algunos colaboraban con la fuerza de ocupación, otros complotaban en la clandestinidad. Algunos, influenciados por la mentalidad helenista, abandonaban la Ley de Moisés, mientras la clase alta estaba bastante materializada...

En este tiempo difícil en que peligraba la unidad del pueblo, los fariseos se sienten responsables de conservar la tradición de los Padres y de mantener al pueblo en la fidelidad estricta a la Ley de Dios y a las tradiciones religiosas.

El fariseo de la parábola tuvo que impresionar a los oyentes de Jesús como un hombre según el corazón de Dios, un modelo de vida santa. Da gracias a Dios no sólo por no haber violado los mandamientos sino por hacer más de lo que la Ley mandaba. Los judíos estaban obligados a ayunar sólo una vez al

UN "WESTERN" AL REVES

año, el día de la expiación, tal cual lo siguen haciendo los judíos hoy: el Yom Kippur (Lev. 16, 29-34; 23, 17-32). El fariseo, en cambio, ayuna dos veces por semana (los lunes y los jueves). Además, en lo que toca al diezmo, va más allá de lo que es obligatorio: él paga el diezmo de todo (Deut. 12, 17; 14, 22-23; Mt. 23, 23).

De acuerdo al modo de pensar de entonces, el fariseo de la parábola es un hombre piadoso y su oración de acción de gracias no debió sonar a los oyentes de Jesús como soberbia ni mucho menos como hipócrita. Tenemos ejemplos de oraciones semejantes en el Talmud: "Te doy gracias, Señor Dios mío, porque me has dado parte entre aquellos que se sientan en la casa de la enseñanza y no entre los que se sientan en los rincones de las calles; porque yo me pongo en camino pronto y ellos se ponen en camino pronto: yo me encamino a las palabras de la Ley y ellos se encaminan a las cosas vanas. Yo me fatigo y ellos se fatigan: yo me fatigo y recibo la recompensa, y ellos se fatigan y no reciben ninguna recompensa. Yo corro y ellos corren: yo corro hacia la vida del mundo futuro y ellos corren a la fosa de la perdición" (Citado en J. JEREMIAS, Las parábolas de Jesús, pág. 175). El fariseo de la parábola es presentado como un modelo de la religiosidad de su tiempo.

¿Quién era "el publicano" para los oyentes de Jesús?

Los publicanos o recaudadores de impuestos eran particularmente despreciados por ser colaboracionistas, al servicio de la fuerza de ocupación. Además, su relación con los paganos los hacía religiosamente impuros, excluidos del pueblo de Dios.

Se los consideraba ladrones y explotadores que se enriquecían a costa de los demás y, por tanto, pecadores públicos.

¿Podían los publicanos conseguir el perdón de Dios? En aquel tiempo se lo consideraba casi imposible. No sólo tenían que arrepentirse y abandonar su trabajo, sino que, además, tenían que devolver a quien hubieran robado, o estafado, la cantidad robada más un quinto, o sea el 120 por ciento...

La oración del publicano de la parábola no podía tampoco llamar la atención a los oyentes: es un pecador que, lleno de vergüenza y confusión, sólo puede confiar en la misericordia de Dios. No puede presentar nada a su favor. Ni se anima a orar según la costumbre: no levanta ni sus ojos ni sus manos al cielo; se golpea el pecho porque el dolor lo abrumba.

El juicio de Jesús

"Yo les digo: éste, el publicano, volvió a su casa justificado; el otro, el fariseo, no". Esta conclusión es inaudita, sorpresiva, incomprensible... No era ése el final esperado.

¡Parece el mundo al revés! Dios justifica al publicano, es decir, lo une consigo y lógicamente le perdona sus pecados, y no así al piadoso fariseo. ¿Por qué? A pesar de la introducción (vs. 9), no se puede reducir la parábola a una exhortación a no despreciar a los demás.

Con la parábola del fariseo y del publicano, Jesús quiere presentar dos actitudes frente a Dios o, dicho de otra manera, dos modos de enfocar el problema de la propia identidad.

Jesús aprueba la actitud del publicano. ¿Por qué?

El publicano es presentado como alguien que es consciente que ante Dios no tiene ningún mérito; no puede apelar a ningún derecho a ser perdonado; mucho menos puede pretender ser amado por Dios. Si fuera perdonado por Dios sería un verdadero regalo, una decisión puramente gratuita de Dios, pura gracia.

El fariseo aparece ciertamente dando gracias a Dios, pero no se siente totalmente indigno del amor de Dios... Se presenta ante Dios pero no con las manos vacías; ha hecho algo o, más bien, mucho, para merecer el favor de Dios. Su actitud para con Dios tiene un matiz comercial, se asemeja a un trueque: el cumplimiento estricto de la Ley a cambio del don y la bendición de Dios... Si uno cumple con Dios, Dios tiene que cumplir con uno...

Quien ve así su relación con Dios ya no se considera como alguien totalmente indigente, sin derecho ninguno ante Dios; se considera en una situación...

UN "WESTERN" AL REVES

ción más aventajada que la del publicano; se siente, en cierto modo, como acreedor de Dios.

Este modo de ver las cosas, que parece lógico y razonable, es puesto en crisis por la actitud y el mensaje de Jesús. Para Jesús, "el encuentro con Dios nunca está en la línea de algo que podríamos exigir, Dios se da siempre como gracia" (G. GUTIERREZ) y éste no es un aspecto marginal sino el núcleo de su evangelio. Y este núcleo del evangelio es recogido por Juan y Pablo. En su primera carta afirma Juan: No es "que nosotros hayamos amado a Dios, sino que El nos amó primero" (1 Jn. 4, 10). Y Pablo reflexiona: "Al que trabaja no se le da el sueldo como regalo sino como algo que se le debe... pero Dios justifica sin las obras" (Rom. 4, 4-6).

Tenemos que confesar que este aspecto del mensaje de Jesús nos resulta bastante difícil de asimilar... ¿No tiene, entonces, ninguna importancia obrar bien? Si al final todo es gratuito, parece tonto preocuparse por cumplir los mandamientos... No, esto no puede ser así... Si no, ¿qué sentido tienen esas exhortaciones de Jesús a seguirlo, a vivir como El? ¿Habría que concluir que el evangelio es una versión anticipada de la "filosofía" del tango "Cambalache": "Todo es igual, nada es mejor"?

Hay que tener en cuenta que una parábola no dice todo sino que subraya un aspecto central del mensaje de Jesús. La del fariseo y el publicano subraya esa dimensión fundamental de la existencia humana que es la gratuidad, el amor gratuito de Dios.

Pero, además de la parábola del fariseo y el publicano, Jesús contó la parábola del Buen Samaritano que concluye con el mandato: "Ve y actúa de la misma manera" (Lc. 10, 30-37); la parábola de los talentos (Mt. 25, 14-30), la parábola del Juicio Final: "Tuve hambre y me diste de comer..." (Mt. 25, 31-46)... El cristiano tiene que hacer...

Según el evangelio de Jesús, la vida del cristiano se realiza en la tensión dialéctica entre la exigencia y la gratuidad. Jesús nos abre los ojos para descubrir esta dimensión fundamental de nuestra vida que es fruto del amor gratuito de Dios. Y este aspecto central del mensaje cristiano es bastante difícil de asimilar. Es que hemos crecido en una sociedad en la que la identidad del hombre depende de lo que hace, del rol o de los roles que desempeña en la sociedad: no se trata de la misma manera a un médico que a un barrero. Uno vale por lo que hace. Jesús ha pintado esta actitud en la oración del fariseo. En un contexto religioso como el del judaísmo del siglo I, el valor de una persona por lo que hace se decidía en el tribunal de Dios. Hoy, la misma actitud existencial se vivencia de un modo prevalentemente secular, los "nuevos fariseos" son juzgados en el tribunal de la sociedad.

La obra de ARTHUR MILLER, "La muerte de un viajante" es una parábola que muestra el desenlace trágico a que puede conducir este modo de enfocar la vida. Jesús, en cambio, enseña que el recibir precede al actuar, que el fundamento de la vida del hombre es un don del amor gratuito del Padre. Pablo pregunta: "¿Tienes algo que no hayas recibido?" (1 Cor. 4, 7).

Cuando el hombre busca su propia identidad en lo que hace, en lo que produce, no se encuentra sino que se aliena.

La paradoja del hombre es que está absolutamente necesitado de lo que es absolutamente gratuito. Estamos hechos de tal manera que no podemos existir sin ser reconocidos, aceptados, amados por los otros; y, a la vez, reconociendo, aceptando y amando a los demás. Pero tenemos que ser reconocidos y amados no por lo que hacemos sino por lo que somos...

La Buena Noticia de Jesús es que el Padre nos ama no por algo que hayamos hecho sino gratuitamente: me ama no porque yo sea bueno sino porque El es bueno... "El nos amó primero" (1 Jn. 4, 10).

Y el hombre puede aceptarse, amarse no por tener éxito, no por no tener pecado, sino porque es aceptado y amado por el Padre de Jesucristo, que no vino a buscar a los justos sino a los pecadores (Mc. 2, 17).

La actitud de usted para con Dios, ¿es semejante a la del fariseo o a la del publicano? ¿Qué sentimiento predomina en su vida: el de la gratuidad, que tan hermosamente lo expresa esa canción de Violeta Parra: "¡Gracias a la

UN "WESTERN" AL REVES

vida que me ha dado tanto...": ¡Gracias a Dios que me ha dado tanto...!, o / el del rendimiento, la convicción de que "A mí nadie me regala nada"?

La actitud del cristiano es la de María en el Magnificat:

"Mi alma canta la grandeza del Señor
y mi espíritu exulta de gozo en Dios, mi salvador,
porque miró con bondad la pequeñez de su servidora".

(Lc. 1, 46-48)

+++++++

EL CIELO: ¿UN TEMA PASADO DE MODA?

Se trata de una fiesta muy antigua; se celebraba en Roma desde el siglo V. A partir del 609 se celebró una fiesta paralela para recordar la consagración del Panteón, transformado en iglesia cristiana, y la traslación a esa iglesia de muchas reliquias de santos. En el año 835, Gregorio IV reunió las dos fiestas en la celebración que tenemos hoy.

En nuestra reunión de hoy recordamos con alegría a todos los que ya están definitivamente con Dios. La fiesta de hoy es como una ventana abierta / sobre el futuro, pero no sobre el futuro intrahistórico sino sobre el más allá de la historia. Una ventana abierta sobre nuestro futuro. Esta fiesta de hoy será un día, así lo esperamos, también nuestra fiesta. Todos nosotros, / los que hoy estamos aquí, confiamos que por el amor de Dios, cuando acabe // nuestra peregrinación, podremos estar felizmente unidos a Jesucristo y al Padre, nos reencontraremos con quienes amamos y que "nos precedieron con la señal de la fe".

Tendría que ser un día de alegría y de esperanza; pero mucha gente lo / vive como un día triste, la víspera del día de los muertos. Y si se piensa / en nuestros seres queridos, más que alegrarnos por la esperanza de volverlos a ver, nos entristecemos una vez más por haberlos perdido.

¿Espera usted volver a encontrarse con esas personas que usted quiso // tanto y cuya muerte lo llenó de tristeza? ¿Desea usted ir al cielo? Quizás / usted respondería como muchos: "Sí, yo querría ir al cielo... pero lo más // tarde que sea posible..."

El cielo... ¿pero tiene sentido hoy hablar del cielo? ¿No es un tema pasado de moda, lo mismo que el tema del infierno? ¿Qué imágenes evoca la mención del cielo? No ciertamente las representaciones de los vitrales y de los bajorrelieves de las catedrales medievales o de los grandes pintores del Renacimiento... La mención del cielo evoca, sobre todo en la gente joven, esa versión caricaturesca tan difundida: gente vestida con un camisón blanco, sobre una nube, con un círculo (la aureola) sobre la cabeza y con una lira en la mano... Realmente, una perspectiva poco entusiasmante...

¿Qué evoca el cielo en la gente más grande, la que estudió el catecismo de "Primeras Nociones", el de las 93 preguntas? Del cielo hablaba la pregunta nº 42. En lugar del término "cielo" se preguntaba: "¿Qué es la gloria?" y la respuesta expresaba: "La gloria es ver a Dios y gozar de El sin fin, en una bienaventuranza eterna". La respuesta, aunque correcta, era parcial, y la extremada concisión la hacía prácticamente incomprensible. Yo me preparé a / la primera comunión con ese catecismo que aprendíamos de memoria, y se hacían certámenes interparroquiales en que se iban eliminando los que se equivocaban en una palabra... uno imaginaba el cielo como un cine: la "entrada" eran las buenas obras y la película era eternamente la misma... Se cantaba eternamente el canto de los ángeles: Santo, Santo, Santo...; muy poco entusiasmante...

Esa imagen de origen bíblico, "ver a Dios", era entendida de un modo intelectualista e individualista. Ver a Dios, en cambio, significa sentarse a / su mesa, gozar de su amistad, compartir su vida: "...Seremos semejantes a / El porque lo veremos tal cual es" (1 Jn. 3, 2).

Las representaciones del cielo han ido evolucionando a través de los siglos; en este año ha aparecido un libro que lleva por título: "Historia del cielo". Ciertamente los cambios en las concepciones del cielo tienen mucho / que ver con las situaciones de los hombres en la Tierra, con las situaciones políticas y económicas.

En otros tiempos, cuando la vida media del hombre era de corta duración y países enteros eran diezmados por epidemias, la muerte jugaba un papel muy importante, y el cielo y el infierno eran realidades obvias en la conciencia colectiva del hombre occidental. Predicadores de una fantasía exhuberante daban minuciosas descripciones del cielo, compuesta por una complicada jerarquía de ángeles y santos que culminaban en María. El cielo, arriba, tenía su correlativo en el infierno, abajo, también con jerarquizadas zonas de castigos... Había un arriba y un abajo. Galileo fue condenado por sostener lo contrario...

EL CIELO: ¿UN TEMA PASADO DE MODA?

Los diarios de esta mañana dan la noticia que con gran solemnidad ante la Pontificia Academia de las Ciencias y el cuerpo diplomático, el Papa rehabilitó formalmente a Galileo, condenado como hereje por la Inquisición hace 359 años. El Papa calificó el hecho como "un error debido a una trágica incompreensión entre la fe y la ciencia", pero también afirmó que los miembros de la Inquisición actuaron "de buena fe".

¿Qué sentido puede tener este tan tardío reconocimiento del "EPPUR SI MUOVE?". Esta rehabilitación tendría fuerza simbólica si fuera expresión del diálogo intereclesial y de la actitud de diálogo de la Jerarquía de la Iglesia frente a los problemas actuales. Pero no es esa la actitud con respecto a muchos teólogos europeos o norteamericanos y a la Teología de la Liberación, como también en los temas de la fecundación asistida, de la biogenética, de la homosexualidad, etc.

Un arriba y un abajo... Esa familiaridad con el cielo y el infierno ha ciertamente desaparecido en nuestra sociedad. Gracias al mejoramiento de las condiciones de vida, en lo que ha influido el avance de la medicina, se ha alargado la duración media de la vida y por diversas causas se da en nuestra sociedad una ausencia sociológica de la muerte; ni se la nombra y se alude a ella con términos como "falleció", "expiró"... Lamentablemente carecemos de encuestas o sondeos de opinión que permitan hacernos una idea acerca de lo que piensan los católicos sobre estos puntos: sobre el cielo y el infierno, sobre la muerte y el "después"...

¿Realmente es tan importante para el cristiano lo que suceda después de la muerte? ¿No es, acaso, más importante lo que sucede antes de la muerte? ¿Jesús vino para que nos preparáramos para bien morir o para que siguiéndolo a El, nos preocupáramos por vivir bien?

Además, ¿no ha sido, acaso, la importancia dada al cielo la causa de que el cristianismo fuera considerado como "opio del pueblo"? El Concilio Vaticano II toma en cuenta esta objeción. Al hablar del ateísmo contemporáneo dice: "Entre las formas del ateísmo moderno debe mencionarse la que pone la liberación del hombre principalmente en su liberación económica y social. Este ateísmo afirma que la religión, por su misma naturaleza, es un obstáculo para la liberación porque al orientar la esperanza del hombre hacia una vida futura ilusoria aparta al hombre de la construcción de la ciudad terrena" (Gaudium et Spes, #20).

Esta crítica del humanismo ateo no es infundada. Hay muchos ejemplos de cómo la creencia en un cielo después de la muerte ha hecho que el hombre se despreocupara por superar las injusticias de este mundo. Se decía que lo que sucede en la tierra tiene poca importancia porque la vida, la verdadera vida, comienza después de la muerte; que de todas maneras este es un "valle de lágrimas", que el querer hacer un "cielo en la tierra" es cosa de ateos y materialistas, etc., etc. De ese modo se favorece la explotación y la resignación.

Ese cielo que desacredita la felicidad posible en la tierra no es cristiano. "El anuncio de la salvación del hombre más allá de la muerte, sin el empeño por una existencia digna del hombre en este mundo, sería una deformación mítica del mensaje cristiano" (J. ALFARO).

Lo que posibilita esa deformación mítica del evangelio es la discontinuidad entre este tiempo y el tiempo definitivo, es la separación entre el cielo y la tierra. Ese modo de ver las cosas es desautorizado por el Concilio Vaticano II: "La espera de una tierra nueva no debe amortiguar sino más bien avivar la preocupación por perfeccionar este mundo donde crece el cuerpo de la nueva familia humana que anticipa un vislumbre del mundo nuevo" (Gaudium et Spes #39).

Jesús anuncia que el Reino de Dios ha comenzado y sus milagros son las señales de la presencia discreta y germinal del Reino.

Las Bienaventuranzas expresan el despertar esperanzado de los pobres, de los que lloran, de los que son perseguidos. "Jesús no predica la inercia, como si fuera preciso esperar la llegada de la muerte y del más allá. Por el contrario, lo que dice es que no hay futuro para los explotadores, para los que hacen llorar a los demás y para los perseguidos... Jesús proclama dichosos a los creadores de felicidad precisamente por su impaciencia ante la

EL CIELO: ¿UN TEMA PASADO DE MODA?

desdicha o por su rebeldía frente a las múltiples opresiones que hacen de // nuestro mundo una jungla" (CHR. DUQUOC), una selva donde prevalecen los más / fuertes.

El Reino de Dios que Jesús inaugura es el triunfo de la vida sobre el / hambre, la enfermedad y la muerte, es la celebración de una convivencia huma / na libre y reconciliada...

Y sin embargo, la aurora del Reino es oscurecida por la muerte. La /// muerte pone en crisis la afirmación de que mi vida tiene sentido, de que la / historia humana tiene sentido... ¿Será el hombre "una pasión inútil" (SAR-// TRE)?

Las utopías humanas apuntan a un futuro aún no dado que la muerte pone / en crisis. El cristiano, en cambio, funda su esperanza en Jesucristo resuci- / tado. Por eso podemos decir de algún modo que "sabemos" porque creemos que / Dios ha iniciado el futuro del mundo.

La fe en la otra vida no es una verdad aislada o periférica, sino que / está implicada en el núcleo fundamental de nuestra fe, en la fe en Cristo // muerto y resucitado. La fe en la vida eterna no nos invita a poner nuestra / cabeza en las nubes sino que consiste en confesar que el Espíritu Santo, la / Fuerza de Dios, ya ha comenzado a transformar este mundo, venciendo el últi- / mo y definitivo obstáculo que se opone a la vida: la muerte.

Para la fe cristiana, la unión definitiva con Dios implica la resurrec- / ción. Y ello es así porque el hombre no es un ser aislado sino un ser en re- / lación con los otros y con el mundo. La fe en el mundo futuro implica esta / socialidad y mundanidad de la condición humana. En el corazón del hombre la- / te una vocación a la fraternidad universal: la fe cristiana afirma que por / la resurrección de Cristo ha adquirido valor definitivo la promesa de un mun / do reconciliado y fraterno.

Desde la resurrección de Cristo nuestro mundo está en tensión hacia el / Reino definitivo de Dios. Hoy nos alegramos porque algunos de los llamados / ya han alcanzado la etapa definitiva. A éstos los llamamos "santos". No son / sólo los que han sido canonizados. Juan Pablo II ha canonizado, ha declarado santos a muchos más que sus predecesores. Este procedimiento de canonización por parte del Papa es muy reciente. Durante quince siglos la iniciativa la / tomaba el pueblo; sólo después los obispos, primero, y en estos últimos si- / glos, el Papa, ratificaban lo decidido por el pueblo. Pero a partir del si- / glo XVII, siendo Papa Urbano II, el Papa no se contenta con autentificar un / reconocimiento popular que se manifestaba en el culto que se daba a quienes / se consideraba en el cielo, sino que pone como condición para el ejercicio / del culto una decisión explícita del Papa, prohibiendo que se la prevenga o / se la presuma.

¿Qué criterios se utilizan para declarar a alguien santo? Han ido va-// riando a través de los tiempos. Habría muchos ejemplos; baste uno: El Papa / Sixto V puso en el Índice de Libros Prohibidos a Roberto Belarmino, famoso / teólogo de la contrarreforma, pero Pío XI lo canonizó y lo declaró Doctor de la Iglesia...

¿Cuáles son los modelos de los santos "oficiales"? ¿Por qué hay tantos / religiosos y religiosas? ¿Son personas atrayentes que despierten deseos de i / mitarlos? Al año de la muerte de Juan XXIII, se hizo un sondeo entre la gen- / te de Roma acerca de si pensaban que se lo debía canonizar. Con muy pocas ex / cepciones, la gente contestaba: "Es un santo, pero que no lo canonicen... A- / sí como está ahora está más cerca de nosotros".

Monseñor Zazpe escribía en 1976: "Nos faltan santos con poleras, blue- / jeans y remeras. Nos faltan santos rescatados de nuestras fábricas, universi / dades, barrios, cuarteles, campos, hospitales. Nos faltan santos cuyas imáge / nes muestren como instrumentos de santificación: una cocina, un bisturí, una / cátedra, un tractor o un taller mecánico.

Nos faltan santos con rostros juveniles, maduros o seniles que irradien / la fuerza de las bienaventuranzas. Deseamos que la Iglesia continúe canoni- / zando santos con hábitos monásticos, talaras y mitras, pero queremos que la / galería eclesial se enriquezca con padres que hayan hecho de sus familias u- / na iglesia doméstica, con muchachos y chicas que hayan vivido su juventud co

EL CIELO: ¿UN TEMA PASADO DE MODA?

mo ofrenda y entrega, profesionales que hayan hecho de su tarea un servicio, con nuevos adolescentes como María Teresa Goretti, con niños como los que acarició Jesús en su tiempo y con ancianos que hayan descubierto que la ancianidad es también una Buena Nueva".

++++++

LA RESURRECCION: REGALO DEL DIOS DE LOS VIVIENTES

El pasaje evangélico que leemos hoy presenta la respuesta de Jesús a // los saduceos que con cierta ironía traen a colación un caso ficticio con la intención de cuestionar la fe en la resurrección de los muertos.

¿Quiénes eran los saduceos? Era un grupo existente dentro del pueblo de Israel compuesto por la aristocracia y el clero "tradicionalista". Se oponían a los fariseos sobre todo porque éstos daban importancia a las tradiciones transmitidas oralmente mientras que los saduceos sólo aceptaban los escritos sagrados más antiguos: según algunos, sólo los cinco primeros libros de la Biblia. Conservadores en religión, mantenían buenas relaciones con la fuerza de ocupación, con los romanos.

Según el Antiguo Testamento, la muerte no significa la aniquilación total del hombre: éste sobrevive en una "vida" miserable sin relación comunitaria y sin relación con Dios. La fe en la resurrección aparece bastante tardíamente en Israel; se la menciona sólo en los libros más recientes del Antiguo Testamento, es decir, a fines del siglo II antes de Cristo: Daniel 12, 1-3 y 2 Macabeos, cap. 6 y 7.

Quizás no eran sólo los saduceos los que no creían en la resurrección, pero se puede decir que la fe en la resurrección de los muertos, sostenida por los fariseos, era generalmente aceptada por los contemporáneos de Jesús.

Los saduceos comienzan citando el precepto de la Ley según el cual si un hombre casado muere sin tener hijos, su hermano debe casarse con la viuda para darle descendencia "con el fin de que su nombre no desaparezca de Israel" (Deut. 25, 5-6).

El caso de los siete hermanos que sucesivamente fueron casándose con la misma mujer tiene como objetivo poner en evidencia la incompatibilidad de la resurrección de los muertos con la voluntad de Dios manifestada en la Ley de Moisés. Los saduceos pretenden ridiculizar la creencia en la resurrección: "Cuando resuciten los muertos, ¿de cuál de ellos va a ser esposa, porque los siete la tuvieron por mujer?" (vs. 33).

La respuesta de Jesús tiene dos partes. Primeramente cuestiona el supuesto de la objeción: los saduceos conciben el "mundo futuro" como si fuera una prolongación del "mundo presente". Esto no es así, dice Jesús; el matrimonio y la muerte son características de "este mundo". El que los hombres no se casen en el mundo futuro no es una carencia sino consecuencia de la vida nueva que es un regalo de Dios. "No se casarán porque ya no pueden morir por que serán como ángeles" (vs. 36).

Esta idea de la semejanza de los resucitados con los ángeles es bastante corriente en la literatura judía; por ejemplo: "Todos se convertirán en ángeles del cielo" (1 Henoc 51, 5); también el Apocalipsis de Baruc: "Los justos se transformarán en un resplandor angélico... habitarán en las cimas de este mundo, se parecerán a los ángeles" (51, 5.10).

¿Que se quiere decir con esta comparación: "serán como ángeles"? Esta expresión significa un cambio de condición, no de acuerdo a la concepción griega que concibe al hombre como si fuera un alma encerrada en el cuerpo // porque "para los autores bíblicos, en el hombre no hay nada divino ni inmortal; todo es caduco. Solamente Dios puede, con su fuerza salvadora, ofrecer al hombre la oportunidad de superar su innata caducidad" (GONZALEZ RUIZ).

"Serán como ángeles" alude a la participación gratuita en la vida inmortal de Dios: serán "hijos de Dios porque son hijos de la resurrección" (vs. 36).

Jesús aclara que la resurrección no significa la reanudación del modo anterior de vivir, como si la resurrección fuera la reanimación de un cadáver. El sentido de la respuesta de Jesús es que en la resurrección no habrá necesidad de casarse para tener descendencia y de ese modo asegurar "que su nombre no desaparezca" (Deut. 25, 6) porque ya nadie morirá.

La segunda parte de la respuesta de Jesús es la más importante. La creencia en la resurrección no sólo no es incompatible con la revelación sino // que está insinuada en la presentación de Dios. La fe en la resurrección tiene su raíz en la identidad de Dios, en el amor fiel del Dios liberador.

LA RESURRECCION: REGALO DEL DIOS DE LOS VIVIENTES

Jesús responde a los saduceos citando también El a Moisés cuando llama al Señor: "Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob" (vs. 37): ¿Cómo podría presentarse como Dios de los Padres si éstos hubieran muerto para siempre? Es contradictorio presentarse como un Dios de muertos cuando anuncia su intervención liberadora. Dios es fiel a su promesa más allá de la muerte de los Padres.

El pasaje del evangelio de hoy nos recuerda lo que confesamos en el Credo: "Creo en la resurrección de los muertos". Ese es el sentido de la expresión de origen bíblico: "la resurrección de la carne".

La esperanza cristiana se apoya más que en lo que Jesús dijo mientras vivía, en lo que Dios hizo con Jesús después de su muerte; nuestra esperanza se funda en la resurrección de Jesús. Lo que proclaman los testimonios más antiguos de la fe cristiana no se reduce sólo a la afirmación del hecho de la resurrección de Jesús como si se tratara de un privilegio individual incommunicable, sino que implica contemporáneamente el significado de su resurrección para nosotros:

- "Dios que resucitó al Señor nos resucitará también a nosotros con su poder" (1 Cor. 6, 14).
- "...Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de la muerte habita en vosotros, el mismo que resucitó al Mesías dará vida a vuestro ser mortal por medio de ese Espíritu suyo que habita en vosotros" (Rom. 8, 11).

Hay muchos otros textos, pero el texto principal del Nuevo Testamento acerca de las implicaciones de la resurrección de Cristo para la esperanza de nuestra propia resurrección es el de 1ra. Corintios, capítulo 15. Pablo responde a un problema que había surgido entre los cristianos de Corinto: "¿Cómo dicen algunos que no hay resurrección de los muertos?" (1 Cor. 15, 12). Lamentablemente, en razón de la falta de tiempo, no podemos comentar este texto tan rico. Traten de leerlo con atención.

El Nuevo Testamento afirma que lo que el amor fiel de Dios hizo por Cristo lo hará también por nosotros: Cristo, el primero de la serie. Ese es el sentido de muchos títulos e imágenes aplicados a Cristo: el último Adán (1 Cor. 15, 20-22.44-45), primogénito entre los muertos (Col. 1, 18; Apoc. 1, 5), precursor (en griego "pródromos": se dice del soldado explorador que se adelanta al ejército para reconocer la situación para que pueda luego avanzar todo el ejército) (Heb. 6, 19-20).

¿Creemos, esperamos nuestra futura resurrección? ¿Por qué no juega un papel importante en nuestra vida cristiana?

Creo que hay en nuestro modo de vivir, en nuestra cultura, un aspecto que incide en la poca importancia que damos a la promesa de nuestra futura resurrección: nuestra actitud con respecto a la muerte.

La fe en la resurrección implica la conciencia de la seriedad de la muerte, y nuestra cultura se caracteriza por la ausencia sociológica de la muerte. Vivimos en una sociedad que pretende olvidar y esconder la realidad de la muerte. La televisión y los medios en general dan una imagen de un mundo donde no hay ni enfermedad, ni muerte; un mundo de gente joven y bella. La muerte aparece accidentalmente: en los terremotos o los accidentes de tráfico. Y entonces se la "muestra" en sus aspectos más dramáticos, se la transforma en espectáculo. Se puede hablar de una "pornografía de la muerte" en que el espectador no se siente interpelado.

Antiguamente, la muerte estaba tan presente como el nacimiento: se nacía en casa y se moría en familia. Hoy se segrega a los moribundos, se muere en los hospitales y en los sanatorios, en la soledad de una sala de terapia intensiva....

Los extraordinarios avances que han experimentado en estas últimas décadas las ciencias biológicas y la medicina han influido de un modo determinante en nuestra ambigua actitud ante la muerte. Si por una parte las ciencias biológicas nos hablan del carácter natural y universal de la muerte, por otra parte el aumento del saber y del poder sobre la enfermedad, el sufrimiento y la muerte nos llevan a rechazar y ocultar esa realidad natural de la muerte.

LA RESURRECCION: REGALO DEL DIOS DE LOS VIVIENTES

Aquí es donde aparece la función simbólica que se atribuye al médico en quien se depositan las esperanzas y exigencias que produce la tendencia a negar el carácter natural de la muerte. Cuando alguien se enferma se transforma en "paciente" y pasa al dominio de los médicos que suelen hablar de "mi / paciente". El enfermo y sus familiares dependen del médico que es quien "sabe y puede". Y aunque el enfermo y sus allegados, aunque la sociedad proteste contra el dominio que ejerce el médico, por otra parte se lo desea y se lo exige. El médico juega un papel análogo al que se atribuía al sacerdote, la chaquetilla blanca ha substituido a la sotana como símbolo de poderes sobrenaturales... Por eso se hace responsable al médico de lo que sucede al enfermo: "Si hubiera estado mejor atendido..."; "Si el médico hubiera sido más competente o más entregado... "las cosas" hubieran sido de otra manera...".

La tendencia a negar la muerte puede inspirar prácticas tan contrarias como la "obstinación terapéutica" que se esfuerza en prolongar a toda costa la vida y por otra parte la eutanasia. Una actitud análoga con respecto a la muerte está en la base del generalizado interés por esas particulares experiencias denominadas "NEAR DEATH EXPERIENCES" (=Experiencias en el umbral de la muerte) recopiladas en Estados Unidos por los médicos ELISABETH KUBLER // ROSS y RAYMOND A. MOODY ("La vida después de la vida"), y, entre nosotros, por el periodista VICTOR SUEIRO; a lo cual hay que agregar la aceptación bastante difundida de la reencarnación.

Una presentación responsable de la creencia cristiana en la resurrección y la vida futura tiene que tomar en cuenta el cuestionamiento de FEUERBACH en "La esencia del cristianismo" (1841), "traducido" sociológicamente por MARX y psicológicamente por FREUD. Estos críticos del cristianismo descalifican la fe cristiana en la vida futura porque la consideran una mera proyección del deseo de inmortalidad. Sin embargo, si analizamos el concepto bíblico de resurrección, aparece que no puede confundirse con la pulsión psicológica de la supervivencia ni menos aún con el instinto biológico de conservación. "Las elaboraciones seculares del anhelo de supervivencia han acuñado la categoría "inmortalidad"; no han rozado jamás la categoría "resurrección". Lo que la fe promete y espera, en cambio, es la resurrección, no la inmortalidad. Y ello por la sencilla razón de que "inmortalidad" dice de suyo algo negativo (no-muerte) e ignora o desdeña la condición encarnada del hombre y ve en éste un espíritu episódicamente enfundado en un cuerpo que no pertenece a su verdad. Dicho brevemente: la idea de inmortalidad sí podría responder a la compulsión psicológica de negar la muerte. En cambio, "resurrección" dice de suyo algo positivo; no niega la muerte sino que, con sano realismo, toma nota de su existencia y la acepta.

¿Como podría ser de otro modo si es en la cruda realidad de una muerte humana, la de Jesús de Nazaret, donde ha comenzado a aflorar la salvación? La idea bíblica de resurrección ni ignora ni reprime la idea de muerte. "Y, por supuesto, tampoco pretende neutralizarla desde la crispada instintividad del apetito biológico. Pero se atreve a esperar que ella no sea la última palabra, no prevalezca contra el poder y el amor de Dios" (RUIZ DE LA PEÑA: El último sentido, pág. 101).

La fe en la resurrección ilumina la trascendencia del hombre concreto / en su socialidad y su mundanidad, por eso "implica la lucha diaria contra la muerte: como no hay sólo una vida después de la muerte sino también una vida antes de la muerte, así también no se da la muerte sólo al final de la vida, sino también la muerte de seres humanos en medio de la vida" (HANS KUNG). // Porque, como escribe BERTOLT BRECHT, hay muchas maneras de matar a un hombre: "Se le puede clavar un cuchillo en el vientre, se le puede quitar el pan, no curar su enfermedad, meterlo a vivir en una pocilga, escarnecerlo hasta la muerte con trabajos, arrastrarlo al suicidio, llevarlo a la guerra, etc.. Muy pocas de estas cosas están prohibidas en nuestro estado".

Crear en la resurrección es:

- tomar partido por la vida, allí donde la vida sea retaceada o negada;
- denunciar y luchar contra los signos de muerte instalados en nuestra sociedad;
- anticipar en realizaciones discretas y germinales el Reino de la libertad y de la fraternidad, convocando a resistir en la esperanza para que la muerte no tenga la última palabra.

++++*++

EL ULTIMO DIA DEL MUNDO

Jesús se halla en el templo. Lucas, que al comienzo de su evangelio presenta a Jesús en el templo (2, 46-49), describe la estancia de Jesús en Jerusalén en los días previos a su pasión y muerte como un tiempo dedicado a la enseñanza en el templo: "Diariamente enseñaba en el templo" (19, 47; 21, /// 37-38; 22, 52-53).

Jesús toma ocasión de los comentarios de algunas personas acerca de la belleza del templo para anunciar su futura destrucción: "No quedará piedra / sobre piedra". El templo de Jerusalén tenía para los judíos un valor simbólico tan grande que el anuncio de su destrucción debió sonar a los oídos de // los contemporáneos de Jesús como un signo del fin del mundo.

Los oyentes preguntan a Jesús acerca del tiempo en que tendrá lugar ese acontecimiento. Pero Jesús, en lugar de responder a la pregunta, da una serie de advertencias sobre la actitud que deben tener sus seguidores. Los exhorta a no dejarse engañar por los numerosos falsos profetas que aparecerán anunciando la proximidad del fin de "este tiempo" y la inminencia del tiempo definitivo. A los que anuncien: "El tiempo está cerca, no los sigan" (vs. 8) amonesta Jesús.

Las palabras de Jesús que siguen se refieren al fin de este mundo y pertenecen a un género literario usado en la antigüedad dentro y fuera de la Biblia: el género "apocalíptico" ("apocalipsis" es un término griego que significa "revelación"). En el lenguaje corriente, el término "apocalíptico" significa: catastrófico, terrorífico. En realidad, tal sentido tiene su fundamento porque es propio del género apocalíptico pintar el futuro con oscuros colores, apelando a imágenes de catástrofes: guerras, revoluciones, luchas / entre monstruos, grandes convulsiones cósmicas: terremotos, obscurecimiento / del sol y la luna, caída de las estrellas, etc., etc.

Los textos apocalípticos del evangelio y del libro del Apocalipsis de / San Juan, no pretenden hacer un reportaje anticipado de los últimos días del mundo. Su finalidad, por otra parte, no es la de infundir miedo sino todo lo contrario.

En el género apocalíptico se presenta siempre Dios triunfando sobre el mal y destruyendo con el soplo de su boca a todos los enemigos de Dios y de los hombres (Apoc. 19, 21; 20, 10). Por eso son escritos de consuelo para // los cristianos en situaciones difíciles, en períodos de persecución. Las palabras de Jesús: "Los llevarán presos, los perseguirán, los entregarán a las sinagogas y serán encarcelados; los llevarán ante reyes y gobernadores a causa de mi nombre; y esto les sucederá para que puedan dar testimonio de mí" 7 (vs. 12-13) en tiempos de Lucas no aludían sólo a posibilidades teóricas. Como aparece en el libro de los Hechos de los Apóstoles escrito por el mismo 7 Lucas, se trataba de experiencias concretas de las comunidades cristianas // (Hechos 4, 3 sgtes.; 5, 17-18; 6, 8-12; 8, 3; 12, 1-5): persecuciones, traiciones de parte de parientes y amigos. Sin embargo, en esas situaciones críticas, en esas situaciones en que los cristianos están llamados a ser "mártires" (palabra griega que significa "testigo") de Jesucristo, no estarán solos, experimentarán la fuerza, el Espíritu de Jesucristo resucitado: "Yo -dice Jesús- les daré una elocuencia y sabiduría que ninguno de sus adversarios podrá resistir ni contradecir" (vs. 15).

Las persecuciones tendrán lugar "antes de todo eso" (vs. 12), es decir, antes del fin del mundo, en este tiempo, en el tiempo de la Iglesia. Hoy también hay mártires de Jesucristo. Los ha habido no hace mucho tiempo entre nosotros, los sigue habiendo en nuestra América Latina. Mañana se cumplen tres años del martirio de seis jesuitas, profesores de la Universidad Católica de El Salvador; en la misma acción de comando asesinaron también a dos mujeres / que trabajaban en la casa de los jesuitas.

Las palabras de Jesús: "Se levantará nación contra nación y reino contra reino, habrá grandes terremotos, peste y hambre en muchas partes, se verán fenómenos aterradores y grandes señales en el cielo" (vs. 10-11), no hay que interpretarlas como si fueran una crónica anticipada de los últimos tiempos.

En realidad son signos bastante ambiguos porque guerras, terremotos, // hambre, peste, señales en el cielo... ha habido en el pasado y seguramente /

EL ULTIMO DIA DEL MUNDO

habrá también en el futuro. Por otra parte, Jesús ha dicho que El ignoraba / cuándo tendría lugar el fin del mundo: "En cuanto a ese día y a la hora nadie los conoce: ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre" // (Mc. 13, 32). En otras partes del evangelio dice Jesús que el fin de la historia y su manifestación es imprevisible como la venida de un ladrón (Lc. // 12, 39-40; la misma imagen en 1 Tes. 5, 2; 2 Pe. 3, 10).

Sin embargo, a pesar de la imprevisibilidad, la primera generación cristiana esperaba el fin para un tiempo cercano y esa esperanza ha dejado sus huellas en algunos textos del Nuevo Testamento, por ejemplo, en la primera carta a los Tesalonicenses escrita en el año 50. Pablo dice: "Los que vivamos cuando venga el Señor... nosotros, los que aún vivamos" (4, 15.17).

En el pasaje de hoy y en otros del Nuevo Testamento se advierte que "no hay que dejarse engañar" por quienes afirman que "el tiempo está cerca" (vs. 8); sin embargo, en muchos períodos de la historia de la Iglesia se interpretaron al pie de la letra los pasajes apocalípticos y se creyó ver en las guerras y catástrofes contemporáneas las señales de la inminencia del fin del mundo. San Jerónimo y muchos contemporáneos suyos interpretaron la caída del Imperio Romano como la antesala del fin del mundo.

A nosotros hoy el fin del mundo podemos decir que nos tiene sin cuidado, no incide en nuestra vida cristiana. En cambio juega un papel central en muchas sectas apocalípticas que, haciendo una interpretación "fundamentalista" de los pasajes evangélicos, tratan de conseguir adeptos. A fines de Octubre las agencias de noticias informaron de la tremenda decepción experimentada por los miembros de una secta en Seúl, la capital de Corea del Sur, que se habían concentrado en un edificio convencidos de que ese día era el último de la historia y que iban a ser transportados al cielo. Las oraciones y los cantos de alegría se hacían más fervientes a medida que pasaban las horas. Llegó la medianoche y... no pasó nada. "Dios nos ha engañado" decían decepcionados; "Aquí hubo un gran error", gritaban otros... Los Testigos de Jehová han anunciado varias veces el fin del mundo, pero aún no ha sucedido...

El modo como las sectas apocalípticas hablan del fin del mundo no responde a la enseñanza de Jesús y del Nuevo Testamento. Según Jesús y el Nuevo Testamento "esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva donde habitará la justicia" (2 Pe. 3, 13) pero el Reino de Dios ya está "en medio de nosotros" (Lc. 17, 21). Por la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, el mundo comienza a ser ya una nueva creación, aunque todavía no en plenitud, hasta que culmine en la "parusía", la manifestación gloriosa de Jesucristo. Según la enseñanza de Jesús y del Nuevo Testamento, el mundo futuro no se construirá sobre la ruina del mundo presente: es fundamental la tensión dialéctica entre el "ya" y el "todavía no".

No es cristiano juzgar este mundo de acuerdo a la "filosofía" del tango "Cambalache": "El mundo fue y será una porquería, ya lo sé, en el 510 y en el 2000 también". Cristiano es reconocer que junto al pecado y a la corrupción hay quienes se esfuerzan por vivir de acuerdo al evangelio incluso hasta dar su vida, quienes luchan por la justicia y son solidarios de los marginados.

Crear en un mundo nuevo al final de la historia no es como una droga para soportar resignadamente los males y las desgracias del tiempo presente. La religión puede llegar a ser el "opio del pueblo" si se la usa para "distraerlo" de las tareas del presente. El Concilio Vaticano II enseña que "la espera de una tierra nueva no debe amortiguar sino más bien avivar la preocupación por perfeccionar esta tierra donde crece el cuerpo de la nueva familia humana que puede anticipar un vislumbre del mundo nuevo" (Gaudium et Spes #39).

No se puede separar este mundo del mundo futuro porque ya ha comenzado en nuestra historia el "ésjaton", el "tiempo final". La originalidad de la doctrina del Nuevo Testamento radica en la afirmación que no sólo la historia es proceso sino que también el "ésjaton" reviste un carácter procesual y no un carácter puntual. El acontecimiento escatológico (la vida, muerte y resurrección de Jesús) ha perforado la historia para madurarla desde dentro y pilotarla hacia su término" (RUIZ DE LA PEÑA, El último sentido, pág. 66).

La fe nos dice que el devenir histórico es un proceso limitado: la fe /

EL ULTIMO DIA DEL MUNDO

en la creación afirma que el mundo ha tenido un comienzo; la fe en la "parusía", en la "manifestación", de Cristo afirma que el mundo tendrá un fin. Es to lo afirma nuestra fe: Dios al principio y Dios al final. ¿Dios al principio?... pero ¿y el BIG-BANG? ¿Dios al final?... pero ¿no puede el hombre destruir el mundo? ¿Son sólo un producto de la imaginación los libros y películas sobre la guerra de las galaxias? ¿La destrucción del mundo es sólo un tema de ciencia-ficción?

Ciertamente no es sólo una ficción sino una posibilidad bien real la // destrucción del mundo por un holocausto atómico, cuya descripción haría aparecer las imágenes bíblicas como balbuceos de niños. Se ha calificado al admirable progreso científico-técnico como "segunda creación": "El derrumbe de la segunda creación amenaza con arrastrar consigo al abismo también a la primera" (H. KÜNG)

En mayo de 1939, ante la noticia del descubrimiento de la desintegración del átomo, escribía BERTOLT BRECHT: "Los grandes inventos y descubrimientos se han convertido en una amenaza cada vez más tremenda para la humanidad de modo que el grito de triunfo con que se recibe cada nueva invención se transforma al poco tiempo en un grito de angustia". Esa convicción obligó a BERTOLT BRECHT a reelaborar su obra "Galileo Galilei" agregándole un "apasionado discurso sobre la responsabilidad ética del científico que debe mantenerse libre de todo oportunismo" (H. KÜNG, ¿Vida eterna?, pág. 332-333).

Hace unos años leí este poema de un teólogo protestante alemán:

"INVERSION DEL RELATO DE LA CREACION

"Al principio Dios creó el cielo y la tierra.

Después de muchos millones de años, el hombre,
consciente de su capacidad,
decidió asumir la conducción del mundo y del futuro.
Entonces comenzaron los siete últimos días de la historia.

En la mañana del primer día
el hombre decidió ser libre y hermoso, bueno y feliz.
Decidió no ser más imagen de un Dios
sino ser simplemente hombre.
Sin embargo, como hay que creer en algo,
creyó en la libertad y en la felicidad,
en la bolsa de valores y en el progreso,
en la planificación y en el desarrollo
y, sobre todo, en la seguridad.
Sí, la seguridad era lo básico.
Lanzó satélites de investigación
y preparó misiles cargados con bombas atómicas.
Y fue la tarde y la mañana del primer día.

En el segundo día de los últimos tiempos
murieron los peces de los ríos contaminados
por las descargas industriales;
murieron los peces de los mares por las pérdidas
de las grandes naves petroleras
y por los depósitos del fondo de los océanos:
los depósitos eran radioactivos;
murieron los pájaros del cielo
impregnados de gases venenosos,
perecieron los animales que, incautos,
cruzaron las grandes autopistas, envenenados
por las emanaciones de plomo del tráfico infernal.
Pero murieron también los perritos de lujo
por el exceso de colorante de las salchichas.
Y fue la tarde y la mañana del segundo día.

En el tercer día se secó el pasto de las praderas,
las hojas de los árboles,
el musgo de las rocas y las flores de los jardines.
El hombre había decidido controlar las estaciones

EL ULTIMO DIA DEL MUNDO

de acuerdo a una planificación perfecta.
Pero hubo una pequeña falla en la computadora de la lluvia
y, hasta que no se descubrió la falla, se secaron las fuentes
y los veleros que navegaban alegremente
encallaron en los lechos resacos.
Y fue la tarde y la mañana del tercer día.

En el cuarto día murieron cuatro
de los cinco mil millones de hombres:
algunos contaminados
por virus cultivados en probetas científicas,
otros por el imperdonable olvido de cerrar
los depósitos bacteriológicos preparados para la guerra siguiente;
otros murieron de hambre porque el encargado no recordaba
donde había escondido la llave de los depósitos de cereales.
Y maldijeron a Dios: Si era bueno,
¿por qué permitía tantos males?
Y fue la tarde y la mañana del cuarto día.

En el quinto día los hombres decidieron
accionar el pulsante rojo porque se sentían amenazados.
El fuego envolvió al planeta,
las montañas humearon, los mares se evaporaron.
En la ciudad los esqueletos de hormigón armado
se ennegrecieron echando humo por las grietas abiertas
y los ángeles del cielo presenciaron espantados
cómo el planeta azul iba tomando primero el color del fuego,
después un color marrón sucio,
para quedar finalmente de color ceniza.
Los ángeles interrumpieron sus cantos durante diez minutos.
Y fue la tarde y la mañana del quinto día.

En el sexto día se extinguió la luz;
polvo y cenizas cubrieron el sol, la luna y las estrellas.
El último escarabajo que se había guarecido
en un refugio antiatómico
murió por exceso de calor.
Y fue la tarde y la mañana del sexto día.

En el séptimo día hubo paz, ¡finalmente!
La tierra estaba informe y vacía,
las tinieblas cubrían el abismo.
Y el espíritu del hombre,
el fantasma del hombre,
sobrevolaba sobre las cosas.
En el mundo del infierno se comentaba
la fascinante historia del hombre
que había tomado el control del mundo
y las estentóreas risotadas
resonaron hasta el coro de los ángeles.

Nada impide que el hombre llegue
hasta el límite de sus posibilidades,
pero queda la esperanza
de que el mundo y su futuro
esté en manos de Otro.

JÖRG ZINK.

++++++

UNA FIESTA POLEMICA

Puede causar extrañeza que en la Fiesta de Cristo Rey se lea este pasaje que habla de Jesús en la cruz. El solo enunciado "Cristo Rey" nos sugiere imágenes de triunfo, de magnificencia, de poder...

El Reino de Dios era el centro de la vida y del mensaje de Jesús. Pero/ el modo con que lo anunció desconcertó a sus contemporáneos, hasta al propio San Juan Bautista (Mt. 11, 2-6).

Jesús rechazó la sugestión del demonio de instaurar el Reino por medio/ del prestigio y del poder (Mt. 4, 1-10) y trató con extrema dureza a Pedro / (Mc. 8, 33) que, al igual que los demás apóstoles, soñaba en un Reino donde/ cabía un discurso acerca del poder (Mc. 9, 34). Es muy clara la amonestación de Jesús a sus seguidores: "Entre ustedes no debe ser así" (Mc. 10, 42-45).

El se escapa cuando, en una sublevación mesiánica, lo quieren hacer /// rey (Jn. 6, 15).

En la pasión y en la cruz, el título de rey ha llegado a ser objeto de/ desprecio y de burla... ¡llamar "rey" a un crucificado!

- "El pueblo permanecía allí y miraba" (Lc. 23, 35).
- "Los jefes se burlaban... Si es el Mesías de Dios, que se salve a sí/ mismo".
- "Los soldados también se burlaban de El... Si eres rey de los judíos, sálvate a tí mismo" (vs. 36-37).

"En lo alto de la cruz había un letrero que decía: Este es el rey de // los judíos" (vs. 38). Nosotros, los creyentes, interpretamos ese título de / burla como una profecía de lo que Dios haría con Jesús en la resurrección y/ la ascensión: constituirlo Señor (Fil. 2, 5-11).

La fiesta litúrgica de Cristo Rey, ¿qué sentido tiene? ¿Por qué fue es-
tablecida?

Hay momentos de la historia en que los acontecimientos parecen suceder-
se sin sobresaltos, como se desliza un pacífico arroyito; pero no pocas ve-
ces la historia avanza como si fuera un caudaloso río en que desembocan y //
chocan cursos de agua en direcciones opuestas. Los períodos de enfrentamien-
tos polémicos exacerban las diferencias y endurecen las posiciones.

La Fiesta de Cristo Rey nació en un contexto de fuerte polémica: fue es-
tablecida en 1925 por el Papa Pío XI. La finalidad de la fiesta era la rea-
firmación de lo que se denominaba "el reinado social de Jesucristo" contra /
el liberalismo imperante desde el siglo XIX. El liberalismo no se reducía só-
lo a la defensa de las libertades individuales sino que, contemporáneamente,
asumía actitudes anticlericales más o menos virulentas excluyendo la reli-//
gión de la vida pública y relegándola al ámbito de la vida privada.

Si se tienen en cuenta las circunstancias que rodearon la institución /
de la fiesta de Cristo Rey, es inocultable una cierta nostalgia por un mundo
ya desaparecido en que la Iglesia ocupaba un lugar de privilegio. Durante si-
glos la historia de Europa estuvo profundamente influenciada por la Iglesia.
A partir del siglo IV se fue gestando un fenómeno único en la historia del /
mundo: la paulatina integración de pueblos y culturas diversas con el cris-
tianismo; esa especie de simbiosis de Iglesia y mundo se conoce con el nom-
bre de "cristiandad".

Hoy resulta para nosotros muy difícil hacernos una idea adecuada de ese
prolongado y complejo período de la historia que denominamos medioevo. Por e-
so es muy corriente recurrir a erróneas simplificaciones: para algunos, el /
medioevo es la edad de oro del cristianismo y de occidente; para otros, es /
un período de ignorancia y crueldad: hablan del "obscurantismo medieval". Y/
si los primeros apelan al nacimiento y la multiplicación de las universida-
des y las catedrales, los segundos les enrostran las cruzadas, la Inquisi-//
ción y la caza de brujas.

El hecho es que a partir del siglo XIV se fue desintegrando esa sínte-/
sis tan peculiar para cristalizar en el siglo XVIII en un cuadro netamente /
distinto. El cambio se fue produciendo a lo largo de siglos y no hubo una ú-

UNA FIESTA POLEMICA

nica causa sino una conjunción de elementos muy diversos:

* El surgimiento de la ciencia moderna, a partir de la experiencia y / la independencia de las ciencias con respecto a la teología.

* El surgimiento de los nuevos estados que se forman dentro de la cristiandad aprovechando el vacío creado por las luchas entre el Papa y el Emperador.

* Grandes cambios en la economía: nace el primer capitalismo.

* Cambios en la política: Maquiavelo (1469-1523), considerado el padre de la concepción moderna de la política, en su obra "El Príncipe" parte de / la observación de la realidad, de la práctica de los gobiernos, y no de principios religiosos y éticos.

* Pero es, sobre todo, la revolución de las concepciones cosmológicas / lo que constituye el cambio más manifiesto y que asume un valor simbólico. / Copérnico (1473-1543) anticipa lo que expone más acabadamente Galileo Galilei (1564-1642): no es el sol el que gira alrededor de la tierra sino la tierra la que gira alrededor del sol. El mundo se extiende por todos lados; ya no hay un "arriba" y un "abajo": el hombre se encuentra "des-ubicado". La nueva imagen del mundo es contraria a la que presenta la Biblia. La fe en la Revelación que aparecía ligada a la antigua imagen del mundo, se hace problemática. La fractura entre la fe y la ciencia aparece por mucho tiempo insana ble.

No se niega a Dios: los grandes científicos son creyentes: Copérnico, / Kepler, Galileo, Newton; pero se concibe a Dios como una especie de "gran arquitecto del universo", origen del movimiento y fin de la totalidad. Dios / no interviene en el mundo: se concibe el universo como una máquina, regido / por sus propias leyes (mecanicismo). Desde la creación hasta el fin del mundo Dios está inactivo, es un "Dios ocioso", el dios de la religión "natura-/// ral". Este "deísmo" prepara el camino al ateísmo y al panteísmo.

El cristianismo y las otras religiones son juzgadas como productos de / los círculos de sacerdotes para lucrar con la ignorancia del pueblo. Las religiones con sus dogmas aparecen como enemigas de la libertad y del progreso; la ciencia, en cambio, es la que libera al hombre de las ataduras medievales. El hombre ya no necesita tutores: ni a la Iglesia ni a Dios. Ha crecido, es adulto...

El siglo XIX que "se podría concebir como una cierta unidad que va desde la revolución francesa hasta la primera guerra mundial" (B. WELTE), se caracteriza por una confianza bastante ingenua en el progreso indefinido de la humanidad y por una exaltación de la razón autónoma como su causa y norma.

MARK TWAIN escribía en 1889 a WALT WHITMAN con ocasión de sus setenta años: "Ha vivido usted los setenta años más grandes de la historia del mundo... Pero deténgase un poco más porque no ha llegado todavía lo más importante. Espere treinta años y entonces mire usted a la Tierra. Verá maravillas, añadidas a aquellas cuyo nacimiento puede usted testificar, y presentará el formidable resultado: el hombre alcanzando al fin su completa estatura. Y todavía creciendo, creciendo visiblemente mientras usted observa..."

Ante el surgimiento del mundo moderno la Iglesia fue evolucionando de / la sospecha a la condena: condenó teorías científicas, avances de la medicina, interpretaciones bíblicas y actualizaciones teológicas... Esta actitud / de condena del mundo moderno alcanza su máxima expresión en 1864, cuando Pío IX publicó el "Sílabo" o "Colección de errores modernos". Son 80 proposiciones consideradas erróneas. No se trata de un agregado de afirmaciones innexas; se condena una concepción liberal del hombre y de la sociedad de tal manera que pretender ser "católico y liberal" aparecía como algo contradictorio.

El problema mayor del Sílabo consiste en la incompatibilidad entre verdad y libertad. Se condena la libertad de opinión: si cualquiera puede manifestar su pensamiento y sus opiniones, significa que el error tiene el mismo derecho que la verdad, lo cual es inaceptable. Sólo la Iglesia Católica, que es la única religión verdadera, tiene derecho a manifestarse públicamente. / Si se permitiera la libertad de culto se pondría en pie de igualdad las religiones falsas con la verdadera.

UNA FIESTA POLEMICA

La más famosa es la proposición nº 80: "El Romano Pontífice debe reconciliarse y aceptar el progreso, el liberalismo y la civilización moderna". / El Sílabo y el Concilio Vaticano I (1869-1870), sobre todo la definición dogmática de la infalibilidad del Papa, están íntimamente unidos. Forman parte del objetivo que se propuso Pío IX en su extenso pontificado (1846-1878): // contrarrestar la avalancha desintegradora de la Iglesia y de la sociedad que se había originado en la reforma protestante y en la revolución francesa. La Iglesia Católica es la única depositaria de la verdad y la infalibilidad del Papa era considerada no sólo como la garantía de la Iglesia sino como el bastión del recto orden de la sociedad amenazada por el liberalismo y los movimientos revolucionarios.

Esta toma de posición produjo profundas convulsiones en el seno de la Iglesia y exacerbó la hostilidad de los contrarios. Esta actitud beligerante contra el mundo moderno, contra las libertades modernas, caracterizó el clima espiritual de la Iglesia Católica. Ese es el contexto en que nace la fiesta de Cristo Rey.

El Papa ya no era rey: en 1870 Garibaldi se había apoderado de Roma y / el Estado de la ciudad del Vaticano sería creado en 1929. Pero la fiesta de Cristo Rey apareció como la reivindicación de la función rectora de la Iglesia y el Papa en la sociedad.

En aquellos tiempos se vivía en Argentina una situación parecida a la / que se daba en Europa: tanto el liberalismo dominante como los socialistas / que llegaron con Alfredo Palacios al Congreso y los anarquistas que luchaban en las calles, todos coincidían en que la religión era un asunto privado o, / incluso, tenía que desaparecer.

Entre los católicos hay dos líneas: una que tiene como objetivo la conciliación con la clase dominante liberal para rearmar el aparato institucional de un modo semejante a la cristiandad colonial. La otra privilegia "la / cuestión social" para evitar que el socialismo y el anarquismo sigan gravitando en las masas obreras. Su objetivo es la armonía entre las clases en la búsqueda del bien común bajo la dirección de la Iglesia. Monseñor Miguel de Andrea y el Padre Federico Grote eran los mentores más destacados de una y otra corriente.

Bartolomé Mitre y Ricardo Levene escriben "la historia oficial": la Argentina es un país hecho por los liberales inspirados en los ideales de la / revolución francesa y de la independencia de los Estados Unidos.

Los sectores liberales querían una "Argentina liberal": paraíso de la / libertad de mercado y del progreso indefinido.

Los socialistas querían una "Argentina socialista": paraíso de los trabajadores libres sin explotadores ni explotados.

Los católicos querían una "Argentina católica": paraíso de la armonía / entre las clases empeñadas en la búsqueda del bien común bajo la tutela de / la Iglesia.

A pesar de sus diferencias, tenían una característica común: se trataba de modelos hegemónicos y excluyentes. Cada uno pretendía ser la única y toda la verdad... Fueron décadas de luchas y enfrentamientos: la ley de enseñanza laica; la reforma de 1918; las huelgas obreras que culminaron en "la semana trágica" de 1919; la masacre en la Patagonia en 1920 tan bien reflejada en esa película "La Patagonia rebelde"...

El golpe del 6 de Septiembre de 1930 encabezado por Uriburu posibilita la emergencia social de los católicos que alcanza su punto culminante en el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires en 1934, presidido por el Secretario de Estado del Vaticano, Eugenio Pacelli, que en 1939 sería elegido como Papa Pío XII.

En un boletín parroquial porteño, "El buen amigo" de Octubre de 1930, / se leía: "La revolución del 6 de Septiembre nos ha traído un gobierno excelente y en el cual los católicos, excluidos antes por la sectaria especulación de la democracia, tienen parte no pequeña.(...) Si el pueblo, guiado // por la Iglesia, no toma rumbos de moralidad, si no cambia en sus apreciaciones políticas con que ha favorecido a la tendencia socialista, si el régimen absurdo del sufragio universal no desaparece, dejando que lo que hoy puede /

UNA FIESTA POLEMICA

el número lo consiga la calidad y la mayor aptitud para el gobierno, pronto, como el perro vuelve al vómito, los individuos y la sociedad tornarán a emporcarse en los comicios de plebeya universalidad". Y, después de otras consideraciones, concluía: "¡Viva la revolución!, es decir, ¡Viva Cristo! que, por el imperio de su doctrina, por el influjo de su gracia, salva a los hombres y redime a los pueblos" (Tomado de "500 años de cristianismo en Argentina", CEHILA, Buenos Aires, 1992, pág. 281-282).

El Episcopado, siguiendo directivas del Papa, funda en 1931 la Acción Católica, "participación del laicado en el apostolado jerárquico. Nace el nacionalismo católico, que se propone luchar con "intransigencia contra todo lo que atente contra el reinado de Cristo Rey".

A pesar de los cambios habidos desde aquel tiempo, se puede decir que / no ha cambiado en lo fundamental la mentalidad de buena parte de los católicos argentinos: obispos, sacerdotes y laicos. Hoy ya no se suele hablar de / la Argentina Católica, pero se insiste en la necesidad de salvaguardar y dar vigencia a "nuestra cultura cristiana". Con motivo de los 500 años se ha insistido en el "substrato católico" de nuestra cultura argentina y latinoamericana...

El Concilio Vaticano II (1962-1965) representó un cambio fundamental en la actitud de la Iglesia frente al mundo moderno. Significó la declaración oficial de que el experimento de la cristiandad había concluido. La Iglesia / toma conciencia de que en esta "nueva época de la historia humana" (Gaudium / et Spes #54) "está naciendo un nuevo humanismo en que el hombre se realiza / principalmente por su responsabilidad con respecto a sus hermanos y a la historia" (G. S. #55).

Se valora el aporte de las ciencias humanas y se reconoce que el "espíritu crítico" propio del mundo moderno purifica las concepciones religiosas / de "residuos supersticiosos" (G. S. #7).

Este documento, "Gaudium et Spes", y la declaración sobre la libertad / religiosa, "Dignitatis humanae", constituyen las señales más claras del cambio de posición de la Iglesia.

Lamentablemente entre nosotros, ni el Concilio Vaticano II ni los documentos del Episcopado Latinoamericano: Medellín (1968) y Puebla (1979) han / incidido de un modo determinante en la mentalidad y actitudes generalizadas / de los católicos, tanto de los fieles como de la jerarquía, lógicamente con / honrosas excepciones.

¿Qué sentido puede tener hoy para nosotros la fiesta de Cristo Rey? ¿Cómo expresar la dimensión pública, social, política, del evangelio en esta // "nueva época histórica"? ¡Ciertamente no como en el medioevo! Ya Pío XII decía en un discurso: "¿Volver al medioevo? Nadie lo piensa." (16-05-47). Hoy, sin embargo, hay quienes lo intentan. Un medioevo "actualizado", con satélites y computadoras, pero medioevo al fin.

Viviendo como cristianos en una sociedad pluralista donde hay distintos credos y muy diversos modos de pensar, el aporte de los cristianos será aceptado no en razón de su fe sino por lo convincente de sus propuestas.

El modo de hablar de los católicos, tanto de muchos laicos como especialmente de muchos obispos y sacerdotes, "suena" como si se estuviera en la posesión de la verdad total, sin necesidad de confrontar con quienes piensan distinto, como si se tuviera el derecho de juzgar sobre todo, como si se poseyera el patrón moral indiscutible y universalmente válido para condenar y / prohibir.

Cuando se rechazan las tomas de posición de la jerarquía y se cuestionan sus actitudes, ¿se desconoce a Cristo Rey? No necesariamente. Hay un criterio evangélico que no se presta a discusión.

El reinado social de Jesucristo depende del lugar que se haga en la Iglesia y en la sociedad a los pobres, a los marginados... Jesús no sólo ha / hecho suya su causa sino que se identifica con ellos. Si se quiere que Jesucristo no sea excluido de la sociedad, si se quiere que se reconozca socialmente a Jesucristo como rey, no hay que preocuparse en hacerle monumentos, o en que se lo mencione por televisión entre la propaganda de un jabón y de una nueva marca de zapatillas, sino en luchar para que se reconozcan efectiva

UNA FIESTA POLEMICA

mente los derechos de los pobres: "El rey dirá... cuando lo hicieron a uno /
de éstos me lo hicieron a mí" (Mt. 25, 40).

++++++